

Autora Best-seller por el *New York Times* y *USA Today*

LISTO PARA EL AMOR



MARIE FORCE



Listo para el Amor
Los McCarthys de Gansett Island
Libro 3
Por: Marie Force

Copyright
Publicado por HTJB, Inc.
Copyright 2011. HTJB, Inc.
Portada por Kristina Brinton
ISBN: 978-1942295020

Este libro electrónico está disponible solo para su disfrute personal. Este libro electrónico no puede ser re-venido ni regalado a otras personas. Si usted desea compartir este libro con otra persona, por favor, hágalo a través de los canales minoristas adecuados. Si está leyendo este libro y no lo compró, o no fue comprado solo para su uso, por favor devuélvalo y compre su propia copia. Gracias por respetar el trabajo de la autora. Para obtener el permiso para extraer fragmentos del texto, por favor póngase en contacto con la autora en marie@marieforce.com.

Todos los personajes de este libro son de ficción y producto de la imaginación de la autora.

<http://marieforce.com>

Serie Los McCarthys de Gansett Island

Pack Los McCarthys de Gansett Island

Libro 1: [Criado para el Amor](#)

Libro 2: [Loco de Amor](#)

Libro 3: [Listo para el Amor](#)

Libro 4: [Cayendo en el Amor](#)

Libro 5: [Esperanzada por Amor](#)

Libro 6: [Temporada para el Amor](#)

Libro 7: [Anhelo de Amor](#)

Libro 8: [Esperando un Amor](#)

Libro 9: [Tiempo para el Amor](#)

Libro 10: [Destinada para el Amor](#)

Libro 10.5: [Oportunidad para el Amor](#), una Novela de Gansett Island

Libro 11: Gansett Después del Anochecer
Libro 12: Besos Después del Anochecer

Table of Contents

Copyright

Nota de la Autora

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Epílogo

Cayendo en el Amor

Otros Romances Contemporáneos disponibles de Marie Force

Sobre la Autora

Nota de la Autora

¡Bienvenidos de nuevo a Gansett Isla con la historia de Luke y Sydney! Como esposa y madre, este libro me llegó realmente al corazón. La pérdida que ha sufrido Sydney es simplemente inimaginable, pero gracias a la devoción que siente Luke por ella, tal vez podrá verse capacitada para darle una segunda oportunidad al amor. Espero que disfrutéis de esta historia tanto como yo disfruté escribiéndola. Podréis saber también como les va a vuestros personajes favoritos de los dos primeros libros y conocer a los recién llegados a la isla.

LISTO PARA EL AMOR continúa la historia que comenzó en CRIADO PARA EL AMOR y LOCO DE AMOR. Le sigue CAYENDO EN EL AMOR, con Grant McCarthy como protagonista, ESPERANZADO POR AMOR, con Evan McCarthy y posteriormente, TEMPORADA PARA EL AMOR, con Laura McCarthy y ANHELO DE AMOR, con Tiffany Sturgil. Más adelante vendrán las historias de Adam McCarthy, Jenny Wilks y Shane McCarthy, así como las de otros personajes que conoceréis en futuros libros.

Escribir acerca de esta familia y su vida en una isla tan parecida a mi amada Block Island ha sido lo más divertido que he hecho como escritora. Muchas gracias por todo el apoyo que le habéis mostrado a esta familia ficticia y por todos los preciosos comentarios que habéis publicado. Agradezco vuestros correos electrónicos y mensajes de Facebook más de lo que podéis imaginar. Me encantar saber sobre vosotros. Podéis encontrarme en marie@marieforce.com. Si todavía no estáis en mi lista de correos, uníos ahora para ocasionales novedades sobre los próximos libros.

Agradecer especialmente a mi amigo—y “esposo por conferencia”—Mike Myers, haber corregido la versión final de *Listo para el Amor*. Todos los errores restantes deben ser atribuidos únicamente a él. (¡Es broma!)

Doy las gracias todos los días por tener unos lectores tan maravillosos como vosotros que siempre me apoyáis y amigos que hacen que mi vida como autora sea un gran viaje. Gracias de todo corazón. Y como siempre, a la familia que me aguanta y soporta todas mis excentricidades, sois simplemente los mejores.

xoxo

Marie

Capítulo 1

“¿Vas a decirme algo en algún momento?”

Su familiar voz sobresaltó a Luke, sorprendiéndolo y dejándolo anclado en el sitio mientras permanecía agachado en cuclillas en la oscuridad al lado del porche de sus padres.

La carcajada que siguió a su pregunta le recordó a la época más feliz de su vida, cuando ella se reía de todos sus chistes malos, antes de que hubiera ido a la universidad y hubiera conocido a alguien que le llenaba más.

“¿Luke?”

Se puso de pie lentamente, sin saber si estaba más aliviado o mortificado de haber sido atrapado mirándola. “¿Cuánto tiempo hace que lo sabes?”

“Desde la primera vez que viniste el verano pasado.”

Vale, mortificado. Definitivamente mortificado. Luke soltó una temblorosa risa.

“Y yo que pensaba que estaba siendo astuto.”

“Como si pudiera olvidar el sonido de tu barco raspando contra la playa. Solía escucharlo todas las noches.”

El recuerdo de aquellas inolvidables noches de verano hizo que su corazón se acelerase. Cuando había oído en la vid de la isla que ella había llegado a la isla en el primer ferry de la mañana, se había dicho a sí mismo que no se movería de casa, que la dejaría en paz. Pero saber que ella estaba aquí, saber que estaba justo al otro lado del charco...al igual que el verano anterior, había hecho que fuera incapaz de mantenerse alejado.

“Lo siento,” dijo. “Debes pensar que soy una especie de psicópata. Te juro que no lo soy. Es solo que cuando me enteré de lo que le pasó...a tu familia...tuvo que venir, asegurarme de que estabas bien. Bueno, por supuesto no estabas bien...” Soltó un tembloroso suspiro. “Jesús, no paro de estropearlo.”

Ella sonrió, y él se sintió aliviado al ver el mismo brillo en sus expresivos ojos que solía ver todos los días cuando la hacía sonreír. Luke lo tomó como una señal de que se había recuperado, un poco—lo poco que sería posible recuperarse después de una tragedia semejante—desde la última vez que la “visitó” hacía un año.

“¿Quieres subir?” Preguntó.

“Oh, no quiero molestarte ni a ti ni a tus padres—”

“Ellos van a estar fuera de la isla durante semanas. Reunión familiar en Wisconsin.”

“¿Tú no has querido ir con ellos?”

Ella arrugó la nariz. “Prefiero pasar aquí el verano en vez de en Wisconsin.”

“Siempre te encantó venir aquí.” De alguna manera, Luke reunió sus escasas fuerzas restantes para subir los cinco escalones del porche mientras que su corazón latía con tanta fuerza que se preguntó si estallaría a través de su pecho. Se puso de pie con las manos en los bolsillos para que ella no notara que estaba temblando, incapaz de recordar la última vez que había estado tan nervioso. Hablar con el amor de tu vida, por primera vez en diecisiete años, haría que cualquier hombre se pusiera nervioso, supuso.

“Es mi lugar favorito en el mundo.”

“Me preguntaba si vendrías este año.”

Su sonrisa se desvaneció un poco. “Tenía algunas cosas de las que quería encargarme antes de salir de la isla.” Hizo un gesto hacia la mecedora junto a la suya. “¿Quieres sentarte?”

“Um, claro. Supongo. Solo un momento.” Bajo el resplandor de la luz del porche, Luke le echó una mirada furtiva. Se sintió aliviado al ver que tenía mucho mejor aspecto que el año pasado, apenas unos meses después del accidente. “¿Quién es tu amigo?” Le preguntó, haciendo referencia al precioso Golden Retriever que yacía entre las dos sillas. El perro había fijado sus ojos en Luke desde el momento que comenzó a acercarse al porche, pero se había mantenido en silencio.

“Este es Buddy.” Ella se agachó para rascarle las orejas, e incluso mientras que el animal disfrutaba claramente de la atención, no apartó sus solemnes ojos de Luke. “Se lo regalamos a los niños la Navidad antes del...accidente. El pobre los quería tanto, a todos por igual, pero con mi hijo Max tenía un vínculo muy especial. Pensé que se moriría de pena después de lo ocurrido. No dejó de llorar ni de gemir durante meses.”

Luke sintió que se le rompió el corazón solo de pensar en el perro sufriendo por la muerte de su querida familia. “No lo vi contigo el verano pasado.”

“Todavía me estaba recuperando de mis propias heridas, y nos preocupaba que me pudiera tropezar con él o me tirara sin querer. Se quedó con nuestros vecinos en su casa durante unos meses. Ahora estoy muy contenta de tenerlo de vuelta conmigo. Parece haber superado la peor parte.”

Tú también, pensó Luke, pero prefirió no decir nada; ella no necesitaba que le recordasen lo que había pasado.

“Te debo la mayor disculpa del mundo,” dijo ella, sorprendiéndolo.

“He sido yo quien te ha estado acechando todo este tiempo. ¿Por qué me debes una disculpa?”

“Estabas cerciorándote de que estuviera bien. Hay una gran diferencia.” Ella se sentó con las piernas cruzadas debajo de ella y se volvió hacia él. “La disculpa que te debo se remonta a diecisiete años atrás.”

“Oh. Eso.”

“Sí. Eso. “

“Sydney—”

“Luke—”

Ella se aclaró la garganta y cruzó las manos firmemente en su regazo. Esto era mucho más terrible de lo que jamás había imaginado—y lo había imaginado muchas veces. Miles de veces, para ser honesto. ¿Qué decirse en una situación así? Si es que acaso todavía tenían algo que decirse. “Lo siento,” dijo. “Continúa.”

“Lo que hice fue inconcebible. Sé que no es ningún consuelo, pero pensé en ti muchas veces. Quería escribirte o llamarte, pero, ¿qué podría decir? ‘¿Siento haberme ido a la universidad y no haber regresado jamás?’ Ojalá hubiera sabido hacerlo mejor.”

“Me alegro de saber al menos que pensaste en mí.”

“Oh Dios, Luke, ¿cómo *no* iba a pensar en ti? Esos veranos...el tiempo que pasamos juntos...además de cuando nacieron mis hijos, fue el momento más mágico de toda mi vida.”

No, Luke decidió que esto era más terrible que cualquier otra cosa que jamás hubiera imaginado. “Si eso era lo que sentías, ¿por qué—”

“Fui una idiota.”

Impresionado por su franqueza, él abandonó toda pretensión de tratar de no mirarla. Su espeso cabello rubio rojizo por el que tanto le gustaba deslizar sus dedos, estaba más corto que de costumbre, pero las pecas que solían aparecer en su nariz después de varios días bajo el sol, todavía estaban ahí. Sus brillantes ojos azules que tan tristes le habían parecido el verano pasado, parecían haber recuperado también algo de su brillo.

“Tuve esta idea, ya sabes, de cómo debería ser la vida, quién debía ser mi marido, a qué se dedicaría, dónde viviríamos. Me comporté como una estúpida snob.”

“Supongo que el chico que se había quedado atrapado en la isla, que trabajaba en un puerto deportivo y que nunca consiguió ir a la universidad, no

se ajustaba bien a tus ideales.” Luke trató que no se notara la amargura de su voz, pero después de tantos años de sospechar qué habría hecho que se alejara de él, la confirmación de sus peores temores fue apenas un bálsamo en su herida aún abierta.

“Sé que no hay nada que pueda decir que pueda cambiar lo que sucedió hace tantos años, pero quiero que sepas que me arrepentí de la forma en que te traté. *Siempre* me arrepentí.”

Escuchar eso no le ayudó a sentirse tan bien como esperaba.

Ella se miró las manos. “A veces me pregunto si lo que pasó después...fue mi castigo...”

“No digas eso. Nadie se merece que le pase una cosa así.”

“El Karma puede ser terriblemente cruel,” dijo con tristeza. “Tal vez pedí demasiado, ¿sabes?”

“No puedo creer que un Dios o un poder superior se lleve la vida de unos niños inocentes como forma de cobrarse su venganza porque su madre fuera arrogante con los sentimientos de un antiguo novio.”

Sydney hizo una mueca. “Arrogante. Vaya.”

“¿Cómo lo llamarías tú?”

“Fui horrible. Una persona horrible.” Incluyó su cabeza hacia atrás en la mecedora y lo estudió. “No has cambiado nada, te hubiera reconocido en cualquier parte.”

“Tú llevas ahora el pelo más corto pero por lo demás, estás igual que siempre.”

“Dime que encontraste a alguien maravilloso, que te casaste y tienes una casa llena de niños. Dime que al menos todo ha salido bien en tu caso.”

“No tengo esposa ni hijos, pero sí tengo una buena vida. Una vida satisfactoria.”

“Decidiste no casarte ni tener hijos después de haber estado conmigo, ¿no?”

Él luchó por mantener una expresión neutral, por no dejar que viera su dolor. “No te des *tanta* importancia, Donovan. No eras tan importante.”

Su risa atravesó la noche, causando un aleteo en su corazón. “Lo que tú digas, chico duro.”

Nunca había sido capaz de engañarla. “¿Puedo hacerte una pregunta?”

“Por supuesto.”

“¿Tu marido...?”

“Seth.”

“¿Fuiste más feliz con él?”

Ella suspiró. “Es una pregunta muy complicada.”

Luke soltó un torturado gemido. “*Vamos*. Al menos dime que mereció la pena—para uno de los dos.”

Permanecieron en un incómodo silencio durante un largo tiempo. “Seth era un buen hombre, un padre maravilloso, un esposo devoto, y yo lo quería mucho.”

“¿Pero?”

Ella le miró con unos poderosos ojos que la dejaron sin aliento. “Lo que sentía por él...era diferente de lo que sentí por ti.”

Quería preguntarle qué quería eso. ¿*Cómo* diferente? ¿Diferente mejor? ¿Diferente más? ¿Diferente menos? Pero no fue capaz de formar ninguna de esas preguntas, por lo que tuvo que conformarse con lo que ella quisiera compartir con él por iniciativa propia.

“No debería estar admitiendo estas cosas, sobre todo a ti. ¿Ves lo que quiero decir sobre el Karma?”

Luke negó con la cabeza. “El universo no funciona de esa manera. No lo hace.”

“Algunos días me resulta difícil creer que no haya sido algo que me haya merecido. No siempre he sido una buena persona.”

“No puedes creer eso, honestamente. Un conductor ebrio mató a tu familia, no tú.”

“Eso es lo que mi terapeuta ha estado tratando de hacerme ver durante meses.”

“¿Te estás acercando?”

“A veces; tengo mis días mejores y mis días peores.”

“Espero que verme a mí no haya hecho de este un día peor.”

“Ha sido que sea un día maravilloso. He estado esperando durante años tener solo la oportunidad de decirte cuánto sentí haberme alejado de ti sin una sola palabra. A veces, cuando venía los veranos con mis padres, me daban ganas de pasarme por el McCarthy's a verte.”

“¿Por qué no lo hiciste?”

“Porque hubiera sido muy injusto para ti aparecer de la nada, después de todo ese tiempo, solo para sentirme mejor después de haberte tratado como una mierda.”

“Me hubiera gustado haberte visto, haber conocido a tus hijos. Por encima de todo, echaba de menos a mi amiga Sydney. La mejor amiga que jamás he

tenido.”

Sus se llenaron de lágrimas. “Lo siento mucho, Luke,” susurró. “Lo siento muchísimo. ¿Podrás perdonarme?”

“Te perdoné hace mucho tiempo. Solo tenías diecinueve años, no me debías nada.”

Ella se acercó y puso su mano sobre la de él. “Te debía mucho más que lo que crees después de cuatro mágicos veranos juntos.”

El roce de su piel contra la suya trajo una avalancha de preciados recuerdos a su mente, los más preciados de todos. Luke giró la mano para capturar la de Sydney entre las suyas, y la emoción lo golpeó con tanta fuerza que lo dejó sin aliento. De repente, sintió que tenía que irse antes de decir algo que fuera a lamentar profundamente. “Me ha alegrado mucho verte, Syd.”

“Gracias por querer asegurarte de que estaba bien.”

Luke hizo una mueca. “Querer asegurarme de que estabas bien suena mucho mejor que acecharte en la oscuridad.”

Ella le apretó la mano. “Me llegó al corazón darme cuenta el año pasado de que estabas aquí, que te importaba, a pesar de la forma en que acabó todo. Espero que entiendas que todavía no estaba lista para...”

“Por favor. Por supuesto que entiendo.”

“¿Volverás de nuevo?”

Sorprendido por la pregunta, Luke dijo, “¿Te gustaría que lo hiciera?”

“Echo mucho de menos a mi amigo Luke. Nunca he dejado de hacerlo.”

Abrumado por sus palabras, Luke no supo qué decir.

“Veo que te he dejado un poco descolocado. He estado haciendo eso mucho últimamente. Desde el accidente, no veo razones para contenerme. La vida es corta. ¿Qué sentido tendría?”

“Ninguno, supongo.”

“Siento haberte descolocado.”

“No lo has hecho, solo me has dado mucho en lo que pensar.”

“¿Aceptas mis disculpas?”

Él asintió con la cabeza. “Borrón y cuenta nueva.”

“Eso es mucho más de lo que merezco.”

“Ya lo hemos olvidado todo, ¿recuerdas?”

Ella le sonrió tal como solía hacer cuando aún le amaba, y Luke juró que su corazón se detuvo por un instante.

Se obligó a soltarle la mano, levantarse, caminar por las escaleras, y escapar mientras aún pudiera. Estaba por el camino de hierba hacia la playa

cuando ella lo llamó.

“Vuelve, Luke. Por favor, vuelve de nuevo.”

Él hizo un gesto para hacerle saber que la había oído y siguió hacia la costa por el camino que tantas noches recorrió entre su jardín y la playa. Su viejo bote de remos, el mismo barco que tenía por aquel entonces, le estaba esperando para que hiciera su camino de vuelta a través del estanque hasta la misma pequeña casa que una vez había compartido con su madre. Su enfermedad lo había mantenido atado a la isla cuando Sydney y sus otros amigos fueron a la universidad.

Nunca había lamentado darle esos años tan importantes a la mujer que lo había criado sola, pero no podía dejar de preguntarse si las cosas hubieran sido distintas para él—y para Sydney—si hubiera podido aceptar la beca que le ofrecieron y que le hubiera convertido en un biólogo marino. ¿Hubiera sido esa profesión lo suficientemente buena para Sydney? ¿Habrían seguido juntos?

Probablemente no. Ella se había casado con un banquero. Un tipo que estudia las algas y la espuma de las charcas probablemente no habría llegado a sus estándares. De cualquier manera, ahora no servía de nada pensar en eso. ¿Qué más daba? Ella tomó su decisión mucho tiempo atrás, y él no había tenido más remedio que aceptarlo.

Pero, mientras remaba lentamente a través de la gran laguna, guiado por la luz de la luna y las estrellas, una emoción que no había experimentado en mucho tiempo y de la que casi se había olvidado, le embaucó: esperanza. Ella nunca lo había olvidado. Había pensado en él, lo había echado de menos y había lamentado el modo en que todo acabó entre ellos. *Dios, ¿qué significaría eso?*

Ella ya no estaba casada. Su esposo y sus hijos partieron hacía más de un año. Podía ver a simple vista que estaba mucho mejor del duro revés que le había dado la vida que el año pasado, cuando todo estaba aún demasiado reciente.

“Diablos,” dijo en voz alta mientras remaba. “No te hagas ideas equivocadas, hombre. Todo terminó hace mucho tiempo. Deja el pasado donde pertenece.”

Pero aún cuando se decía que no tenía sentido siquiera pensar en ello, la molesta explosión de esperanza en su interior se negaba a ser ignorada.

Capítulo 2

Cada mañana, desde el accidente, Sydney se había despertado con los siempre presentes recordatorios físicos de sus propias lesiones: molestias en su cadera y pelvis, latidos en su fémur izquierdo y el dolor insoportable en su corazón cuando se veía obligada a recordar todo lo que había perdido de un plumazo. Los primeros minutos de cada nuevo día eran a menudo los peores, por lo que siempre se tomaba un momento para absorber el dolor y encontrar la fortaleza para seguir adelante.

Por un breve instante esta mañana, no podía recordar dónde estaba. Eso ocurría muchas veces desde que se despertó en una nube llena de dolor en el hospital, preguntando por sus hijos y su marido. Como había hecho tantas veces desde entonces, se obligó dejar esos horribles recuerdos en el recoveco más alejado de su mente y dio un recorrido al agradable dormitorio de sus veranos cuando era niña en Gansett Island.

Llena de alivio por estar de vuelta, extendió la mano para acariciar el suave pelaje de Buddy, agradecida como todos los días por su compañía y fiel devoción. Antes de todo lo que había pasado, nunca hubiera permitido que se hubiera subido en la misma cama que compartía con Seth. Ahora dormía abrazado a ella todas las noches, dando y tomando consuelo.

Ella había llegado a la isla llena de determinación para tomar algunas decisiones sobre su futuro. Después de la primera terrible Navidad que había pasado sin su familia, había regresado a su trabajo como profesora de segundo grado, pensando que volver a su rutina le ayudaría a reactivar su vida. No había tardado mucho en darse cuenta de que estar con otros niños casi de la edad de los que había perdido no era en absoluto la catarsis que había esperado que fuera.

Más bien, era una dulce tortura estar en clase con otros niños que le recordaban día a día que sus preciosos hijos se habían ido para siempre. Así que superó como pudo el año escolar y se detuvo en medio de una gran encrucijada de grandes decisiones que tomar. Ya había comunicado en su colegio que no volvería el próximo año. El director le había insistido que descansara en las vacaciones de verano y pensara en ello, que se diera un poco más de tiempo.

Pero ella no veía qué sentido tendría seguir conservando un trabajo que alguien podría desempeñar mucho mejor que ella. No veía ninguna razón para volver año tras año para enseñar a unos niños que tendrían la misma edad de su hijo cuando su vida llegó a un abrupto final. Pese a que siempre le había

encantado su trabajo y la clase en la que enseñaba, ya no podría hacerlo más, así que soportó como pudo la fiesta que le prepararon sus compañeros para desearle lo mejor y salió de su clase, por última vez.

De haber sido por ella hubiera partido al día siguiente para la isla—el único lugar donde podía encontrar la pacífica calma que necesitaba más que cualquier otra cosa en este momento. Sin embargo, la fecha del juicio en contra del conductor ebrio que mató a su familia la obligó a quedarse en Wellesley hasta finales de julio, solo para que el procedimiento fuera pospuesto hasta el cinco de septiembre en el último minuto.

A sus padres no les había hecho mucha gracia que estuviera sola en la isla durante todo el mes de agosto, pero les había asegurado que ella y Buddy estaría muy bien y les había prometido que les llamaría diariamente para que no tuvieran nada de qué preocuparse. La promesa les había hecho sentir mejor, y ella les había enviado hacia el reencuentro con su familia paterna que les estarían esperando en Wisconsin. Después de irían para California cumpliendo así su ilusión de toda la vida de cruzar el país. Tras el largo y oscuro invierno que siguió al accidente, era el momento de que todos ellos siguieran adelante con sus vidas.

Sydney se había concedido un mes para averiguar qué hacer a continuación. Gracias a la practicidad de Seth y su habilidad para ahorrar, había recibido un pago sustancial por su seguro de vida tras su muerte que, junto con lo que ella había estado apartando, sumaba una cantidad bastante cuantiosa de dinero. Tal vez volvería a la universidad o viajaría, o se mudaría a una nueva ciudad donde nadie la conociera. El mundo entero estaba abierto ante ella. Era solo cuestión de decidir qué quería y dónde quería estar.

De acuerdo con su terapeuta, hacer planes era un signo de recuperación. Sydney no estaba segura de querer oír eso. ¿Cómo puede una madre “recuperarse” de perder a sus bebés? Después del nacimiento de Max, alguien le había regalado con cojín con un bordado que decía: “Un niño es tu corazón caminando en el exterior de tu cuerpo.” Era lo más cierto que había escuchado en toda su vida. Y luego, cuando llegó Malena, Syd había regalado lo que le quedaba de su corazón. Su pérdida no era algo que esperase “superar.”

Pero la vida tenía una irritante manera de seguir adelante, obligando a los vivos a avanzar con ella, incluso cuando sería mucho más fácil no hacerlo. Durante un tiempo, después del accidente, se le habían pasado por la mente todo tipo de pensamientos oscuros, había llegado a coquetear con la idea de acabar con todo, de poner fin a ese incesante dolor como fuera necesario. Solo

saber que no podía—y no le haría—una cosa así a sus desconsolados padres, había evitado que fuera por ese camino tan tentador.

Girándose en la cama, Sydney se tomó un momento para estudiar la foto de Seth y los niños que había puesto sobre su mesita de noche. A veces todavía era demasiado difícil creer que se hubieran ido para siempre y que no estuvieran en algún lugar los tres juntos y fueran a volver a casa en cualquier momento.

Desvió la mirada hacia la vista de la laguna. No mucho había cambiado desde las mañanas de verano de su juventud: la veintena de barcos fondeando, la actividad y el bullicio en la gran Salt Pond de Gansett. Como solía hacer la mayoría de las mañanas de muchos años atrás, se preguntó si Luke estaría en el agua o trabajando en los muelles en el Puerto Deportivo McCarthy's como hacía desde que era niño.

Verle la noche anterior había traído muchos recuerdos preciosos a su mente. No le sorprendió que estuviera tan increíblemente guapo a sus treinta y seis años como estaba a los diecinueve. Su piel perpetuamente broceada, su cabello oscuro y sedoso que le caía sobre la frente, sus ojos castaños y esos labios que estaban hechos para besar...

Durante muchos años, había sido el centro de su vida, a pesar de que solo lo veía durante los veranos. Sus padres no habían aprobado el apasionado amor entre dos adolescentes por lo que ella y Luke se habían visto obligados a verse a escondidas para poder estar juntos.

Le dolía darse cuenta como adulta, con la perspectiva de todo el tiempo que había pasado, que había permitido que la opinión de sus padres influyera en la suya. Había dejado que la situación social, el dinero y cosas que no importaban en lo más mínimo influyeran en su decisión. Cada vez que pensaba lo que le había hecho a un joven decente y amable que se había merecido algo mucho mejor, se sentía avergonzada. Incluso después de tantos años, incluso después de haberse disculpado con él, se sentía fatal por la forma en que le había tratado.

No quería decir con eso que si tuviera que hacerlo todo de nuevo fuera a cambiar algo. Sus decisiones le habían llevado a Seth, Max y Malena, y nunca jamás se arrepentiría de haberlos tenido en su vida, pero sí de que su decisión hubiera sido tan dolorosa para Luke. Siempre lo lamentaría pero era lo suficientemente inteligente como para saber que ni todos los pesares del mundo juntos podrían cambiar el pasado. Lo único que tenía era el presente. El día de hoy.

“¿Qué vamos a hacer en este brillante y glorioso día, Buddy?”

El perro ladró y luego se estiró en la cama.

Sydney se echó a reír. “Supuse que votarías por ir a la playa.”

Sydney regresó a casa después de unas cuantas horas en su escondite favorito de la playa. Buddy iba en el asiento de copiloto con la cabeza fuera de la ventanilla y la lengua ondeando en la suave brisa. Antes de que Seth la hubiera convencido de que los niños no debían crecer sin un perro, Sydney no se habría descrito a sí misma como una persona amante de los animales. Eso también había cambiado. A veces se preguntaba cómo habría sobrevivido los últimos quince meses sin la amorosa presencia Buddy.

Había buscado deliberadamente un tramo aislado de la playa donde su mascota pudiera jugar con las olas sin que recibiera las miradas de desaprobación que hubiera recibido en la playa de la ciudad. Hubo un tiempo, no hace mucho, cuando sus ojos también hubieran lanzado dagas contra una imagen así. Ya no.

Según se aproximaba a casa, desaceleró cuando vio una camioneta negra estacionada en su calzada. Incluso en el tranquilo suburbio de Boston donde vivía el resto del año, se hubiera preocupado ante la presencia de un extraño vehículo frente a su casa, pero dado que nunca sucedía nada malo en Gansett Island, Sydney se detuvo junto al vehículo y apagó el motor.

Su amiga de la infancia, Maddie Chester—Maddie McCarthy ahora—salió de la camioneta y la esperó.

Sydney dejó escapar un grito de alegría al ver a su vieja amiga y rodeó el coche para abrazarla. “¡Oh! ¡Mírate!” Syd se retiró para poner una mano sobre el vientre embarazado de su amiga. “¡Oh, Maddie!” Se abrazaron de nuevo, ambas con lágrimas en sus rostros.

“¡Me alegro tanto de verte, Syd!”

“¡Yo a ti también!” Maddie tenía el cabello y los ojos de color caramelo y una figura como el de una chica pin-up. “¡Se te ve muy bien! ¿Para cuándo lo esperas?”

“Salgo de cuentas a finales de noviembre, si no exploto antes de la fecha,” Dijo tirando de un mechón de pelo de Sydney. Me encanta como te queda más corto.”

“Gracias. Es mucho más fácil peinarlo así.” Sydney apreciaba que Maddie no hubiera ido directa a su tragedia. Había recibido postales y cartas de su amiga y ponerse en contacto con ella había estado en la parte superior de su lista de tareas pendientes. “Lamento mucho no haberte devuelto las llamadas

el verano pasado.”

“No tienes que pedir perdón por nada,” contestó Maddie agitando la mano. “En cuanto supe que habías vuelto, sentí la imperiosa necesidad de verte. Espero que no te parezca mal que me haya presentado así sin avisar.”

“¡Por supuesto que no!” Sydney entrelazó su brazo con el de Maddie y la llevó dentro. Buddy les seguía los talones. “¿Puedo ofrecerte algo de beber? Estoy segura de que tengo algo descafeinado.”

“Agua helada sería genial.”

Sydney le presentó a Buddy, tomó el agua y un refresco de cola light para ella y lo llevó todo al porche trasero. “¡Cuéntamelo todo! Sé que te has casado con Mac McCarthy de entre todos los hombres elegibles—el soltero más codiciado de toda la isla. ¡Eres una bruja! ¡Quiero saberlo absolutamente todo!”

El rostro de Maddie se volvió de color rosa brillante de la manera que solía hacerlo cuando Sydney le contaba todo acerca de las relaciones sexuales que había mantenido con Luke en la playa. Algunas cosas, al parecer, no cambiaban nunca. Ella y Maddie habían comido botes y botes de helados juntas durante los tres últimos veranos y se había creado un vínculo muy estrecho entre ellas, a pesar de que Sydney era unos años mayor. Antes del accidente, Syd había sentido la necesidad de visitar a su amiga cada verano cuando había traído a los niños para que pasaran tiempo con sus abuelos.

“Estoy segura de que ya habrás oído toda la historia.”

Syd sonrió. “No de ti.”

“Bueno, él acababa de llegar de Florida para hacerle una visita a sus padres. Se bajó de la acera en la calle principal, y se estrelló contra mi bicicleta.”

“Me enteré de que te lesionaste bastante.”

“Uf, fui una costra gigante durante *semanas*. Mientras me recuperaba, él se encargó de mí y de Thomas—que tenía nueve meses por aquel entonces—y ha estado cuidando de nosotros desde entonces.”

“Ya veo,” dijo Sydney, levantando una ceja y asintiendo hacia el redondeado vientre de su amiga.

Maddie se rio. “Es tan increíble. Estoy deseando que lo conozcas.”

“Ya le conocí hace mucho tiempo. Siempre estaba alrededor del puerto deportivo cuando me reunía allí con Luke. Si no recuerdo mal, era muy guapo.”

“Ahora lo es aún más.”

“Yo pensé lo mismo de Luke cuando le vi anoche. Qué bien envejecen los hombres de por aquí, ¿eh?”

La boca de Maddie se abrió. “¿Has visto a Luke? ¿Dónde?”

“Aquí mismo.” Sydney la puso al corriente sobre todas las “visitas” de Luke.

“Eso es tan tierno,” dijo Maddie. “Como vino todas esas noches solo para asegurarse de que estabas bien.”

“Era mucho más de lo que me merecía después de la manera en que me alejé sin decirle ni una sola palabra.”

“Estoy segura de que lo entiende.”

“No veo cómo. Le pedí disculpas pero eso no es suficiente después de todos estos años.”

“¿Volverás a verle?”

“No lo sé. Espero que sí. Siempre fuimos muy buenos amigos antes que nada. Le eché de menos durante mucho tiempo después de que todo terminara entre nosotros.”

“Si no recuerdo mal, en realidad nunca terminó.”

“No de la manera más idónea, eso seguro.”

Maddie tomó la mano de Sydney. “¿Cómo estás? ¿En serio? He pensado en ti tantas veces.”

“Estoy mejor. Hoy ha sido un buen día, y ayer lo fue también. Hace dos semanas, tuve un mal día. Todavía me pasa. No tan a menudo como antes, pero aún así...”

“Supongo que es de esperar.”

“Eso es lo que me han dicho.”

“Espero que podamos pasar mucho tiempo juntas mientras que estés aquí. Quiero que vengas a mi casa y veas a Mac y conozcas a Thomas—” Maddie se detuvo, y su rostro enrojeció. “Lo siento.”

“¿El qué?”

“No debería...puede que no quieras conocer a Thomas.”

“Oh, Maddie, por supuesto que quiero conocer a tu hijo. Me encantaría.”

Los ojos de Maddie se llenaron de lágrimas. “Pienso en Max y Malena todo el tiempo. Eran tan preciosos y estaban tan bien educados.”

Sydney sonrió mientras que su garganta se cerraba ante el recuerdo de sus hijos. “Estaba muy orgullosa de ellos.”

“No es para menos. ¿Vendrás entonces a casa pronto? ¿A cenar? La hermana de Mac, Janey, se casa a finales de mes así que van a ser unos días

bastante entretenidos. Espero que quieras ser parte de ellos.”

“No quisiera molestar.”

Maddie se puso de pie para irse. “No digas tonterías. Hay tantos McCarthys que una persona extra es imposible que dé más trabajo.”

Sydney se levantó para abrazar a Maddie. “Esos McCarthys tienen mucha suerte de tenerte.”

“Yo también tengo mucha suerte de tenerles a ellos. ¿Me llamarás?”

“Lo prometo.”

Después de que Maddie se hubiera marchado, Sydney dio de comer a Buddy y preparó una cena de pasta con camarones a la parrilla que había comprado en el supermercado la noche anterior. Hizo una ensalada, abrió una botella de vino blanco y se sentó a la mesa de la cocina que daba hacia el estanque. En casa, la cena era una de las partes más difíciles de su día. Le recordaba lo sola que estaba. A menudo no se molestaba siquiera en cocinar, recurría a un sándwich o a una sopa de lata. ¿Qué sentido tenía cocinar para uno solo?

Aquí en la isla, alejada de su rutina diaria, estar sola no le hacía sentir igual que cuando estaba en esa silenciosa casa que una vez había estado llena de actividad y gritos de niños. Claro, sus hijos estaban también aquí presentes, en la casa que les encantaba visitar cada verano, pero era diferente. Aquí podía respirar.

Limpió la cocina, se sirvió una segunda copa de vino y se la llevó a la terraza para ver la puesta de sol. Mucho después de que hubiera oscurecido completamente y la actividad en el estanque se hubiera quedado inmóvil durante la noche, mucho después de haberse terminado su copa de vino y de que los grillos se pusieran a cantar, Sydney se quedó en el porche, meciéndose hacia adelante y hacia atrás mientras que Buddy dormía a sus pies.

Se dijo a sí misma que no estaba esperando a Luke. Él no le había hecho ninguna promesa de volver. Ya habían tenido la conversación que tenían pendiente. ¿Qué más tendrían que decirse?

Justo cuando estaba a punto de entrar de nuevo en casa, oyó el inconfundible sonido de su barco raspando contra la playa. Una sonrisa curvó sus labios, y su corazón comenzó a latir rápidamente con anticipación. Había vuelto.

Capítulo 3

Durante todo el día, Luke se había comprometido a permanecer lejos. Después de la conversación de la noche anterior, sentía la calma que tanto había anhelado. Se sentía satisfecho de haber recibido una disculpa, de saber que le había dolido hacerle una cosa así, que no le había olvidado mientras seguía adelante con su vida. ¿Qué más podrían decirse?

Al parecer, mucho, pensó, riendo en voz baja para sí mismo mientras sacaba el barco a la playa anunciando así su llegada. ¿Le estaría esperando? Cuando ella le pidió que volviera, ¿se refería a la noche siguiente? Esas eran las preguntas que le habían atormentado durante todo el día mientras se dedicaba a su trabajo en el puerto deportivo, guiando barcos, efectuando pagos y codeándose con Mac, su padre, “Mac Padre” McCarthy, y los demás hombres que vagaban fuera de los muelles. Solo otro ajetreado domingo en el McCarthy’s.

Al mediodía, Mac le había preguntado si todo estaba bien.

Sorprendido por la pregunta, Luke asintió, dándose cuenta de que su amigo había notado que algo le perturbaba. No era que Luke fuera demasiado hablador, pero Mac le había dicho que hoy parecía estar especialmente distraído.

Esa era una manera de decirlo. Sí, había estado distraído pensando en unas pecas bailando a través de su nariz quemada por el sol, el suave timbre de su voz, la risa que tanto había echado de menos y la sensación de su mano sobre la de él; sus frágiles huesos y pálida piel haciendo un fuerte contraste sobre su mano mucho más grande.

Ahora, a pesar de tenerlo todo en su contra, había vuelto a por más. El pensamiento de que podía estarse dirigiendo a una decepción aún mayor de la que ya había sufrido, le atormentaba. Al final de mes, ella se iría tal como siempre hacía y volvería a su vida en el continente mientras que él se quedaba a la intemperie otro invierno aislado en la isla. Dado que Mac se había mudado de vuelta a la isla y había comenzado un pequeño negocio de la construcción, Luke estaría ocupado trabajando con él en la temporada baja.

Pero aún así...la idea de pasar tiempo con ella este verano y después verla marchar... Sacudiéndose de esos desagradables pensamientos, tomó el regalo que había traído para ella, y se llamó imbécil unas cincuenta veces mientras se dirigía hacia el camino cubierto que conducía al patio de su casa. No importa lo que quisiera creer, nunca había sido capaz de mantenerse alejado de ella. Desde el primer momento en que la vio comiéndose un helado en la ciudad, se

había sentido atraído hacia ella como una polilla a una llama. ¿Por qué tenía que ser ahora diferente?

Emergiendo de los juncos que se alineaban en la costa, la buscó en el porche y se llenó de alivio cuando la vio en la mecedora, como si le hubiera estado esperando. “No pienses eso,” murmuró. “Está sentada en el mismo lugar de todas las noches. No tiene nada en absoluto que ver contigo.”

“¿Hablando solo?”

Sobresaltado, levantó la vista para encontrarla ahora de pie mirando hacia abajo desde el porche con esa pícara sonrisa bailando sus ojos que pronto escapó de sus labios. El sonido melódico lo detuvo en seco mientras que cientos de recuerdos de momentos de antaño le sitiaron a la vez. Nadie había logrado hacer que se riera de sí mismo de la forma en que ella lo había hecho. Había sabido cómo engatusarle nada más hacerle salir de su caparazón.

Luke siempre había sido tranquilo y reservado, contento de sentarse y ver la vida pasar en lugar de participar activamente en ella. Hasta que conoció a Sydney y ella le obligó a intervenir. Con ella, había sido más abierto, más espontáneo, más hablador de lo que había sido con nadie más. Después de que ella lo dejara, se había retirado de nuevo a su cáscara, donde había permanecido desde entonces.

“¿Luke?” Él salió de sus pensamientos para darse cuenta de que su risa se tornaba en preocupación. “¿Vas a subir?”

“Si estás segura de que quieres tener compañía.”

Ella hizo un gesto hacia las escaleras. “Estoy segura.”

Mientras que subía las escaleras hasta el porche, sus manos se humedecieron y su corazón se aceleró, tal y como sucedía años atrás cuando era un adolescente agonizando por su primer amor. Nada había cambiado desde entonces. La quería tanto como antes, a pesar de todo lo que había sucedido, a pesar de todo el dolor que le había causado, aún la amaba.

“¿Estás bien, Luke?”

Por segunda vez en el día, alguien le miraba con preocupación. Al parecer, no se le estaba dando nada bien tratar de ocultar que volver a verla había sacudido su mundo.

En lugar de tratar de explicar su extraño comportamiento, sacó el regalo que llevaba escondido en su espalda. “Es para ti.”

Sus ojos se iluminaron con sorpresa y alegría. “¿Me has traído algo?”

“No te emociones demasiado,” dijo, de repente deseando haberle traído un regalo real en lugar de la estrella de mar muerta que ella estaba

desenvolviendo con tanta reverencia.

“Oh, Luke. Te has acordado,” dijo pasando un dedo por la estrella de mar. “Siempre me han encantado.”

“Sí, lo recuerdo.” ¡Menudo eufemismo! Se acordaba de cada maldita cosa de la que hubieran hablado, de cada maldito momento que hubiera sucedido entre ellos. Sí, se acordaba de todo.

“Es preciosa. ¿Dónde la has encontrado?”

“La vi en una de las rocas por el puerto durante la marea baja y bajé para conseguirla.”

“Me da mucha pena que una criatura tan gloriosa haya muerto.”

Su tristeza le revolvió las entrañas. Dios, ¿cómo se le había ocurrido traerle, de entre todos los regalos posibles, algo muerto? “Lo siento, no estaba pensando,” dijo haciendo intención de quitarle la estrella de mar, pero Sydney se aferró a ella.

“¿Por qué lo sientes? Es un regalo maravilloso.”

Luke quería pegarse un tiro por poner esa mirada pensativa en su hermoso rostro.

“No quiero ponerte triste.”

“Las cosas más absurdas me ponen triste estos días, pero luego, también encuentro felicidad en las cosas que no me hubiera parado a apreciar antes, como el regalo de un viejo amigo que se ha acordado de lo mucho que me gustan las estrellas de mar.” Se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla. “Gracias.”

Luke se quedó congelado en su lugar. El gesto rápido y espontáneo, tan típico de la Sydney que una vez había conocido, le dejó clavado y agradecido por las sombras oscuras en el porche que ocultaron su inmediata reacción a su toque. Había sido un error venir aquí cuando la necesitaba más que su próximo aliento. Era un error reiniciar algo que no iría a ninguna parte, algo que tendría el poder de dejarle destrozado de nuevo.

“Lo siento,” contestó ella sintonizando con su pesar. “No debería haber hecho eso.”

“No te disculpes. Es culpa mía, no debería haber venido.”

Ella le miró con esos ojos azules claros que nunca habían albergado ni una pizca de malicia. “¿Por qué?”

Miró al suelo, convocando toda la fuerza de voluntad que iba a necesitar para alejarse—por su propio bien esta vez. “No puedo hacer esto. Pensé que podría pero no puedo.”

“¿Qué es lo que no puedes hacer, Luke?”

“No puedo venir aquí y pretender ser tu amigo cuando eso no es lo que quiero.”

Ella hizo una mueca y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Luke odiaba haberle causado más dolor, como si no hubiera tenido ya más que suficiente.

“Entiendo,” dijo ella estoicamente. “Te hice mucho daño. ¿Por qué querías seguir siendo mi amigo?”

Luke pronunció una palabrota en un susurro que fue tan inapropiado, que pudo ver que la había sorprendido. “No es eso. Te has disculpado ya por eso y estoy siendo completamente sincero cuando digo que te he perdonado.”

“Entonces, ¿por qué no podemos ser amigos?”

Como si atada al extremo de una cuerda controlada por alguien más, la mano de Luke se alzó para acariciar su suave mejilla. “Porque lo que yo quiero de ti va mucho más allá de la amistad, y tú no estás preparada para eso.”

“Luke,” susurró ella agarrando su muñeca. Volvió la cara hacia su mano y le dio un beso en la palma.

Un temblor le recorrió de pies a cabeza. Nunca nada le había electrificado de la forma que ella hacía. Con gran renuencia, retiró la mano. “Lo siento. Me gustaría poder estar cerca de ti y no querer nada más, pero no puedo.”

“Cuando sucedió,” dijo tentativamente, “el accidente quiero decir...nunca imaginé que llegaría un momento en mi vida en el que estaría lista...para volver a intentarlo, con otra persona. Pero ahora, ha pasado más de un año y ya no me resulta tan difícil imaginarlo.”

“Syd,” dijo, sacudiendo la cabeza. “Sé que estás a gusto conmigo porque estás acostumbrada a verme, porque una vez sentiste algo por mí, pero no podría soportar la idea de ser tu chico de rebote o de transición, o lo que quiera que fuera.”

Finalmente ella se atrevió a mirarle, y lo que vio en sus ojos y en su rostro hizo que su corazón diera un vuelco. “El hecho de que las cosas terminaran como lo hicieron entre nosotros no significa que ya no sintiera nada por ti, y jamás te usaría para demostrar algo ni a mí misma ni a nadie. Significas mucho para mí y después de lo que te hice anteriormente...” Su voz se desvaneció.

“¿Qué estás diciendo?”

“Estoy tratando de decirte que no quiero que te vayas.”

Luke se dijo a sí mismo que debía salir de allí pitando mientras aún

podiera, pero de alguna manera sus piernas no parecieron captar el mensaje.

Ella apoyó las manos en su pecho. “No sé con seguridad para qué estoy lista y para qué no, todo lo que sé es que no quiero que te vayas.”

Contra su mejor juicio, Luke posó las manos en sus caderas y la atrajo hacia sí con la esperanza de que ella no pudiera notar las reacciones que su cercanía suscitaban en su cuerpo. La última cosa que quería era asustarla dejándole ver lo desesperadamente que la deseaba. A medida que sus brazos la rodearon, ella se relajó contra su cuerpo y él se acordó de cómo solían encajar perfectamente. La dulzura de ese recuerdo, el olor familiar de su cabello y lo desesperante que era la situación, hizo que deseara tomarla con todas sus fuerzas.

Él la abrazó contra él tratando de convencerse todo el tiempo de que estaba siendo demasiado imprudente. Esta era su carretera hacia el desastre—y probablemente también la de ella.

“Syd,” dijo apartándose de ella. “Creo que voy a irme. Quiero que pienses sobre esto. Necesitas estar segura de estar lista.” Enmarcó su cara y la instó a mirarle a los ojos. “Si empezamos esto de nuevo...”

“¿Qué?” Preguntó ella, sin aliento.

“La última vez que te alejaste de mí, yo era un chico sin opciones. Ahora soy un hombre adulto, y no voy a dejar que te marches de mi lado tan fácilmente.”

Ella abrió la boca como si tuviera algo que decir a eso, pero entonces cerró los ojos con fuerza y permaneció callada.

Luke no pudo resistir la tentación de rozar un suave beso sobre esos labios tan perfectos que habían dominado sus fantasías durante tanto tiempo.

En el momento en que sus labios entraron en contacto, sus ojos se abrieron.

“Piensa largo y tendido, Syd. Asegúrate de que esto es realmente lo que quieres. Asegúrate de que estás lista.”

“Luke—”

Él puso un dedo sobre sus labios para detenerla. “No me importa si es mañana o la próxima semana o el próximo verano o dentro de dos. Estaré aquí y siempre serás bienvenida. Si piensas que nunca estarás lista para ello, también lo entenderé.”

“Eso es una locura,” dijo ella. “No puedes esperarme para siempre.”

“Ya lo hago. Nunca he conocido a nadie que me guste más que tú, así que después de un tiempo, dejé de buscar.” La besó en la frente porque no se atrevió a besarla en la boca de nuevo. Si lo hacía, tal vez no sería capaz de

parar. “Ya sabes dónde encontrarme.”

Antes de que empezar a pensar que tal vez no volvería a verla jamás, Luke salió de allí. Sin mirar atrás, bajó las escaleras, cruzó el patio y fue hacia los juncos. Solo cuando estuvo remando su bote a través de estanque, se permitió tomar aire de nuevo. ¿Qué demonios acababa de hacer?

Capítulo 4

Sydney pasó la semana después de que Luke le hiciera su oferta sintiéndose como si estuviera avanzando a través de arenas movedizas. El letargo que se cernía sobre ella le recordaba en cierto modo a los días y semanas que siguieron al accidente. La falta de rumbo se apoderó de ella. Le costaba decidir qué comer o cómo pasar sus días y estaba durmiendo demasiado de nuevo.

Buddy estaba preocupado por ella, podía verlo en sus solemnes ojos mientras observaba cada uno de sus movimientos.

Sydney estaba harta consigo misma cuando Maddie la llamó y la invitó a una noche de chicas con su hermana Tiffany, su cuñada Janey y algunas de sus otras amigas. La primera inclinación de Sydney fue a decir que no dado que la idea de ducharse, peinarse, maquillarse y elegir algo bonito que llevar le parecía abrumadora.

Pero luego Buddy le dio un golpe con el hocico y dejó escapar un suave gemido, como si le estuviera pidiendo que lo hiciera por él.

“De acuerdo, Buddy, si significa tanto para ti.”

Él ladró y movió su peluda cola.

Por primera vez en esa semana, Sydney se echó a reír. Se duchó, se depiló las piernas y encontró un bonito vestido de verano que mostraba el ligero bronceado que había adquirido mientras paseaba a Buddy.

Se cepilló el pelo hasta que le sacó brillo y se puso un maquillaje que resaltaba sus ojos. Mientras se aplicaba el rímel, contuvo el aliento ante el recuerdo de las burlas de Seth sobre lo diferente que estaba cuando llevaba maquillaje. Él la prefería al natural. Sydney se tomó un momento para absorber el golpe. Su marido había sido un hombre muy bueno y decente, así como guapo y divertido. Estaba tan lleno de vida y planes que aún le resultaba imposible creer que verdaderamente se hubiera ido.

Cuando Maddie llegó un poco más tarde a recogerla, Sydney pensó que estaba más guapa que nunca. Había hecho todo lo posible para que no se le notara lo mal que lo estaba pasando últimamente con su máscara de pestañas. Se le ocurrió entonces que esos momentos estaban ocurriendo cada vez con menos frecuencia. Curiosamente, eso la entristeció.

Aunque sabía que era saludable estar recuperándose de la explosión inicial de su terrible dolor, también se sentía culpable por ello. ¿Qué derecho tenía a seguir adelante con su vida cuando sus hijos no tendrían *ninguna* vida? ¿Cuando el dulce y maravilloso Seth se había ido para siempre?

“Estás preciosa, Syd,” dijo Maddie abrazándola.

“Tú también.” Maddie llevaba un top de gasa sobre unos pantalones blancos pesqueros.

“Parezco una ballena,” dijo con un bufido.

“Una ballena muy bonita.”

“Vaya, gracias.”

Sydney le dio a Buddy unas palmaditas en la cabeza y plantó un beso en su trufa. “Pórtate bien mientras que estoy fuera.”

El perro se sentó y la miró con esos solemnes ojos mientras que ella salía por la puerta con Maddie.

“Es tan adorable,” dijo Maddie. “Qué chico más bueno.”

“No solía ser así.” Un rayo de dolor atravesó a Sydney al recordar al Buddy de antes del accidente. “Era un temible destructor—de *todo*. Solíamos bromear diciendo que su capacidad auditiva no estaba hecha para mi voz ni la de Seth. A Max era al único al que hacía caso. Parecían estar unidos por una cuerda invisible. Después de lo que pasó...el pobre estuvo fuera de la puerta de su habitación llorando sin parar durante seis meses.”

“Dios,” dijo Maddie. “Pobrecito.”

“Un día me desperté y estaba durmiendo junto a mí, fue entonces cuando se convirtió en mi perro. Ni una sola vez desde que Max murió ha hecho nada malo, ni siquiera travesuras. Ha tenido un comportamiento ejemplar desde entonces, lo cual es un poco triste.” Sydney miró a su amiga y vio lágrimas en sus ojos. “Lo siento, no pretendo ser una llorica todo el tiempo.”

“Oh, por favor, no pienses que eres eso en absoluto. Solo me siento muy mal por Buddy—por los dos. Aún no puedo entender cómo ha podido pasar una cosa así.”

“Estoy mejor, y él también.” A pesar de la tormenta de la última semana, el tormento de la oferta de Luke, Sydney no podía negar que estaba mejor que nunca. Mucho mejor. Pero, ¿habría avanzado lo suficiente como para estar lista para darle otra oportunidad al amor? Esa era la gran incógnita. Hasta que estuviera segura, ¿cómo iba a jugar con su corazón o el de Luke sobre todo cuando ya le había causado un tremendo dolor anteriormente?

“¿He desenterrado malos recuerdos?” Le preguntó Maddie mientras atravesaban la ciudad para reunirse con las demás chicas.

“De ningún modo.”

“¿Qué has estado haciendo durante toda la semana?”

“Me lo he estado tomando con calma. El año escolar ha sido especialmente

agotador.” Quería contarle a Maddie lo que había ocurrido con Luke, pero de alguna manera no se atrevía a compartirlo.

“No puedo imaginarme lo que tiene que ser encargarse de veinte niños de siete años. Uno solo de dos años me está matando.”

Sydney se echó a reír. “Realmente lo notas después de diez meses, aunque estoy segura que a la larga lo voy a echar de menos.”

“¿Echarlo de menos? ¿Qué quieres decir?”

Sydney le contó a Maddie sobre su decisión de dejar el trabajo—y sus motivos para ello.

Durante un largo rato, Maddie se quedó callada y pensativa. “Entonces, ¿qué vas a hacer ahora?”

“Todavía no estoy segura, espero averiguarlo a lo largo de este mes, mientras que todavía esté aquí.”

“Deberías quedarte aquí con nosotros de forma permanente. Este es tu lugar preferido en el mundo de todos modos.”

Sydney se rio del intento descarado de Maddie por convencerla de que no se marchase. “Me gusta sentirme querida.”

“Aquí estarás muy ocupada. Te sorprenderías de todas las cosas que pasan por aquí en la temporada de invierno.”

“Tú estarás muy ocupada para ese entonces con tu nuevo bebé.”

“Eso es cierto,” dijo Maddie. “Apenas puedo hacerme con el que tengo, no sé cómo me las voy a apañar con dos.” Ella se quedó sin aliento. “Dios, lo siento. No dejo de meter la pata.”

“¿Podemos hacer un trato? ¿Ahora mismo?”

Todavía afligida, Maddie asintió.

“¿Podemos seguir mirando hacia adelante? Has dicho algo que cualquier madre con un niño de dos años y otro en camino habría dicho.”

“No quiero parecer insensible.”

“No estás siendo insensible. Esta es tu vida en este momento, y no quiero que camines sobre cáscaras de huevo a mi alrededor. Si piensas algo, dilo. Por favor, no te contengas ni midas tu palabras porque algo tan terrible me haya pasado.”

“Espero que sepas que no me estaba quejando. Soy muy afortunada, y lo sé.”

“Nunca des todas las cosas tan maravillosas que tienes por sentado.”

“¿Tú lo hiciste?” Preguntó Maddie vacilantemente. “¿Diste lo que tenías por sentado?”

“¿Acaso no lo hacemos todos de vez en cuando? Siempre estuve muy agradecida de lo que tenía, pero no sé si tanto como debería haberlo estado. Cuando pienso en los niños, a veces todo lo que puedo recordar es las veces que les gritaba por ponerlo todo perdido de barro o por dejar sus juguetes por el medio.”

“Eso es algo que todas las madres hacen con sus hijos.”

“Lo sé, pero es más que eso. Tú misma te darás cuenta cuando tus hijos sean más mayores. Te dejas atrapar por el trabajo, la escuela, los amiguitos del colegio, las fiestas de cumpleaños, los deportes, y los días pasan en un torbellino de actividad. Pasaron semanas y la única conversación que tuve con Seth fue sobre el equipo de beisbol de Max o sobre a quién le tocaba ayudarles con las tareas.”

“Puedo entenderlo. Hay días que solo consisten en que Mac y yo nos aseguremos de dar de comer a Thomas, bañarlo y meterlo en la cama antes de que nos desmayemos de cansancio. No puedo entender cómo una vez fui capaz de hacerlo todo yo sola.”

“Me alegro tanto de que hayas encontrado a un gran tipo, Maddie. Nadie merece ser feliz más que tú.”

“Ah, gracias. Eso es muy dulce por tu parte. ¿Crees, ya sabes, que alguna vez estarás lista para...?”

“¿Aventurarme a salir con chicos de nuevo?”

Maddie asintió. “No quiero entrometerme en tu vida personal, simplemente me resulta muy difícil imaginarte sola el resto de tu vida. Siempre has tenido mucho éxito con la gente en general. Yo era increíblemente tímida cuando éramos niñas y tú en cambio eras la Señorita Sociable.”

“Me he vuelto un poco más introvertida—incluso antes del accidente, pero no me gusta nada la idea de estar sola para siempre, así que supongo que recorreré de nuevo esas aguas infestadas de tiburones con el tiempo.” Pensó en Luke y en lo que le había propuesto hace una semana. “Tal vez más pronto que tarde.”

“¿Hay algo que no me hayas contado? ¿Ha seguido viendo a tu visitante nocturno?”

“No en la última semana más o menos.” Ella miró por la ventana, con ganas de contarle a Maddie sobre la última visita de Luke pero temerosa de decir las palabras en voz alta.

Maddie se detuvo en un estacionamiento detrás del Beachcomber, apagó el motor y se volvió hacia su amiga. “¿Qué me estás ocultando?”

Sydney vaciló pero solo por un segundo. ¿A quién quería engañar? Se moría por contarle lo que había pasado. Después de haberle relatado toda la historia,

Maddie se quedó mirándola, perpleja. “Di algo, ¿quieres?”

“¿Qué vas a hacer?”

“No lo sé. Una parte de mí quiere correr a él y *vivir* de nuevo, ¿sabes? Pero la otra parte no quiere aprovecharse de un buen tipo al que ya ha herido lo suficiente en el pasado. ¿Qué derecho tengo a hacerle eso?”

Maddie se tomó un momento para pensar. “Creo que, cuando te hizo esa oferta, él ya estaba asumiendo ese riesgo.”

“Sería una locura que me diera esa oportunidad. Mi vida es un desastre en este momento.”

“No es desastre. Está en transición y es normal que tengas miedo de empezar algo para lo que podrías no estar del todo preparada.”

“¿Pero?”

“Sabes de sobre que Luke es un buen tipo, y lo que tendrías con él.”

“Eso es verdad.”

“¿Todavía le quieres, Syd?”

Se había preguntado lo mismo una y mil veces a lo largo de la semana. “Oh Dios, no lo sé. Una parte de mí sospecha que nunca dejé de quererle. Pensé en él con demasiada frecuencia en los últimos años. Incluso cuando me casé, pensé en él. Odio decir eso porque suena muy desleal hacia Seth, y yo no quiero ser así, pero no puedo negar que siempre me acordé de él.”

“Bueno, él te ha dejado las cosas claras y no ha puesto tiempo límite a su oferta, yo me dejaría llevar a ver qué pasa.”

“Eso es lo que he pensado yo también, más o menos.”

Maddie levantó una ceja. “¿Más o menos?”

“No puedo negar que me siento tentada. Solo estar cerca de él hace que me agite y que mis rodillas tiemblen como hacían cuando estuve con él en nuestra adolescencia.”

Riendo, Maddie dijo, “Chica, estás totalmente colada.”

“¿Es por eso por lo que me he estado sintiendo tan *miserable* durante toda la semana?”

“Me temo que sí.” Se bajaron del coche y se pasearon de la mano hacia el emblemático hotel. “Cuando Mac se mudó a mi casa para cuidar de mí y de Thomas después de haberme tirado de mi bicicleta, me di cuenta al poco tiempo de que estaba enamorada de él hasta las trancas. Perdí demasiado

tiempo tratando de pensar los motivos por los que nunca funcionaría entre nosotros en lugar de contemplar cómo podría funcionar a la perfección.”

“¿Qué te hizo cambiar de opinión?”

“Mac. Puede ser *muy* convincente cuando pone su mente en algo.”

“No me imagino a Luke haciendo algo así. Es mucho más reservado y ya me dejó claro que no iba a presionarme. La pelota está ahora en mi campo.”

“Eso no significa que no vaya a tratar de convencerte de que le des una oportunidad.”

Mientras que Sydney le daba vueltas a esa posibilidad, llegaron a la sala del Beachcomber, donde un trío estaba tocando música en vivo. La pequeña pista de baile estaba llena de parejas y casi todos los asientos del bar estaban cogidos.

La hermana de Mac, Janey, la de Maddie, Tiffany, Abby, la dueña del Ático de Abby, y varias otras mujeres que Maddie conocía de su trabajo en el McCarthy’s Gansett Inn, las estaban esperando. Maddie hizo las presentaciones, y todas hicieron que Sydney se integrara de inmediato. No tenía dudas de que Maddie les habría informado sobre su tragedia, pero a diferencia de las reuniones sociales en casa, donde Sydney se sentía generalmente como una apestada, ahí se sentía mucho más cómoda.

“Janey,” dijo Maddie mientras tomaba un sorbo de su refresco, “tienes que contarle a Syd cómo acabasteis Joe y tú juntos.”

Después de muchos chillidos, vítores y silbidos, Janey agitó las manos para acallar a las demás. Era una chica pequeña y rubia, pero parecía compensar su falta de altura con una personalidad más grande que la vida. “Yo estaba comprometida con otra persona,” comenzó Janey. “Había estado con David, un estudiante de medicina que residía en Boston, durante trece años.”

“¿Puedes *creerlo*?” Preguntó Maddie.

Asombrada, Sydney sacudió la cabeza. “Eso sí que es un noviazgo largo.”

“Demasiado largo, tal como descubrí después cuando le pillé en la cama con otra mujer.”

Sydney se quedó sin aliento. “¡No puede ser! ¿Qué hiciste?”

“Después de salir corriendo de su apartamento, mi coche se averió. Llamé al mejor amigo de Mac, Joe, quien siempre había sido como un quinto hermano para mí, y él vino a mi rescate.”

“En más de un sentido,” dijo Tiffany con un resoplido mientras que las otras mujeres aullaban de risa.

Janey se puso roja. “Resulta que,” dijo, “Joe había estado secretamente

enamorado de mí durante *años*. Hemos estado juntos desde entonces.”

“Qué historia más bonita,” dijo Sydney.

“Te has dejado fuera algunas partes muy importantes,” dijo Maddie con una mirada mordaz a su cuñada. “Habían estado juntos muy poco tiempo cuando Janey se enteró de que, tras haber estado soñando con ello todo su vida, había sido aceptada en la facultad de veterinaria del Estado de Ohio. Joe es el dueño de la Compañía de Ferries de Gansett Island, por lo Janey asumió por su cuenta que naturalmente no podría irse a Ohio con ella.”

“Me sentía incapaz de tener otra relación a distancia,” dijo Janey con tristeza, “así que cometí el supremo error de romper con él.”

Maddie se echó a reír, un sonido contagioso que rápidamente se extendió alrededor de la mesa. “Él se la echó al hombro, la sacó a la fuerza de nuestra boda y le hizo ver que no habría *nada* que no haría, nada a lo que no renunciaría, ningún lugar en el mundo al que no iría, con tal de estar con ella. ¡Tan romántico! Y, le propuso matrimonio—*¡en la cama!*”

Janey le sacó la lengua. “No podías evitar contar eso último, ¿verdad?”

“¡Es la mejor parte! Ahora están de vuelta tras su primer año en Ohio y, ¿cómo va todo exactamente?”

“*Sublime*,” dijo Janey con una soñadora sonrisa que suscitó más gritos de sus amigas.

Satisfecha con la historia, Maddie se sentó con los brazos cruzados y le envió a Sydney una mirada calculadora. “Es interesante, ¿verdad, Syd? Que Janey pensara que estaba haciendo lo mejor para *él* cuando en realidad *ella* era lo mejor para él.”

Maddie McCarthy, al parecer, era mucho menos sutil que Maddie Chester había sido una vez. Sydney levantó su copa en un brindis hacia su amiga. “Touché.”

Maddie meneó sus cejas hacia ella, y luego su expresión cambió de repente. “Bueno, ¿*qué* creéis, que *están* haciendo aquí?”

Sydney miró hacia atrás para ver a Mac, Luke y otro chico que supuso que sería Joe acercándose a la barra del bar.

“Vigilarnos, sin duda,” dijo Janey, aunque su cara se iluminó de alegría al ver a Joe.

El corazón de Sydney comenzó a latir a toda marcha mientras fijaba sus ojos en Luke, sorprendida al darse cuenta de que lo había echado terriblemente de menos desde que lo había visto por última vez. ¿Cómo podía ser *posible*? ¡Solo había hablado un par de veces con él en diecisiete años!

“Mmm,” dijo Tiffany. “Ese Luke Harris está como un tren.” Añadió un gruñido depredador a su declaración que puso los nervios de Sydney de punta.

Oh, Dios mío, pensó. ¡Estoy celosa!

“Creo que no necesito recordarte, querida hermana, que está casada,” dijo Maddie. “Además, he oído que Luke está saliendo con alguien.”

Mientras que Sydney se tragaba un gemido, Janey se intervino. “¿Con quién está saliendo? ¡Nunca le he visto saliendo con nadie!”

“Eso no es cierto.” Maddie le lanzó otra pícaro mirada a Sydney. “Él y Syd salieron hace años, durante la escuela secundaria.”

“¿Ah sí?” Dijo Janey. “Bueno, has debido calarle tan hondo que ahora no puede siquiera fijarse en las demás mujeres.”

Sydney hizo una mueca ante el comentario burlón que le sonó demasiado familiar. Cuando estaba a punto de responder sin saber muy bien qué decir, tres hombres pecaminosamente guapos se acercaron a su mesa con unas botellas de cerveza y unas cautivadoras sonrisas. Bueno, dos de ellos estaban sonriendo. El tercero parecía tan desubicado como ella se sentía en estos momentos.

Sydney hizo un esfuerzo para respirar con normalidad mientras que se fijaba en cada detalle de la camisa blanca que llevaba con los botones superiores desabrochados y las mangas envueltas alrededor de sus fuertes antebrazos. No era que estuviera mirando muy de cerca, pero parecía llevar un diente de tiburón en una cuerda de cuero alrededor de su cuello. Algo en esa pieza de color blanco contra su bronceada piel era ridículamente sexy.

Sydney sintió que su cuerpo se agitaba, como si lo deseara. Había pasado tanto tiempo desde que había sentido otra cosa que no fuera una profunda devastación, que las emociones que Luke despertaba en ella eran abrumadoras como poco.

Mientras que Mac y Joe saludaban a las mujeres y le daban la mano a Sydney cuando Maddie hizo las presentaciones, Luke, como algo propio de él, se quedó atrás. En cuestión de un minuto, Maddie estaba sentada en el regazo de Mac, y Joe había sacado a Janey a bailar.

“Y eso que se supone que era una noche de chicas,” murmuró Maddie mientras se apoyaba en el amoroso brazo de su marido. “¿Qué has hecho con nuestro hijo?”

“Está con mis padres,” dijo Mac con un sugerente guiño mientras apoyaba una mano en su vientre de embarazada. “Están celebrando una fiesta de

pijamas.”

Maddie le dedicó una seductora sonrisa. “¿Ah sí?”

“Uh-huh,” contestó mientras la besaba.

Sydney estuvo a punto de huir al servicio de señoras cuando Luke se inclinó y le susurró al oído.

“Baila conmigo.”

Capítulo 5

Sin saber qué decir, Sydney le miró fijamente. “Um, bueno, de acuerdo.” Empezó a levantarse y se tropezó con la pata de una silla.

Luke reaccionó rápidamente y la agarró, y sus ojos se encontraron. Un zumbido de conciencia los traspasó a ambos.

Sydney no tenía ninguna duda de que todos en la mesa, así como toda la barra llena de personas estaban mirando cómo Luke envolvió su mano alrededor de ella para llevarla a la pista de baile.

Naturalmente, el trío musical escogió ese momento para cambiar el tempo a algo más lento y sensual. Sydney se preguntó si Luke les habría pagado para hacerlo. Esperaba que fuera un momento torpe e incómodo, pero Luke la atrajo sin problemas a sus brazos y los movió alrededor de la pista como si hubieran estado bailando juntos desde siempre. Sus dedos en su cuello enviaron unos escalofríos a través de su cuerpo.

Absorta en su limpio aroma a jabón y loción de afeitar cítrica, Sydney tuvo que recordarse a sí misma que debía seguir respirando. Había olvidado lo pequeña que parecía a su lado pero no se había olvidado de la ternura que siempre le había mostrado o la suavidad con la que siempre la había abrazado, tal como estaba haciendo ahora, como si fuera la cosa más preciada del mundo.

Se fijó en el diente del tiburón colgando del cordón de cuero alrededor de su cuello a la vez que se resistía a la ganas de tocarlo. “¿Encontraste el diente de tiburón o lo has comprado?”

“Lo encontré.” Él tiró de ella con más determinación y Sydney no tuvo más remedio que apoyar la cabeza en su pecho. Su corazón martilleaba debajo de su oreja, y ella se sintió aliviada al saber que no era la única afeitada por el baile.

“Bueno, ¿cómo has estado?” Le preguntó él.

“Bien, bastante bien. ¿Tú?”

“Genial.”

“Oh, ¿en serio?”

“No,” dijo, riendo suavemente. “He estado fatal.”

Sydney levantó la cabeza para mirarlo. “¿De veras?”

Con sus ojos oscuros fijos en ella, Luke asintió con la cabeza.

“Yo también,” confesó Sydney.

“En caso de que te lo estés preguntando, no sabía que estabas aquí esta noche.”

“Ya, me he dado cuenta de lo sorprendido que estabas de verme.”

“Gratamente sorprendido.” Sus dedos se deslizaron desde el cuello hasta el hombro, sembrando un camino de sensaciones a su paso.

Demasiado pronto, la canción llegó a su fin y Luke se apartó de ella. “Me vendría bien un poco de aire,” dijo. “¿Quieres salir fuera conmigo?”

A pesar de que ella sabía que a la mañana siguiente no se hablaría de otra cosa en la isla que no fuera su escapada juntos, Sydney tomó su extendida mano y se fue con él hasta el oscuro porche del hotel. Se quedaron mirando hacia la concurrida calle por debajo de ellos, así como el dique que formaba el puerto y el muelle del ferry, donde un barco solitario esperaba para hacer su primer viaje de la mañana a la parte continental.

La brisa que procedía del mar era caliente pero la piel de Sydney se erizó por motivos que no tenían nada que ver con la temperatura del ambiente, sino con el hombre de pie junto a ella.

“Te he echado mucho de menos, Syd.”

Ella se volvió hacia él, a punto de dar un paso del que no estaba muy segura de estar lista para dar. “Yo también te he echado de menos.” Pasándose la lengua por los labios, aventuró una mirada hacia él. “He pensado mucho en lo que dijiste.”

Luke metió un mechón de pelo por detrás de su oreja y dijo, “¿Y?”

“No tengo ni idea de lo que estoy haciendo ahora mismo, estoy hecha un desastre.”

Él puso sus brazos alrededor de ella. “No digas eso.”

¿Cómo lograba hacer eso con tanta facilidad? ¿Cómo se las arreglaba para hacer que se sintiera en un mundo de seguridad cuando estaba a su alrededor?

Casi como si no pudiera resistirse, él bajó la cabeza y la besó.

“Luke—”

“¿Hmm?” La besó de nuevo. “¿Te he dicho lo preciosa que estás esta noche?”

Efectivamente, sus rodillas se debilitaron, y ella se acercó a él. Al principio, solo apretó los labios suavemente sobre los de ella, haciéndole saber que el próximo movimiento dependía de ella. Cuando ella se dio cuenta de lo que estaba haciendo, dándole el poder de decidir por los dos, no pudo resistirse y pasó la lengua suavemente sobre su labio inferior.

Eso atrajo un gemido torturado desde muy dentro de él.

Envalentonada, lo hizo de nuevo, esta vez adentrando la lengua un poco más en su boca. Su unión le resultaba familiar pero nueva al mismo tiempo. Su

sabor, la textura de sus labios, la forma en que la sostenía tan cerca, era lo más especial del mundo. Ella le tentó, pero él se contuvo.

“Luke,” dijo sin aliento.

“¿Qué, cariño?”

“Quiero que me beses. ¿Me besas, por favor?”

“Con mucho gusto.”

Mientras que Sydney esperaba a ver qué iba a hacer, él roció suaves besos por su cara antes de volver la atención a su boca. Una vez más, comenzó suave y tiernamente, como si tratando de asegurarse de que estuviera convencida antes de ir más lejos.

En el momento en que sintió su lengua acariciando sus sensibles labios, sintió la necesidad de pedirle más. El remolino de lenguas y dientes y la abrumadora pasión entre ambos continuó hasta Sydney no supo cómo era capaz aún de mantenerse en pie.

“Dios,” susurró. “Syd...” Luke tomó su mejilla y siguió besándola.

A medida que sus cuerpos se tensaron contra el otro, Sydney se apretó contra él y sus erectos pezones rozaron su pecho. Luke deslizó su mano libre por su espalda para alinearla contra su erección.

Unas voces cada vez más cercanas al porche hicieron que se sobresaltaran y se separaran de golpe.

Respirando con dificultad, se miraron en la oscuridad, sorprendidos al descubrir que todo lo que alguna vez habían sentido estaba todavía ahí y había permanecido latente, esperando la oportunidad para recordarles lo que habían compartido hacía tanto tiempo.

“¿Quieres venir a mi casa a cenar mañana por la noche?” Le preguntó.

Agitada por el apasionado beso, Sydney siguió mirándole.

“Es tu elección, Syd.”

“Yo eh...no sé, no lo sé.” De pronto, recordó la historia que Maddie y Janey le habían contado antes. Janey había hecho lo que creía que era lo mejor para Joe, lo cual había resultado ser la *peor* cosa que podía haberle hecho.

“¿Qué es lo que no sabes?” Preguntó Luke. “Dímelo.”

“Tengo miedo.”

Sus dedos recogieron su pelo en una improvisada coleta como solían hacer cuando hacían el amor en la playa. “¿De qué, cariño?”

“De hacerte daño de nuevo. Tendré que volver a casa después del Día del Trabajo. Dado cómo acabaron las cosas entre nosotros antes—”

“Borrón y cuenta nueva, ¿recuerdas?”

“No puedo prometer que no vaya a hacerte daño otra vez. Ojalá pudiera, pero no puedo.”

“¿Recuerdas lo que te dije la otra noche acerca de ser un niño sin opciones la última vez que estuvimos juntos?”

Ella asintió con la cabeza.

“Esta vez, soy un adulto con los ojos bien abiertos y consciente de lo que puede pasar.”

“Aun así...”

Con solo la punta de su dedo índice bajo su barbilla, él la obligó a mirarle. “Me has dejado las cosas muy claras, Syd, estoy más que advertido.” Él la besó suave y dulcemente, sin la urgencia que había mostrado antes. “Ven a cenar y tráete a Buddy. Sin presiones, sin expectativas, solo una cena.”

“Yo—”

Él apoyó un dedo en los labios. “Ven si quieres, o no vengas si no te parece buena idea, de cualquier manera, depende de ti.”

“Puedes ser realmente encantador cuando pones tu mente en algo.”

Su sonrisa transformó toda su cara y Sydney recordó el momento en que se dio cuenta de eso por primera vez. “¿De veras lo crees?”

“Uh-huh.”

“Será mejor que volvamos dentro antes de desatar todas las alarmas de Gansett.”

“Creo que ya es tarde para eso.”

“Lo siento,” dijo él con un genuino arrepentimiento.

Sydney se dio cuenta de que lo había pillado de improviso cuando se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla. “Yo no, ha merecido la pena.” Antes de que Luke pudiera responder a su audaz declaración, ella lo dejó para reunirse con sus amigas.

Sydney se pasó todo el día siguiente debatiendo consigo misma sobre si debía o no aceptar la invitación de Luke. Limpió su gran casa victoriana, cambió las sábanas, fue a la compra y paseó a Buddy. En un momento, pensaba que finalmente diría que sí y al siguiente pensaba que era un disparate.

A las cuatro de la tarde estaba ya harta de darle tantas vueltas a la cabeza.

“Es solo una cena,” le dijo a Buddy.

Él la miró fijamente, casi como si le estuviera dando a entender que no se lo creía ni ella.

“¿Te he contado que me besó?”

La mirada de Buddy se mantuvo inflexible.

“Fue un buen beso. Un beso *muy* bueno.” Ella subió las escaleras con el perro detrás. “Si iré a su casa, sucederá de nuevo.”

Se tendió en la cama.

Buddy saltó y se sentó a su lado.

Ella pasó los dedos por su sedoso pelo. “Quiero ir,” susurró. “¿Me convierte eso en una mala persona?” Sydney se dio cuenta de que en realidad estaba esperando que Buddy la respondiera pero en su lugar, el perro dejó escapar un profundo suspiro, como si tanta indecisión le molestara. “Sé lo que quieres decir, Buddy. Yo también estoy harta de mí misma.”

Sydney se quedó mirando el ventilador del techo durante un largo tiempo. “Está bien, iré, pero solo si vienes conmigo.”

Él extendió su pata.

Sonriendo, Sydney la tomó y le dio una sacudida. “Trato hecho.”

Mientras que el sol se hundía bajo el estanque, Sydney tomó una botella de vino y los brownies que había horneado y se dirigió hacia el coche con Buddy siguiendo sus pasos.

Conducir por las viejas y conocidas carreteras que llevaban a casa de Luke le trajeron un montón de recuerdos de su vieja camioneta, de largas noches y la brisa de verano, del primer amor y un palpitante deseo.

No podía recordar la última vez que había estado tan nerviosa, al menos no había dudado sobre qué ponerse. Había elegido una falda vaquera, una camiseta blanca y par de sandalias. Luke era la persona más informal que había conocido, por lo que no tenía mucho sentido engalanarse para él. Nunca se había dejado impresionar por las cosas obtusas ni llamativas.

Tiró por el largo camino de tierra que conducía hasta su casa y al doblar la esquina, los nervios que se habían asentado en su estómago durante todo el día, volvieron a surgir. *¿Qué estoy haciendo? Ni siquiera me ha dicho la hora. ¿Y si no está en casa?*

Su casa cálidamente iluminada apareció a la vista. Por lo menos ahora sabía que estaba. Aparcó junto a su camioneta verde oscura que estaba estacionada detrás de la casa. Antes de que se acobardara, abrió la puerta del coche.

En un movimiento que le recordó al Buddy que una vez había conocido, el perro saltó sobre ella y echó a correr en la oscuridad. “Genial,” murmuró mientras cogía el vino y los bizcochos de chocolate y le seguía.

“¿Este muchacho es tuyo?” Preguntó Luke, sonriendo mientras esperaba con un jadeante Buddy esperando a su lado.

Sydney tragó saliva y trató de ignorar la piel de gallina que estalló por todo su cuerpo ante el sonido de su profunda voz.

“Digamos que no sale mucho,” dijo Sydney.

“Ya tenemos algo en común.”

“¿Sigues siendo una persona hogareña?” Le preguntó ella mientras que Luke le hacía un gesto para que le siguiera por el camino iluminado hasta la puerta.

“Algunas cosas no cambian nunca.”

Y eso, Sydney decidió, era reconfortante.

“No estaba segura de a qué hora—”

“Pensé que no vendrías—”

Se volvió hacia ella, sonriendo. “Me alegro de que lo hayas hecho.”

“Yo también,” respondió mientras le entregaba el vino y el postre.

“No tenías que haberte molestado en traer nada.”

“No es ninguna molesta.”

“Pasa, por favor,” Luke la hizo entrar en la modesta casa estilo rancho con unas vistas al agua que valdrían más de un millón de dólares.

Hubo un tiempo en el que esa casa había sido como un segundo hogar para ella y los recuerdos empezaron a llegar de nuevo al ver que casi nada había cambiado. La madre de Luke siempre había sido muy acogedora y les había apoyado desde el principio, a diferencia de sus padres que habían mirado su relación con desagrado, por lo que habían pasado mucho más tiempo aquí que en su casa.

Miró a su alrededor hacia los sofás cómodos pero desgastados, las estanterías rebosantes y el elaborado telescopio, que era nuevo.

“Lo sé—tengo que redecorar,” dijo Luke. “Parece que nunca puedo sacar tiempo para ello.”

“Siempre me ha gustado lo agradable que es esta habitación.”

“Especialmente en el invierno con la estufa de leña encendida.” Le hizo gesto para que le siguiera hasta la cocina. “¿Puedo ofrecerte algo de beber?”

“¿Qué tienes?”

“Cerveza, soda, vino, agua...”

“Un poco de vino está bien.”

Luke le ofreció el chardonnay que ella había traído y un pinot noir.

Syd eligió el chardonnay, y cuando lo vio abrir la botella, no pudo negar

que había algo en su interior que la empujaba hacia él. Pero, ¿sería comodidad? ¿La historia que tuvieron previamente? ¿Lo familiar que parecía todo? ¿O era algo totalmente nuevo? No estaba del todo segura, por lo que se concentró en la comida que estaba preparando. “¿Qué estás haciendo?”

“Una receta de mi propia invención—carne con verduras y patatas, todo ello volcado en un recipiente de aluminio con salsa teriyaki o barbacoa y a la parrilla. Voila. La cena.”

“Suenan fabuloso.”

“Y muy fácil de hacer.”

“Me gustan las cosas fáciles.” Tan pronto como las palabras salieron de su boca, su rostro se calentó por la vergüenza que la recorrió, que se agravó cuando él se echó a reír por lo bajo.

“Lo tendré en cuenta.”

Necesitando hacer algo con sus manos de repente inquietas, Sydney cogió el cuchillo. “¿Qué puedo ir haciendo?”

Luke puso sus manos alrededor de las suyas y le quitó el cuchillo. “Nada en absoluto, hoy eres mi invitada.”

Sydney sintió una descarga de electricidad cuando sus manos entraron en contacto. “Eso no quiere decir que no pueda ayudar.”

Luke la dirigió hacia los taburetes de la barra. “Eso es exactamente lo que quiere decir.”

“Muy bien,” dijo Syd mientras se acomodaba en uno de los taburetes. “Si insistes.”

“Insisto. ¿Qué tal fue tu día?”

Ella no podía admitir exactamente que no había consistido en otra cosa más que en decidir si aceptar su invitación o no. “Normal, me he dedicado a las tareas del hogar,” dijo. “Nada emocionante. ¿Qué tal el tuyo?”

“Muy emocionante. El típico día de verano en McCarthy’s. Barcos que van y vienen y Mac Padre jugando al Wiffle con los niños en el muelle.” Mientras hablaba se dedicó a cortar las patatas y los pimientos. “Perros, familias, bicicletas, comidas, el caos habitual.”

Sydney sonrió ante la imagen que dibujó en su mente. “Entonces, ¿el señor McCarthy sigue trabajando?”

“Todos los días, a pesar de que no tendría por qué con Mac y yo como encargados del lugar.”

“¿Qué tal os va? ¿Con Mac quiero decir?”

Luke se encogió de hombros. “Es un tipo genial, al igual que su padre. En

realidad nada ha cambiado.” Abrió la vieja nevera y sacó un recipiente de plástico. “¿Qué prefieres? ¿Pollo o carne? ¿Teriyaki o barbacoa?”

Sydney contempló sus opciones. “Me quedo con el pollo y la salsa barbacoa.”

“Entonces yo tomaré la carne con teriyaki. Podemos compartir si quieres.”

“Perfecto.” A pesar de que la atracción que sentía hacia él era un hándicap no muy a su favor esta noche, Sydney se dio cuenta de que estaba más relajada de lo que había estado en meses.

“Sal fuera conmigo mientras que aso la carne,” dijo Luke cuando rodeó el mostrador y se abrió camino hacia la terraza.

Sydney le siguió con Buddy detrás justo detrás de ella.

“Esperaba que pudiéramos cenar aquí si no hay mucha niebla,” dijo.

La noche seguía siendo clara y cálida, ideal para cenar al aire libre. “Qué vistas más increíbles,” dijo ella mientras se sentaba en una de las dos confortables butacas. Mientras que la casa de sus padres daba a la laguna, la de Luke daba al mar con la laguna justo al otro lado del camino.

“Me gusta.”

La declaración fue muy propia de Luke, que acababa de reducir una vista que valdría millones de dólares a dos pequeñas palabras, lo que dibujó una sonrisa en ella.

Puso los recipientes de aluminio en una elegante parrilla de acero inoxidable y los tapó. “Quédate aquí un segundo,” dijo mientras llevaba la bandeja al interior y regresaba un minuto después con una botella de cerveza en la mano para sentarse en la otra butaca junto a ella.

Decidiendo que no era el momento de súplicas para que le dieran algo de esa carne que olía tan bien, Buddy se dejó caer sobre la cubierta.

Sydney dobló las piernas, se sentó sobre ellas y se volvió para poder mirar a Luke a la cara. Su pelo oscuro era tan sedoso como lo recordaba, su piel, muy morena por el sol y sus manos, fuertes y eficientes. Mientras lo estudiaba, sintió un sutil cambio que se produjo en su interior, como si algo se hubiera despertado. De repente era más consciente del chisporroteo de los alimentos cociéndose en la parrilla, los olores del mar y la hierba recién cortada, la ligera humedad en el aire caliente, el frío de la copa en su mano y la aguda punzada de deseo.

“¿Qué estás pensando?” Le preguntó.

“Que me gusta mucho estar aquí contigo de nuevo.”

Él se inclinó cerrando la brecha entre sus sillas y tomó su mano. “A mí

también me gusta mucho que estés aquí.”

Una vez más, su toque desató una reacción de hormigueo que obtuvo toda su atención. “¿Estás contento con tu vida, Luke?” No estaba segura de a qué venía tal pregunta, pero sentía curiosidad.

“Estoy contento.”

“¿Es lo mismo?”

Reflexionando sobre su botella de cerveza, él se encogió de hombros. “No soy *infeliz*.”

“¿Alguna vez piensas en hacer algo distinto?”

“Ya no tanto.”

“Había tantas cosas que querías hacer.”

“Ya, pero la vida pasa.”

Sydney sabía que la enfermedad de su madre lo había retenido en la isla cuando debería haberse marchado para asistir a la universidad. “¿Alguna vez te aburres?”

Él soltó una breve carcajada. “No, siempre hay cosas que hacer. Estamos trabajando mucho en el puerto deportivo este verano. El invierno pasado Mac y yo renovamos un par de cocinas y un baño. Mantener ese lugar requiere de mucho esfuerzo y dedicación por lo que siempre estoy muy ocupado.”

“¿Considerarías la posibilidad de vivir en algún otro lugar?”

“Depende.”

“¿De qué?”

Él la miró, sus ojos bailando con picardía. “De quién me pida que me mude.”

Capítulo 6

Mientras que Sydney absorbía esa declaración, Luke se levantó para comprobar la parrilla.

Movió un poco los recipientes y volvió a ella, apoyándose en la barandilla que rodeaba la cubierta. “¿A qué vienen tantas preguntas?”

“Lo siento, siento curiosidad por tu vida.”

“No tienes que disculparte. No ha cambiado mucho. Sigo siendo la misma persona sencilla de siempre. No necesito mucho para ser feliz.”

Hubo una vez que ella había amado eso de él—desesperadamente. Era completamente diferente a cualquier otra persona que jamás hubiera conocido, y lo seguía siendo.

“¿Qué necesitas?” Le preguntó Luke esta vez. “¿Para volver a ser feliz?”

“Estoy tratando de averiguarlo.”

Luke regresó a la otra butaca y se sentó frente a ella. “Tienes mucho valor.”

“¿Por qué?” Preguntó, perpleja.

“Por tratar de averiguarlo. Muchas personas que hubieran pasado por lo mismo que tú ya habrían renunciado a todo.”

“Yo también estuve a punto de hacerlo,” confesó. “Fue durísimo durante mucho tiempo después.”

“No puedo ni imaginármelo. Cuando me enteré de lo que había pasado, Dios, yo. . .sentí mucho *dolor* por ti.”

La emoción detrás de sus palabras pronunciadas en voz baja le llegó profundamente al corazón. “Gracias.”

“No he querido molestarte.”

“No lo has hecho; es parte de quien soy ahora.”

“Te admiro mucho más ahora de lo que solía hacer—que ya era mucho de por sí.”

“Todavía son un proyecto en proceso,” dijo con una sonrisa, con la esperanza de aligerar el ambiente.

Luke esbozó una gran sonrisa. “¿Acaso no lo somos todos?”

“No trates de engañarme. Tú no estás en proceso, sabes perfectamente lo que quieres.”

“Me gustaría pensar que sí,” dijo mientras desviaba su mirada hacia el agua, “pero a veces me cuestiono cosas.”

“¿Sobre qué?”

“Sobre si podría haber *más*.” Su mirada se centró de nuevo en ella.

“¿Sabes lo que quiero decir?”

La intensidad que vio en su mirada la tomó por sorpresa. “¿Qué quieres que no tienes?” Se las arregló para preguntar, a pesar de que lo sospechaba.

“Alguien con quien compartir estas vistas. Alguien que me ayude a mantener el calor durante las largas noches de invierno. Alguien con quien hablar.”

“Pero si a ti no te gusta hablar,” dijo Sydney, burlándose de él a pesar de que sus palabras y el anhelo que pudo escuchar en ellas le atravesó el corazón.

“Me gusta mucho hablar contigo.”

La declaración quedó colgando en el aire, cargando el ambiente.

“A mí también me gusta hablar contigo.”

“Creo que hablé más cuando estaba contigo de lo que he hecho todos estos años después sin ti.”

“Luke—”

Parecía avergonzado por la confesión, como si las palabras se le hubieran escapado de la boca. “¿Lista para probar la cena?”

Después de una deliciosa—y copiosa—cena, Luke la invitó a dar un paseo por la playa.

Sydney vaciló, sin saber si sería prudente volver a caminar por los lugares donde habían hecho el amor tantas noches.

“No pasa nada si no quieres.”

“No es eso, es solo que—”

“Créeme, lo sé.”

“¿Tampoco te gusta ahora venir a la playa por mi culpa?”

“Nah, nada puede hacer que deje de gustarme la playa, estoy en ella casi todos los días.” Él extendió una mano para ella. “¿Vienes conmigo?”

Sydney no podía pensar en una buena razón para no hacerlo, así que tomó su mano y se tragó la emoción que bajar con él por esas escaleras suscitó en su interior.

Luke mantuvo un firme control sobre su mano mientras caminaban por esos escalones tan empinados que tantos recuerdos les trajeron a ambos.

“Me pregunto si tu madre alguna vez supo lo que estábamos haciendo aquí abajo.”

Luke la guió desde las escaleras hasta la playa, sin soltar su mano. La marea estaba baja, lo que les daba una amplia visión del mar. “Lo sabía.”

“¿Por qué dices eso?” Preguntó Sydney, sorprendida y avergonzada al pasar por las dunas donde se habían escondido del resto del mundo en su adolescencia.

“Porque se lo dije yo.”

“¿Se lo *dijiste*? ¿Estás *loco*? ¿Quién le dice a su madre una cosa así?”

Luke se encogió de hombros, riéndose de su consternación. “Nos lo contábamos todo, piensa que solo tenía veinte años más que yo. No estaba tan lejos de su propia juventud como para no recordar qué era un primer amor.”

“Menos mal que yo nunca me enteré por aquel entonces de que lo sabía.”

“¿Por qué no?” Le preguntó con una sonrisa divertida que ella apenas pudo ver en la luz menguante del día.

“En primer lugar, no lo habrías vuelto a hacer, y en segundo lugar, nunca hubiera sido capaz de volver a mirarla a la cara.”

“No seas tonta, sabes que te quería mucho.”

“Yo también la quería mucho a ella. Me entristeció mucho escuchar que había fallecido.”

“Fue un momento muy difícil. Murió demasiado joven.”

“Sí.”

“Nunca me arrepentí de haberme quedado aquí con ella, si te lo estás preguntando.”

“Nunca se me ocurrió pensar lo contrario. Sé lo unidos que estuvisteis siempre, claro que no tenía ni idea de que la cosa era para tanto...”

Riendo, Luke la soltó para agacharse y coger una piedra plana que lanzó al mar rozando casi la superficie plana del agua. “Tú también estás muy unida a tu madre.”

“No tanto como tú estuviste con la tuya. Tengo casi treinta y seis años y nunca he tenido una conversación con ella sobre sexo.”

Luke tomó un palo y se lo tiró a Buddy, quien se enfrentó a las pequeñas olas para conseguirlo. “Apuesto que ella también sabía lo que estábamos haciendo cuando éramos niños.”

“Motivo tal vez por el cual intentaron separarnos tan arduamente.”

“No me aguantaban.”

“Oh, Luke, no digas eso, a ellos también les gustabas, solo odiaban ver cómo me comportaba cuando solo era una niña. Me imagino que yo hubiera actuado igual con mis hijos.”

“Tú hubieras sido más tolerante después de lo que tuvimos.”

“Tal vez.”

“¿Alguna vez piensas. . .”

“¿Sobre qué?”

“Sobre la posibilidad de tener más hijos algún día.”

Su pregunta envió una oleada de ansiedad a través de ella. “Soy ya un poco vieja para ponerme a ello de nuevo.”

“Eres una persona de edad regular.”

Sydney trató de darle un empujón juguetón pero terminó con su brazo envuelto firmemente a su alrededor, lo que hizo que fuera más consciente que nunca de su aroma de jabón y cítricos que era tan característico de Luke. Nunca había conocido a nadie que hubiera usado el caro perfume que había sido siempre el favorito de Seth.

“Entonces, ¿piensas alguna vez en ello?” Preguntó Luke.

“Sí, claro, a veces. No me puedo imaginar el espectáculo tan bochornoso que haría, preocupada todo el tiempo de que algo fuera a pasarles otra vez.”

“No lo haría.”

“¿Cómo puedes estar tan seguro?”

“¿Has conocido a alguien alguna vez en tu vida que le haya pasado una cosa así dos veces?”

“No,” contestó ella en voz baja. “Creo que no.”

“Yo tampoco, lo cual quiere decir que esa terrible tragedia pertenece al pasado. Ahora te toca vivir en paz, sabiendo que lo peor que la vida tenía preparada para ti ya está detrás.”

Sydney jamás había pensado en eso y tenía que admitir que era reconfortante.

“Por supuesto, espero que tengas razón.”

“¿Quieres que nos subamos al barco y naveguemos un poco por el estanque?”

Sorprendida por el repentino cambio de tema, ella alzó la vista hacia él. “¿Ahora? Se está haciendo un poco tarde.”

“Perfecto para observar las estrellas.”

Recordó que conocía cada constelación y la historia detrás de cada una de ellas.

“O podemos dejarlo para otro momento si lo prefieres,” añadió.

Sydney decidió que no estaba lista para volver a casa. Todavía no. “Ahora está bien.”

“¿Estás segura?”

Ella asintió con la cabeza y ambos volvieron por el camino por el que

habían venido. Con la luz de la media luna guiándolos, subieron las escaleras y cruzaron el patio hasta el camino que llevaba al estanque y el viejo bote de remos de Luke. Él la ayudó a subir y a sentarse bien antes de coger a Buddy en brazos y dejarlo en la proa. Empujando el bote fuera de la arena, Luke saltó en él y cogió los remos.

Sydney dejó caer la cabeza hacia atrás mientras estudiaba el cielo sobre sus cabezas y disfrutaba del suave deslizamiento del viejo barco de madera en las pacíficas aguas. Bajó la mirada para ver cómo los fornidos músculos de Luke se tensaban a través de su camiseta mientras remaba.

“Me encanta estar aquí por las noches,” dijo él después de un largo y apacible silencio. “Por el día es muy estresante, pero luego el sol desaparece y se convierte en el lugar más tranquilo de toda la isla.”

“Eso es porque todos los navegantes están en los bares.”

Él se rio entre dientes. “Muy cierto. ¿Preparada para observar las estrellas?”

“Cuando tú lo estés.”

Luke soltó los remos y puso dos cojines en el suelo de la embarcación. La guió para que se sentara entre sus piernas, descansando contra su pecho con sus brazos alrededor de su cuerpo. “¿Estás cómoda?”

“Mucho.” Y a la vez tan *incómoda*.

“Vamos a ver lo que recuerdas.” Luke señaló una constelación.

Ella echó la cabeza hacia atrás para utilizar su hombro como almohada. “Orion.”

“Bien,” dijo, arrastrando un dedo por su cuello. “¿Qué hay de esa?”

Sydney tragó saliva mientras que su toque hacía que su piel se erizara en cascada hacia sus piernas y pies, “Osa Mayor.”

“Sobresaliente.”

Sydney se rio, a pesar de que la estaba volviendo loca con lo que le estaba haciendo con solo la yema del dedo. “Esas son las más fáciles.”

“Muy bien, entonces, ¿cuál dirías que es esa?”

“Cassiopeia.”

“Estoy impresionado.”

Sydney volvió la cabeza para poder mirarle a los ojos. “Tuve un buen maestro.” Extendió la mano para acariciar su cara, que era cálida y suave. “Te has afeitado.”

“¿Eh?”

“Después del trabajo. Te has afeitado.”

“Sí, ¿y?”

“Solías afeitarte siempre por las mañanas.”

“Todavía lo hago la mayoría de las veces.”

“¿Por qué hoy no?”

“Porque,” dijo, acariciando su mejilla, “si tenía la suerte de estar así de cerca a ti esta noche, no quería correr el riesgo de abrasar tu piel.”

“Oh,” contestó ella sin aliento cuando sus labios encontraron el punto sensible justo debajo de su oreja. “Qué considerado por tu parte.”

“Hueles muy bien, justo como recordaba.”

Sydney inclinó la cabeza para darle un mejor acceso a su cuello.

Él apretó sus brazos alrededor de ella, apretándola contra su cuerpo.

Ella se separó un poco para permitirle que pudiera tocar su boca con los labios.

La noche anterior, en la cubierta del Beachcomber, Luke había sido muy comedido. Esta noche la devoró.

Sydney se retorció en sus brazos, necesitando estar más cerca de él y el barco se sacudió inestablemente.

“Whoa,” dijo Luke, riendo.

Buddy se quejó desde la parte delantera, y Sydney no podía creer que se habían olvidado de dónde estaban.

Luke se movió para estabilizarlos y su puso su erección en directo contacto con ella. “Lo siento,” murmuró.

Sydney le echó los brazos al cuello y se apretó contra él, dibujando un profundo gemido de su pecho.

“¿Qué te parece si nos vamos a un lugar más cómodo?”

“Sí,” dijo ella, todavía sin aliento por su apasionado beso. “Por favor.” Cuando ella comenzó a regresar a su asiento, él la detuvo.

“Quédate,” dijo. “justo aquí.” Luke se las arregló para poder mantenerla cerca pero poder remar al mismo tiempo.

El movimiento de la embarcación, su cuerpo envuelto alrededor de ella mientras remaba y la sensación de sus labios en su cuello se combinaron y pronto Sydney sintió que estaba ardiendo por él. Apoyó su mano sobre su pierna. Casi como si tuviera mente propia, su mano viajó desde su pantorrilla hasta la rodilla mientras recordaba lo que solía sentir al tocarle.

“Nos vamos a ir a pique si sigues haciendo eso,” dijo él con voz ronca.

Ella retiró la mano, “Oh.”

“No era una queja.”

Sydney sonrió ante el esfuerzo por no perder el control que escuchó en su voz. Estar con él así le recordaba a esos veranos de hacía tanto tiempo cuando no tenía ni una sola preocupación en el mundo más allá de encontrar una manera de pasar el máximo tiempo posible con Luke. La despreocupada sensación era un gran cambio comparado con cómo se había estado sintiendo en los últimos tiempos.

Cuando la embarcación tocó la orilla, Buddy salió corriendo en estampida.

“No está muy acostumbrado al mar,” dijo Sydney, tomando la mano que Luke le estaba ofreciendo para salir del barco.

“Todavía.” Él apretó su mano y tiró de ella en sus brazos para darle otro de esos embriagadores besos que hacían que sus rodillas temblasen.

Por mucho que le doliera admitirlo, ningún otro hombre había hecho nunca que sus piernas se sintieran débiles. Solo Luke. Sydney tiró suavemente de un puñado de su cabello oscuro mientras que su lengua se enredaba con la suya.

De pronto, él soltó su boca, la agarró de la mano y la condujo de vuelta por el sendero. Pocos minutos después, estaban corriendo y riendo hasta quedarse sin aliento. Sydney se escurrió con un pequeño charco de agua que se había acumulado en la hierba y perdió el equilibrio. Luke la tomó en sus brazos y se giró para amortiguar la caída con su cuerpo. Aterrizaron en un duro golpe contra el suelo con ella encima de él, envuelta en sus fuertes brazos

“¿Estás bien?” Preguntó Sydney, todavía respirando con dificultad.

Él enredó los dedos en su pelo, atrayéndola hacia otro beso. “Mejor de lo que he estado en diecisiete años.”

“Luke. . .”

“Bésame, Syd.”

Allí mismo en el césped bajo la luna se besaron como los adolescentes que fueron una vez pero con la sabiduría de saber cuán precaria podría ser la vida, el amor y el deseo.

A pesar de cuánto la deseaba, Luke no hizo otra cosa más que besarla, abrazarla y susurrar dulces palabras a su oído que enviaron más piel de gallina a sus brazos y piernas y en todas las partes del medio.

La besó como si supiera que nunca podría saciarse y luego les giró a ambos para posicionarla debajo de su cuerpo. Su beso pasó de ser salvaje y desenfrenado a suave y dulce, aunque no menos poderoso. Plantó besos por su cara, párpados, nariz y labios y luego bajó la mirada hacia ella. “Esto no era lo que estaba pensando exactamente cuando sugerí que nos pusiéramos un poco más cómodos.”

Ella le acarició la mejilla que él se había rasurado para ella. “No me importa.”

“Mmm,” dijo él contra sus labios. “A mí tampoco.”

“Probablemente debería irme a casa,” dijo ella muchos minutos después.

“Probablemente,” respondió, pero no hizo ningún movimiento para apartarse de ella.

Sin pudor y envalentonada, Sydney deslizó sus manos bajo su camiseta y acarició la suave y cálida piel de su espalda.

Luke comenzó a temblar y empujó su erección en la V entre sus piernas. “Me dije a mí mismo que debía tomármelo con calma, sin apresurarte,” dijo plantando delicados besos en su cuello, “que debíamos ir despacio y tomarnos nuestro tiempo, pero Dios, Syd, te deseo. Nunca he dejado de hacerlo.”

“Yo también te deseo. Espero que lo sepas, es solo que. . . no creo. . .”

Él la besó suavemente, un ligero toque de sus labios. “No estás lista.”

Ella negó con la cabeza. “Lo sien—”

“No te disculpes. Por favor, no lo hagas.” Más dulces y tiernos besos. “Tenemos todo el verano.”

Sydney cerró los ojos, contenta por primera vez desde que su vida se había desmoronado por completo, feliz de dejar que la rodease con su calor, su comodidad, su incontrolable atractivo y sí, su amor. No tenía ninguna duda de que aún la amaba. Era evidente en cada mirada, cada caricia, cada beso.

“Volveré a casa después del Día del Trabajo,” le recordó.

“Lo sé.” Luke dejó una ristra de besos desde su clavícula hasta su oreja. “Mañana por la noche,” dijo, “quiero llevarte a cenar fuera.”

Capítulo 7

El teléfono despertó a Sydney a la mañana siguiente y ella se sorprendió al ver que eran más de las nueve. Se aclaró la garganta y estiró el brazo hacia la mesita de noche.

“No me digas que todavía estás dormida cuando yo llevo más de tres horas levantada,” dijo Maddie.

“Está bien, no lo haré. No puedo recordar la última vez que dormí hasta más de las ocho.”

“¿Saliste anoche?”

Sydney sonrió al recordar la velada que había pasado con Luke. “Tal vez.”

“Saca tu trasero de la cama ahora mismo y ven aquí a tomar un café y muffins recién salidos del horno.”

“¿Cómo podría rechazar una cosa así?”

Maddie le dio la dirección de su nuevo hogar. “¡Rápido! Quiero todos los detalles.”

Sydney se levantó para dejar salir a Buddy. Se debatió entre darse una ducha rápida o no, pero decidió esperar hasta más tarde, antes de su cita con Luke. Un aleteo de anticipación hizo que posara su mano sobre su vientre. La noche anterior había sido increíble y estaba deseando verle de nuevo.

Buddy sacó la cabeza por la ventanilla durante todo el camino hasta casa de Maddie y salió como un loco del vehículo una vez más cuando llegaron. Sydney se preguntó si él también estaría empezando a recuperarse un poco de su terrible dolor.

Maddie les estaba esperando en una terraza que había decorado con unos cómodos muebles de jardín y unas macetas llenas de fragantes y brillantes flores.

“Qué lugar más bonito tienes aquí,” dijo Sydney, admirando la pradera a los alrededores que llevaba al agua en la distancia.

“Nos casamos ahí mismo,” dijo Maddie, señalando hacia el jardín.

“Seguro que fue precioso.”

“Lo fue. Ya te enseñaré las fotos.” Ella hizo un gesto para que su amiga la siguiera en el espacio contemporáneo regado de los juguetes de un activo niño.

Las dos mujeres se detuvieron en seco cuando encontraron al hijo de Maddie, Thomas, abrazando a Buddy mientras que el perro hacía unos extraños ruidos que Sydney no había escuchado nunca con anterioridad. Ella corrió hacia él. “¿Buddy? ¿Qué pasa, muchacho?”

Maddie cogió a Thomas en brazos.

“Triste,” dijo el pequeño con una solemne expresión en su angelical rostro.

“¿Estás triste?” Le preguntó Sydney a la vez que sus ojos se llenaban de lágrimas. “¿Te recuerda Thomas a Max?” Ella jamás habría esperado que el pequeño rubio de ojos azules le recordara a su dueño, que había sido mucho mayor que Thomas cuando Buddy llegó a sus vidas, por no hablar que el niño había heredado los ojos y el pelo oscuros de su padre. Tal vez era solo porque Thomas era una persona más pequeña, como el niño al que Buddy había querido y había perdido.

Sydney abrazó al perro hasta que finalmente dejó de gemir y luego miró a Maddie, “Lo siento, nunca había hecho nada así.”

“Por favor, no te disculpes,” dijo Maddie, secándose sutilmente una lágrima de su mejilla.

Thomas se zafó de los brazos de su madre y fue tambaleándose a acariciar a Buddy.

El perro lamió y olisqueó al pequeño y este se quedó quieto mientras que Buddy le inspeccionaba.

“Gracias por hacerte amigo de Buddy, Thomas,” dijo Sydney cuando pudo hablar más allá del nudo que se había formado en su garganta.

Maddie se arrodilló junto a Thomas. “Esta es Syd, la amiga de mamá. ¿Puedes decirle hola?”

“Hola, Syd,” dijo Thomas.

“Espero que no te importe que te trate por tu nombre de pila,” dijo Maddie. “Aún no he empezado a enseñarle las formalidades.”

“Yo tampoco lo hice con mis hijos.”

“Estarán bien,” dijo Maddie mientras miraba como su hijo y Buddy se ponían a jugar con los juguetes chillones de Thomas. “Tomemos un poco de café.”

Todavía sacudida por la reacción de Buddy al ver a Thomas, Sydney le acarició la cabeza y le besó en el hocico. “Sé un buen chico.”

“Buen chico,” dijo Thomas en un tono muy serio que hizo sonreír a Sydney.

“Es adorable,” le dijo a Maddie mientras removía su café. La casa contaba con una amplia primera planta que daba al patio, lo que les permitía sentarse en la cocina y aún así mantener un ojo en Thomas y su nuevo amigo.

“Gracias. Tienes que ver lo loco de contento que se pone cuando Mac vuelve a casa. Es para partirse de risa. Parece como si los dos estuvieran unidos por la cadera.”

“¿Hay algo más sexy que un hombre quiera al hijo de otro hombre como si fuera suyo propio?”

“No se me ocurre nada. Mac ha sido increíble con Thomas desde el primer día. Antes de que se topara con nosotros, jamás había cambiado un pañal en su vida. Ahora puede hacerlo dormido—literalmente.”

Sydney sonrió ante la imagen que las palabras de su amiga evocaron en su mente. “Tienes una casa preciosa, me alegro tanto por ti, Maddie.”

“A veces quiero pellizcarme para creer que no es solo un sueño.”

“¿Sigues trabajando?”

“Cuatro días a la semana. Estaría más, sobre todo en esta época del año, pero Mac quiere que me lo tome con calma. No para de decirle a todo el mundo que se trata de un embarazo de alto riesgo.”

Alarmada, Sydney preguntó, “¿Lo es?”

“¡No! Está haciendo el ridículo.”

Sydney soltó una carcajada. “Lo siento pero eso es muy gracioso.”

“Hazme un favor y no se lo digas. Ya ha perdido bastante los papeles.” Maddie puso un plato de panecillos calientes sobre la encimera. “Entonces, ¿qué tal anoche?”

“Fue genial. Cuando estoy con Luke. . .”

“¿Qué?”

“Me siento muy cómoda y a la vez muy *incómoda*.”

Maddie levantó una ceja. “¿En serio?”

“Mmm. La llama entre nosotros sigue viva, como siempre.”

“¿Y qué tiene eso de malo?”

Sydney cortó un muffin de arándanos por la mitad. “Nada, es solo que, ya sabes, me siento un poco culpable.”

“Por Seth.”

Sydney asintió y se tomó un momento para recomponerse cuando su garganta se cerró. “Yo le quería,” dijo casi en un susurro. “Espero que me creas.”

“Por supuesto que sí. Te casaste, tuviste hijos y una vida con él.”

“Ha sido una buena vida y fui muy feliz con él pero era diferente entre nosotros a lo que tengo con Luke.”

“¿Qué era diferente? Me he perdido.”

Sydney sintió el calor en su cara. “El sexo.”

“¿En qué sentido?”

“Con Seth era bonito y tierno, pero con Luke. . .era salvaje y hacia que la

tierra temblase. No sé si todavía sería de igual, pero lo era por aquel entonces.” Sydney soltó una exhalación larga y profunda. “Me siento como una persona horrible por decir esto.”

“No te sientas así. Serías una persona horrible si te hubieras seguido acostando con Luke después de haberte casado con Seth. Eso es lo que la gente horrible hace.”

Sydney sonrió. Maddie siempre cortaba por lo sano. “Yo solía pensar que mis sentimientos hacia Luke tomó tales proporciones míticas porque todo acerca de nuestra relación era nuevo, emocionante y un poco prohibido.”

“¿Y ahora?”

“No estoy tan segura de que fuera por ninguna de esas cosas. Al verlo de nuevo, he empezado a darme cuenta de que éramos *nosotros*, que lo que teníamos era ese amor de película con el que todo el mundo sueña pero que era demasiado joven y estúpida para darme cuenta de ello en ese momento.”

Maddie se inclinó sobre el mostrador y apretó la mano de su amiga. “Oh, Syd.”

“Me alejé de él como si no significara nada para mí. ¿Cómo pude hacerle una cosa así, Maddie? Eso le destrozó. *Yo* le destrocé.”

“Si él no lo hubiera superado en todo este tiempo, dudo mucho que la otra noche te hubiera estado mirando como si no quisiera nada más que llevarte a su casa y no dejarte salir de su cama hasta el próximo año.”

Sydney se ruborizó de nuevo. “Eso no es verdad.”

“Y tanto que sí.” Maddie relleno su taza de café y miró a Thomas que estaba reclinado sobre Buddy mientras se chupaba el dedo. “¿Te besó anoche?”

Sydney se metió un trozo de bollo en la boca. “Tal vez.”

“Eso *no* es una respuesta.”

“Bueno, de alguna manera terminamos rodando por el césped.”

“¡No me cuentes esas cosas!”

“Tú has preguntado.”

“Sydney, escúchame muy atentamente. ¿Me estás escuchando?”

Ella asintió con la cabeza.

“Luke ya ha superado todo aquello que pasó. Si no lo hubiera hecho, si *realmente* no hubiera hecho, no te habría invitado a su casa y desde luego no habría rodado por el césped contigo.”

“¿Estás segura de eso?”

“Totalmente. Eres tú la que necesita superarlo. Y no pierdas el tiempo

comparándolo con Seth, no sería justo para ninguno de los dos y no cambiaría nada. Hiciste lo que te pareció que era lo mejor para ti en ese momento, no tiene sentido lamentarse por algo si ya no hay vuelta atrás.”

“Tienes razón.”

“Me acuerdo de cuando te fuiste el último verano que pasaste aquí. Estabas muy preocupada sobre si tú y Luke querías las mismas cosas en la vida. Él había renunciado a su beca y estaba contento de quedarse aquí, no le gustaba la idea de prender fuego al mundo con su ambición ni la idea de ganar mucho dinero, pero esas cosas eran tus prioridades por aquel entonces.”

“Me concentré en cosas que no tenían importancia. Tal vez el nunca prendió fuego al mundo, pero sin duda a *mí* sí. Todavía lo hace.”

“Eso es muy emocionante.”

“A veces me pregunto si es simplemente comodidad. ¿Me sentiré atraída por él—otra vez—porque es cómodo? ¿Porque sé que no va a romperme el corazón? ¿O será más que eso?”

“Has pensado en él durante diecisiete años, eso sin duda tiene que significar algo.”

“Eso es verdad.”

“No lo sobre-analices, solo concéntrate en disfrutar. Después de todo lo que has pasado, te mereces ser feliz. Si estar con Luke te hace sentir de esa manera, no veo qué hay de malo en ello.”

Estar con Luke siempre le había hecho muy feliz.

“Tienes aún tiempo para averiguarlo.”

“Tengo que estar de vuelta el cinco de septiembre,” dijo Sydney, sintiendo cómo su sangre se enfriaba de solo pensarlo. “Tengo el juicio del tipo que nos golpeó.”

“Oh Dios, Syd. ¿Tienes que estar allí?”

“Alguien tiene que representar a Seth y los niños. Trato de no pensar en ello, pero es como si mi vida estuviera manteniéndose a la espera hasta que todo haya pasado.”

“Aún tienes un par de semanas hasta que tengas que enfrentarte a eso. Mientras tanto, tienes un chico sexy por ahí que enciende un fuego en tu interior.”

Sydney asintió con la cabeza y llevó la conversación por una dirección más ligera, aún preocupada sobre si se estaba adentrando en una relación con Luke por las razones correctas o porque estar con él era condenadamente fácil.

Cuando las cosas se calmaron en el puerto deportivo más tarde ese día, Luke llevó su camioneta hasta el edificio principal y sacó la manguera. Lavó la suciedad y la sal del exterior del vehículo y estaba pasando la aspiradora por dentro cuando Mac Padre apareció por detrás de él.

“¿Estás malo o algo así?”

“Qué gracioso.”

“La única explicación posible para este evento sin precedentes es que tengas una cita.”

“Puede que sí, puede que no.”

Mac Padre se irguió en sus ciento noventa y tres centímetros de alto y dejó caer sus gafas sobre el puente de su nariz para poderle echar un buen vistazo a Luke. “Intenta que esta evasiva actitud tuya funcione con alguien que no te conozca desde que eras un pequeño saltamontes, no conmigo.”

Luke se marchitó un poco bajo el escrutinio del hombre mayor, de la misma forma que hizo cuando tenía ocho años y deambuló muerto de hambre por el puerto deportivo solo un segundo antes de que atrajera toda la atención de Mac Padre. Y Mac Padre, siendo propio de él, tomó al huérfano de padre bajo su ala y lo había mantenido allí desde entonces. “¿A dónde quieres llegar?”

“Se oyen rumores de que estás viendo a esa chica Donovan de nuevo.”

“¿Qué pasa con ella?”

“Solo espero que estés yendo con cuidado, eso es todo.”

Luke pasó un paño húmedo sobre el polvoriento salpicadero. “Lo estoy.”

“¿Estás seguro de eso?”

“¿Por qué no me dices simplemente lo que estás pensando?” dijo Luke, luchando contra su exasperación.

“No quiero que te parezca mal.” Mac Padre se apoyó contra el camión. “Recuerdo cómo fue aquella primera vez, ese primer verano cuando ella no regresó.”

Luke todavía podía recordar la agonía. No había ninguna otra palabra mejor para definirlo—fue pura e intensa agonía.

“No quiero que vuelva a suceder algo así.”

“No lo hará,” dijo Luke con más confianza de la que sentía. Haría todo lo que estuviera en sus manos para asegurarse de ello.

“La chica ha pasado por algo horrible. La gente por desgracia pasa por una cosa así, cambia.”

“No entiendo cómo algo así cambiaría a una persona.”

“Espero que no te esté utilizando para recomponer su vida y luego

desaparezca como lo hizo la última vez.”

“Espera un momento—”

Mac Padre levantó una de sus enormes manos. “Lo siento, no ha sido mi intención pasarme de la raya.”

“No lo has hecho. No puedes pasarte de la raya conmigo, ya lo sabes.”

Luke dejó caer el trapo y apoyó las manos en sus caderas, luchando contra una gama de emociones que incluía la ira, el miedo y un poco de desesperación.

“Entiendo lo que me estás queriendo decir y aprecio mucho que te preocupes por mí.” Luke hizo una pausa para pensar y seleccionar bien sus palabras y luego levantó la mirada hacia el hombre que lo era todo para él. “¿Soy un tonto por darle otra oportunidad?”

“Nah,” dijo Mac Padre en tono burlón. “Solo eres un tonto si ignoras el cartel justo delante de tus ojos que dice que la historia va a volver a repetirse.”

Luke respondió con un ligero movimiento de cabeza.

Mac Padre le apretó el hombro. “Diviértete esta noche.” El hombre se alejó pero dejó el peso de sus preocupaciones detrás.

Volviendo de nuevo a la camioneta, Luke se quedó mirándola durante mucho tiempo antes de terminar el trabajo.

Capítulo 8

Las preocupaciones de Mac Padre permanecieron con Luke el resto del día y de la noche mientras se duchaba y se afeitaba. Limpiando el vapor del espejo, se miró minuciosamente en el espejo. Nunca había tenido ningún problema para atraer la atención femenina, pero no importaba cuántas mujeres conociera, nunca había habido otra Sydney Donovan. Durante años, había hecho un desmesurado esfuerzo por conectar con otras mujeres, pero simplemente no había ocurrido. Después de un tiempo, había dejado de molestarse y había aceptado que estaba destinado a amar a solo una mujer en su vida.

“Tal vez soy solo un pánfilo,” dijo. “¿Cuántos chicos le darían una segunda oportunidad a una mujer que hubiera hecho lo que me hizo a mí?” Sin embargo mientras decía las palabras en voz alta, ni siquiera podía tratar de enfadarse con ella ni mostrar resentimiento por algo que había ocurrido cuando solo eran unos críos. Aun así, su preocupación no dejaba de atormentarle y apagó un poco la emoción de saber que iba a volver a verla—muy pronto.

Al recordar lo mucho que a Sydney le gustaba el marisco, había hecho una reserva en la Casa de la Langosta. Se vistió con unos pantalones de pinzas de color caqui y una camisa que se dejó por fuera. Después de doblarse las mangas sobre sus antebrazos, se puso su colgante del diente de tiburón que ella había admirado y deslizó sus pies en sus chanclas de cuero. Eso era lo más elegante que se iba a poner. Esperaba que fuera lo suficientemente bueno para ella. Esperaba que *él* fuera lo suficientemente bueno para ella.

Por mucho que le hubiera encantado estar tan cerca de ella la noche anterior, unas dudas insignificantes hacían que no parara de preguntarse si se estaban moviendo demasiado rápido. Después de todo lo que había pasado, después de todo lo que había sufrido, tal vez estaban encaminados al desastre. Un hombre sabio recularía de inmediato. A Luke le gustaba pensar que era un hombre inteligente, pero estar cerca de Sydney hacía que se cuestionara si lo era tanto como pensaba.

Tal vez echar un poco marcha atrás sería lo mejor hasta que descubriera cuáles eran sus planes de futuro y si le incluían o no. Se comprometió a ir más lento esta noche; mantener el contacto físico al mínimo. Esa última parte era crucial, porque en el momento en que la tocara, cualquier resolución que pudiera tener se desvanecería, no tenía la menor duda de ello.

El trayecto hasta su casa era tan familiar para él como ninguna otra cosa en la isla. Aunque solo había unos cuatro kilómetros y medio entre sus viviendas,

un mundo de diferencia las separaba. La suya era pequeña y acogedora, mientras que la suya era grande y majestuosa.

Cuando llegó, Buddy salió corriendo a saludarlo.

Luke se puso en cuclillas para darle al perro toda su atención. “Ey, chico.”

Fue recompensado con un lametón lleno de entusiasmo que le hizo reír.

“Lo siento,” dijo Syd desde la puerta.

Luke levantó la vista cuando ella salió con un vestido amarillo que resaltaba su suave bronceado. Llevaba el pelo recogido, dejando sus hombros al descubierto. El recuerdo de sus labios dejando una ristra de besos por esa clavícula la noche anterior le robó todo el aliento de sus pulmones. Tal vez era un pánfilo, pero no podía evitar desearla con cada fibra de su ser.

“Creo que le gustas,” dijo Sydney sobre Buddy, sacando a Luke de sus pensamientos.

“Es un buen chico.”

“Deja que le lleve dentro para que podamos irnos.” Ella llamó al perro y lo metió en casa.

A través de la puerta mosquitera, Luke podía escucharla hablando con su fiel amigo, dándole órdenes para que se portara bien mientras que estaba fuera. Sonrió al verla besar la cara del perro y darle una palmadita en la cabeza.

Pronto salió con un pequeño bolso de mano y un suéter.

Luke se apoyó contra el camión limpio y la vio acercarse.

“¿Qué?” Preguntó ella, mirándola con unos nervios que le llegaron al corazón.

“Solo estaba admirando la vista.”

Ella sonrió y sacudió la cabeza como si pensara que acababa de decir una tontería.

Olvidándose de toda su voluntad, él extendió sus brazos hacia ella. “Te he echado de menos hoy.”

Mirando hacia él, Sydney se pasó la lengua por los labios, lo que hizo que se pusiera duro como una piedra. “Yo también te he echado de menos.”

Tirando suavemente para sujetarla aún más cerca, Luke vio cómo sus ojos se abrían como platos cuando se encontró con la prueba de su excitación. Inclino la cabeza para besarla suavemente. Sus labios sabían a fresas y a pesar de que no tenía intención de prolongar el momento—infierno, no había tenido siquiera intención de *tocarla*—no podía dejar de pasar su lengua por su regordete labio inferior para saborearla aún mejor. “Mmm,” dijo.

Con sus brazos rodeando su cuello, ella abrió su boca para él, animándole a tomar más, y Luke se perdió. Nada podía compararse con lo que sentía cuando estaba con ella, y mientras la besaba, se hizo evidente para él que no había absolutamente nada que no haría para no sentirse así todos los días durante el resto de su vida.

“Syd,” dijo él con los labios aún descansando sobre los de ella.

Sus dedos peinaron su cabello, enviando una corriente de deseo a través de él como un cable de alta tensión. “¿Hmm?”

“La cena.” Él la besó de nuevo, suave, tiernamente.

“Oh, es cierto.” Ella dejó caer los brazos de sus hombros, pero siguió mirándole con una aturdida expresión que hizo hervir su sangre.

Luke tuvo que reunir todas sus fuerzas para no cogerla entre sus brazos, llevarla dentro y tomar lo que quería más que nada, lo que sabía que ella estaría más que dispuesta a darle. Solo el pensamiento de lo que podría ver en sus expresivos ojos lo detuvo de actuar impulsivamente. No podría soportar ver arrepentimiento, remordimientos o cualquier otra cosa que no fuera la pura alegría que él sentiría, por lo que en lugar de estrecharla entre sus brazos, abrió la puerta del pasajero para ella y la ayudó a acomodarse en el interior.

“Huele muy bien aquí dentro, a limpio.”

“Siempre huele así,” dijo él con una sonrisa.

Ella se echó a reír, y así de sencillo, su humor se aligeró.

Luke se sentó frente al volante y antes de que pudiera encender el motor, ella tomó su mano. “Gracias por lavar tu camioneta para mí.”

“No hay problema, tenía que hacerlo de todos modos.”

Después de ponerse el cinturón de seguridad, la tomó de la mano otra vez, entrelazando sus dedos mientras conducía alrededor de la isla.

“¿A dónde me llevas?”

“A la Casa de la Langosta, justo a tiempo para ver la puesta de sol.”

“Oh, delicioso, mi sitio favorito.”

“Lo sé.”

Luke condujo por varias carreteras sinuosas hasta la parte más septentrional de la isla, donde había un gran faro y el sol coqueteaba con el horizonte.

“Es el mejor lugar en la isla para ver atardecer,” dijo Syd, bebiendo de la imagen ante sus ojos

“Me encanta estar aquí.”

“Lo recuerdo.”

Luke la miró justo a tiempo para ver cómo el rubor se extendía por sus mejillas. Soltó su mano poder acariciar su cara. “Sé algo más que recuerdas.”

Ella le lanzó una seductora mirada. “¿Qué?”

Se quitó el cinturón de seguridad y se inclinó hacia ella. “Estás pensando en todas las veces que hemos venido hasta aquí a besarnos.” Sus labios rozaron su oreja, y vio la piel de gallina brotar en su brazo. Siempre le había encantado conseguir esa reacción de ella; era tan sensible. Esto en cuanto a su promesa de recular, de protegerles a ambos para que no pasaran demasiadas cosas demasiado rápido. ¿A quién quería engañar? No podía resistirse a ella más de lo que podía resistirse a tomar el próximo aliento. “Syd. . .”

“¿Sí?”

Tenía que saberlo. *Necesitaba* saberlo. “¿Tu también lo sientes?”

Su respiración pareció atascarse en su garganta mientras lo miraba.

“¿Sentir qué?”

“*Todo.*” ¿Cómo podría decirlo de otro modo?

Ella pasó los dedos por su mandíbula. “Sí.”

Abrumado por el alivio de no estar solo en esto, Luke la miró a los ojos.

“Me preocupa que nos estemos moviendo demasiado rápido.”

“Probablemente lo estamos.”

“Entonces, ¿crees que deberíamos—”

“Disfrutarlo.” Ella le enmarcó la cara con las manos y le besó.

“Deberíamos disfrutar de ello.”

“¿Por cuánto tiempo?” Odiaba tener que preguntarlo.

“No sé la respuesta a eso. Me gustaría saberlo, pero lo único que te puedo dar es lo que tenemos ahora mismo. Lo entendería si no fuera suficiente—”

Luke la besó para callarla. “¿Me prometes que me contarás tus planes? ¿Que no me dejarás fuera de ellos?”

“Tal como hice antes.”

“Preferiría no tener que pasar por eso otra vez.”

“Te prometo que te lo contaré todo.”

Luke jugueteó con un mechón rubio rojizo que se había soltado del pasador de su pelo. “Me parece suficiente, por ahora.”

“La mayoría de los chicos nunca me habrían dado una segunda oportunidad.”

“Yo no soy la mayoría de chicos.”

“Créeme, lo sé. ¿Por qué me das otra oportunidad?”

Luke continuó enredando el mechón de pelo en su dedo y se encogió de

hombros. “Nunca he sentido con nadie lo que siento estando contigo.”

“Luke,” susurró, tratando de alcanzarlo, le estaba volviendo loco con las burlas de sus labios y lengua.

Iban a llegar tarde a la reserva que había hecho, pero Luke no estaba preocupado en lo más mínimo. No cuando tenía a la mujer que le había perseguido en sueños de nuevo entre sus brazos. Pasó las manos por sus costillas hasta ahuecas sus pechos, que eran más grandes de lo que recordaba, y sintió que los pezones se endurecían contra su palma.

“Tal vez deberíamos saltarnos la cena,” dijo ella con una voz ronca y sexy.

Luke se obligó a pensar con su cerebro, no con la parte de su anatomía que ardía por ella. “Será mejor que cenemos antes.”

“No le diré a nadie que no me has invitado a cenar primero.”

“Yo lo sabré, y eso me basta,” dijo alejándose suavemente de ella y poniendo en marcha la camioneta. Se sorprendió al notar que había oscurecido mientras se perdían en los brazos del otro.

“Gracias,” dijo ella en una voz tan baja que apenas pudo oírla.

“¿Por qué?”

Ella tomó su mano y se la llevó a los labios. “Por no meterme prisa y saber lo que necesito, incluso cuando yo no estoy tan segura.”

Luke le apretó la mano y la dejó descansando sobre su pierna mientras recorría el camino hacia la ciudad. Cuando se aproximó a Sweet Meadow Farm Road, el lugar donde vivían Mac y Maddie, Luke fue cegado por los faros de otro coche que iba haciendo eses y casi invadió su carril.

“Mierda,” dijo Luke, desviándose para evitar una colisión. “¿*Qué demonios?*”

Sydney gritó y le soltó la pierna.

Por un breve momento, Luke temió perder el control el vehículo, pero se las arregló para mantenerlo en la carretera mientras que el otro coche pasaba con una exhalación en un destello de luz.

Respirando con dificultad, Luke aparcó la camioneta a un lado de la carretera y miró al otro lado para encontrarse a Sydney hecha un ovillo en el asiento del pasajero. Cuando puso una mano sobre su hombro, ella se estremeció. “Estás bien. Estamos bien.”

Sus gemidos eran apenas humanos. *Oh Dios.*

Luke soltó su cinturón de seguridad y se acercó a ella. Tenía casi miedo de tocarla, pero aún más miedo de no hacerlo. “Ya ha pasado todo, Syd. Ven aquí, nena, ven conmigo.”

Ella se aferró a su abrazo y sus sollozos sacudieron todo su cuerpo.

“Lo siento mucho,” dijo él. Sus labios rozaron su pelo. Ahora deseaba haber sido menos caballero anteriormente. Si la hubiera llevado a su casa en vez de dirigirse a la ciudad, la herida en su alma no se habría abierto de nuevo.

Sus jadeantes sollozos rompieron su corazón y sus lágrimas mojaron su camisa. “Está todo bien, cariño.” Luke se preguntaba si ella realmente oiría sus palabras si las decía suficientes veces. Permanecieron allí sentados durante mucho rato mientras que los pensamientos de Luke corrían a toda velocidad acerca de lo que debía hacer. Tenía miedo de no ser capaz de llevarla a casa.

Como pudo, sacó el móvil de su bolsillo y continuó hablando a Sydney en voz baja mientras que con su mano libre le enviaba un mensaje de texto a Mac, pidiéndole que viniera. Mientras esperaba y rezaba porque Mac no tuviera el teléfono apagado, Luke frotó la espalda de Sydney y le dijo una y otra vez que estaban bien, que todo había pasado ya.

Mac apareció de la oscuridad diez minutos más tarde.

Acercándose a Sydney, Luke le hizo señas para que permaneciera tranquilo y condujera la camioneta. Luke pudo ver las preguntas en los ojos de su amigo, pero por suerte, Mac no dijo nada mientras se deslizaba en el asiento del conductor.

“Vamos a mi casa,” le susurró, ya que era el camino más cercano.

Volviendo su atención a Sydney, la abrazó contra él durante el corto viaje. Cuando llegaron, Luke la liberó del cinturón de seguridad y la levantó para llevarla adentro. Se sentó en el sofá con ella en su regazo y mantuvo sus brazos apretados alrededor de su cuerpo.

Ella se aferró a él, llorando en silencio y temblando mientras sollozaba.

Impotente y sin saber muy bien qué hacer a continuación, Mac miró por encima de ambos.

Luke cerró los ojos y la abrazó con fuerza, balanceándose como si estuviera acunando a un niño que acababa de tener un mal sueño. Su pobre Syd había vivido una pesadilla en vida y lo cerca que habían estado de chocar con ese coche claramente había evocado unos horribles recuerdos en su mente.

Después de un largo rato, Luke sintió que ella se estaba hundiendo en su contra a medida que el sueño la reclamaba. Se puso de pie y la llevó a su habitación, colocándola suavemente sobre la cama y cerciorándose de que siguiera durmiendo antes de darle un beso en la frente y salir a hablar con

Mac.

“¿Qué demonios ha pasado, tío?” Preguntó Mac cuando Luke se reunió con él en la cocina.

“Casi chocamos con un idiota que iba conduciendo demasiado rápido en las curvas. Se lo ha recordado todo de nuevo.”

“Mierda,” murmuró Mac.

“Gracias por venir. Tenía miedo de soltarla, incluso durante los pocos minutos que hubiera tardado en llegar aquí.”

“No hay problema en absoluto. ¿Crees que se sentiría mejor si Maddie hablara con ella? Ya sabes que son amigas desde hace muchos años.”

“Quizás, de momento es mejor que duerma.”

“¿Cómo estás tú? Tienes que estar asustado. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?”

“¿Podrías ir a su casa y traer a su perro? Es un Golden de pelaje dorado llamado Buddy. Sydney no querrá que esté solo toda la noche.”

“¿Se vendrá conmigo?”

“Espero que sí. Si lo llamas por su nombre, sabrá que eres su amigo.”

“¿Tienes las llaves de su casa?”

Luke fue con Mac hasta su camioneta para coger las llaves de Sydney de su bolso. “No estoy seguro de cuál es.”

“No te preocupes, lo averiguaré.”

“Gracias, Mac.”

Luke se paró de pie en la entrada y vio su camioneta desaparecer de la vista. Volviendo de nuevo a casa, se dirigió directamente a la cocina para abrir una botella de whisky que guardaba para alguna ocasión especial. La quemazón del licor recorriéndole asentó sus nervios. Sin tan solo supiera qué hacer para calmar el temblor de sus manos.

Dejó el vaso y caminó por el pasillo hasta el dormitorio, dando la luz para poder ver cómo estaba. La encontró acurrucada de lado en el medio de su cama, todavía dormida. La pobre estaba agotada de todo lo que había llorado.

Una ráfaga de puertas cerrándose en la entrada hizo que volviera a salir a la sala de estar quince minutos más tarde. No se sorprendió al ver a Mac y a Maddie regresar en dos vehículos. Cuando Luke abrió la puerta, Buddy parecía saber dónde se le necesitaba y pasó corriendo como una exhalación hacia el dormitorio.

Mac le entregó a Luke una bolsa de comida para perros y una correa.

“Gracias,” dijo.

“¿Cómo está?” Preguntó Maddie. “¿Que ha pasado?”

“Está dormida,” dijo Luke. Una vez más, relató la historia de lo cerca que habían estado de colisionar con otro vehículo. Sus manos se humedecieron al recordar ese momento de infarto en el que estaba seguro de que iban a chocar o volcar, o algo mucho peor.

“Oh Dios,” dijo Maddie. “Pobre Syd—¿y tú? ¿Estás bien?”

“Estoy bien. Solo un poco sacudido por todo el asunto. Me da rabia, la pobre lo estaba llevando todo muy bien.”

“Hasta que todo volvió a ella de nuevo,” dijo Maddie. “¿Quieres que me quede en caso de que se despierte?”

Luke negó con la cabeza. “Tienes que ir a casa con Thomas.”

“Janey y Joe están con él. Estaban en casa cuando Mac recibió el mensaje de texto.” Maddie apoyó su mano sobre el brazo de Luke. “Me puedo quedar si crees que podrías necesitar ayuda con ella esta noche.”

Por mucho que Luke temiera que Sydney se despertara y recordase lo que había estado a punto de suceder, tenía la sensación de que tal vez no quería tener demasiado gente a su alrededor que le hiciera pensar más en ello, ni siquiera su amiga más cercana. Se preguntó si querría siquiera que *él* estuviera a su alrededor. Bueno, no tenía otro remedio que estar allí así que alguna manera la ayudaría a pasar por ello. “Le diré que te llame por la mañana, ¿de acuerdo?”

Maddie asintió. “Está bien, si crees que es lo mejor...”

Ya no sabía qué creer. “Gracias por ofrecerte de todos modos.”

“Llámame a cualquier hora que necesites y vendré.” Maddie le dio un rápido abrazo que le pilló por sorpresa por un momento antes de que se lo devolviera.

Mac le apretó el hombro. “Estamos a una llamada telefónica de distancia si nos necesitas.”

Emocionado por su apoyo y amistad, Luke asintió. “No creo que pueda ir a trabajar mañana, si no te parece mal.”

“Claro que no, no tienes ni que preguntarlo. ¿Recuerdas que el año pasado pasaste a ser socio del negocio?”

“Todavía me olvido a veces,” dijo Luke con una pequeña sonrisa. “Los viejos hábitos tardan en morir.”

“Los propietarios de los negocios van y vienen a su antojo. No te preocupes por mañana, yo estaré allí todo el día.”

“Gracias de nuevo por venir tan rápido y traer a Buddy.”

“No hay de qué.”

Pese que él y Mac se conocían de toda la vida y su relación siempre había sido cordial, nunca habían sido *amigos* como tal hasta que empezaron a trabajar juntos todos los días.

Con una nueva esposa y pequeña familia, Mac se había mostrado reacio a asumir toda la responsabilidad de dirigir el puerto deportivo por su cuenta así que Mac Padre le había ofrecido la posibilidad a Luke de ser también socio del negocio. Después de que Luke se hubiera asegurado que ninguno de los otros cuatro hermanos McCarthy tenía ningún interés, había aceptado la oferta de Mac Padre como co-propietario a un cuarenta por ciento. Luke y Mac se llevaban un cuarenta por ciento de los beneficios y Mac Padre, veinte, en caso de que alguno de sus otros hijos cambiara de opinión y quisiera participar.

Luke todavía tenía que recordarse a sí mismo de vez en cuando que en realidad era *dueño* de una gran parte del rentable puerto deportivo en el que había trabajado desde que tenía catorce años. Apagó la luz del porche, cerró la puerta con llave y se apoyó en el marco durante unos segundos para serenarse.

Sydney Donovan estaba en su cama. Lástima que hubiera sucedido de esta manera.

Capítulo 9

Sydney se despertó sobresaltada, sin saber dónde estaba. Como de costumbre, Buddy estaba acurrucado a su lado, pero no era el único. La almohada olía a Luke, a limpio, fresco y cítrico. Estaba en su cama con él y Buddy. El recuerdo del casi accidente que habían tenido regresó a ella como una película de terror—las luces brillantes, la camioneta desviándose, el grito de angustia de Luke. Después de eso, todo se volvió turbio.

“Todo está bien,” dijo Luke en voz baja. “Estoy aquí.”

Aliviada por el sonido de su voz así como por sus palabras, ella se volvió hacia él, gimiendo cuando sus caderas y pelvis, magulladas previamente en su accidente, protestaron. “¿Qué hora es?”

Luke miró su reloj iluminado en la oscuridad. “Las dos y media.”

“¿Cómo he llegado hasta aquí?”

“¿No te acuerdas?”

“No recuerdo mucho después de. . .”

Él pasó una mano por su pelo y la besó en la frente. “Estabas muy afectada así que Mac vino y nos trajo hasta aquí.”

Ella hizo una mueca al pensar que el amigo de su amiga la había visto en un momento tan bajo. “¿De dónde ha salido Buddy?”

“Le pedí a Mac que me lo trajera. Sabía que no te gustaría que pasara toda la noche solo y supuse que estarías más cómoda al verle a tu lado cuando despertaras.”

“Gracias por pensar en todo.” Ella pasó una mano por su cara. “Habías planeado una gran noche para nosotros. Siento mucho—”

Poniendo un dedo sobre sus labios, Luke la detuvo. “Por favor, no te disculpes.” Él la abrazó con fuerza y ella apoyó la cara contra su pecho. Su piel estaba caliente, y la ligera capa de vello era suave contra su cara.

Inmersa en su olor familiar, Sydney cerró los ojos y absorbió la comodidad de su abrazo mientras que su corazón latía con fuerza bajo su oreja.

“¿Quieres hablar de ello?” Le preguntó después de un largo silencio.

Sydney cerró los ojos con más fuerza, como si estuviera tratando de contener la avalancha de nuevas lágrimas.

“No tienes por qué hacerlo si no quieres,” añadió alarmado.

“No me acuerdo de gran cosa,” dijo. “Habíamos estado en Portsmouth, New Hampshire viendo a los padres de Seth. Yo llevaba resfriada una semana y me quedé dormida de camino a casa. Alguien me dijo después que sobreviví gracias a la posición en la que iba. Solo recuerdo a Seth gritando, lo que me

despertó. Dijo. . .” Su voz se trabó y no pudo seguir hablando por un momento.

Luke la abrazó con más fuerza contra él. “No tienes por qué decírmelo, Syd. Ahora no. Ni ahora ni nunca si no quieres.”

“Dijo lo mismo que dijiste tú esta noche. Exactamente lo mismo. Es lo último que le oí decir.”

Todo el aire abandonó el cuerpo de Luke en una gran exhalación. “Oh, Dios, lo siento muchísimo. No sabía—”

Ella inclinó su rostro para besar las palabras de sus labios. “¿Cómo ibas a saberlo? ¿Qué otra cosa podrías haber dicho en una situación así?”

“Me gustaría haber dicho algo distinto.”

“El coche nos golpeó por detrás. Estábamos parados, había mucho tráfico y Seth debió ver el coche por el espejo retrovisor. No había nada que pudiera hacer, ningún sitio a donde ir. Los niños murieron en el acto. Seth murió más tarde, mientras le operaban. No recuerdo nada después de ese grito hasta que desperté en el hospital cinco días más tarde.”

“Daría todo lo que tengo por evitar que revivieses ese momento, para volver a cuando estábamos viendo el atardecer.”

“Por favor, Luke, no te machaques. No es tu culpa. Me acuerdo de ese momento todos los días de mi vida.”

“Háblame de ellos,” dijo. “De Seth y los niños, si es que tienes ganas.”

Sydney respiró hondo y se concedió permiso para recordar. Pensar en ellos trajo una sonrisa a su cara. “Seth era el eterno optimista. Nada le desmoralizaba. Tenía un montón de metas e ideas y grandes planes que normalmente implicaban nuevas formas de ganar dinero. Ese era su don—invertir y ganar dinero. Todas las personas que conocíamos acudían a él en busca de consejo. Yo solía decir que el mercado de valores era su amante.” Sydney se echó a reír al recordarlo.

“Le encantaba cocinar—y no me refiero solo a cosas normales sino a platos gourmet que te harían la boca agua solo de pensar en ellos. Tocaba el piano y le encantaba el rugby, a pesar de que no volvió a jugar nunca más después de que los niños nacieran porque tenía miedo de hacerse daño y no ser capaz de cuidar de ellos.”

“¿Cómo lo conociste?”

“Mediante mi compañera de universidad. Eran primos. Dado que los dos estaban matriculados en distintas facultades en Boston, venía mucho a visitarla. Al principio no me gustaba tanto. Su disposición eternamente

optimista y feliz me crispaba los nervios. Me imaginé que tenía que ser un hipócrita, o que tomaría algún tipo de sustancia, porque nadie está tan alegre todo el tiempo.”

“¿Pero él lo estaba de verdad?”

Ella asintió con la cabeza, sonriendo al pensar en su difunto marido. “Con el tiempo, me di cuenta de que era un rasgo propio de él. Nada le molestaba, y a *todo el mundo* le caía bien. Me invitó a salir cientos de veces antes de que finalmente dije sí.”

Sydney miró a tiempo de ver un destello de dolor cruzar el rostro de Luke. “¿Qué estás pensando?”

“Que cuando le dijiste que sí a él me estabas diciendo adiós a mí, y yo no era siquiera consciente.”

El dolor que oyó en su voz la hizo entristecer. “Tal vez,” dijo mientras plantaba besos suaves en su pecho, “te estaba diciendo ‘adiós por ahora’.”

“¿De verdad lo crees?”

“Estoy empezando a hacerlo.”

“Háblame de los niños.”

Ella sabía que tenía que tener esta conversación si tenían alguna posibilidad de avanzar juntos, pero eso no lo hacía nada más fácil. “Max era brillante. Ya sé que todas las madres dicen eso de sus hijos pero es verdad. Aprendió a leer antes de preescolar, y estábamos sopesando la posibilidad de que se saltara un curso porque iba mucho más avanzado que los niños de su edad. Le encantaban los Red Sox y los videojuegos, aunque no le dejábamos tenerlos en casa. Seth lo llevaba a Fenway Park cada verano y veían los partidos de beisbol todas las noches. No había nada que no se supiera de su equipo.”

Luke le pasó los dedos por el pelo, ofreciéndole su confort mientras escuchaba.

“Malena era muy niña—de esas de ballet, esmalte de uñas, volantes y lazos. Volvía a su hermano loco siempre que intentaba jugar a las muñecas con él y tratando de vestirle para las fiestas del té. Estaba en preescolar y solía meterse en muchos problemas por hablar en clase. Sospechábamos que sería una buena pieza de adolescente pero era una niña muy buena, cariñosa y bondadosa, siempre luchando por los desfavorecidos y haciéndose amiga de los niños a los que nadie más ajuntaba.”

“Me encantaría ver fotos de ellos en algún momento.”

Sydney inclinó la cabeza hacia atrás para que pudiera verlo. “Me encantará

enseñártelas.”

“Gracias por hablarme de ellos. Sé que no es fácil para ti pero ahora siento que los conozco un poco más.”

Un pensamiento cruzó por su mente y le hizo el mismo daño que solía hacer siempre que se acordaba de ello.

“¿Qué, Syd? ¿Qué pasa?”

“Nunca los vi después. Cuando quise despertarme ya habían sido enterrados. Mis padres y los de Seth se encargaron de todo.”

“¿No crees que fue mejor así?”

“La psiquiatra me aseguró que era mejor que no tuviera esas imágenes en mi cabeza. Dijo que era mejor que me acordara de ellos tal como habían sido en vida.”

“¿Pero?”

Sydney valoraba mucho que se diera cuenta de que había algo más. “Me siento culpable de no haber estado allí para ellos. Es muy raro, ¿verdad?”

“Estabas en muy mal estado. No había nada que hubieras podido hacer por ellos, salvo ponerte buena para poder mantener viva su memoria.”

Sus suaves palabras fueron directas a su corazón. “Qué cosa más bonita acabas de decir. Muchas gracias.”

“Me siento un poco lejos de tu alcance, pero claro, siempre me he sentido así.”

Sorprendida al escuchar eso, ella dijo, “¿Por qué?”

“Vamos,” dijo entre risas. “Eras demasiado buena para mí, aún lo eres.”

“Eso no es cierto. Yo nunca fui lo *suficientemente* buena para ti.”

“Podemos estar con esto todo el día y no vamos a llegar a un acuerdo.”

“No sé cómo puedes decir que soy demasiado buena para ti cuando me alejé de todo lo que teníamos sin decir una sola palabra.”

“Muy bien, si insistes. Estoy de acuerdo en que no eres lo suficientemente buena para mí, pero estoy dispuesto a pasar por alto tus deficiencias.”

Asombrada, Sydney lo miró con la boca abierta, lo que le hizo reír. Y entonces él se inclinó hacia adelante para no perder la oportunidad de besarla, cumpliendo con los pensamientos de su ajetreada mente.

Sus labios se movieron lentamente sobre los de ella, como si tuviera miedo de asustarla si la besaba demasiado.

Ella envolvió los brazos alrededor de su cuello, y dejó que su lengua vagara por su boca, buscándole.

Eso pareció despertar algo en él, y su beso pasó de suave a feroz. De

repente, se retiró. “Lo siento,” dijo, respirando con dificultad. “No debería haber hecho eso.”

“Quería que lo hicieras.”

“Syd, te deseo tanto, no solo esta noche sino todas las noches. La última cosa que quiero es apresurarme o impulsarte a hacer algo para lo que no estés todavía preparada.”

“Esto de lo que te he hablado esta noche nos ha retrasado un poco, ¿eh?”

Luke se apoyó sobre un codo. “No, cariño,” dijo mientras le apartaba el pelo de la cara. “No es culpa tuya. Es necesario que pase tiempo. Mira lo lejos que has llegado ya.”

“A veces me siento como si no hubiera avanzado mucho, otras me siento más cerca de cómo solía ser antes, lo que por supuesto me hace sentir culpable. ¿Cómo puede una madre sentirse como antes de que le hubiera pasado tal tragedia en su vida cuando sus hijos se han ido para siempre?”

“Confía en mí—te vi el verano pasado. Estás mil veces mejor que por ese entonces.”

“Es cierto,” dijo ella, sonriendo. “Estabas ‘visitándome’ por aquellos tiempos.”

“No podía estar lejos.”

Sydney largó la mano hacia él y él se acurrucó en su abrazo, sus labios rozando su frente. Ella le alisó el pelo, confortada por su calor, su olor y su tranquilo temperamento.

“¿Luke?”

“¿Hmm?”

“Quiero que me hagas el amor.”

Todo su cuerpo se quedó inmóvil, y ella juró que había dejado de respirar.

“No pasa nada si no quieres,” añadió después de un incómodo silencio.

Él la tomó de la mano y la dirigió a la parte delantera de sus pantalones de gimnasia.

Sydney se quedó sin aliento cuando apretó la mano contra su erección.

“No es que no quiera,” dijo en un tono vacilante.

“Oh.” Ella aprovechó la oportunidad para acariciarlo y sintió que se ponía aún más duro. Nunca había olvidado cómo había sido con él—esa emoción, esa ilusión, esa abrumadora pasión. “Entonces, ¿qué es?”

“Syd,” dijo, con los ojos cerrados y su rostro tenso mientras que ella le había crecer cada vez más. Sus caderas parecían tener mente propia mientras empujaban contra su mano.

“Dime.”

“Cuando hagamos esto, quiero que seamos nosotros.”

“¿Quiénes íbamos a ser sino?”

Él abrió los ojos y la miró. “No se trata de nosotros esta noche y me parece bien. Era lo que necesitabas. Pero cuando lo hagamos, quiero que sea por las razones correctas. Ya tuvimos una oportunidad y nos las arreglamos para meter la pata, no quiero que vuelva a suceder.”

Sydney retiró la mano y se tumbó sobre su espalda. “Debo irme a casa.”

Él la detuvo. “No, quédate aquí conmigo. Quédate todo el tiempo que quieras, ya llegaremos a eso.” Ahuecando su mejilla, Luke volvió su cara hacia él y la besó. “Y cuando lo hagamos, nos daremos cuenta de que la espera ha merecido la pena.”

“¿Estás seguro de eso?” Preguntó con una sonrisa, ansiosa por disminuir la tensión que sentía viniendo de él.

“He tenido *años* para pensar cómo sería todo si alguna tuviera una segunda oportunidad de estar contigo.”

La intensidad detrás de su declaración la hizo temblar con anticipación. “¿De veras?”

“Uh-huh.” El comenzó a besarla desde la garganta hasta el lóbulo de su oreja. “Por mucho que me encante estar así contigo de nuevo, nunca hubiera esperado que las cosas hubieran dado ese trágico giro con tal de que acabáramos aquí, espero que lo sepas.”

“Por supuesto. Eso lo sé de sobra.” Ella apoyó la cabeza en su pecho. “A mí también me encanta estar contigo de nuevo.”

“Esto de estar en la cama es una novedad para nosotros.”

Sydney se echó a reír. “¿Recuerdas en todos los lugares donde lo hicimos?”

“Me acuerdo de todo.”

“De verdad lo haces, ¿no es así?”

“De cada minuto que pasé contigo. Entonces, ¿te quedarás un rato? ¿Pasarás más tiempo conmigo? ¿Me dejarás cuidar de ti?”

Sydney estudió su hermoso rostro por un largo momento antes de decir, “Sí, Luke, me quedaré contigo.”

Capítulo 10

La próxima vez que Sydney se despertó, se encontró sola en la gran cama mientras que la brillante luz del sol se filtraba a través de unas pequeñas grietas en las persianas que cubrían las ventanas. Miró alrededor de la habitación, estaba limpia y ordenada pero no había nada lujoso en ella, muy propio del hombre que la ocupaba. Fuera escuchó a Buddy ladrar a la vez que se daba cuenta de que el animal estaba jugando animosamente y corriendo sin parar.

Miró el reloj y salió disparada de la cama cuando vio que era casi mediodía. Luke estaría probablemente esperando a que se levantara para poder llevarla a casa y volver al trabajo. Su vestido de la noche anterior estaba increíblemente arrugado de haber dormido con él, pero no tenía otra alternativa que ponerse. Después de un rápido viaje al cuarto de baño, se apresuró a salir donde Luke estaba lanzando una pelota de tenis a Buddy.

Cuando Buddy se revolcó como una croqueta en su ansión por agarrar la pelota, Luke se echó a reír. Al verlo, Sydney recordó la manera en que se había preocupado por ella la noche anterior, cómo la había animado a hablar de la familia que había amado y perdido, y cómo había antepuesto sus necesidades a las suyas, tal como solía hacer incluso cuando era un niño.

“Hola,” dijo Luke. “Ya te has levantado.”

“Lo siento mucho. Vas a llegar tarde al trabajo por mi culpa.”

Caminando hacia ella, dijo, “Me he tomado el día libre.”

“Eso también es mi culpa.”

La besó en la nariz. “Trabajamos siete días a la semana en esta época del año. No me acuerdo de la última vez que me tomé un día entero de descanso, así que me lo debía a mí mismo. No te preocupes, cariño.”

Sydney notó que lo sorprendió cuando puso sus brazos alrededor de su cintura y se puso de puntillas para besarlo.

“¿A qué viene eso?”

“Quería darte las gracias por lo de anoche. Me ayudaste a pasar por unos recuerdos cruciales en mi vida mostrando todo tu interés y te lo agradezco de verdad.”

Él la envolvió en un fuerte abrazo. “Me alegro mucho de haber estado ahí para ti. ¿Qué tal un poco de café y algo de comer? Debes estar hambrienta; no cenaste nada anoche.”

“Un café sería estupendo pero luego tengo que irme, estoy segura de que tendrás cosas que hacer.”

Luke se giró de nuevo para mirarla y tocó la frente con sus labios. “Pensé que habíamos acordado que ibas a quedarte un rato conmigo.”

Sydney lo miró. Su rostro estaba recién afeitado, con el pelo todavía húmedo por la ducha, y sus serios y oscuros ojos centrados directamente en ella. “Pensé que te referías a anoche.”

“Me refería a todo el tiempo que quisieras quedarte.”

“Oh.”

Él le tomó la mano y entrelazó sus dedos. “Vamos a empezar con el café y lo tomaremos desde allí.”

Ella lo siguió al interior, donde le sirvió un café e insistió en hacerle una tortilla con un poco de pan tostado. Sydney se estaba deleitando con su segunda taza de café cuando le preguntó a Luke por su bolso.

“Deja que vaya yo a por él.” Entró en la sala y regresó con él.

“Gracias.” Sydney miró su móvil y dejó escapar un grito de asombro. “¡Oh, Dios! ¡Mi madre me ha estado llamando toda la mañana!” Sydney la llamó mientras que Luke recogía la cocina.

“¡Sydney!” La voz de su madre era frenética. “¿*Dónde has estado?* ¿Por qué no has contestado el teléfono?”

Syd cerró los ojos convocando toda su fuerza. “Lo siento mucho. Mi teléfono se cayó de mi bolso en el coche la noche anterior. No me he dado cuenta hasta ahora.”

“¡Tu padre y yo estábamos a punto de llamar a las aerolíneas!”

“Siento mucho haberos preocupado tanto. ¿Cómo fue la reunión?” Sydney habló con su padre después y cuando colgó se quedó tranquila de que sus padres supieran que todo le estaba yendo muy bien en la isla. Apoyó la cabeza en la mesa durante un segundo para reagruparse.

Las manos de Luke aterrizaron sobre sus hombros, amasando y aliviando su tensión.

“¿Todo bien?”

“Es normal, ¿no? Después de lo que ha pasado es normal que me controlen hasta el punto de asfixiarme, ¿verdad?”

“Supongo que sí.”

Ella echó la cabeza hacia adelante para animarlo a continuar con el divino masaje. “Sé que no tienen intención de ahogarme pero casi me puse a dar saltos de alegría cuando se fueron de viaje. Si vuelven antes de finales de agosto, creo que me pegaré un tiro.”

“Me encargaré de cerrar las armas bajo llave.”

Sydney se echó a reír y luego gimió mientras que él trabajaba sobre un apretado nudo.

“¿Se lo vas a decir?”

“¿El qué?”

“Que estamos saliendo de nuevo.”

“A su debido tiempo.”

“¿Crees que será un problema?”

A pesar de que no había terminado de disfrutar de su masaje, ella se dio la vuelta para poder mirarle. “No para mí.”

“Así que si a tus padres no les parece bien que vuelvas a estar saliendo con el chico del puerto, ¿no te importará?”

“Me imagino que querrán que sea feliz.”

“¿Y si no lo aprueban?”

Sydney envolvió sus brazos alrededor de él y esperó hasta que su mirada se encontrara con la de ella. “No me importará.”

“Eso lo dices ahora.”

“Confía en mí cuando te digo que quiero muchísimo a sus padres pero no estoy bajo sus pulgares. Ya no.”

Él asintió, la soltó y fue a terminar los platos.

Sydney lo siguió y le echó los brazos al cuello por detrás, descansando su rostro en su espalda. Ella lo sostuvo hasta que sintió que la tensión comenzaba a abandonarle.

“Tenemos que llamar a Maddie, estuvo aquí anoche y se quedó muy preocupada por ti. Ha llamado esta mañana con la esperanza de poder hablar contigo.”

“La llamaré ahora mismo. ¿Crees que después podríamos pasarnos por mi casa para coger un poco de ropa y un cepillo de dientes?”

“Por supuesto.”

“¿Estamos bien, Luke?”

“Por supuesto que sí.”

Él acababa de decirle lo que ella quería oír, pero Sydney se preguntaba si verdaderamente lo diría en serio. Una vez más, sus padres acababan de interponerse entre ellos, y eso que estaban a más de mil kilómetros de distancia.

Luke la llevó a casa para que pudiera meter ropa en una bolsa y algunos de los juguetes de Buddy. Sydney preparó un picnic que se llevaron a la playa frente a casa de Luke.

Buddy persiguió a las gaviotas y coqueteó con las olas, corriendo a la seguridad de la manta cuando sacaban lo mejor de él.

Sydney se rio de sus travesuras, dándole una palmadita en la cabeza para tranquilizarlo cada vez que regresaba a ella. “Es un bebé grande,” dijo. “Aunque es un alivio verle jugar de nuevo.”

Desde la manta, Luke le tiró la pelota de tenis sin parar, lo que hacía que el perro volara de lado a lado por toda la playa. “Eso debería darnos tres o cuatro minutos.”

“¿Para qué?” Preguntó Syd.

Sonriendo, él deslizó una mano alrededor de su cuello y tiró de ella para darle un beso que empezó siendo tierno y suave, pero que pronto se volvió apasionado y salvaje.

Fueron interrumpidos cuando una ristra de pegajosa saliva aterrizó en un ruido sordo sobre la espalda de Luke.

“Ugh,” dijo ella mientras se incorporaba. “¡Qué asco, Buddy!”

Buddy ladró, exigiendo que Luke le tirara la pelota de nuevo.

“Muy bien, tranquilo todo el mundo.” Luke cogió mucha fuerza en esta ocasión y envió la pelota tan lejos como pudo.

Buddy salió disparado como una bala.

“Ahora,” dijo Luke, volviéndose hacia Sydney, “¿dónde estábamos?”

Ella abrió los brazos para él. “Justo aquí.”

“Mmm, me encanta estar aquí,” respondió él mientras dejaba un rastro de besos desde su clavícula hasta la oreja.

“¿Luke?”

“¿Qué, cariño?”

Ella deslizó las manos por sus hombros y espalda hasta llegar a su musculoso trasero. “Si hiciéramos, ya sabes, lo que solíamos hacer aquí, ¿seríamos nosotros?”

Gimiendo, él reclamó su boca con otro tórrido beso. “Aquí no,” dijo cuando se separó para tomar aire. “Quiero una ducha y una cama.”

“Ya no eres divertido.”

Él soltó una carcajada. “Vaya, gracias.”

“¿Dónde está Buddy?” Preguntó ella mientras llamaba al perro.

“¿Es ese?” Dijo Luke señalando. “¿Ahí abajo?”

“¡Sí! ¿Qué está haciendo?”

“Iré a buscarlo,” dijo Luke, besándola rápidamente. “No te vayas.”

“Date prisa.”

Sydney se estremeció ante la mirada casi depredadora que le dio antes de que echara a correr por la playa hasta donde Buddy parecía estar escarbando algo que había encontrado en la arena. Esperaba que no fuera nada asqueroso ni oliera mal porque no quería tener que darle un baño, no en estos momentos, cuando ella y Luke tenían mejores cosas que hacer.

Se reclinó en la manta, dejando que el sol de la tarde calentara su cara. *¿De verdad estoy a punto de hacer esto? ¿Se sentirán todas las viudas culpables e indecisas la primera vez que hacen el amor con otra persona después de haber perdido a su marido?*

“Seth quiere que seas feliz,” se dijo a sí misma. “Eso era todo por lo que se preocupó siempre.” Pero, ¿querría que fuera feliz con Luke, el único otro hombre al que siempre había amado?

Por supuesto, le había hablado de él y sobre cómo se había alejado de lo que tuvieron sin ni siquiera dar por terminada su relación. No creía que su marido hubiera visto una amenaza en Luke, ni que hubiera tenido miedo de que peligrase su matrimonio, pero a decir verdad, nunca supo la frecuencia con la que solía pensar en su primer amor o lo mal que sentía por haberle dejado sin decir ni una sola palabra.

“Seth se ha ido,” se dijo a sí misma mientras que Luke corría hacia ella con Buddy trotando a su lado. Luke era alto y tenía el tipo de músculos que los hombres desarrollan tras muchos años de duro trabajo físico en lugar de horas en el gimnasio. Tenía la justa cantidad de vello oscuro en el pecho, y al verlo venir hacia ella con esa intención en sus ojos, Sydney se sintió más consciente que nunca de donde estaba, lo cual se resumió en un dolor que aterrizó entre sus piernas.

Todo lo que Luke tenía que hacer era mirarla de esa manera y sería suya.

“Ha encontrado un pájaro muerto en una bolsa de basura,” dijo Luke.

“¡Qué asco! No se lo habrá comido, ¿verdad?”

“Creo que más bien estaba tratando de darle un entierro digno.”

Sydney miró más de cerca para ver que las patas y el hocico de Buddy estaban teñidos de arena. “Fabuloso.”

Luke le tendió una mano para ayudarla a levantarse. “Le rociaré con la manguera en el jardín.”

El baño de Buddy se convirtió en una guerra de agua a tres cuando Luke apuntó con la manguera hacia Sydney y no al perro. Ella se defendió, tratando de arrebatársela y rociándole con agua helada hasta que le hizo jadear.

“Creo que podemos saltarnos la ducha,” dijo Luke dándole otra de esas

acaloradas miradas que hicieron que sus rodillas temblaran. “Por ahora.” Secó a Buddy con una toalla seca y envió al perro dentro a por un poco de comida y agua. “Tu turno,” le dijo a Syd, usando una toalla de playa caliente por el sol para secar su cara y sus hombros.

En el momento en que pasó el material sobre su vientre, Sydney estaba a punto de arder. “Luke.” Solo la palabra llevaba consigo un mundo entero de necesidad.

Él se pasó la felpa sobre su propio cuerpo, la dejó caer al suelo y extendió los brazos hacia ella. “¿Estás segura, nena? ¿Estás realmente segura de que quieres hacer esto?”

Sydney se puso de puntillas para darle un beso. “Estoy segura.” Ella se sobresaltó—y se excitó aún más—cuando él la levantó en brazos y la llevó adentro. Luke cerró la puerta de la habitación para que Buddy no les siguiera.

Mientras que la dejaba sobre la cama, su mirada viajó con reverencia por su cuerpo. “No puedo creer que estés aquí,” dijo. “Y que realmente estemos a punto de hacerlo.

“En mitad del día, nada menos,” dijo ella, sonriéndole. “Escandaloso.”

Él se tendió a su lado. “Mucho.”

“Tu cama se va a poner empapada si no nos quitamos los trajes de baño.”

“¿Es esa tu manera de decir que debemos desnudarnos?”

“Si quieres,” dijo con un indiferente encogimiento de hombros que le hizo reír.

“Quiero.” Él la besó y tiró del lazo que sujetaba la parte superior de su bikini. “*Realmente* quiero.”

Luke vio cómo sus pechos eran liberados y tuvo que recordarse a sí mismo que debía seguir respirando. Había imaginado esta misma escena un millón de veces, pero sus fantasías no se habían acercando a la realidad de lo que sería estar con ella de nuevo. Todo en ella le atraía, desde la sedosa suavidad de su pelo rubio rojizo, pasando por las pecas que danzaban sobre su diminuta nariz hasta sus bonitos pezones rosados que se pusieron duros esperando a que Luke les ofreciera toda su atención.

La deseaba tanto que casi tenía miedo de tocarla, de dejarle ver la extensión completa de su deseo. Recordándose a sí mismo que esto era algo aún más importante para ella, llevó su mano mucho más oscura a la temblorosa piel blanca de su vientre.

“Eres aún más hermosa de lo que recordaba,” dijo mientras inclinaba la

cabeza para saborear su pezón.

Ella se quedó sin aliento y se retorció debajo de él, lo que solo hizo que le resultara más difícil aferrarse al control que sabía que sería tan esencial para ella esta primera vez. La próxima vez, podría perderlo, pero esta no. Necesitaba que mostrara su lado más tierno, más dulce.

Chupando el pezón en su boca, amparó su amplio pecho con la mano y dejó que la otra descendiera por su vientre hasta tocarla a través de su traje de baño. El calor de su núcleo irradiaba a través de la tela, y su pene se tensó contra los confines de su bañador.

Le dio a su otro pecho la misma atención, deleitándose con los gemidos que le hicieron saber que estaba con él y no anclada en el pasado. La besó desde sus pechos hasta su vientre para posteriormente detenerse en su núcleo donde aspiró su aroma.

“Luke,” dijo ella con voz temblorosa.

Él tiró de la parte de debajo de su bikini y ella separó las caderas de la cama para ayudarle con su misión. Cuando la prenda llegó hasta sus talones, terminó de quitársela, la tiró por encima de sus hombros y acarició sus suaves piernas, abriéndolas para él mientras que sus labios seguían el camino trazado por sus manos. Era tan dulce y suave como recordaba, incluso más.

La mata de rizos en la unión entre sus muslos la identificaba como una verdadera pelirroja, lo que le recordó el choque que eso supuso la primera vez que hizo ese descubrimiento cuando era niño. Ahora de hombre no estaba menos impresionado. Justo por encima de la línea del vello, se fijó en una delgada cicatriz blanca. Curioso, Luke trazó un dedo ligeramente sobre ella. “Te han operado.”

“Dos cesáreas.”

Puesto que no quería que pensara en nada más que en ellos, Luke decidió que este no era el momento de hacer preguntas que la llevaran pedaleando hasta su pasado. En cambio, bajó la cabeza y pasó la lengua por su ser, tentándola.

Sus piernas se abrieron aún más, y sus caderas se dispararon fuera de la cama.

Luke deslizó un dedo en el resbaladizo calor entre sus piernas y sacó el centro palpitante de su deseo entre sus labios, pasando su lengua hacia atrás y hacia adelante. Añadió un segundo dedo y la llevó al precipicio antes de dar marcha atrás y volver a hacerlo.

“¡Luke!”

“¿Qué, cariño?”

Ella estaba jadeando, y la piel de gallina había salpicado su sensible piel.

“¡Ve al grano!”

Riendo suavemente, Luke fue a por más y esta vez la llevó hasta el final. Sydney llegó al clímax con un agudo grito de finalización que hizo que Buddy arañara la puerta del dormitorio y ladrara.

“¿Debo dejar que entre?” Preguntó Luke.

“No,” contestó ella sin aliento. “Se volvería aún más loco.”

Mientras que Luke le daba un minuto para que se recuperara de su gran orgasmo, se quitó su bañador y extendió el brazo para tomar un condón del cajón de la mesita de noche.

“No hace falta,” dijo Syd, deteniéndolo. “Estoy protegida si tú lo estás.”

El corazón de Luke dio un vuelco feliz. ¿Sexo sin preservativo? ¿Sexo con Syd sin preservativo? Este podría acabar siendo el mejor día de su vida. Hablando de cosas que podrían acabar muy rápidamente... *oh mi Dios*. . .

“Syd.”

Con la mano en su pecho, ella le instó a tumbarse y dejar que le diera su merecido. Increíble no empezaba a describir siquiera la sensación de su caliente y mojada boca cerrándose sobre la cabeza de su pene. Como siguiera haciendo eso—

Luke salió casi volando de la cama cuando ella lo chupó—con fuerza—y le acarició al mismo tiempo. No iba a durar más de dos segundos como siguiera así. “Para, Syd, *para*.”

Ella lo miró con los ojos de una víbora, y él sintió que nunca la había querido tanto.

“Ven aquí.” Se sentó, la tomó entre sus brazos y le apartó el pelo de su cara, que estaba revuelto por el sol de la playa, así como por su orgasmo. Sentándola a horcajadas sobre él, le pasó las manos por sus hombros hasta las caderas y hacia arriba de nuevo, notando su ligera mueca. “¿Estás bien?”

“Mis caderas necesitan un segundo para ajustarse,” contestó.

“Házmelo saber si te duele.”

“Lo haré.” Con las manos enmarcando su cara, Luke tiró de ella en un profundo beso carnal que hizo que le dieran ganas de suplicar más. Deslizandole las manos por su espalda, ahuecó sus tersas nalgas y usó sus piernas para posicionarla. “¿Estás segura de que no necesitamos preservativo?”

Sydney se mordió el labio inferior y asintió con la cabeza, deslizándose hacia atrás y hacia adelante sobre su erección. ¿Cuándo se había convertido en

una seductora de tal calibre? Su Syd nunca había pensado en esas cosas aunque lo último que quería pensar ahora era dónde—y cómo—habría aprendido a tentar y provocar a un hombre. Sostuvo sus caderas y comenzó a entrar en ella, permitiéndole que marcara el ritmo, a pesar de lo que le estaba costando permanecer inmóvil.

Su cabeza cayó hacia atrás mientras que él la penetraba lentamente y ella le agarraba como un apretado puño de terciopelo caliente.

Nada en su vida podía compararse con esto. Nada. “Dios, Syd, te he echado tanto de menos. He echado tanto de menos esto.”

Ella envolvió sus brazos alrededor de su cuello, apretó sus senos contra su pecho y se acomodó en un ritmo que hizo que él tuviera que concentrarse para no terminar rápidamente.

Sydney levantó la vista, le miró a los ojos y Luke se quedó sin hablar por lo que vio en ellos—amor, confianza y paz. “Bésame.”

Su boca descendió sobre la suya, resbaladiza, caliente y con el sabor a fresa de su bálsamo labial. Si continuaba acariciando su lengua con la suya de esa manera, acabaría con él demasiado pronto.

“Luke,” susurró contra sus labios, “Voy a. . .*Oh.*” Su cabeza cayó sobre su hombro, y Sydney se vino abajo.

Él siguió con ella todo lo que pudo, ayudándola a montar sobre las olas de su liberación. Cuando por fin la soltó, explotó, llegando a un clímax abrumador que nada tuvo que ver con el que experimentó la última vez que había hecho el amor con ella. Mientras que el sexo con otras mujeres había sido satisfactorio, el sexo con Syd era una experiencia religiosa y quería poder adorarla durante el resto de su vida.

Un sollozo atrajo su atención.

“Syd, nena, mírame.” Con las manos en su cara, la obligó a mirarle a los ojos. Las lágrimas que vio en ellos le rompieron el corazón. “¿Te he hecho daño?”

“No, no,” dijo. “Lo siento, estoy bien, en serio.”

Excepto que no parecía estar bien en absoluto. “Háblame.”

Ella sacudió la cabeza, y las lágrimas corrieron por sus mejillas. “No sé por qué estoy llorando. Estoy muy feliz de estar aquí contigo. No podría haber hecho esto con nadie más, espero que sepas eso.”

Luke sabía que su comentario hacia él era un cumplido, pero le llenó de incertidumbre.

“No quiero ser tu hombre puente.”

Sus cejas se fruncieron. “¿Qué significa eso?”

“Si vas a irte a alguna otra parte—”

“No hay ningún otro lugar en el mundo donde prefiera estar; nadie en el mundo con quien prefiera estar.”

“Por ahora.”

“Durante el tiempo que esto funcione para ambos.”

“Y después, ¿qué?”

“Eso no puedo saberlo, ni tú tampoco.”

“No me digas lo que puedo saber y lo que no,” dijo en un tono más severo de lo que pretendía.

“¿De verdad estamos teniendo esta conversación? ¿Después de acabar de hacer el amor?”

Sus ojos se llenaron de lágrimas de nuevo, lo que le rompió el corazón. Él salió de ella e instó a que bajara la cabeza sobre su pecho para rodearla entre sus brazos.

“Lo siento. No debería haber dicho eso. Es solo que la idea de perderte—de nuevo—me vuelve loco.”

“Estoy aquí, Luke. No me voy a ir a ninguna parte todavía.”

Luke se preguntaba si recordaría que eso ya se lo había dicho una vez antes.

Capítulo 11

Sydney y Luke dormitaron toda la tarde. Por una vez, la mente de ella, que no había parado de conjeturar cosas acerca de su relación, se había calmado y Luke era el responsable de ello. Era difícil estar cerca de él durante un tiempo y no ser atraído por la tranquilidad que le rodeaba.

Que al menos rodeaba la mayor parte de él. La parte que estaba de cualquier manera salvo tranquila estaba ahora mismo presionada contra su espalda, haciéndole saber que estaba lista para más.

Sydney se rio en voz baja. No podía recordar la última vez que se había sentido tan despreocupada o relajada. “Eres insaciable.”

Luke movió su mano de su vientre a su seno. “Solo contigo.”

“¿Hubo muchas otras?” Sabía que no tenía derecho a preguntar, pero esperaba que no hubiera estado completamente solo.

“Unas pocas. Aquí y allá. Nada serio.” Pasó su pulgar sobre su pezón repetidas veces, enviando una corriente eléctrica directa a su sexo y haciendo que se retorciera contra él. “Ninguna como tú.”

“Luke.” Ella comenzó a girarse para mirarlo, pero él la detuvo.

Empujó su erección en la hendidura de su trasero. “Quédate así.”

Todo el cuerpo de Sydney zumbaba con la tensión y el deseo, como si no hubiera quedado ya más que satisfecha—varias veces—en las últimas horas. Contuvo la respiración, esperando a ver qué iba a hacer.

Su mano viajó lentamente desde su pecho hasta la cadera y la pierna. Curvó los dedos por debajo de su rodilla y tiró de su pierna hacia atrás para que pudiera apoyarse en él. Mientras que la besaba suave y estratégicamente en el cuello, sus dedos viajaron por el interior de su muslo, haciéndola temblar.

Ella arqueó la espalda hacia él, buscándole.

Cuando Luke se dio cuenta de que estaba húmeda y lista, enterró dos dedos en su interior y empujó su eje en la hendidura de su trasero.

Sydney se quedó sin aliento ante la dual sensación. El sexo con él siempre había sido muy terrenal y casi primitivo. Lo habían probado todo al menos una vez—más de una vez si les había gustado. Sin necesidad de intercambiar ni una sola palabra, de alguna manera él sabía lo que tenía que hacer para hacerla gritar.

Reconocer que era el único hombre que jamás la había conocido tan bien hacía que se sintiera culpable y desleal. Pero sus tiernos cuidados hicieron que no tuviera tiempo para pensar en nada más que en lo que estaba viviendo ahora mismo.

Mientras que Luke deslizaba sus dedos dentro y fuera de ella, continuó bombeando contra su culo. Hasta que de pronto apretó el nudo de nervios en su centro, y ella llegó a su clímax tan repentinamente que gritó su placer en un gemido quejumbroso que hizo que los dedos de sus pies se retorcieran. Todavía estaba todavía temblando cuando él la puso sobre sus manos y rodillas para entrar en ella por detrás.

Sydney se quedó sin aliento y luchó para aceptar su longitud y anchura. La llenaba completamente.

“¿Está bien?” Le preguntó.

“Sí.”

“¿No te duele nada?”

Ella negó con la cabeza.

Luke sostuvo sus caderas con cuidado y empezó a penetrarla duro y rápido.

Sydney apoyó la cabeza sobre sus brazos cruzados y se apoderó de las sábanas para evitar salir despedida fuera de la cama.

Usando sus rodillas, Luke la instó a separar aún más sus piernas a la vez que desaceleraba el ritmo. Si lo que pretendía era volverla loca, estaba haciendo un gran trabajo. Entonces sintió sus manos en su trasero, acariciando sus mejillas tiernamente, lo cual hizo que sus piernas se volvieran de gelatina. El aliento se le quedó atrapado en la garganta cuando deslizó el dedo por su hendidura, tentando, explorando.

Sydney llegó de nuevo, gritando cuando la increíble liberación disparó a través de ella.

Luke pasó un brazo por debajo de sus caderas y la embistió una última vez, gruñendo mientras se dejaba llevar. Se derrumbó con la mitad superior de su cuerpo sobre ella y presionó los labios sobre su espalda mientras que ambos se recuperaban.

Durante mucho tiempo, permanecieron allí unidos, respirando, palpitando con los espasmos del coito.

Luke apartó su pelo a un lado, y rozó su oreja con los labios. “Dios, Syd,” dijo en una voz tan baja que ella apenas pudo oírle.

Ella le dio un cariñoso codazo para indicarle que quería levantarse.

Luke se retiró de ella y se tumbó sobre su espalda. Tiró de ella contra su cuerpo y la besó en la frente. “Esta vez haremos que funcione. De un modo u otro, lo conseguiremos.”

Sydney cerró los ojos con fuerza contra la oleada de emoción que la sacudió. Quería tener otra oportunidad con él pero primero había algo que

tenía que decirle.

“Maddie llamó mientras que estábamos en la ducha,” dijo Sydney, sin perderse la apasionada mirada que él le envió ante la mención de la ducha. Justo cuando había estado segura de que se habían agotado mutuamente, Luke le había demostrado lo contrario, tomándola rápida y salvajemente contra los azulejos del baño. Nunca había tenido tanto sexo en su vida, y aunque estaba un poco dolorida en alguno de los lugares más interesantes, estaba disfrutando de cada minuto con él.

“¿Qué quería?”

“Ha dejado un mensaje para decirnos que ella y Mac van a ir con Joe y Janey al Tiki Bar en el McCarthy’s esta noche. Al parecer hay un chico que toca allí al que quieren ver.”

“Owen Lawry. Viene un par de veces cada verano. Toca la guitarra y canta. Es realmente bueno. ¿Te gustaría ir?”

“No me importaría salir un poco.”

Luke se levantó de la cama y se acercó a donde ella estaba mirando la puesta de sol. Puso sus brazos alrededor de ella y le acarició el cuello.

“¿Porque te he agotado?”

Sydney se echó a reír y cubrió sus manos con las suyas. “En parte sí.”

“¿Cuál es la otra parte?”

“Maddie se quedó preocupada cuando hablé con ella antes. Quiere cerciorarse de que estoy bien.”

“¿Y lo estás? ¿Estás bien?”

Sydney se volvió hacia él y deslizó los brazos alrededor de su cuello. “Sí, lo estoy.”

“¿Te sientes, ya sabes, un poco culpable?”

“Un poco. Mi terapeuta me dijo que me pasaría la primera vez.”

“Si te hace sentir mejor, yo también me siento un poco culpable.”

“¿Por qué?”

“Estoy condenadamente feliz de tenerte de vuelta en mi vida y en mi cama, pero por otro lado, sé lo difícil que ha sido dar este paso para ti.”

Sydney se puso de puntillas para apartar el pelo de su frente. “Estoy muy contenta de haberlo dado contigo.”

Luke la abrazó. “Yo también”

Ella se echó hacia atrás para mirarle. “Hay algo que tengo que decirte.”

Todo su cuerpo se puso rígido. “¿Qué?”

Respirando hondo, Sydney trató de calmar los nervios que de pronto se apoderaron de ella.

“¿Recuerdas cuando hablamos sobre si quería tener o no más hijos?”

Él asintió con la cabeza. “¿Qué pasa con ello?”

“Bueno, digamos que no puedo tener más hijos. No de forma natural, quiero decir.”

“Oh.”

“Sé que debería habértelo dicho antes. Simplemente no me pareció el momento adecuado el otro día, aunque quería que lo supieras cuanto antes.”

Luke miró por encima de su cabeza hacia el horizonte.

“Lo entendería si eso lo cambiara todo—”

Él subió su mirada para encontrarse con la suya. “No cambia nada en absoluto.”

“Querrás tener tus propios hijos algún día.”

“Si te soy sincero, nunca he pensado demasiado en ello. Nunca me he planteado siquiera la posibilidad de casarme por lo que jamás ha sido un problema.”

“¿Solo tendrías hijo estando casado?”

“Yo no conocí a mi propio padre, y nunca querría que un hijo mío creciera de esa manera. El matrimonio sella el compromiso.”

“Debes pensar bien sobre esto, Luke, y estar seguro de lo que sientes al respecto.”

Él la atrajo en un abrazo. “Si tuviera que elegir entre tener cinco hijos con otra persona o estar contigo y no tener ningún hijo, te elegiría a ti.” La besó suavemente en los labios. “Siempre te elegiría a ti.”

Abrumada por la intensidad del momento, Sydney apoyó la frente contra su pecho.

“¿Estabas preocupada por lo que pudiera decir?”

Ella asintió con la cabeza.

“Eso es buena señal.”

Mirando hacia él, Sydney se echó a reír. “¿Por qué?”

“Significa que te importa.”

“Por supuesto que me importa.”

Luke la besó en la nariz y luego en los labios. “Lo sé. Vamos, vayamos a comer.”

Luke y Sydney llegaron al puerto deportivo justo cuando Mac Padre estaba

cerrando la puerta del garaje del restaurante del muelle.

“¿Qué estás haciendo todavía aquí?” Le preguntó Luke.

“Linda tenía una reunión de mujeres, así que me he quedado a tomar una cerveza con Owen.”

“Syd, te acuerdas del señor McCarthy, ¿verdad?” Dijo Luke.

Ella extendió una mano hacia el hombre mayor, quien la atrapó entre las suyas.

“Me alegro de verle de nuevo, señor McCarthy.”

“Es Mac Padre para ti, y yo también me alegro de verte. Siento muchísimo tu terrible pérdida.”

“Gracias.”

“¿Tuviste un buen día libre?” Le preguntó a Luke.

“La verdad es que sí, gracias por dármelo.”

“No tienes que agradecerme nada. De hecho, ¿Por qué no te tomas mañana libre también? No hay mucha actividad por aquí esta semana.”

“¿Estás seguro?”

“Por supuesto, todo el mundo necesita un descanso de vez en cuando.”

“No voy a decir que no a eso.”

“Me voy a casa. Están todos en el Tiki Bar. Pasad un buen rato esta noche.”

“Lo haremos.” Luke tomó a Sydney de la mano y la llevó hasta la barra que Mac Padre había instalado en el muelle principal como parte de otro de sus exitosos programas para ampliar el negocio.

Maddie les saludó con la mano desde la esquina de la barra al aire libre llena de gente.

En su camino hacia allí, cuando pasaron por delante del pequeño escenario, Luke saludó a Owen, el surfista rubio con una voz increíble, a quien le encantaba alardear de su existencia errante en una vieja camioneta con una guitarra aún más antigua.

Owen dejó de cantar cuando vio a Luke, pero siguió tocando su guitarra. “¿Es ese Luke Harris? ¿Con una *chica*? ¿Acaso acaba de congelarse el infierno?”

Luke se volvió y le lanzó una mirada asesina, lo que provocó que la gente de varias mesas cercanas se echara a reír. Miró a Sydney a tiempo de ver el rubor que se propagó a través de sus mejillas.

El grupo se abrió para darles la bienvenida. Maddie arrastró a Syd hasta una silla junto a la suya y le dio un fuerte abrazo.

“¿Cómo estás?” Preguntó.

“Mejor. Gracias—muchas gracias a los dos,” dijo incluyendo a Mac.

“Estamos para cuando nos necesites,” respondió él.

“¿Qué tiene que hacer un chico para conseguir una cerveza por aquí?”

Preguntó Luke, mirando a su alrededor en busca de la camarera.

Mac le hizo un gesto hacia la barra. “Será más rápido que vayas allí a pedirla,” le indicó.

“¿Alguien quiere algo?” Preguntó Luke.

“No, gracias,” respondió Joe. “Acabo de pedir una nueva ronda.”

Luke se inclinó hacia Sydney. “¿Vino?”

“En realidad, creo que prefiero una cerveza sin alcohol.”

“Vaya, y luego crees que conoces a las personas,” dijo Luke con una sonrisa mientras que se abría paso entre la multitud hacia el bar. Se encontró con el mejor amigo de Mac Padre, Ned, el taxista número uno en toda la isla, apoyado en la barra. “¿Cómo te va, Ned?”

“No demasiado mal, hay demasiado movimiento esta noche.”

“Como siempre que Owen está aquí.”

“La niña bonita ha crecido para convertirse en una preciosa señorita.”

“¿Perdona?”

“Tu chica,” dijo Ned señalando con la cabeza hacia la mesa.

“Oh, sí, la verdad es que sí.” Luke intentó sin éxito atraer la atención de la camarera. ¿Acaso no sabía que era co-propietario del lugar? No es *alguna vez* quisiera volver a jugar esa carta.

“Yo tuve una chica así una vez,” dijo Ned en un extraño momento de introspección. “Tenía el pelo rojizo como la tuya.”

Asombrado por su revelación, Luke miró al anciano de pelo blanco, despeinado y poblada barba. Llevaba una descolorida camiseta roja y unos pantalones cortos de color caqui—un atuendo que era de lo más elegante para las normas habituales de Ned. “¿Qué pasó?”

“Lo mismo que te pasó a ti—conoció a otra persona.”

Luke no estaba seguro de cómo responder a eso. “¿Todavía está con él?” Preguntó, decidiendo que era mejor tirar por ese camino.

“Nah. Terminaron hace más de veinticinco años.”

“¿Por qué no has ido tras ella?”

Ned se encogió de hombros. Un palillo de dientes bailó alrededor de su boca. “Ella sabe dónde estoy si quiere algo de mí.”

“¿Está aquí? ¿En la isla?”

“¿Qué va a ser, Luke?” Preguntó la camarera antes de que Ned pudiera responder.

“Dos cervezas sin alcohol, por favor.”

“Enseguida.”

Luke se volvió hacia Ned. “Bueno, dime, ¿está aquí?”

“Sí.”

“¿Nunca la has vuelto a ver?”

“Solo de lejos.”

“¿Quién es?”

“Eso sí que no me lo vas a sonsacar, muchacho,” dijo Ned con un bufido.

El camarero le entregó las cervezas y Luke las pagó. Volviendo a Ned, dijo, “Déjame que te diga—por experiencia propia—que todo es mejor la segunda vez. Si todavía piensas en ella, ve a verla. Nunca se sabe lo que puede pasar.”

“De repente tú eres el sabio, ¿eh?”

Luke se encogió de hombros. “Yo no diría eso.”

“¿Crees que volverá a romperte el corazón?”

“Espero que no.”

“Te está buscando, será mejor que vuelvas con ella.”

Luke dirigió su mirada a la mesa. Cuando sus ojos se encontraron con los de Sydney, él le devolvió la sonrisa.

“Vaya, muchacho, te ha vuelto a pegar fuerte,” dijo Ned con un aullido de risa.

“Y que lo digas.”

“Espero que vaya bien esta vez.”

“Yo también. A lo mejor también puede funcionar para ti esta vez si le das una oportunidad. ¿Qué tienes que perder?”

“Eh,” dijo Ned, encogiéndose de hombros. “Lo pasado, pasado está.”

“Lo que tú digas. Nos vemos más tarde.”

“Ten cuidado, muchacho. No quiero ver cómo tu corazón se rompe de nuevo.”

El comentario hizo que Luke se detuviera en seco. “Eso no va a suceder.” Pero cuando regresó a la mesa, se preguntó a quién estaría tratando de convencer—a Ned o a sí mismo.

Capítulo 12

Owen tocó toda una lista de canciones veraniegas y todo el mundo se animó al ritmo de: “Summer Breeze,” “Sister Golden Hair,” “God Only Knows” y “Peaceful Easy Feeling.” Por debajo de la mesa, Luke mantuvo un firme control sobre la mano de Sydney, quien se tensó cuando el cantante se arrancó con “Southern Cross.”

Luke observó como su mirada se volvía lejana.

Sydney desvió su atención hacia él y le ofreció una pequeña sonrisa. “La canción favorita de Seth.”

“¿Quieres que nos marchemos?”

“No, no pasa nada, es solo que me ha pillado por sorpresa.”

La canción había empezado justo cuando más se estaba divirtiendo, y Luke se sintió mal al ver la tristeza que inundó de nuevo su mirada. Él le apretó la mano y sintió que se relajaba a medida que acababa la melodía.

Owen se tomó un descanso y se unió a ellos. Se dejó caer en una silla y centró todo su formidable encanto en Sydney. “Bueno, dime la verdad, ¿cuánto te ha pagado por salir con él esta noche?”

Sorprendida por la pregunta, Sydney se echó a reír. A pesar de que la broma era a su costa, Luke se sintió agradecido porque su amigo hubiera sido capaz de hacerla reír.

“En realidad, soy una chica bastante facilona,” dijo Syd con una socarrona sonrisa, lo que hizo hervir la sangre de Luke y que se ganara una apreciativa sonrisa de Owen.

Mientras que el resto del grupo se reía de su comentario, el cantante le miró con un renovado respeto y una pizca de interés.

“Quietecito, muchacho,” dijo Luke con un amenazador ceño.

“Vais en serio vosotros dos, ¿no es así?” Dijo Owen.

“Y que lo digas.”

“¿Quién es este tipo?” Preguntó Owen a Mac y Joe. “¿Y qué ha hecho con el alma sin pretensiones de Luke Harris?”

Joe pasó un brazo alrededor de Janey. “Es algo que nos acaba pasando a todos, amigo mío.”

“Estáis cayendo todos como moscas,” dijo Owen con un estremecimiento. “Recordarme que no beba el agua de la zona.”

“¿Tocarás en nuestra boda, ¿verdad?” Preguntó Janey.

“No me lo perdería por nada del mundo, pastelito.”

Janey lo recompensó con una resplandeciente sonrisa. “Has sido la única

petición de Joe.”

“Me siento doblemente honrado ahora que también sé que voy a compartir escenario con el eminente Evan McCarthy.”

“Bueno, tuve que pedírselo a mi hermano también, pero tú eres el cabeza de cartel,” dijo Janey ante las risas de los demás. “No se lo digas a Evan.”

“Ohhh, chantaje,” dijo Mac. “Nunca me entero de nada jugoso con lo que poder chantajearla.”

“Si vivieras una inmaculada vida como yo, yo no tendría siempre toneladas de basura que echar sobre ti,” dijo Janey con altivez.

Joe soltó una carcajada ante su comentario y Mac levantó la mano. “Lo que sea que te mueras por contar, guárdatelo para ti mismo, es mi hermana pequeña.”

“Es muy agradable que me dejéis apartada de todo esto,” dijo Syd y los demás centraron su atención en ella. “Lo siento, no quise decir eso.”

Maddie le dio un medio abrazo. “No tienes que disculparte con nosotros. Estamos muy contentos de que estés aquí.”

En beneficio de Owen, Sydney dijo, “Me quedé viuda hace quince meses.”

“Lo siento mucho.”

“Gracias.”

“¿Has salido con alguien más?” Preguntó Mac. “¿Antes de venir aquí me refiero?”

“No le preguntes eso,” le reprendió Janey.

“¿Qué? Es una pregunta perfectamente inocente.”

Sydney sonrió ante las bromas entre hermanos. “No pasa nada. Salí una vez nada más con un chico, y fue un desastre de proporciones épicas.”

“Bueno, ahora tengo que enterarme de todos los detalles,” dijo Janey, preparándose para oír la historia.

Los demás mostraron interés también, y Luke tuvo que admitir que también sentía curiosidad.

“Después de que volviera al trabajo, empecé a ver a este chico por todas partes—en el tráfico, en la gasolinera, en el supermercado y en la cafetería. Después de que nos hubiéramos visto tantas veces, me lo encontré detrás de la fila para pedir café un día, se inclinó y me dijo, “Tenemos que dejar de tener este tipo de citas.”

Los chicos se burlaron del cursi comentario.

“Espero que no te dejaras engañar por eso,” dijo Luke.

“Bueno, tenía una sonrisa encantadora, así que me apiadé de él. Me invitó a

salir con él y pensé, ¿por qué no? Le di mi número y acordamos quedar un día. Vino a recogerme a casa, me llevó a un lugar agradable, se comportó como un caballero, me abrió la puerta y todo eso.”

“No me puedo imaginar cómo toda esa cortesía pudo derivar en desastre,” dijo Maddie.

“Fue el vino,” contestó Sydney con esa pícaro sonrisa que a Luke tanto le gustaba.

“¿Cómo que el vino?” Preguntó su amiga.

“Él pidió agua de soda con limón, y cuando yo pedí una copa de chardonnay, puso una cara extraña. Le pregunté si todo estaba bien y me dijo, “no sabía que tenías adicción a la bebida’.”

El grupo entero estalló en carcajadas.

Sydney levantó una mano, claramente disfrutando de su momento de fama, y el corazón de Luke se detuvo. Era tan preciosa cuando sus ojos se llenaban de alegría. “Aún no os he contado la mejor parte,” dijo. “Le dije que *no* tenía ninguna adicción a la bebida, que solo me gustaba tomar un vaso de vino con la cena. Él se quedó muy callado y cerró los ojos. No tenía ni idea de qué estaba haciendo. Luego los abrió y dijo, ‘He hablado con Jesús y me ha dicho que puedes tomar un vaso de vino en la cena’.”

Luke la miró como si hubiera escuchado mal, mientras que los demás aullaban a carcajadas.

“¿Qué diablos le dijiste?” Preguntó Janey, secándose las lágrimas de sus ojos.

“Le pedí que le diera las gracias a Dios por mí, y luego cerré los ojos por lo menos el mismo tiempo que él había cerrado los suyos. Luego los abrí, y dije, ‘Yo también he hablado con Jesús, y acaba de decirme que esta cita ha terminado’.” Me levanté y me fui. El restaurante llamó a un taxi por mí y eso fue todo.”

“Fabuloso,” dijo Joe. “Bien hecho.”

“¿Nunca volviste a saber nada de él?” Preguntó Mac.

“Oh, sí que volví a saber de él. Las llamadas telefónicas comenzaron a las ocho de la mañana al día siguiente y se siguieron produciendo hasta que pronuncié las palabras “orden de alejamiento.”

Eso desató otra ronda de risas.

“Y esa fue mi única incursión en el mundo de las citas.”

Luke pasó su brazo alrededor de ella y la besó en la parte superior de la cabeza.

“Jesús me ha dicho que puedes beber todo el vino que quieras.”

Mientras que los demás seguían riéndose a carcajadas, Syd le recompensó con una gran sonrisa. “Y por eso estaré eternamente agradecida.”

Luke pensó que sus ojos debían estarle engañando cuando Grant McCarthy entró en el bar.

“Mac, Janey,” dijo Luke, asintiendo con la cabeza hacia la puerta.

“¿Qué demonios?” Dijo Mac, sonriendo. “Janey, mira quién es.”

Janey dejó escapar un chillido cuando vio a su segundo hermano mayor acercarse hacia ellos con una gran sonrisa. Ella saltó de su asiento y se lanzó a los acogedores brazos de Grant. “¿Qué haces aquí ya? ¡La boda no es hasta dentro de dos semanas!”

“¿Es que solo se me permite volver a casa por tu boda, mocosa?”

“Se supone que ya no podemos llamarla así,” dijo Mac con sequedad.

“¿Y cómo va eso?” Preguntó Grant.

“No demasiado bien,” dijo Janey con el ceño fruncido hacia Mac.

“¿Cuándo has llegado?” Preguntó Joe mientras le estrechaba la mano.

“En el último barco. Mamá y papá me dijeron que estabais aquí.”

Luke le presentó a Sydney.

“Creo que nos conocimos hace años,” dijo Grant.

“Lo recuerdo, me alegro de verte.”

Grant estrechó la mano de Owen y abrazó a Luke. “Me alegro mucho de verte.”

“Lo mismo digo. ¿Cómo van las cosas por Lala Land?”

“Falsas, pretenciosas y absolutamente decadentes.”

Mientras que los demás se reían de la descripción de Grant de Hollywood, Luke se tomó un momento para estudiar a su viejo amigo. De todos los hermanos McCarthy, Luke siempre había estado más unido a Grant, a pesar de que no tenían absolutamente nada en común.

Grant había sido el chico más listo de su pequeña escuela en la isla, y nadie se sorprendió cuando creció para ser un guionista ganador de un premio de la Academia. Desde que se mudó a Los Ángeles hacía más de una década, había estado de vuelta a la isla muy pocas veces—la última vez para la boda de Mac y Maddie el año pasado.

Grant abrazó a Mac y se quedó atónito cuando vio la barriguita de Maddie. “Gracias por cumplir con el deber por el resto de todos nosotros, hermano mayor.”

Mac le envió una sonrisa lasciva a su mujer. “Ha sido todo un placer.”

“¡Mac!” dijo Maddie, golpeándolo.

“¿Qué? Fue todo un placer para *mí*.”

“Cállate.”

Mientras que Grant se reía de sus bromas y se unía al grupo, Luke pensó que su amigo parecía cansado y tal vez un poco triste.

Dado que estaba sentada a su lado, Luke vio cómo Janey colocaba una mano sobre Grant. “¿Te has enterado de lo de Abby?” Preguntó en voz baja.

Grant respondió con una breve inclinación de cabeza, apretando su mandíbula con tensión.

“¿Es por eso que estás aquí?”

Grant parecía no querer responder a su hermana. “He venido por tu boda, mocosa.” La besó en la frente. “No te preocupes por mí.”

“¿Qué vas a hacer?”

“Todo lo que esté en mis manos,” respondió con seriedad.

De camino a casa, Sydney se iba diciendo a sí misma que se relajara y no enloqueciera cada vez que un coche se acercaba a ella desde la otra dirección.

Luke la tomó de la mano. “¿Todo bien por ahí?”

“Lo estoy intentando.”

“Ya casi estamos allí, solo un minuto más, agárrate fuerte.”

Sydney acunó su mano entre las suyas. “Siento ser tan asustadiza.”

“No lo sientas. Es comprensible. ¿Lo has pasado bien esta noche?”

“Claro que sí. Maddie está haciendo méritos para conseguir que me quede en la isla de forma permanente.”

“¿Ah sí?”

“Dice que los inviernos ahora son mucho más divertidos que cuando estábamos creciendo. Por supuesto, eso es porque ahora tiene a Mac.”

“Nunca lo había visto tan feliz.”

“¿Qué le pasaba a Grant? Estaba muy callado.”

“Su ex-novia, Abby, se ha comprometido recientemente. Es la propietaria del Ático de Abby en la ciudad.”

“Oh, me encanta esa tienda. Max y Malena solían arrastrarme hasta allí al menos una vez todos los veranos.”

“Grant y Abby estuvieron mucho tiempo juntos, se dejaban y volvían a juntarse. No me enteré bien de lo que pasó, pero sucedió algo el verano pasado cuando vino para la boda de Mac y lo siguiente que supimos fue que

ella estaba saliendo con el nuevo doctor.”

”LA está muy lejos de Gansett Island.”

“Bostón también,” dijo.

Sydney lo miró. “No tanto.”

“Todo depende de cómo se mire.”

“Maddie me pidió que le ayudara con la guardería de los bebés.”

“¿Te sientes en condiciones de hacer eso?”

“Será divertido. Maddie sabe que decorar es una de mis mayores aficiones. De hecho, antes del accidente, había estado pensando en dejar la enseñanza para dedicarme a ello a tiempo completo.”

“¿Entonces te interesa el trabajo?”

“Quizás. Me han dicho que tengo un don para ello.”

“Debería contratarte para que renueves mi casa. No he tocado nada desde que murió mi madre.”

“No, ¿en serio?” Dijo, sonriendo.

Él se rio de la cara que puso. “Te mueres de ganas de meterle mano, ¿no es así?”

“Siempre pensé que podrías sacarle más partido a esas impresionantes vistas.”

“Es una forma muy diplomática de decir que necesita un cambio total—nuevos muebles, pintura, electrodomésticos modernos, obra en el cuarto de baño.”

Syd se abanicó y se estremeció dramáticamente. “No juegues conmigo de esa manera.”

Luke se detuvo frente a su casa y apagó el motor. “¿Eso es todo lo que necesito para excitarte? Tenía que haberlo pensado antes.”

“¿A qué te refieres?”

Luke se inclinó para darle un beso en el cuello. “Quiero convencerte de que te quedes aquí conmigo para siempre.”

“Luke, yo—”

Tomando su cara, Luke la volvió hacia él para darle un beso.

Sydney puso la mano en su pecho y le empujó, lo que le trajo de vuelta a sus sentidos.

“¿Es eso lo que quieres? ¿Que me quedé aquí para siempre?”

“Por supuesto que sí, pero solo si también es lo que tú quieres.”

“Yo no. . .no puedo. . .”

“No estás lista para decidir nada.”

“No,” contestó ella.

“Está bien. No tenemos que preocuparnos por nada de eso ahora.” Él la besó de nuevo. “Mientras tanto, siéntete libre de hacer todo lo que consideres oportuno en mi casa y en la guardería de Maddie.”

“No tienes ni idea de lo que estás diciendo.”

Riendo de nuevo, él dijo, “Sí, creo que sí.”

“No, de verdad que no. Seth solía ponerse furioso cuando llegaba a casa y se daba cuenta de que la sala de estar había cambiado por completo.” Ella lo miró, dolida. “Lo siento. No sé de dónde ha salido eso.”

“De tu vida, y no tienes que pedir disculpas ni creer que no puedes mencionar su nombre a mi alrededor.”

Sydney colocó las manos en su cara y tiró de él en otro beso que hizo que los dos respiraran con dificultad cuando se separaron para coger aire.

“He tenido que esperar horas y horas,” dijo Luke entre besos. “He tenido que mantener las manos quietas frente a nuestros amigos. No puedo esperar ni un minuto más.”

“Entonces pongámosle fin a nuestra miseria.”

Volvieron a reunirse en la parte delantera de la camioneta y se fundieron en otro apasionado beso. Luke deslizó las manos por su espalda y la sorprendió cuando de repente la levantó y enganchó sus piernas alrededor de sus caderas.

“Buen movimiento,” dijo ella, enlazando sus brazos alrededor de su cuello.

“¿Te ha gustado?”

“Uh-huh.” Mientras que se acercaban a la puerta, sus labios se encontraron y sus lenguas se burlaron y sedujeron.

“Estás debilitando mis rodillas,” dijo él apretándola contra la puerta. Deslizó las manos por sus piernas desnudas y bajo la falda para ahuecar su culo.

“Luke,” jadeó, apretando sus brazos alrededor de su cuello.

A través de su camiseta, Luke tiró de su pezón entre sus dientes y empujó su erección contra su centro.

“Ahora,” dijo ella mientras buscaba a ciegas el pomo de la puerta, la cual se abrió de repente y les envió en expansión dentro de la casa.

“Mierda,” dijo Luke, riendo mientras se las arreglaba para aterrizar torpemente en el sofá. “Eso ha sido muy gracioso.”

“Y ha empezado demasiado bien.”

“Terminará aún mejor.”

Ella agarró un puñado de su pelo y tiró de su boca sobre la suya.
“Promesas, promesas.”

Un gemido bajo los detuvo en seco.

“¿Qué fue eso?” Preguntó Sydney. “¿Dónde está Buddy?” Había estado tan absorta en Luke que no se había dado cuenta de que el perro no había salido a recibirles. “¿Buddy?”

Sydney se desenredó a sí misma de Luke y se apresuró por el pasillo hasta el dormitorio donde vio las patas traseras del perro asomando por debajo de la cama. “¿Buddy? ¿Qué te pasa? ¡Luke!” Metió la mano debajo de la cama para acariciar el cuerpo del perro, y el animal dejó escapar otro gemido.

“¿Qué le pasa?”

“Llamaré a Janey.” Luke salió corriendo de la habitación.

Sydney se tragó la pelota caliente de pánico que se había alojado en su garganta. “Por favor, Dios,” susurró mientras pasaba la mano tiernamente sobre el suave pelaje del perro. “Por favor, no te lleves también a Buddy, por favor.”

Luke volvió un minuto después. “Quiere que lo acerquemos a la clínica veterinaria. Lo llevaré a la camioneta, ayúdame a sacarlo de aquí.”

Trataron de ser cuidadosos pero el malestar de Buddy se vio agravado por sus esfuerzos para sacarlo de debajo de la cama.

Los ojos de Sydney se llenaron de lágrimas mientras le hablaba dulcemente a su fiel amigo, tratando de tranquilizarle.

Buddy gruñó y trató de morder a Luke en la mano.

“Tranquilo, muchacho,” dijo Luke mientras levantaba a Buddy con tanto cuidado como pudo. “Sé que duele.”

Atrapada bajo una oleada de miedo, Sydney no fue capaz de moverse.

“Syd.” El tono firme de Luke la sacó de la nebulosa en la que se encontraba. “Ve a la camioneta y ábrela, yo llevaré a Buddy hasta allí. De prisa, cariño.”

La urgencia que escuchó en su voz la impulsó a seguir adelante aunque sus temblorosas piernas parecían no ser capaces de sostenerla. Su corazón latía demasiado rápido, y sus manos temblaban mientras volaba fuera de la casa hacia el vehículo.

Luke la siguió llevando a Buddy en brazos. Depositó al perro suavemente en el asiento de atrás con su cabeza apoyada en el regazo de Syd. “Muy bien, muchacho,” dijo Luke mientras se sentaba al volante y arrancaba.

“Probablemente ha comido algo que no debía.”

“¿De verdad crees que eso es todo lo que le pasa?” Preguntó Syd, parpadeando para contener las lágrimas mientras acunaba la cabeza de Buddy. Esto *no* podía estar pasando. “No sé qué haría si él—”

Luke cubrió su mano. “No pienses eso, se va a poner bien.”

Mientras que Sydney se aferraba a las palabras de Luke, la velocidad por la que este maniobraba por los sinuosos caminos que tanto le habían asustado la noche anterior, le dijo que él también estaba preocupado.

Janey daba vueltas a una humeante taza de café en la sala de descanso de la clínica mientras que Joe masajeaba sus hombros. Había estado tensa desde el momento en que Luke llamó preguntando por ella.

“¿Qué estás pensando?” Le preguntó Joe, quien había insistido en acompañarla.

“Que me gustaría mucho que la sobrina de Doc no hubiera elegido este fin de semana para casarse.”

“No hay nada que pueda hacer por Buddy que no puedas hacer tú también.”

“¿Y si necesita cirugía? Oh, Dios mío.” Ella se estremeció y luchó contra las ganas de vomitar y las ganas de hiperventilar al mismo tiempo. “Nunca he hecho eso yo sola.”

“Pero podrías. Si tuvieras que hacerlo, lo harías.”

“Sigue recordándomelo, ¿quieres?”

“Estoy aquí para todo lo que necesites, nena.”

Janey se apoyó en su fuerte brazo. “Gracias.”

Ella se dio la vuelta para poder mirarle a los ojos. “Te has estado preparando durante toda tu vida para hacer esto, Janey. Sea lo que sea que Buddy necesite, se lo has visto hacer a Doc un montón de veces.”

“Lo sé.” Janey volvió a tomar aire y a soltarlo lentamente. “Tienes razón. Puedo hacer esto.” Relajó un poco los hombros y se preparó mentalmente para poder volar en solitario.

“Luke me dijo que es un Golden joven, por lo que probablemente no será nada grave.”

“Esperemos que no. De lo contrario, todo lo que va a conseguir es una estudiante de segundo año.”

Antes de que Joe pudiera responder, oyeron la puerta principal abrirse.

“¡Janey!” Gritó Luke.

“Que empiece el espectáculo,” le susurró a Joe, quien le apretó la mano y la dejó ir.

“Por aquí,” dijo mientras acompañaba a toda prisa a Luke que llevaba a Buddy en brazos y a Sydney hasta la sala de examen. Janey le echó un vistazo al perro, que estaba claramente sufriendo, y se dio cuenta de inmediato de que no se trataba de una simple molestia estomacal. *Debería habérmelo figurado.* El perro lanzó un grito de angustia cuando examinó su rígido abdomen.

“Oh Dios, Buddy.” Sydney parecía estar tratando—sin éxito—de mantener la calma. “¿Se pondrá bien? Janey, por favor, dime que se va a poner bien.”

“Vamos a examinar su estómago para saber qué le puede estar pasando.” A partir de sus años de formación y de observación, Janey dio los pasos que Doc hubiera tomado—examen físico, rayos X, analítica de sangre y calmante para el dolor. Sus manos temblaban más de lo que debían y era más fácil culpar a la única cerveza que se había bebido antes que al hecho de que jamás se hubiera encargado de una emergencia de esta magnitud por su cuenta.

Los rayos X revelaron una obstrucción en los intestinos de Buddy. Sydney entró en la sala de examen para informar a Sydney y a Luke.

Señaló la radiografía. “Se ha tragado algo que ahora está alojado en el intestino inferior. Tenemos que sacárselo cuanto antes.”

“¿Qué podemos hacer?” Preguntó Sydney completamente pálida.

El brazo de Luke a su alrededor parecía ser lo único que la estaba manteniendo en pie.

Janey sintió la mano de Joe en su espalda y se sintió agradecida por su apoyo.

Enderezó los hombros, buscando la fuerza en sí misma para lo que estaba a punto de suceder. “Hay un problema—El Doctor Potter está en una boda fuera de la isla. Su sustituto tenía previsto llegar hoy pero perdió el último barco y no estará aquí hasta mañana.”

Sydney gimió, y Luke apretó su agarre sobre ella.

“¿Puede Buddy esperar tanto tiempo?” Preguntó Luke.

“Este tipo de cosas pueden ir a peor muy rápidamente. De momento está fuerte y en mi opinión, está en mejores condiciones para resistir la cirugía ahora de lo que estará en ocho o nueve horas.”

“Pero si el Doctor Potter está fuera de la isla, ¿quién lo hará?” Preguntó Sydney, secándose las lágrimas de su rostro.

Janey hizo un esfuerzo por mantener la voz fuerte y confiada. “Yo lo haré. Lo he visto hacer cientos de veces, y he asistido a Doc en operaciones desde que tenía dieciocho años.” Su estómago se revolvió con nervios y náuseas, pero Janey mantuvo su expresión serena con tal de tranquilizar a Sydney.

“Todavía no soy veterinaria, pero ahora mismo soy la única que puede ayudar a Buddy.”

“Vamos a hacerlo, cariño,” dijo Luke. “Ella lo puede salvar. Sé que puede.”

“Está bien,” dijo Sydney con un poco de reticencia.

“Tienes que firmar una autorización y llenar algunos otros papeles mientras que yo lo preparo todo para la cirugía.” Janey dio unos pasos para cerrar la distancia entre ellas y abrazó a Syd. “Haré todo lo que esté en mis manos, te lo prometo.”

“Gracias, Janey.”

“Te daré un minuto a solas con él.” Janey y Joe salieron de la habitación y ella se volvió hacia Joe. “¿Podrías llamar a Cal Maitland por mí?” El nuevo médico de la isla había reemplazado al Doctor Robach cuando se retiró el invierno anterior. “Su número de atención es el mismo que el antiguo del Doctor Robach. Debe estar en la guía telefónica.”

“¿Qué quieres que le diga?”

“Que necesito que me asista en una cirugía de emergencia. Dile que es urgente.”

“¿No puedo ayudarte yo?”

“Agradezco mucho tu oferta, pero no quiero que te desmayes cuando saque las tripas del pobre Buddy con mis manos.”

Joe hizo una mueca. “Viéndolo así...deja que llame a Cal por ti.”

Janey se puso de puntillas para besar a su novio. “Gracias—por todo lo que me estás apoyando, ayuda mucho.”

Él le devolvió el beso y le dio un fuerte abrazo. “No tengo ninguna duda de que puedes hacer esto, Janey. Ninguna en absoluto.”

“Esperemos que tengas razón.” Mientras que Joe fue a llamar a Cal, Janey se encargó de llamar al Doctor Potter para hacerle saber lo que estaba a punto de suceder en su clínica.

Capítulo 13

Luke miraba mientras que Sydney paseaba a un frenético ritmo de un lado a otro de la minúscula sala de espera—por lo menos cien veces. Vibraba con la tensión acumulada y se había mordido una cuantas veces las uñas, un hábito que él recordaba haber tratado de quitarle cuando eran adolescentes.

“Syd, ¿por qué no te sientas un rato? Te vas a agotar.”

Ella sacudió la cabeza y siguió caminando.

Luke se puso de pie para bloquear su camino. Apoyó las manos sobre sus hombros, y se sorprendió cuando ella le quitó de encima.

“Ni te atrevas.” Ella lo rodeó y continuó paseando.

“Syd—”

“No tienes por qué esperar si no quieres, entendería perfectamente que quisieras volver a casa.”

Si le hubiera dado un puñetazo en la cara no le habría herido tanto como acababa de hacer con esa fría e insensible declaración, como si no fuera nada más que el hombre que la había llevado en coche hasta allí. La advertencia de Mac Padre eligió ese momento para correr a través de su mente.

Una parte de él quería salir por la puerta y dejarla sola para que tuviera que hacer frente a lo que quiera que estuviera por venir. La otra parte no podía soportar la idea de dejarla sola si las noticias eran malas. Regresó a su asiento para seguir viéndola pasear.

Recorrió la sala otro centenar de veces antes de que Janey saliera finalmente.

Sydney corrió hacia ella. “Dime que está bien.”

“Todo ha ido muy bien. Hemos eliminado el bloqueo, que era un trozo de bolsa de basura, por cierto.”

“¡La que encontró en la playa! ¿Te acuerdas, Luke?”

De repente, estaba eufórica de nuevo. “Me acuerdo,” respondió simplemente.

“¿Por qué se comería algo así?” Le preguntó a Janey.

“Te sorprenderías de las cosas que pueden llegar a comerse. Cualquier cosa que tenga buen sabor para ellos está en el listado de posibilidades.”

“Entonces, ¿se pondrá bien del todo?” Preguntó Sydney.

“Estará dolorido y no querrá moverse mucho durante un tiempo, pero se recuperará.”

Sydney abrazó a Janey. “Muchas gracias. No sé lo que haría sin él.”

“No hay necesidad de preocuparse de perderlo por el momento. Entra si

quieres a verlo un minuto, después será mejor que te vayas a casa. Estará inconsciente durante un largo rato.”

“Pero no puedo dejarlo solo.”

“Yo estaré con él. Va a estar sedado la mayor parte del día para que esté tranquilo y relajado, así que será mejor que duermas un poco mientras puedas.” Janey los condujo a la sala de recuperación donde Buddy estaba unido a unas vías. Le habían rapado el pelaje del estómago para la cirugía.

“¿Conocéis al Doctor Cal Maitland?” Janey le presentó a Sydney y a Luke al alto médico de anchos hombros que les ofreció una amistosa sonrisa.

“Gracias por ayudar a Janey,” dijo Syd.

“No necesitó mucha ayuda,” respondió con un acento tejano. “Sabía muy bien lo que estaba haciendo.”

“¿Puedo tocarle?” Preguntó Syd mientras se acercaba tentativamente a Buddy.

“Claro,” respondió Janey.

Sydney inclinó la cabeza, puso sus labios en su cabecita y pasó una mano por su lomo. “Volveré dentro de un rato, Buddy. Descansa un poco, ¿de acuerdo?” Lo besó de nuevo. “Te quiero, perro bueno.”

Sydney se volvió hacia Janey. “Te voy a dar mi número de móvil por si me necesitas.”

Unos minutos más tarde, Luke siguió a Sydney fuera de la clínica para darse cuenta de que el cielo estaba todavía oscuro pero ondulaba con unas rayas anaranjadas que anunciaban la salida del sol. Ella se sentía rígida por la tensión mientras caminaban hacia la zona de aparcamiento. A pesar de que estaba sentada a pocos metros de él, parecía estar a miles de kilómetros de distancia.

“¿Te importaría mucho si me fuera a casa?” Preguntó.

Luke agarró el volante con más fuerza. “No.” Le diría todo lo que quisiera oír, no iba a forzarla a nada.

Poco tiempo después, se acercó a la casa amarilla de los Donovan y detuvo la camioneta. No sabía muy bien qué decirle. Al parecer, ella tampoco tenía mucha idea porque se quedó allí sentada durante un rato antes de mirarle a la cara.

“Gracias por quedarte toda la noche.”

“Sin problemas.”

“Te veré más tarde.”

Luke no dijo nada cuando ella salió de la camioneta y corrió hacia la casa

como si no pudiera moverse lo suficientemente rápido para escapar de él. ¿A qué diablos venía todo eso?

Sydney cerró la puerta y se dejó caer al suelo. Solo ahora que estaba sola podía ceder ante el abrumador miedo y el temor que se habían apoderado de ella durante toda la noche.

Luke ya la había visto desmoronarse una vez. No necesitaba verla de nuevo.

Los sollozos sacudían su cuerpo, haciendo que su pecho le doliera y su cabeza palpitara. Siguió repitiéndose que Buddy estaba bien, que lo peor que podía haber pasado no había ocurrido, pero había estado demasiado cerca de perder el último eslabón que la unía a su familia.

Un suave golpe en la puerta hizo que levantara la cabeza de sus rodillas y se limpiara la cara.

“Syd, déjame entrar. Sé que estás mal y no tienes por qué estar sola.”

Afectada aún más por su voz, Sydney no se atrevió a moverse.

“Vamos, nena, déjame entrar.”

Las lágrimas caían en cascada por su cara.

“Sydney.” Su voz era tan suave, tan tierna. “No voy a dejarte sola. Me di cuenta unos dos segundos después de que te marcharas, que estabas al borde de sufrir un colapso y no querías que te viera así otra vez pero no pienso irme a ninguna parte. Puedes venirte abajo todos los días que yo siempre estaré a tu lado.”

Los sollozos hiparon a través de ella, uno tras otro. De repente, se puso de pie y abrió la puerta. Apoyado en el quicio, con los brazos por encima de su cabeza, su gran cuerpo abarcaba la mayor parte del espacio vacío. La tomó entre sus brazos y entró en casa con ella.

“Abrázate,” susurró. “Abrázate a mí.”

Sydney le rodeó con sus brazos y sus piernas y hundió la cara en su cuello, confortada por su familiar olor.

Luke la dejó sobre el sillón y la instó a que se sentara sobre su regazo. “Tranquila cariño, suéltalo todo. Sé lo asustada que has estado durante toda la noche. Yo también lo he estado. Buddy es un buen chico y sé que ha estado a tu lado cuando más lo necesitabas.”

Todo el miedo, el temor y la preocupación sobre Buddy se fundieron con el dolor constante que ella vivía cada minuto de cada día, haciendo que se sintiera débil y derrotada. Había intentado recomponer su vida con todas sus

fuerzas, pero dos aterradores episodios la habían hecho regresar en el tiempo.

Permanecieron allí sentados mucho tiempo después de que el sol saliera e iluminara la habitación. Luke le acarició el pelo y le susurró dulces palabras hasta que se quedó sin lágrimas, hasta que sus sollozos se convirtieron en un hipo ocasional.

Diciéndole de nuevo que se abrazara a él con fuerza, Luke la levantó y se dirigió a las escaleras, yendo directamente a la habitación que sabía de sobra que era de ella tras años de haber estado arrojando piedras a su ventana cada noche.

La dejó junto a la cama y la ayudó a quitarse la ropa y ponerse la enorme camiseta que usaba para dormir. Después, la acompañó hasta el cuarto de baño y esperó en la puerta antes de meterla en la cama y acostarse a su lado sobre las sábanas.

“Ven aquí, Syd.”

Ella se fundió en su abrazo, extrayendo su fuerza de él.

Sus labios eran cálidos contra su frente. “Duerme, cariño. Cierra los ojos y descansa. Estoy aquí contigo.”

Sydney lanzó un tembloroso y largo suspiro y cerró los ojos, aliviada de dejarlo todo ir; de estar rodeada por su amor incondicional.

Janey se encontró a Joe dormido en el sofá en la oficina del doctor. Sus brazos estaban extendidos sobre su cabeza y su largo cuerpo estaba tirado torpemente sobre estrecho sofá. Ella se deleitó con la vista. Él siempre estaba allí cuando le necesitaba y estaba ansiosa por estar casada con él en un par de semanas.

Imaginarse a sí misma enamorada de otra persona le parecía completamente absurdo ahora que estaba totalmente enamorada de Joe.

Acercándose al sofá, se inclinó para besarle en los labios.

Joe se despertó de un sobresalto. “Oh, hola, cariño,” dijo, frotándose el sueño de su rostro. “¿Qué tal está Buddy?”

“Echándose una buena e inducida siesta en estos momentos.”

Joe tiró de ella hacia él. “Pareces cansada, ¿no puedes cerrar los ojos un momento?”

“Tal vez uno o dos.”

Antes de darse cuenta lo que la había golpeado, estaba tumbada encima de él, con la cabeza en el hueco entre su cuello y hombro. “Estás muy blandito.”

“Vaya, gracias.” Apretó los labios contra su frente. “Duerme un poco, yo

me encargaré de vigilar a Buddy.”

“Seguirá dormido durante un buen tiempo. Puedes irte a casa si quieres.”

Joe apretó su agarre sobre ella. “Estoy justo donde quiero estar.”

Janey soltó la tensión de la larga y estresante noche. “Gracias por estar aquí.”

“Has hecho un gran trabajo. Has salvado la vida de Buddy y la cordura de Sydney. Estoy muy orgulloso de ti.”

Ella levantó la cabeza para darle un beso. “Eso es muy dulce por tu parte.”

Joe enmarcó su cara y la mantuvo inmóvil para darle otro beso. “Verte tomar el control de la situación—a pesar de que tenías que ser presa del pánico en tu interior—ha sido muy sexy.” Otro beso, esta vez con un toque de su lengua.

Janey sonrió. “¿De veras?”

“Mmm,” respondió Joe mientras delineaba su boca con la punta de su lengua. “Mucho.”

Con la intención de que no dejara de besarla nunca, Janey se retorció sobre él.

“Cuidado con la mercancía,” murmuró Joe.

Janey pasó la mano por su vientre hasta ahuecar su erección. “¿Esta mercancía?”

“¿Acaso hay alguna otra?”

“No para mí.”

Riendo, Joe dijo, “Buena respuesta. ¿Crees que el Doctor Potter tiene cámaras en su despacho?”

Janey miró a su alrededor. “No lo creo. ¿Por qué?”

Joe desabrochó sus vaqueros. “Porque si las tiene, pronto podrá ver un gran espectáculo.”

“Pensé que querías que durmiera un poco.”

“Y quiero que lo hagas...un poco más tarde.”

Grant permaneció esperando fuera del Ático de Abby, la tienda en el centro de la ciudad que Abby había abierto hacía tres años. Era una boutique de un éxito fuera de lo común situada en Main Street que tenía tienda de regalos, tienda de juguetes y eclécticas antigüedades. Había abierto la tienda justo después de haber vuelto a casa de Los Ángeles.

Se habían mudado allí juntos justo después de acabar la universidad para perseguir su sueño de escribir películas. Pero por mucho que a Grant le

encantara el ajetreo y el bullicio de la ciudad, Abby nunca fue capaz de adaptarse al lugar. Anhelaba la sencillez de su isla de origen, y nada de lo que él dijera o hiciera podría haberla convencido de quedarse una vez que tomó la decisión de volver a casa. Habían estado viviendo juntos casi diez años por aquel entonces y Grant no podía imaginarse la vida sin ella aunque por encima de todo quería que fuera feliz. El hecho de que no era feliz en Los Ángeles era demasiado evidente para todos los que la conocían allí.

Algo que le había dicho antes de marcharse había permanecido con él desde entonces. “Puedes escribir en cualquier lugar, Grant. En cualquier parte del planeta. ¿Por qué no puedes escribir en el único sitio donde quiero estar?”

Convencido de que tenía que quedarse donde estaba el trabajo, él la dejó ir. Habían mantenido una relación entre ambas costas desde entonces y habían hecho que funcionara—de alguna manera—hasta el verano pasado cuando vino a casa para la boda de Mac y Abby le dio un ultimátum que no se había esperado.

Estaba cansada de esperarle. O se mudaba con ella o seguiría adelante con su vida sin él. Grant había sentido pánico, por supuesto, y le había dicho que necesitaba un año más para intentar cambiar las cosas en Los Ángeles. Nada había salido a su favor desde aquella noche mágica en la que fue galardonado con un Oscar hacía casi tres años—irónicamente justo cuando Abby se había ido. Últimamente, al parecer, no podía conseguir ni siquiera un trabajo para cocinar hamburguesas en Hollywood.

Al final resultó que ganar tal prestigioso galardón había sido un lastre para su carrera. Se había convertido en su peor pesadilla: una maravilla que solo ocurre una vez en la vida. El último golpe había llegado hacía una semana cuando había sido rechazado para un trabajo que un amigo productor le había prometido. “La gente que maneja el dinero no lo ve,” le había dicho su amigo cuando le llamó para darle la devastadora noticia.

Fue otro desastre que se sumó al que le había llegado unos días antes—la noticia de que Abby se había comprometido con otra persona.

Grant había estado despierto toda la noche después de la llamada de teléfono del productor. A eso de las tres de la mañana, se dio cuenta de que ya había visto suficiente de Hollywood. Ya estaba harto de vivir sin Abby, de fingir que tenía algún tipo de vida en absoluto sin ella a su lado.

Si tenía alguna posibilidad de convencerla de que estaba cometiendo un gran error al casarse con alguien que no fuera él, debía volver a casa y arreglar las cosas con ella en persona, así que guardó la mayoría de sus

pertenencias en un almacén, puso su casa en Malibú a la venta, le pidió a su amigo que se encargara de vender su coche y se dirigió a LAX.

Ahora, mientras que estudiaba su tienda en la tranquila acera que pronto se llenaría con el bullicio de los turistas, solo podía esperar que no fuera demasiado tarde.

A las nueve en punto, Abby apareció en la puerta y cambió la señal de cerrado a abierto.

Al verla, Grant se irguió un poco más y esperó hasta que Abby se diera cuenta de su presencia pero ella se dio la vuelta y entró en la tienda, dejándolo allí parado como un tonto enamorado esperando que la chica que le gustaba se fijara en él.

Tendría que entrar en algún momento pero por alguna razón, eso le asustaba. Había imaginado esta escena de un modo totalmente diferente. Ella le vería en la acera, sus ojos se abrirían como platos y saldría dando saltos de la tienda para lanzarse a sus brazos.

“Esto no es una película, idiota,” murmuró para sí mismo. Para un tipo que se creía más bien bueno con las palabras, no tenía ni idea de lo que pensaba decirle. Lo único que sabía era que tenía que decir *algo* para evitar que se casara con el hombre equivocado.

Armándose de valor para cualquier reacción que pudiera tener a su repentina reaparición, se aclaró la garganta, se pasó sus temblorosos dedos por el pelo y abrió la puerta. Unos cascabeles anunciaron su llegada.

“Enseguida salgo,” dijo ella desde la trastienda.

Grant fue golpeado de inmediato con sus olores favoritos a lavanda, salvia y un toque de vainilla—y un recuerdo de sus años en Los Ángeles, de cuando llegaba a casa cada noche para ser recibido por uno de sus aromas favoritos provenientes de la vela que tocara ese día. Dios, ¿por qué no se habría casado con ella cuando tuvo la oportunidad de hacerlo? ¿Cuando habían estado viviendo juntos y sus vidas estaban entrelazadas por completo? Había cometido el error de suponer por aquel entonces que nada podría interponerse entre ellos. Había cometido el error monumental de poner su ambición por delante de ella.

La tienda estaba llena de cosas, era acogedora y práctica, al igual que la mujer que la poseía. Mientras la esperaba, su corazón martilleaba en su pecho y las palmas de sus manos se humedecieron repentinamente.

“Hola,” dijo Abby. “Siento mucho haberle hecho esperar.”

Grant miró hacia arriba y sus ojos se encontraron.

Sus grandes ojos marrones se hicieron aún más grandes, y ella respiró profundamente al reconocerle. “Grant.”

“Hola, Abs.” Su brillante pelo oscuro había crecido mucho desde la última vez que la había visto, y mientras pensaba en esa boca que tantas fantasías había alimentado desde siempre, Grant se dio cuenta de que lo había hecho todo mal. No debería haberle dado un año para reflexionar sobre cómo sería su vida sin él y temía lamentarlo por los restos si no podía convencerla de que le diera una última oportunidad.

“¿Qué haces aquí? Aún quedan un par de semanas para la boda de Janey.” Ella mantuvo sus manos entrelazadas, tal vez para evitar mostrar su nerviosismo. Un destello de un gran diamante en su mano izquierda le perforó como un rayo láser abrasador, dejándole sin aliento y ansioso.

“Acabo de volver a casa para quedarme.” Cuando dijo las palabras que ella había estado esperando oír durante años, se preparó para que su furia se desatara. Era lo menos que se merecía.

“¿En serio?”

Grant dio un paso más cerca de ella. “Por fin estoy en casa, Abby.”

“Tu madre debe estar muy contenta.”

¿Su *madre*? “¿Solo ella?”

“Tu padre, Janey y Mac supongo que también.”

¿Qué demonios le pasaba? Aquí estaba diciéndole que por fin había decidido dejar Los Ángeles y no parecía importarle en absoluto. ¿Cómo podía ser posible después de los años que habían pasado amándose con tanta pasión?

“¿Qué hay de ti?” Otro paso más cerca. “¿Tú no te alegras de verme?”

“Por supuesto que sí.” Sus ojos brillaban de emoción, lo que le dio cierta esperanza.

Abby comenzó a desdoblar y volver a doblar un montón de camisetas de Gansett Island perfectamente apiladas.

“Siento mucho haberte hecho esperar tanto tiempo. Ahora sé que estaba equivocado. No debería haberme vuelto a ir el año pasado después de que me hubieras dicho lo mucho que querías casarte y tener una familia.”

“Hiciste lo que creíste necesario,” dijo en un tono carente de emoción que nunca había escuchado de ella antes. “Puedo entender eso.”

Grant extendió la mano para evitar que volviera a desdoblar otra camiseta. “Abby, ¿qué te pasa?”

“Nada,” dijo, levantando la barbilla desafiantemente. “Todo está bien. Por

fin tengo todo lo que siempre he querido.”

“Pero, ¿qué hay de nosotros?”

“No hay ningún nosotros, Grant. Te lo dije hace un año. Tú hiciste tu elección y yo la mía. Se acabó.”

Oyó las palabras, pero todo en él las rechazó. “No, esto no ha terminado.”

Las campanas de la puerta sonaron de nuevo, y Grant contuvo una palabrota. Quería decirle a quien quiera que fuera que se largara, pero eso no ayudaría en absoluto.

“Hola cariño,” una voz profunda arrastró las palabras detrás de Grant. “Te he traído un impulso de cafeína. ¡Vaya noche más loca operando a un perro! Oh, lo siento, no vi que tenías un cliente.”

Justo ante los ojos de Grant, Abby se iluminó al ver a la persona que le había traído el café. El *prometido*, supuso.

Grant irguió sus hombros y se volvió para ver con quien tenía que competir. El hombre era alto y tenía el pelo rubio—rubio y largo. ¿Desde cuándo le gustaban a Abby los tipos con pelo largo? Musculoso, de ojos azules y una estúpida sonrisa de enfermo de amor que hizo que Grant se sonrojara.

“Ahh, Cal. Ven a conocer a mi viejo amigo, Grant McCarthy. Grant, este es mi prometido, el Doctor Cal Maitland.”

Cuando Cal le estrechó la mano, Grant intentó no mostrar su malestar porque se hubiera referido a él como “viejo amigo” delante de su *prometido*. ¡Él era el amor de su maldita vida! ¿Acaso se había olvidado por completo?

“Encantado de conocerte, Grant. ¿Vas a quedarte en la ciudad por un tiempo?”

“Sí.” Grant le echó una larga mirada a Abby, que irradiaba malestar. “Me quedaré durante un tiempo. Todo el que sea necesario, a decir verdad.”

“¿Necesario para qué?” Preguntó Abby, alarmada.

Grant se inclinó para asegurarse de que solo ella pudiera oírle. “Para solucionar todo esto.” Asintió con la cabeza hacia Cal al pasar por su lado. “Que tengáis un buen día.”

Capítulo 14

Luke pensó que estaba soñando cuando se despertó con el ruido de unas voces que provenían de la primera planta. Se sentó, se pasó los dedos por el pelo y estuvo a punto de ir a comprobar de qué se trataba cuando la madre de Sydney apareció en la puerta del dormitorio.

La mujer se quedó sin aliento al verle en la cama de Sydney y se escabulló rápidamente. *Fabuloso*. Gracias a Dios que estaba vestido y tumbado sobre la colcha, podría haber sido mucho peor, razonó. Pese a que realmente quería que Sydney durmiera un poco más, necesitaba hacerle saber lo que acababa de pasar.

Se inclinó para besarla en la mejilla y le apartó el pelo de la cara. “Syd.” Mientras esperaba a que se despertara, sus ojos se posaron en la foto de Seth y los niños al lado de su cama. Luke deseó tener tiempo para estudiarla, pero tenía asuntos más urgentes en este momento. “Sydney.”

“Hmm.” Sus ojos se entreabrieron. “Buddy. ¿Le ha pasado algo a Buddy?”

Luke negó con la cabeza. “Tus padres están de vuelta.”

“Ugh, dime que estás de broma.”

“Ojalá. Y eso no es lo peor, tú madre acaba de vernos.”

“Oh.”

La simple expresión no reveló mucho sobre lo que estaría pensando en este momento cuando unos susurros exacerbados de sus padres se filtraron por las escaleras.

Sydney gimió. “No estoy de humor para tener que lidiar con esto ahora mismo.”

“¿Quieres que me vaya?”

“¡No! No voy a hacer que te marches de aquí furtivamente como si tuviéramos algo que ocultar. Tengo casi treinta y seis años, por el amor de Dios.”

Luke sonrió levemente, aliviado al ver una chispa de vida de nuevo en los ojos que habían estado toda la noche sin brillo por su preocupación por Buddy. “Y acabas de ser pillada en la cama con tu antiguo novio del colegio.”

Eso generó la primera sonrisa genuina que había visto desde que llegaron a casa y vieron que Buddy estaba enfermo.

“Todo un *escándalo*.”

Él la besó. “Lo entenderé si quieres enfrentarte a ellos a solas.”

“Gallina.”

“No lo sabes bien.”

Riéndose de su mueca, Sydney se levantó de la cama, se puso la bata y se metió en el cuarto de baño. Después de que él hiciera lo mismo, se reunieron en la puerta de la habitación. Sydney tomó su mano y la apretó con fuerza mientras se dirigían a la escalera. El gesto calentó algo en su interior que Luke ni siquiera sabía que se había enfriado.

Bajaron las escaleras como si fueran uno, pero el corazón de Luke tronaba con temor y ansiedad. El señor y la señora Donovan nunca habían tratado de ocultar su desprecio por el humilde trabajador portuario que había amado a su única hija. Luke se preguntaba si sería más fácil hacerles frente ahora que era un adulto de lo que había sido cuando era un chaval. Lo dudaba.

Los Donovans estaban esperando en la cocina con sus caras tensas con desagrado. Sydney soltó la mano de Luke para abrazar y besar a sus padres, los cuales parecieron ablandarse mientras abrazaban a su hija.

“¿Qué hacéis de vuelta tan pronto?” Preguntó Syd.

“Nos preocupaba que estuvieras aquí sola todo el mes,” dijo su madre con una mirada mordaz a Luke. “Por lo que se ve, no has estado tan sola.”

“Luke se ha portado como un gran amigo conmigo, mamá.”

“Estoy seguro de ello,” dijo el señor Donovan en voz baja.

Luke sabía que si no salía de allí—de inmediato—diría algo que lamentaría más tarde. Dado que ya no tenía diecinueve años y no era intimidado tan fácilmente, la besó en la frente. “Te veré más tarde.”

Sydney le siguió fuera de casa. “Luke, espera. Por favor, no te vayas.”

Se giró hacia ella y odió la ansiedad que vio en su expresión. “No pasa nada, entiendo que tienes que hablar con ellos y prefiero irme antes de que empeore la situación.”

Ella le puso la mano en el brazo. “No quiero que te vayas.”

“Lo sé, y con eso me sirve, créeme.”

“¿Te veré más tarde?”

“Eso depende de ti.” Le pasó un dedo por la mejilla. “Ya sabes dónde encontrarme.”

“Siento mucho todo esto.”

Luke intentó esbozar una irónica sonrisa, con la esperanza de impulsar su ánimo. “Hay cosas que no cambian nunca, ¿eh?”

“Y otras sí. Ya no estoy en deuda con ellos nunca más. Les quiero mucho y les respeto, y les debo mucho por todo lo que me ayudaron después del accidente, pero ya no dominan mi vida.”

Luke echó un vistazo a la casa para encontrar a la señora Donovan

espiándoles a escondidas a través de las persianas. “No soy yo el que tiene que escuchar eso.”

“Lo sé,” dijo, resignada.

“Esta es la última cosa que necesitas después de lo que ha pasado con Buddy. Si quieres que desaparezca por un tiempo, solo dímelo. Haré todo lo que necesites.”

“¡Ni te *atrevas* a desaparecer!”

Su tono feroz dibujó una sonrisa en sus labios. “Te veré más tarde,” dijo, robándole un rápido beso.

“Por supuesto que lo harás.”

Sydney se quedó en el camino de entrada hasta que el camión de Luke desapareció de la vista, y luego enderezó los hombros y entró.

“De veras,” dijo su madre, Mary Alice, “¿qué diablos estás haciendo con *él*?”

“¿Y dónde está Buddy?” Agregó su padre, Allan.

Apretando los dientes para no gritarles, Sydney dijo, “Buddy está en la clínica veterinaria.” Les contó lo que había pasado la noche anterior, lo que claramente les disgustó mucho. “Luke estuvo a mi lado en todo momento. Se ha portado muy bien conmigo.”

“Porque quiere volver a estar contigo,” dijo Mary Alice. “¿Es que no te das cuenta?”

“Soy muy consciente de ello, él me ha dicho lo mismo.”

“Sydney,” dijo Mary Alice con ese tono de desaprobación que le recordó a Syd a aquel verano cuando tenía diecinueve años y sus padres la convencieron de que podía estar con alguien *mucho mejor* que Luke. Como si hubiera leído su mente, su madre agregó, “Podrías estar con alguien mucho mejor que él.”

Furiosa, Syd levantó las manos en el aire. “¡Ahí está! ¡La famosa frase! ¿Adivina qué? No hay *nadie* mejor que Luke. Es una de las personas más cariñosas, buenas y amables que he conocido en mi vida. *Él* es demasiado bueno para *mí*, si quieres saber la verdad.”

“Me resulta difícil creer eso,” dijo Allan.

“¿Es más amable y cariñoso de lo que era Seth?” Preguntó Mary Alice, con las manos en las caderas, lista para la batalla.

La pregunta sacudió a Sydney, haciendo que sus ojos se llenaran de lágrimas y su garganta se cerrase. Corrió escaleras arriba y empezó a meter ropa en una mochila.

Una cosa era totalmente clara—era el momento de tomar el control de su

vida. Y lo que quería hacer en estos momentos era estar con Luke. No sabía si estaba dispuesta a comprometerse con él de forma permanente o no, pero que no tenía que decidirlo hoy ni mañana.

Su madre llegó a la puerta mientras que Sydney subía la cremallera de la mochila.

“Lo siento. No debería haber dicho eso sobre Seth.”

“No, no deberías haberlo hecho.”

“Es solo que no quiero verte ir hacia atrás, Syd. Tienes que mirar hacia adelante.”

“Eso es exactamente lo que estoy haciendo.”

“Estás en un momento muy vulnerable, cariño. Luke lo sabe. Se está aprovechando—”

Sydney se dio la vuelta. “*Ni* se te ocurra terminar la frase. No ha sido más que paciente, servicial y comprensivo. Me siento mejor estando con él de lo que he hecho en años, antes de que el destino destrozara mi vida. No des por sentado que tienes derecho o motivos para juzgarle de esa manera.” Terminó de subir la cremallera. “No le conoces en absoluto porque nunca te molestaste en tomarte el tiempo necesario para hacerlo. Estabas demasiado ocupada juzgándolo por todas las cosas de las que pensabas que carecía.”

“Nosotros solo queremos lo mejor para ti—por aquel entonces y ahora.”

“Si ese es el caso, entonces confía en mis decisiones. Ya no soy una niña, mamá. No voy a dejar que el hombre al que amo salga corriendo porque tengas miedo de que no encaje en el club de campo.”

“Mary Alice,” dijo su padre, sorprendiendo a ambas mujeres. “Ella tiene que encontrar su propio camino, incluso si no estamos de acuerdo.”

“Si conocieras a Luke mínimamente, papá, lo aprobarías. Por favor, confía en mí tú también.”

“Ese chico no tenía ni una pizca de ambición,” dijo. “Está haciendo el mismo trabajo que cuando era un crío. Queríamos algo mejor para ti que eso.”

“Estaba *lleno* de ambición,” dijo Sydney. “Se ganó una beca para ir a la universidad que rechazó para quedarse aquí y cuidar de su madre enferma. ¿Es que eso no dice nada de él?”

“¿Por qué no fue después de su muerte?” Preguntó Allan.

“No lo sé, pero no fue por falta de ambición. Os lo puedo asegurar.” Sydney se colgó la mochila al hombro y deslizó los pies en sus chanclas.

“¿A dónde vas?” Preguntó Mary Alice.

“A la ciudad para comprobar cómo está Buddy.”

“¿Y luego?”

“A casa de Luke.”

“No te hemos visto en semanas,” dijo Mary Alice. “Estábamos esperando poder cenar contigo esta noche.”

“Si eso es lo que queríais, deberíais haber sido un poco más amables con mi amigo.” Sydney se dirigió a las escaleras y sus padres la siguieron.

“¿Cuándo volveremos a verte?” Preguntó Allan.

Sydney tomó su bolso, las llaves y el móvil de la encimera. “No lo sé.” Ella se dirigió a la puerta, pero se contuvo, sabiendo que no podía dejarlos así. Si el accidente le había enseñado algo, era que no debía dejar nunca cosas sin decir. Se giró hacia ellos y estudió sus rostros, odiando lo mucho que habían envejecido en el último año.

“Os quiero mucho. Nunca habría sobrevivido a lo que me pasó sin vuestro amor y vuestro apoyo. Hace mucho tiempo, cometí el error de permitir que me dijerais cómo se suponía que debía pensar y sentir, y un joven decente y honorable fue terriblemente herido por las decisiones que tomé. No voy a cometer el mismo error otra vez.”

En el momento en que estuvo sentada en el asiento del conductor, toda su bravuconería se disipó, dejándola agitada y sacudida. Acababa de plantar a sus padres por primera vez en treinta y seis años. Declarar su independencia debería haberla hecho sentir eufórica. En cambio, le resultaba muy triste haber tenido que hacerlo.

Ned caminó a lo largo de Ocean Road dos veces antes de detenerse en el camino de grava que conducía a la casa de los Sturgil. El viejo Wendell Sturgil había sido un gran amigo desde los años del colegio, siglos atrás. Ahora el hijo de Wendell vivía en la casa familiar, y se había casado con la hija de la única mujer a la que había amado.

Francine Tornquist le había robado su joven corazón desde la primera vez que la vio, recién llegada en ferry un verano para trabajar en el Beachcomber hacia treinta y dos años. Desde su posición en la parada de taxis, la había visto forcejear con sus maletas y había insistido en acercarla hasta la colina y cruzar Ocean Road hasta el hotel.

Ella tenía el pelo rojo como el fuego y una figura que hacía que Ned babeara solo de pensar en ella incluso después de tantos años. Ese primer verano, se había hecho la promesa de verla todos los días hasta que finalmente accedió a salir con él. Ned había estado a punto de pedirle que se casara con

él cuando Bobby Chester apareció en la isla con un grupo de amigos para un fin de semana de despedida de soltero. Francine nunca volvió a mirar a Ned de nuevo después de que el listo de Bobby le ofreciera un mundo de ensueño.

Durante años después de que Bobby la hubiera abandonado dejándola sola con dos niñas pequeñas, Ned había esperado que Francine acudiera a él, pero nunca lo hizo. Ahora aquí estaba acechando la entrada de su casa, deseando haber tenido el valor de haberse acercado a ella después de que el inútil de su marido la hubiera abandonado a su suerte. En aquel entonces su orgullo la había mantenido alejada.

Ver al joven Luke Harris de nuevo con la chica a la que una vez amó, había hecho que Ned se armara de valor para darse una oportunidad. Bueno, le había dado el valor para detenerse en la calzada de la casa de la mujer. Había oído rumores de que Francine se estaba alojando encima del estudio de danza donde su hija menor, Tiffany, enseñaba clases de baile. Su otra hija, Maddie, estaba casada con el pequeño Mac McCarthy. Ambos estaban felices y comiendo perdices.

“Bueno,” dijo mientras se sacudía el polvo de sus mejores pantalones cortos de color caqui, “vamos a hacer la locura del siglo.” Incluso se había peinado y se había recortado la barba en honor a la ocasión. No podía recordar la última vez que lo había hecho. Con la cabeza bien alta, marchó por el camino, más allá de la casa en la que Jim y Tiffany vivían con su hija pequeña, hasta la escalera que conducía al apartamento.

Haciendo caso omiso del aleteo de su corazón y el temblor de sus manos, Ned subió las escaleras y llamó a la puerta.

Se resquebrajó y un ojo verde asomó por ella. “¿Qué quiere?”

“Soy yo, Ned Saunders. “¿Cómo no podía reconocerle? Después de todo, habían vivido en la misma pequeña isla y habían sido capaces de evitarse durante treinta y dos años.

La puerta se abrió un poco más, y él pudo ver que los años no habían sido especialmente generosos con su pobre Francine. Por otra parte, un vejete como él probablemente no hacía que su corazón repiquetease tampoco. “Ned.”

“Es es mi nombre, no lo desgastes.” *¡Estúpido! ¡Qué cosa más estúpida acabas de decir!*

Ella parecía realmente atónita al verlo. “¿Qué haces aquí?”

“Yo, eh, he venido a preguntarte si te gustaría, eh, si considerarías, quiero decir—”

“¡Dilo de una vez!”

“Cenar conmigo. Esta noche.”

Sorprendida, su boca se abrió. “¿Quieres salir por ahí? ¿Conmigo?”

“Eso es lo que he dicho, ¿no?”

“¿Por qué?”

Ned miró, estupefacto. ¿Que por qué querría salir con ella? Porque desde el momento en que la conoció, nunca había querido salir con nadie más, por eso. Pero no podía decirle exactamente eso, ¿podría? “Porque...”

“¿Por qué?”

“¿Quieres o no? No le harás daño a mis sentimientos si dices que no.”

“¿No?”

Ned dejó escapar un gruñido de frustración que pareció divertirla.

“¿Siempre has sido tan difícil y yo no me acuerdo de ello?”

“Quizás.” Francine lo estudió por mucho, *mucho* tiempo durante el cual él no tuvo ni la más remota idea de qué estaría pensando. Había empezado a sudar cuando por fin respiró hondo. “¿Sabes acerca de mis problemas?”

“Sé acerca de tus problemas.” ¿Quién en la isla no se había enterado todavía de que la mujer había acabado en la cárcel por tres meses por escribir cheques sin fondos el año pasado? Cómo deseaba que hubiera acudido a él en esos tiempos tan difíciles. Él se habría hecho cargo de ella y de sus hijas. No les habría faltado de nada. Pero jamás le pidió ayuda. Tal vez algún día le explicaría por qué. Por ahora, solo deseaba que accediera a cenar con él.

“¿Y todavía quieres salir conmigo?”

“Ya casi me tienes convencido de lo contrario,” dijo jocosamente.

Eso atrajo una honesta sonrisa a sus labios que casi detuvo su frágil corazón. Allí estaba la Francine que una vez había conocido, antes de que la vida y las circunstancias le hubieran robado su alegría. Quizás algún día podrían recuperarla juntos.

“Sería un honor para mí cenar con el chico más amable que he conocido en toda mi vida.”

Impresionado hasta lo más hondo de su ser por su cumplido, Ned se preguntó si sería pesar lo que vio en su expresión. Aclarándose la garganta, dijo, “Eh, ¿quieres que vayamos ahora?”

“Pero son solo las chico.”

“Yo no estoy haciendo nada. ¿Y tú?”

“No,” dijo Francine, sin dejar de sonreír. “No estoy haciendo nada en absoluto.”

Capítulo 15

Sydney llegó a casa de Luke y se sintió aliviada al ver su camioneta estacionada fuera. Se había preguntado si habría ido a trabajar. Con su mochila aún a cuestas, metió la cabeza dentro de casa y le llamó. Cuando no recibió respuesta, caminó por el césped para ver si estaba en la playa, pero no lo vio. ¿Se habría llevado el bote de remos al estanque?

Se volvió para mirar hacia la parte de atrás y sus ojos se posaron en el garaje en forma de granero que había estado siempre allí, y se dirigió a las puertas delanteras. Las puertas dobles estaban abiertas, y Luke estaba dentro aplicando una capa de barniz en un impresionante barco antiguo.

“Vaya,” dijo. ¡Qué preciosidad!”

Luke levantó la vista y ella pudo ver sorpresa y placer en sus ojos mientras la inspeccionaban de arriba abajo, lo que hizo que sintiera un hormigueo en ciertos lugares interesantes.

“¿Es tuyo?” Le preguntó mientras se acercaba para verlo mejor.

Luke negó con la cabeza, “Pertenece a un tipo en Falmouth.”

“¿Cómo ha terminado aquí?” Quería correr la mano por la superficie lisa y brillante, pero tenía miedo de tocarla.

“Es algo que hago de vez en cuando. Como un pasatiempo.”

“¿Qué haces exactamente?”

“Los restauro.” Hizo un gesto hacia la mesa de trabajo a sus espaldas. “Las fotos de cómo estaban antes están ahí.”

Encima de la mesa había un signo con unas letras talladas que decían “La Reparación de Barcos de Harris.” Sydney se acercó a ver las fotos de lo que solo podía considerarse barcos naufragados. Junto a ellos había otra foto de la embarcación en su mejor momento. Ella se dio la vuelta. “¿Este es el mismo barco? ¿Es el barco de las fotos?”

“Uh-huh,” respondió él con una sonrisa.

“¡Oh mi Dios, Luke! ¡Es increíble! ¿Cuánto tiempo te ha llevado repararlo?”

“Un par de meses. Me dedico a ello cuando tengo un poco de tiempo libre, lo cual es muy complicado en el verano cuando me paso la mayor parte del día en el McCarthy’s.”

“Es realmente alucinante. Estoy muy impresionada.”

Sus labios dibujaron una pequeña sonrisa. “Gracias.”

“¿Cómo te metiste en esto? ¿Cuándo empezaste?”

“Veamos, señorita Veinte Preguntas, creo que hará alrededor de unos quince

años. Mac Padre se encontró una vieja chatarra en un astillero en el continente y la trajo de vuelta a la isla. A la señora McCarthy no le hacía gracia que el viejo barco estuviera estacionado en la entrada de la Casa Blanca, así que le dije que podía traerlo aquí. Empecé a jugar con él—”

“Lo que significa que lo restauraste completamente sin consultarlo con él.”

“Algo así,” dijo con una sonrisa. “Mac Padre se quedó tan impresionado que, como algo propio de él, se lo dijo *a todo el mundo*. Lo guardó en el puerto deportivo para que todos pudieran verlo. Lo siguiente que supe fue que la gente comenzó a llamarme para que restaurase sus viejos barcos. Una cosa llevó a la otra y...” Se encogió de hombros. “El boca a boca.”

“¿Cuántos haces al año?”

“Tres o cuatro.”

“Debes ganar un pastizal.”

Él se echó a reír. “No me va mal.”

“¿Cómo los traes hasta aquí?”

“Algunos, como esta belleza, vienen en el ferry. Otros vienen por sus propios medios y nosotros los transportamos hasta aquí.”

“Apuesto a que tienes hasta lista de espera.”

“La lista está clavada sobre la mesa.”

Sydney levantó la vista y se encontró por lo menos treinta nombres y números de teléfono en el pedazo de papel de cuaderno. “Tienes mucho talento, Luke. Un verdadero don.”

Encogiéndose de hombros, él dijo, “No lo sé. Solo es algo que hago para divertirme.”

Sydney le observó mientras aplicaba el barniz en movimientos suaves y parejos. “¿Por qué no me lo contaste? Cuando estábamos hablando de tu vida de la otra noche no mencionaste nada de esto.”

“No pensé en ello, para serte sincero.” Dio un paso atrás para estudiar su obra. Pareciendo satisfecho, dejó la lata de barniz sobre la mesa y golpeó la cubierta. “¿Te vas de campamento o algo así?”

Sydney se dio cuenta de que se refería a su mochila todavía colgada a su espalda. “Oh, bueno, parece que estoy sin hogar en este momento. Me preguntaba si podrías estar dispuesto a dar cobijo a un perro callejero.”

“Por suerte para ti, solo aceptamos mascotas con pedigree en nuestro albergue.”

Sydney sonrió ante el cumplido.

“¿Una gran pelea con tus padres?”

“No tan grande.”

“Entonces, ¿cómo has terminado sin hogar?”

Acorralada, Sydney hizo una mueca. “Por lo menos les he plantado cara por primera vez. Algo es algo.”

“¿Qué te han dicho?”

“Algo sobre ir hacia adelante y no hacia atrás.”

Apoyado contra la mesa de trabajo con los brazos cruzados sobre el pecho, Luke parecía poderoso, sexy y perfectamente perfecto. Un hombre en la flor de la vida desde la parte superior de su sedosa y oscura cabeza hasta la planta de sus pies. “¿Te sientes como si estuvieras yendo marcha atrás contigo?”

“¡No! En todo caso, siento que estoy yendo hacia adelante. Por fin.”

“No quiero interponerme entre tus padres y tú, Syd.”

“Lo solucionaremos con el tiempo. No te preocupes por eso.”

Él inclinó la cabeza y le hizo una seña para que se acercara. “Ven aquí.”

Ella dejó caer la mochila al suelo y dio la vuelta al barco para pararse delante de él.

A pesar de que mantenía los brazos cruzados, ella podía decir por la mirada hambrienta en sus ojos, que estaba haciendo un gran esfuerzo por mantener las manos quietas. “¿Estás bien?” Le preguntó.

“Por extraño que parezca, sí, estoy muy bien, gracias.”

Sus labios se curvaron en una sonrisa. “¿Y Buddy? ¿Cómo está?”

“Quieren que se quede una noche más y entonces tal vez pueda volver a casa mañana. El veterinario sustituto me ha dicho que Janey hizo un trabajo increíble. Estaba muy impresionado.”

“Me alegro mucho de que se vaya a poner bien.”

“Se ha alegrado mucho de verme, aunque todavía estaba un poco groggy. Me dijeron que podía visitarle de nuevo más tarde, pero que querían que descansara y evitar que se emocionara demasiado al verme allí.”

“Sé cómo se siente.”

“Luke,” dijo mientras que su cara se calentaba bajo su intenso escrutinio. “¿Significa esto que vas a dejar que me quede?”

Suspirando dramáticamente, él dijo, “Supongo que no me queda más remedio.” Se dio la vuelta para coger una lata de aguarrás y echó un poco en un cubo para empapar sus pinceles.

Sydney se apartó del abrumador olor, pero se quedó lo suficientemente cerca para ver cómo limpiaba su mesa de trabajo. “¿Puedo hacerte una pregunta?”

“Por supuesto.”

Ella vaciló, pero la curiosidad pudo más que su buen juicio. “¿Cómo es que no fuiste a la universidad después de que tu madre falleciera?”

Su cuerpo se puso rígido mientras apilaba latas de pintura sobre la mesa. Se quedó en silencio durante tanto tiempo que Sydney dudó que fuera a responderle. “¿Quién me lo pregunta? ¿Tú o tus padres?”

Apoyando la mano en su espalda, ella se dio cuenta de lo tenso que estaba. “Yo.”

“Mi madre estaba enferma desde hacía mucho tiempo. No tenía seguro médico así que su enfermedad acabó con todos nuestros ahorros. Tuvimos que solicitar una segunda hipoteca para poder terminar de pagar esta casa.”

Cuando ella dejó caer su mano, se arrepintió de haberle preguntado. “Oh, ya entiendo.”

Luke se volvió hacia ella. “No, no lo entiendes.”

Ella se sorprendió por la amargura que escuchó en su voz y vio en su rostro.

“Todo lo que ves es una casa llena de muebles viejos en la que nada ha cambiado desde la última vez que estuviste aquí cuando en realidad, eso no es verdad.”

“Eso no es todo lo que veo, Luke.” Llevó la mano a su cara y le obligó a mirarle. “No es todo lo que veo.”

“No fui a la universidad porque para cuando murió mi beca se había esfumado y tenía la opción de aferrarme a este lugar o pagarme por mi cuenta la universidad. Como no me podía imaginar viviendo en ningún otro lugar, elegí quedarme con la casa.” Finalmente la miró directamente a los ojos. “Nunca me he arrepentido de ello.”

“Es una gran casa. Entiendo perfectamente por qué querrías quedártela.”

“Sé que tus padres piensan que no me he movido lo suficiente en todo este tiempo, que sigo trabajando en lo mismo desde que era un niño, pero eso no es verdad. Pagué la segunda hipoteca—y la primera—hace años. Soy el dueño absoluto de este lugar y ya no tengo más deudas pendientes con nadie.”

“Nada de eso me importa.”

“Pero a ellos claramente sí.”

“Solo quieren lo mejor para mí. Yo les dije que tenían que confiar en mi criterio para eso.”

Luke soltó un gruñido de frustración y apoyó sus manos cerradas en puños en sus caderas. “Tengo muchas ganas de tocarte ahora mismo, pero estoy muy

sucio.”

“No me importa.”

Con olor a barniz y disolvente de pintura, Luke enmarcó su cara y la inclinó para encontrarse con su intensa mirada. La besó en la frente, la nariz y luego los labios. “No hay nada que no haría para asegurarme de que fueras feliz; para hacerte sonreír y escuchar esa risa que parece que viene desde lo más profundo de tu ser, todos los días.”

“Luke. . .”

“No sé si soy lo mejor para ti, solo tú puedes saber eso, pero te garantizo que nadie te querrá nunca como lo hago yo.”

Sus ojos se cerraron cuando sus labios encontraron los de ella en un hambriento y desesperado beso que hizo que Sydney se aferrara a su cuerpo. De repente, Luke ralentizó la urgencia de su pasión, suavizando sus labios y las burlas su lengua.

Sydney metió la mano por debajo de su camiseta y buscó la caliente piel de su espalda. Un temblor le recorrió y ella se deleitó al saber que había tenido ese efecto en él.

Luke rompió el beso y volvió la atención a su cuello, succionando suavemente su piel y pasando la lengua hacia atrás y hacia adelante. “Te deseo, Syd.” Su susurro ronco envió escalofríos por su espina dorsal, y ella tensó contra él, necesitando estar aún más cerca. De repente, él se separó de ella, la tomó de la mano y se dirigió a la puerta del garaje, haciendo un alto en el camino para recoger su mochila.

Medio caminando, medio corriendo, Sydney se apresuró para mantener su ritmo mientras que Luke cerraba la distancia entre el garaje y su casa. Ella nunca le había visto así antes y su corazón latía de emoción y anticipación.

“Luke, yo—”

En el momento en que estaban en casa, su boca descendió con fuerza sobre la de ella, robando las palabras de sus labios. Se movió rápido para deshacerse de la ropa de ambos hasta que los dos estuvieron desnudos y temblando. Mientras que sus manos se movían por todo su cuerpo con reverencia, la besó como si nunca fuera a tener suficiente.

Sydney se entregó a él, dispuesta a ir a cualquier lugar al que quisiera llevarla.

Con sus manos en su trasero, la levantó y succionó un pezón en su caliente boca mientras entraban en el dormitorio. La dejó sobre la cama y cayó encima de ella, celebrando un festín con uno de sus pechos y luego con el otro.

Sydney levantó sus caderas, buscándole.

De pronto, Luke se detuvo, apoyó la cabeza en su pecho y respiró hondo varias veces.

Ella pasó los dedos por su pelo. “¿Qué pasa?”

Permaneció en silencio durante un largo rato. “Estoy siendo demasiado brusco.”

“No, eso no es verdad.”

“Te he dejado una marca,” dijo, trazando un dedo sobre un punto rojo en su pecho.

“No me importa.”

Siguió el recorrido de su dedo con sus labios. “A mí sí.”

“No me trates como si fuera frágil, Luke. Por favor, no lo hagas.”

“No eres frágil.” Le apartó el pelo de la cara y la besó. “Eres la persona más fuerte que he conocido jamás.”

Ella negó con la cabeza. “No, no lo soy. Me vengo abajo por cualquier cosa.”

“Venirte abajo porque tu perro esté grave no es algo descabellado en absoluto, y no te viniste abajo. Mantuviste la compostura toda la noche.”

“Y luego me vine abajo.”

“Lo que es perfectamente normal.”

“Si tú lo dices.”

“Yo lo digo,” dijo tirando de ella y dándole otro apasionado beso.

“Hazme el amor, Luke, y no pares.”

“¿Así que quieres que lo hagamos dura y salvajemente?” Preguntó con una sexy sonrisa.

“Tomaré lo que tú estés dispuesto a darme.”

Besó su camino de sus labios a su cuello abrasando ligeramente su piel.

“¿De veras?”

“Uh-huh.”

Mientras chupaba su pezón profundamente en su boca, deslizó dos dedos dentro de ella y apretó la palma de su mano contra su clítoris, tentándola, presionando y retirándose hasta el punto de hacerla enloquecer.

Las sensaciones combinadas fueron construyendo un poderoso orgasmo en su interior que finalmente estalló y envió a Sydney en una espiral de placer fuerte, caliente e intenso. En el momento en que regresó a la tierra, él se cernió sobre ella con su pene posicionado en su entrada.

“Bienvenida de nuevo,” dijo mientras miraba como sus ojos bailaban.

Sydney tiró de él y presionó sus labios contra los suyos. “Ahora, Luke, por favor.”

“¿Cómo podría negarme cuando me lo estás pidiendo tan amablemente?” Él flexionó sus caderas y se hundió en ella en una profunda estocada.

Sydney se quedó sin aliento y se agarró a su trasero para mantenerlo quieto mientras se acomodaba a su tamaño.

“Nena,” dijo entre dientes apretados.

Cuando ella le soltó, Luke salió de ella y luego la embistió con fuerza.

El sudor estalló en su frente y su respiración se volvió superficial, pero su posesión seguía siendo feroz.

“Córrete por mí, Syd,” instó. Alargando el brazo entre ellos, Luke extrajo otro explosivo clímax de ella antes de que él mismo echara la cabeza hacia atrás y se dejara ir.

Durante mucho tiempo después, descansó sobre ella, respirando con dificultad.

Syd secó la humedad de su cara y le besó en la frente. “Gracias por darme acogida.”

Él soltó una carcajada. “Ha sido un terrible inconveniente, pero de alguna manera me las arreglaré para superarlo.”

Capítulo 16

Grant sabía que no iba a conseguir nada bebiendo sin parar hasta caer en un estado de estupor, pero eso no le impidió intentarlo. Necesitaba encontrar algo que aliviase el implacable dolor que había empezado a sentir cuando vio a *su* Abby con otro hombre que parecía pensar que tenía algún tipo de *derecho* sobre ella.

Con el movimiento de su mano, pidió otra cerveza.

Chelsea, la camarera del Beachcomber, dejó otra botella frente a él. “Te estás pasando un poco esta noche, ¿no crees, Grant?”

Él le honró con su sonrisa más encantadora. “Tengo sed.”

“¿Cómo vas a volver a casa?”

Encogiéndose de hombros, dio otro gran trago de cerveza. “Llamaré a un taxi.”

La chica tomó las llaves que había dejado sobre la barra—las llaves de la moto que Mac le había prestado. “Yo me quedaré con estas, por si acaso se te olvida.” Dejándolo con una descarada sonrisa, la camarera fue a atender a otros clientes.

Grant se pasó los dedos por el pelo, contemplando el completo desastre que había hecho de su vida. Cuanto más bebía, peor se sentía y más cuenta se daba de que no tenía a nadie a quien culpar salvo a sí mismo. Había dado todo por hecho—su carrera, su relación con Abby, su futuro. Todo.

No tenía ni idea de cuánto tiempo había estado allí sentado mirando su botella de cerveza cuando alguien se deslizó en el taburete de al lado.

Chelsea puso una botella de cerveza sin alcohol frente al recién llegado.

“Gracias, cariño.”

Sacudido por la familiar voz, Grant se volvió para encontrarse a su padre sentado junto a él. “¿Qué haces aquí?”

“Escuché que estabas tratando de perder el conocimiento y pensé que prefería venir a buscarte aquí antes que tener que pagar la fianza por sacar tu culo fuera de la cárcel.”

“Nunca has tenido que sacar mi culo fuera de la cárcel. Esos fueron Mac y Joe.”

Mac Padre resopló y tomó un trago de cerveza. “Eso es verdad. Tú siempre fuiste el buen hijo—el inteligente.”

“Y ya ves de qué me ha servido.”

“¿Qué se supone que significa eso?”

“En caso de que no lo hayas notado, mi vida se ha ido a la mierda.”

“¿Qué quieres decir?”

“De verdad, papá, ¿es que tengo que explicártelo?”

“Supongo que sí, vas a tener que ponerme al día. Lo último que sé es que estabas volando alto con un Oscar en una mano y la chica a la que amabas de la otra. ¿Qué ha pasado desde entonces?”

“Ojalá lo supiera.”

“Pues si no lo sabes tú...”

“La he cagado, ¿de acuerdo? ¿Es eso lo que quieres oír? Soy un total y completo fracasado.” Grant cogió su botella, la apuró hasta el final y le hizo señas a Chelsea para que le trajera otra.

Ella miró a su padre, quien negó con la cabeza.

“¡Maldita sea, papá! No puedes hacer esto. ¡Ya no soy un niño!”

“Entonces, dejar de actuar como si lo fueras.”

Grant no podía recordar a su padre usando ese particular tono con él. Con Mac, Adam y Evan, sí, pero con él, no. De repente, estaba completamente lúcido, y el dolor reapareció con una despiadada indiferencia por su deseo de olvidar todo lo que había visto antes—a *su* chica con su nuevo hombre. Sus ojos ardían, y Grant sabía que tenía que salir de allí o perdería la cabeza delante de la persona más importante de su vida.

Arrojó unos billetes sobre la barra y salió fuera. El aire fresco que soplaba desde el mar le ayudó a recuperar un poco más su sobriedad. Claramente, no había bebido lo suficiente ni de lejos si todavía podía recordar el pasotismo que Abby había mostrado hacia él anteriormente. Después de todo lo que habían significado para el otro durante la mayor parte de sus vidas, ¿cómo podía mirarlo como si fuera un extraño de la calle?

Una mano en su brazo le impidió que se tambaleara por las escaleras del porche de atrás del Beachcomber.

Grant se dio la vuelta, dispuesto a pelear, pero todo su espíritu de lucha le abandonó cuando su padre se elevó sobre él. “¡Suéltame!” Dijo, tratando de liberar el brazo de las garras de su padre.

“¿Qué te pasa, hijo? Tú no eres así.”

“Entonces es que piensas demasiado de mí.” Había estado bebiendo mucho últimamente, y lo sabía, pero tenía que hacer algo, *cualquier cosa*, que adormeciera su dolor.

“Vamos, colega, vamos a casa a dormir un poco. Resolveremos esto por la mañana.”

Dado que no podía pensar en ningún plan mejor, Grant le permitió a su

padre que le llevara hasta la camioneta aparcada en la calle.

“Me olvidé de pedirle a Chelsea las llaves de la moto,” murmuró Grant mientras pasaban por delante del vehículo de Mac.

“Las tengo yo.” Mac Padre abrió la puerta del pasajero para su hijo y luego bordeó el camión por delante hacia el asiento del conductor.

Grant echó la cabeza hacia atrás, con la esperanza de poder llegar a casa sin vomitar. Ese sería el final perfecto para un día perfecto. Cuando su padre se inclinó sobre él para abrocharle el cinturón de seguridad, Grant se sintió como un idiota total. “Lo siento.”

“No pasa nada.”

El sonido de la risa fuera de la camioneta les llamó la atención.

Mac Padre se quedó sin aliento. “¿Qué demonios. . . “

Grant y su padre se quedaron mirando hacia la pareja que pasó por delante de ellos—Ned, del brazo de una mujer, totalmente ajenos a cualquier persona que les estuviera mirando mientras que estaban enfrascados en una conversación salpicada de frecuentes risas. Grant nunca había visto al mejor amigo de su padre tan animado.

“¿No es esa la *madre de Maddie*?” Susurró Grant, como si fueran a oírle.

“Desde luego que lo es. No puedo creer lo que ven mis ojos.”

Después de que Ned y Francine hubieran pasado por delante de la camioneta, Grant miró a su padre, que parecía como si hubiera sido alcanzado por un rayo.

“¿Qué está pasando entre ellos?” Preguntó Grant.

“No tengo ni la más remota idea.” Mac Padre salió de su estupor para arrancar el camión. “Pero déjame que te diga que si *él* ha sido capaz de alguna manera de arreglar las cosas con *ella*, sin duda también hay esperanza para ti, muchacho.”

El comentario golpeó el hueso de la risa de Grant, y en poco tiempo, su padre se unió a él. Una buena carcajada con su padre era exactamente lo que necesitaba en estos momentos.

Ned nunca había sido más feliz de lo que estaba siendo esta noche con Francine. Bueno, eso no era del todo cierto. La última vez que había sido tan feliz fue la última vez que estuvo con ella. Ella tenía ese efecto en él, siempre lo había tenido, era así de simple.

Habían ido a Domenic’s donde la había invitado a una lujosa cena y había dejado que se quejara sobre los precios mientras se deleitaban con el marisco

y el vino. Después, volvieron a la ciudad y dieron un paseo por el paseo marítimo. Habían hablado de todo—excepto la única cosa que a Ned más le interesaba saber. ¿Cómo había logrado Bobby Chester hacer que se olvidara completamente de él en el transcurso de un fin de semana?

No podía exactamente dejar caer la pregunta mientras disfrutaban de las almejas y el vino blanco. Y después de una noche maravillosa, le aterrorizaba la idea de espantarla abriendo una vieja herida.

Se acercaron a la calzada que conducía a la casa de Francine, y Ned desaceleró el paso para prolongar su tiempo juntos. Demasiado pronto, llegaron al pie de la escalera que conducía a su casa.

“¿Quieres subir a tomar un café?” Preguntó

“Por supuesto.” Aliviado de que su noche no hubiera terminado todavía, Ned la siguió escaleras arriba hacia el pequeño apartamento.

“Maddie solía vivir aquí hace años,” dijo Francine mientras que medía el café molido y echaba agua en la cafetera. “Vivía aquí cuando conoció a Mac.”

“Lo recuerdo,” dijo Ned, sorprendido al darse cuenta de que ella estaba nerviosa y hablando sin parar para llenar los espacios vacíos.

Cuando el café comenzó a prepararse, Francine se volvió y se apoyó en la encimera. “No me has preguntado por Bobby.”

Ned reprimió un grito ahogado ante la repentina introducción de un tema que había estado tratando de evitar durante las horas que habían pasado juntos. “Supongo que no es de mi incumbencia.”

“Por supuesto que lo es.”

“¿A qué te refieres?”

“Bueno, si no lo hubiera conocido, tal vez hubiera estado casada contigo durante estos últimos treinta años, más o menos.”

Sin saber qué hacer con sus sudorosas manos, Ned se las guardó en los bolsillos. “¿Eso crees?”

Francine inclinó la cabeza para estudiarle. “Me lo ibas a preguntar, ¿verdad?”

“Tal vez se me pasó por la cabeza. Una o dos veces.”

Su sonrisa era triste y no llegó a sus ojos. “No me arrepiento de haberme casado con él. Si no lo hubiera hecho, no tendría a mis hijas. Aunque fue muy duro cuando nos abandonó, de alguna manera conseguimos superarlo, y mis hijas son muy buenas chicas.”

“No conozco a Tiffany pero Maddie sin duda es una chica adorable. Ha hecho del hijo de mi amigo un hombre muy feliz, lo cual me hace

inmensamente feliz a mí también.”

Sus labios se tensaron con desagrado. “Estás muy unido a esos McCarthy.”

“Mac Padre es mi mejor amigo. Lo ha sido desde mucho antes que pusiera mis ojos sobre ti. Sus hijos son como si fueran míos.”

“Su mujer me envió a la cárcel.”

Ned mantuvo su tono suave cuando dijo, “Vamos, Francine, ambos sabemos que eso no es así, ¿verdad?” Él sabía muy bien que Linda había denunciado a Francine después de que hubiera usado un quinto cheque sin fondos en el bar del Gansett Inn de los McCarthy, y que Linda había agonizado sobre su decisión, pero mantuvo esa información para sí mismo, sabiendo que a Francine le daría igual escucharla después de haber pasado tres meses en la cárcel.

Ella se dio la vuelta para llegar a las tazas de café. “Debería haber sabido que te pondrías de su parte.”

“No estoy de parte de nadie. Cosas terribles como esta pasan todos los días. El pasado pertenece al pasado.”

Frente a él, una vez más, ella dijo, “Si ese es el caso entonces, ¿por qué has venido aquí hoy?”

Acorralado, Ned no tenía ni idea de cómo responder a eso. “Bueno, yo...”

“Da igual.”

Respirando hondo, Ned cerró la distancia entre ellos y se alegró cuando sus ojos se abrieron con sorpresa. “No da igual.” Extendió la mano para tocar su suave cabello aún teñido de rojo. “He venido porque nunca he dejado de pensar en aquel verano que pasamos juntos.”

“Oh. ¿En serio?” Esa última palabra salió más como un graznido.

“En serio.”

“¿Incluso después de que me casara con Bobby?”

“Especialmente a partir de ese momento. Nunca pude entender lo que viste en ese tipo encantador con tanta palabrería barata.”

“Lo entiendo. Era totalmente distinto a ti.”

“Sé que yo no era tan guapo, ni tan encantador, ni sabía decir esas cosas tan dulces que él te decía.”

“Eso es verdad.”

Ned no quería sentirse ofendido, incluso después de todo este tiempo, pero no pudo evitarlo.

Francine apoyó la mano en su pecho, y Ned se preguntó si podría sentir lo rápido que latía su corazón. “Tú eras leal, fiel y amable. He aprendido por las

malas que esas cualidades son mucho más importantes que el que alguien sea guapo o sepa cómo embaucar a una mujer.”

“¿Por qué no viniste a mí? Cuando se fue, ¿por qué no viniste a mí?”

“Vamos, Ned, no podría haber hecho una cosa así. Me alejé—te abandoné sin tan siquiera decirte adiós. No puedo creer que esperaras que apareciera en tu puerta con dos niñas pequeñas a remolque después de lo que te hice.”

“Os hubiera dado cobijo a las tres. Me hubiera asegurado de que nunca os hubiera faltado de nada.”

Sus ojos se llenaron de lágrimas. “No digas eso, no lo dices de verdad.”

Con la mano en su barbilla, él la obligó a mirarle. “Lo digo en serio.” Sin pensárselo dos veces, Ned le dio un suave beso en los labios y la atrajo en un abrazo. “Lo digo totalmente en serio.”

“¿Por qué no viniste a buscarme?” Preguntó ella, su voz amortiguada contra su pecho.

“El estúpido orgullo,” dijo con una áspera risita. “Un orgullo realmente estúpido. Y ya ves de qué me sirvió.”

“Yo también fui muy orgullosa. Estaba convencida de que mi marido volvería y muy probablemente te hubiera enviado lejos si lo hubiera hecho.”

“¿Y ahora?” Él se echó hacia atrás para poder mirarla a la cara. “¿Sigues esperando que vuelva?”

Ella negó con la cabeza. “Ya no, pero Tiffany ha estado tratando de encontrarle desde hace mucho tiempo.”

La declaración envió un rayo de shock y miedo a través de él. “¿Es eso cierto?” Se las arregló para preguntar.

“Ella no tiene ningún recuerdo de él. Supongo que es natural que sienta curiosidad.”

“¿Sabe Maddie que su hermana lo está buscando?”

Francine negó con la cabeza. “Maddie sí que se acuerda de él. Se acuerda de cuando nos abandonó. La pobre estuvo sentada mirando por la ventana durante semanas, viendo todos los ferries que llegaban a la isla con la esperanza de que volviera. No creo que le hiciera ninguna gracia saber que su hermana lo está buscando.”

“¿Tienes esperanza de que lo encuentre?”

“Solo quiero que Tiffany se convenza de lo que hay y dé carpetazo al asunto. Más allá de eso, no espero mucho más.”

“No tiene por qué ser así, Francine. Todavía te quedan muchos años por delante. No hay ninguna razón para que no sean años felices.”

“¿De verdad lo crees?”

Él asintió con la cabeza y tuvo que luchar contra las ganas de besarla por segunda vez.

“¿Vendrás a verme de nuevo, Ned?”

“Por supuesto que sí.”

Ella lanzó un largo suspiro que más bien sonó como un alivio. “Bien.”

Capítulo 17

Luke volvió al trabajo después de dos inesperados días libres preparándose para las burlas que recibiría de sus compañeros del puerto deportivo. No tenía duda alguna de que todos sabían qué había estado haciendo y con quién. Pensar en el tiempo que había pasado con Sydney le hacía sentir mareado, torpe y esperanzado, muy esperanzado.

Habían pasado toda la tarde y la noche en la cama e incluso habían cenado ahí. Estaba rígido y dolorido por lo que le había demandado a su propio cuerpo e imaginaba que ella se sentiría igual cuando se despertara. Aún estaba fuera de combate cuando salió de casa.

Le había quedado muy claro, durante la más intensa maratón sexual de su vida, que jamás tendría suficiente de ella. No importaba cuántas veces la poseyera, solo quería más y más, y sospechaba que a ella le sucedía lo mismo. Después de la noche más increíble de su vida, Luke sentía como si por fin hubiera llegado a un punto en el que podía relajarse un poco. A pesar de que todavía no habían dicho las palabras, estaba seguro de que ella le quería tanto como él a ella. Lo que pensara hacer respecto a él—respecto a ellos—aún estaba en el aire, pero estaba cada vez más seguro de que formaría parte de su futuro.

Al llegar al puerto, se armó de valor para un interrogatorio minucioso de Mac Padre y los chicos, pero se sorprendió al encontrar que la atención de todos estaba centrada en Ned. A pesar de que sintió alivio al verse libre de su escrutinio, no podía imaginar lo que Ned, de todas las personas allí presentes, habría hecho para merecer un tercer grado.

“Te vi con ella,” le estaba diciendo Mac Padre cuando Luke se unió a ellos en la mesa de picnic fuera del restaurante donde tomaban café y donuts todas las mañanas.

“No sé qué es lo que crees que has visto, pero sin duda es el momento de que te compres unas gafas nuevas,” contraatacó Ned.

Mac resopló ante las bromas entre su padre y su mejor amigo, volteando los ojos hacia arriba al mirar a Luke. “Al parecer, *alguien* en esta mesa tuvo una cita ayer por la noche y no quiere soltar prenda,” dijo Mac.

La boca de Luke se abrió en shock. ¿Ned? ¿Había tenido *una cita*?

Ned se encogió de hombros. “No fui yo.”

“Tendré que decirle a Grant que venga,” dijo Mac Padre, exasperado. “Él también te vio.”

“Visteis alucinaciones,” dijo Ned dirigiéndose hacia Luke. “Hablemos

mejor de este semental. Si queréis un buen chisme, aquí podéis obtener uno.”

“Me encantaría hablar de ello pero prefiero enterarme de lo tuyo,” respondió Luke, lo que hizo que los demás se echaran a reír. Todavía estaba tratando de asimilar el hecho de que Ned hubiera salido con alguien. No había escuchado que el hombre saliera *jamás* con alguna mujer. Nunca.

“Estoy seguro de que te encantaría saberlo,” dijo Ned, tomando un sorbo de su café.

Stephanie, la joven camarera que estaba pasando su primer verano en la isla y trabajaba en el restaurante del puerto, salió llevando un plato de rosquillas de azúcar. “Recién hechas,” dijo mientras las ponía sobre la mesa.

“Gracias, cariño,” dijo Mac Padre guiñándole un ojo.

Stephanie se puso roja y se apresuró a entrar.

“Esa pobre niña está colada por ti,” le dijo Ned a Mac Padre. “Hablando de conseguir unas gafas nuevas, a ella tampoco le vendría nada mal ir a revisarse la vista. ¿Sabe acaso que eres más viejo que el polvo?”

“No estamos hablando de mí,” contestó Mac Padre. “Deberías contarle a Mac con quién estabas coqueteando anoche. Estoy seguro de que lo encontrará la mar de interesante.”

“¿Quién era?” Preguntó Mac. “¿Y por qué debería importarme?”

“¿Por qué no cierras esa boca que tienes?” Espetó Ned a su amigo. “Incluso en esta isla olvidada de Dios, un hombre tiene derecho a tener privacidad.”

Mac Padre se rio a carcajadas, lo que hizo que Luke sonriera. Era imposible estar cerca de Mac Padre cuando estaba de tan buen humor y no ser arrastrado a ese estado de euforia.

“Lo que tú digas,” dijo Mac Padre, secándose las lágrimas de los ojos.

Ned frunció el ceño.

“Vamos, vamos, chicos,” dijo Mac. “Haya paz.”

“Cierra esa boca tuya tú también,” dijo Ned, lo cual hizo que Mac Padre estallara de nuevo en carcajadas.

“¿Qué he hecho yo?” Le preguntó Mac a Luke.

Luke se encogió de hombros. Claramente, Ned no estaba de buen humor, y en cierto modo, Luke lo entendía perfectamente ya que él tampoco quería que nadie se metiera en sus asuntos mientras compartían cafés y unos donuts. Sin embargo, no podía negar que se moría por saber con quién estaba teniendo Ned un romance. Esperaba que Mac Padre se lo contara más tarde, cuando Ned se fuera en su taxi antes de la llegada del siguiente ferry.

“Ey,” dijo Mac, “mirad a ese imbécil.”

Los otros miraron hacia el estanque, donde un gran barco de motor estaba navegando a través del anclaje, dejando una gran estela y tambaleándose precariamente.

Las cejas de Mac Padre se fruncieron con disgusto. “¿Dónde está la Guardia Costera cuando más la necesitas?”

“Oh, genial,” dijo Mac. “Vienen hacia aquí.”

Mac Padre se puso de pie. “Permitidme, muchachos.”

“Esto va a ser bueno,” dijo Ned mientras se levantaba para poder ver mejor el espectáculo.

Mac y Luke siguieron a Mac Padre por el muelle principal, quedándose un poco atrás para permitir que él tomara la iniciativa.

“¿Qué necesitas por ahí, Capitán?” Gritó Mac Padre.

“Estoy buscando atraque para una noche o dos,” respondió arrastrando las palabras, lo que sus acompañantes femeninas encontraron hilarante.

“Borracho a las nueve de la mañana,” murmuró Mac a Luke mientras se apoyaban en los pilotes para no perderse nada.

“Tienes suerte de la que la guardia no te haya visto entrar así en el puerto,” dijo Mac Padre, tratando de ser lo más amable posible pese a lo enfadado que estaba. Beber y conducir también podía suponer un gran problema en el agua.

La insolente sonrisa del tipo enfureció a Luke, que era dolorosamente consciente de lo mucho que un conductor ebrio le había arrebatado a Sydney. A juzgar por la rigidez en los hombros de Mac Padre, el hombre no estaba especialmente contento tampoco. Le hizo señas al barco de doce metros para que se dirigiera a un muelle lejos del principal, lejos de donde se solían poner las familias.

Buena decisión, pensó Luke. Él habría hecho lo mismo, pero claro, había aprendido del mejor—mejor que los barcos cuya tripulación estaba de fiesta estuvieran en un extremo, y los barcos familiares, en otro.

Mac Padre solía decir que la mayoría de esos chicos compraban su barco el día anterior, y dado que no era necesario tener licencia de uso para manejarlo, se lanzaban al mar al día siguiente con una máquina demasiado potente que no tenían ni idea de cómo funcionaba. Este capitán parecía ser lo peor de lo peor—tratando de demostrar cuánto poder tenía su barco.

Luke se dio cuenta de que la acción en el muelle se había detenido y todo el mundo estaba mirando. Ya que la marea estaba baja, el barco estaba muy por debajo del muelle, lo que hacía que el anclaje fuera aún mucho más difícil.

Una de las mujeres logró lanzarle a Mac Padre una cuerda gruesa desde la popa, que la envolvió alrededor de un pilote mientras que Luke corría a coger la cuerda de proa, la cual era demasiado corta y cayó al agua. El capitán reaccionó tratando de alejarse. Sin que el barco estuviera preparado para dar bandazos, Mac Padre trató de mantener el control de su cuerda.

Luke vio con horror cómo el padre de su amigo desaparecía de repente del muelle.

Mac dejó escapar un grito que heló a Luke hasta los huesos mientras que veía a su amigo saltar al rescate de su padre.

“¡Que alguien llame al 911!” Gritó Ned.

“¡Tenemos dos hombres en el agua!” Gritó Luke, pero el capitán estaba tan absorto pavoneándose con las mujeres que no le escuchó.

Él tipo puso de nuevo el barco en marcha, lo que hizo que las hélices comenzaran a moverse.

“¡Apaga el motor!” Gritó Mac desde el agua.

Sin pensar en las posibles consecuencias, Luke se lanzó hacia el barco tres metros por debajo del nivel del suelo, aterrizando con un gran golpe en la cubierta posterior, lo que finalmente consiguió atraer la atención del capitán.

“¡Apaga el motor! ¡Ahora!” Luke yacía en la cubierta del barco con el tobillo izquierdo doblado en un ángulo antinatural. “¡Hay dos hombres en el agua!”

El capitán lo miró tendido en la cubierta y finalmente pareció captar el mensaje. Apagó el motor, y todo lo que Luke pudo oír en el silencio que siguió fue a Mac pidiendo auxilio a gritos. Gracias a Dios, al menos uno de ellos estaba bien.

El barco se quedó en silencio a la vez que Mac alcanzaba a su padre, que estaba boca abajo con una mancha oscura de sangre rodeándole. La parte de atrás de su cabeza estaba abierta. Con manos temblorosas, le dio la vuelta. “Papá, despierta.” Le dio unas palmaditas en las mejillas. Nada. Le tapó la nariz y comenzó a hacerle el boca a boca a la vez que pedaleaba para mantenerse los dos a flote en el agua helada. “¿Dónde diablos están los médicos?” Gritó a todas las personas allí presentes.

“Puedo oír la ambulancia,” dijo alguien. “Aguanta, Mac, solo un par de minutos más.”

“¡Oh, Dios mío!” Gritó Stephanie desde el muelle por encima de ellos. “¿Qué ha pasado?”

Mac acunó la cabeza de su padre contra su pecho. “Ni te *atrevas* siquiera a dejarnos, ¿me oyes?” Susurró entre sus respiraciones entrecortadas. “Ni se te ocurra.”

“No sabía que estaba en el agua,” farfulló el capitán.

“¡Cállate!” dijo Luke. “¡Cállate de una puta vez!”

Mac continuó haciéndole el boca a boca a su padre y respiró con alivio cuando Mac Padre finalmente escupió una enorme bocanada de agua y empezó a respirar de nuevo por sí mismo, aunque todavía no había recuperado la consciencia.

“Eso es,” dijo Mac mientras que las lágrimas corrían por su rostro. “Aguanta.” Apretó los labios contra la frente de su padre. “Vas a ponerte bien.” Finalmente, pudo oír las sirenas acercándose. “Ya está aquí la ayuda.”

La siguiente media hora fue un borrón. Los paramédicos entraron en el agua, cargaron a Mac Padre en una camilla mientras que un segundo equipo atendía a Luke. El Jefe de Policía Blaine Taylor, un compañero de clase de la escuela secundaria de Mac y Luke, se encargó de atrapar al dueño del barco y lo esposó. Mientras que Mac corría tras los paramédicos que estaban transportando a su padre, Mac le pidió a Stephanie que llamara a su madre.

“Iré a buscarla y la acercaré a la clínica yo misma.”

“Gracias.” A pesar de que el sol de la mañana estaba caliente, Mac se estremecía sin control después de haber pasado treinta minutos en el agua. Le entregó a Stephanie su juego de llaves. “¿Te encargarás de cerrar?” Cuando la joven tomó sus llaves, se dio cuenta de que sus manos estaban temblando. “¿Dónde está Luke?”

“Los policías lo llevaron a la clínica. Oí a uno de ellos decir que se dobló el tobillo de muy mala manera, que tal vez se lo había roto.”

“Mierda,” murmuró Mac. *Menuda putada*, pensó mientras se metía en la ambulancia para acompañar a su padre a la pequeña clínica de la comunidad de la isla. Esperaba que estuviera equipada con todo lo que su padre necesitase.

Mac tomó la manta que los paramédicos le ofrecieron y trató de no centrarse demasiado intensamente en la cara grisácea de su padre mientras que los médicos trataban de detener el sangrado en la parte posterior de su cabeza. Quería llamar a Maddie, pero ahora toda su atención se centraba en su padre. “¿Podrían decirme si está herido en más partes?” Preguntó.

“Su brazo está claramente fracturado, y su presión sanguínea es muy baja por lo que podría haber lesiones internas.” Mac les vio echar una manta por

encima de él, tratando de elevar la temperatura de su cuerpo.

Cerró los ojos y se acurrucó en su propia manta, con la esperanza de detener el violento temblor. *Por favor, Dios, haré lo que sea pero por favor, no te lo lleves de nosotros todavía, todavía no.*

Para gran consternación de Mac, el personal de emergencia de la clínica decidieron tratarlo como si fuera un paciente. Forcejeó contra sus esfuerzos por quitarle su ropa mojada y darle una bata quirúrgica. “¡Estoy bien! No necesito que me vean. ¡Tengo que saber cómo está mi padre!”

“Señor McCarthy, está hipotérmico y su pulso es débil,” dijo la enfermera. Examinó sus ojos con una linterna. “Puede que también esté un poco en shock.”

Mac sintió que comenzaba a tener el mismo ataque de ansiedad que había tenido un año atrás, pero no se atrevió a decirlo. “¡Yo no soy el paciente!”

“Ahora sí,” declaró la insistente enfermera tras meterle un termómetro en la oreja. “Su temperatura es de treinta y cuatro grados.” Le puso una manta caliente por encima. “Tenemos que conseguir que su temperatura corporal suba.”

Mac no quería admitir que el calor le hizo sentir mucho mejor. “¿Puedo saber cómo está mi padre? ¿Por favor? ¿Y Luke Harris? Él también ha sido traído hasta aquí.”

La enfermera le dio unas palmaditas en el brazo. “Iré a ver. Trate de calmarse.”

“Tengo que llamar a mi esposa. ¿Puedes conseguirme un teléfono? El mío se ha estropeado con el agua.”

“Veré lo que puedo hacer.”

Mientras que seguía temblando bajo la manta, Mac esperó lo más pacientemente que pudo a que la enfermera regresara. Tuvo mucho tiempo para reflexionar sobre cómo sería la vida de su padre y el dolor que sintió en su pecho se intensificó. ¡Todo había sucedido tan rápido! En un momento su padre estaba de pie en el muelle, y al siguiente estaba herido de gravedad y luchando por su vida.

Mac se estremeció cuando las imágenes pasaron por su mente como una película de terror la que no podía escapar: su padre cayéndose al agua y flotando boca abajo con un gran charco de sangre a su alrededor.

La enfermera regresó. “Dado que yo no tengo móvil, una de las enfermeras le prestará uno. Van a hacerle algunas pruebas a su padre. Está hipotérmico así que ahora mismo estamos tratando de calentarle. Su brazo está definitivamente

roto. Eso es todo lo que le puedo decir por el momento.”

“¿Está despierto?”

“Todavía no.”

“¿Es normal que no lo esté?”

“Las lesiones de la cabeza es lo que más nos preocupa en este momento. Sabremos más después de ver el escáner.”

“¿Y si necesita un neurólogo?”

Ella levantó la vista de su gráfica. “Si es necesario, solicitaremos que venga uno.”

“¿No podemos llevarle a un centro de trauma?”

“No puede volar si tiene una lesión cerebral, pero no vamos a ponernos en el peor de los casos. Tenemos que esperar y ver qué se ve en las pruebas, ¿de acuerdo?”

No, no estaba de acuerdo. Nada de esto debería estar pasando, pero, ¿qué otra opción tenía además de esperar hasta poder obtener algo más de información? “¿Qué hay de Luke?”

“¿Es usted pariente?” Le preguntó levantando una ceja.

“Es mi, eh, ¿hermano?”

Ella le dedicó una escéptica sonrisa. “Ya veo el parecido,” dijo secamente. “Bueno, ya que es su ‘hermano,’ puedo decirle que tiene un esguince en el tobillo izquierdo, pero yo no le he dicho nada.”

“Probablemente le ha salvado la vida a mi padre—y la mía también.”

“Entonces supongo que será mejor que tengamos una atención especial con él.”

“Sí, por favor.”

“Bueno,” le dijo Maddie a Sydney mientras que ambas mujeres estudiaban minuciosamente los catálogos de muebles para habitaciones infantiles en la casa de esta primera. Estaban sentadas en el suelo, mientras que Thomas jugaba con sus cochecitos a su lado. “¿Vas a contarme de una voz por todas porque estás brillando tanto hoy?”

Las imágenes de su increíble noche con Luke pasaron por su mente, lo que hizo que su cara se calentara.

“Y *sonrojándote*,” dijo Maddie, aullando de risa.

“Es alucinante. Aún no puedo creer que sea aún más intenso de lo que era antes. ¿Cómo puede ser posible?”

Echándose sobre la mesa de café, Maddie apoyó la barbilla en sus manos.

“Vaya, si no recuerdo mal, ya era bastante increíble anteriormente.”

Sydney asintió. “Tenemos esta conexión sin precedentes. Ni siquiera puedo describirlo. A decir verdad, cuando pienso en ello, ni siquiera debería funcionar entre nosotros. Somos demasiado diferentes, ¿sabes?”

“¿Qué quieres decir?”

“Yo hablo sin parar, soy muy franca y tengo que contarle absolutamente todo. Él es el Señor Monosílabo. Menos es siempre más con él.” Sydney hizo una pausa y luego agregó, “Excepto en la cama, por supuesto.”

“Por supuesto,” dijo Maddie riendo. “Es un hombre.”

“Cierto.”

“¿Será ese menos lo suficiente para ti a largo plazo?”

“Eso es precisamente lo que me preocupa. Está muy contento con su pequeña vida en la isla. Yo estoy acostumbrada a mucho más—a estar con mucha gente, muchos amigos, y que me sucedan cosas nuevas todos los días.”

“Definitivamente tu vida sería mucho más simple si vivieras aquí todo el año. No hay duda sobre eso, pero no estaría del todo mal. Hay algo muy acogedor cuando vives aquí todo el año y tienes que acucharte a la persona que amas en invierno para mantener el calor.”

“Tú debes saberlo bien,” dijo Sydney sonriendo al ver la expresión de felicidad en el rostro de Maddie. “Tengo la tentación de probarlo al menos durante el próximo invierno.”

“Oh, ¡hurra!” Exclamó Maddie dando palmas. “Te mantendremos muy entretenida, no te preocupes.”

“¿Qué pasa si lo intento y no funciona? ¿Qué pasa si empiezo a inquietarme antes de que acabe el invierno?”

Maddie se quedó pensando un minuto. “Supongo que tendrás que hacer frente a ello si sucede—o cuando suceda.”

“Me temo que voy a poner su vida patas arriba—otra vez—si me mudo aquí solo para decir más tarde que no es lo que quiero.”

“Nadie ha dicho que este sea el único lugar en el mundo en el que tú y Luke podéis estar juntos.”

“Toda su vida está aquí. Tiene un increíble negocio de restauración de barcos. ¿Lo sabías?”

Maddie asintió. “Vi el Chris-Craft que hizo para el señor McCarthy. Toda una *preciosidad*. Mac siempre está preocupado de que vaya a chocarse o a arañarse, o algo así.”

“Luke es todo un artista, no hay ninguna duda sobre ello.”

“Y no hay ninguna razón por la que no pudiera hacer ese mismo trabajo en el continente.”

“Eso es verdad.”

Maddie se acercó y le apretó la mano. “Te estás adelantando demasiado a los acontecimientos pensando sobre las cosas que *podrían* pasar. Puedes probar y ver qué sientes. Si no te gusta, no te gusta. Estoy segura de que Luke quiere que seas feliz y si para eso tenéis que mudaros, estoy convencida de que no le importaría.”

“Pero eso le haría infeliz a *él*.”

“Si quieres saber lo que yo pienso, tú eres lo que le hace feliz, y no podría importarle menos dónde vivir con tal de hacerlo contigo. Acuérdate de lo que hizo Joe para estar con Janey. Reorganizó toda su vida y es completamente feliz. Él la ama y estuvo dispuesto a hacer lo que fuera con tal de estar con ella.”

“Luke no me lo ha dicho aún, pero sé que también me quiere.”

“¿Qué sientes tú por él?”

“Yo también lo quiero, por supuesto. ¿Cómo podría no hacerlo? Es un gran hombre.”

“¿Se lo has dicho?”

“Todavía no.” Sydney jugueteó con uno de los catálogos. “Quiero decírselo pero siempre que se presenta el momento, me echo atrás. Supongo que una parte de mí sabe que voy a comprometerme cuando diga esas palabras, así que quiero estar segura, ¿sabes?”

“Te entiendo, pero creo de deberías dejar de pensar en todos los detalles y solo dejarte llevar. Ver a dónde te lleva. Si hay algo bueno de todo lo que te ha pasado es que ahora tienes la total libertad de hacer lo que quieras. Si estar aquí con Luke por ahora es lo que te hace sentir bien, entonces quédate.”

“Tendré que hablar con él en algún momento. Sería de gran ayuda saber que entiendo que no puedo vivir aquí todo el tiempo.” Dejó escapar un profundo suspiro. “No puedo decidir nada hasta que la audiencia proclame la sentencia. Todo esto se está cerniendo sobre mí como una tonelada de ladrillos. Una vez que todo haya pasado, tal vez estaré más preparada para hacer planes.”

“Es necesario que cierres el asunto antes de mirar hacia adelante. Lo entiendo.” Maddie apretó la mano de Syd. “Mientras tanto, tienes que ayudarme a decidir qué hacer con los muebles de la habitación del bebé. Cuando tuve a Thomas, tuve que conformarme con cosas de segunda mano y cosas prestadas. Mac quiere que todo sea nuevo para este pequeño.” Apoyó

una mano sobre su abultado vientre y sus ojos se abrieron cuando el bebé respondió con una patada.

“Ya te está contestado,” dijo Sydney riendo. “Tiene que ser una niña.”

Maddie se rio entre dientes. “¿Puedes *siquiera* empezar a imaginarte cómo sería Mac con una niña? La pobre no saldrá con ningún chico hasta que tenga cincuenta años.”

“Tiene que ser adorable verle con una niña.”

“Está muy entusiasmado con este bebé. No habla de otra cosa.”

“Eso es precioso.”

“Es muy diferente a cuando estaba esperando a Thomas y lo único que le importaba a la gente era averiguar quién era el padre.”

“Disfruta de ello cada minuto. Tienes un hijo y un marido maravillosos, y ahora otro en camino.”

“¿Sabes? Cuando estábamos hablando antes, he pensado que no hay nadie en la isla que tenga tus habilidades para la decoración. Es posible que puedas desarrollar un trabajo satisfactorio aquí.”

“Te estás empleando a fondo de nuevo, Sra. McCarthy.”

Maddie le lanzó una triunfante sonrisa. “Sé que soy totalmente imparcial pero es solo que me encantaría tenerte aquí todo el año.”

El teléfono de la casa sonó, y Maddie hizo un cómico intento por levantarse del suelo.

“Espera,” dijo Sydney, riéndose de las caras que estaba poniendo su amiga. “Ya voy yo.”

“Está sobre el mostrador de la cocina.”

Sydney corrió a la cocina y contestó.

“¿Maddie?”

“No, soy Sydney, un momento, por favor.”

“Syd, soy Janey.”

El estómago de Syd se hundió al escuchar la gravedad en su voz. “¿Está todo bien? ¿Está Buddy bien? Pasaré un poco más tarde a recogerlo.”

“Buddy está bien pero ha habido un accidente en el puerto deportivo.”

Todo el oxígeno pareció abandonar sus pulmones de golpe.

“Mi padre, Mac y Luke están en el hospital.” Sydney podía oír las lágrimas en la voz de Janey. “Solo sé que uno de ellos parece estar grave. Stephanie estaba tan histérica cuando llamó a mi madre que no sabemos nada más. ¿Puedes acercarte con Maddie para que nos encontremos allí?”

“Sí,” dijo Sydney, le temblaban las manos y el corazón le latía con fuerza.

“No tardaremos.” Colgó el teléfono, respiró hondo para calmar sus vibrantes nervios y regresó a la sala de estar para ver que Thomas se había acurrucado en el regazo de su madre y sus ojos parecían pesados.

“¿Syd? Estás blanca como la pared. ¿Qué pasa?”

“Ha habido un accidente.”

“Oh Dios. *No*. No puede ser Mac.” En un susurro, dijo, “Por favor, dime que no es Mac.” Sus ojos de color caramelo se llenaron de lágrimas. De alguna manera se las arregló para levantarse y dejar a Thomas en el sofá.

“Mac, su padre y Luke están heridos. Janey no sabe nada más excepto que uno de ellos está grave. Dijo que debíamos reunirnos con ellas en la clínica.”

Maddie se quedó congelada en su lugar, con una mano descansando sobre su vientre de embarazada.

Sydney se acercó a ella. “Sea lo que sea, lo superaremos juntas, ¿de acuerdo?”

Sydney no tenía ni idea de dónde procedía tanta calma. La idea de que Luke estuviera herido de gravedad—o peor aún—hacía que sintiera ganas de chillar. Le había prometido que jamás volvería a ocurrirle nada malo. Se lo había *prometido*.

Maddie se quedó parada durante un buen rato.

“Llamaremos a Tiffany para que podamos dejar a Thomas en su casa de camino a la clínica,” dijo Syd. “Yo conduciré.” Levantó al niño del sofá y cerró los ojos con fuerza contra la oleada de emoción que la embaucó cuando el pequeño se aferró a ella igual que Max solía hacer cuando tenía su edad.

Maddie tomó su bolso y las llaves y abrió el camino de la casa a la camioneta.

Sydney ató a Thomas a su silla a tientos. Las manos no cesaron de temblarle durante todo el camino hasta la ciudad, donde dejaron al niño en casa de su tía.

La preocupación de Tiffany por Mac hizo que Maddie se pusiera aún más histérica.

Mientras se dirigían a la clínica, Syd la agarró de la mano. “No pasa nada. Tienen que estar bien; todos tienen que estar bien.” La alternativa era simplemente inimaginable.

Maddie apretó la mano de su amiga pero no dijo nada.

Capítulo 18

Cuando Sydney y Maddie entraron por la sala de emergencias, lo primero que oyeron fue a Mac dando gritos para que alguien le dijera *algo* sobre su padre. Ante el sonido de su voz, Maddie se tambaleó, y por un momento, Sydney pensó que su amiga iba a desmayarse.

“Oh,” susurró Maddie, “gracias a Dios.” Pasó junto a la mesa de registro, siguiendo el sonido de la voz de su marido.

Ya que Sydney no sabía qué hacer, decidió seguirla.

“Soy la señora McCarthy,” le dijo a la enfermera con la que se encontró en el pasillo. “Tengo que ver a mi marido.”

“Por aquí, por favor.” La enfermera abrió la cortina para Mac, que estaba con la cara roja y furiosa. “Es todo suyo.”

Maddie se echó a llorar al verle.

“Ven aquí, nena,” dijo, extendiendo los brazos hacia ella. “Siento mucho no haber podido llamarte. Mi teléfono ha muerto.”

Maddie se hizo un hueco a su lado en la cama. “¿Qué ha pasado?” Se las arregló para decir a través de sus lágrimas.

A pesar de que Sydney se sentía como si se estuviera entrometiendo en un momento intensamente privado, tenía que escuchar lo que Mac tenía que decir, así que esperó.

Les contó lo de la embarcación y el accidente, y agregó con una voz mucho más fuerte, “¡Y *nadie* me dice cómo está mi padre!”

“Lo estamos comprobando en estos momentos, señor McCarthy,” dijo la enfermera en un tono exasperado que indicaba que ya se lo había dicho más de una vez.

“¿Estás herido?” Preguntó Maddie mientras que sus manos viajaban de su rostro hasta su pecho.

“Estoy bien pero por lo visto tengo que quedarme aquí hasta que el Doctor Maitland diga que me puedo ir.”

“Solo serán unos minutos más,” dijo la enfermera.

“¿Qué hay de Luke?” Preguntó Sydney, conteniendo la respiración a la espera de lo que pudiera oír.

“Se ha torcido el tobillo.”

“¿Eso es todo?”

“Es todo lo que sé.”

“Lo último que sé es que estaba esperando a que vinieran a buscarle para hacerle una radiografía,” dijo la enfermera. “Puedo llevarle con él, si lo

desea.”

“Sí,” dijo Sydney, aliviada al fin. “Por favor.” Se giró hacia Maddie, “¿Estarás bien?”

Acurrucada en el abrazo de su marido, Maddie cerró los ojos. “Estaré bien.”

Cuando Sydney siguió a la enfermera, la señora McCarthy, Janey y Stephanie entraron en la sala de urgencias destrozadas y con los ojos llorosos. Sydney les indicó dónde podrían encontrar a Mac.

Abrazó a Janey en su camino.

“Estoy rezando por tu padre,” dijo Sydney.

“Gracias,” respondió ella a la vez que nuevas lágrimas rodaban por sus mejillas.

“Volveré a ver cómo estáis después de que haya visto a Luke.”

Janey asintió y siguió a su madre hacia la habitación de Mac.

La enfermera llevó a Sydney por un largo pasillo hasta la sala de rayos X. “Por ahí”, dijo, señalando hacia adelante.

El corazón de Sydney se aceleró desenfrenadamente mientras entraba en la habitación a oscuras para encontrarse a Luke en una camilla, con el pie apoyado en las almohadas y una bolsa de hielo cubriendo su tobillo.

“Hola,” dijo, extendiendo una mano hacia ella.

Sydney se había prometido a sí misma que no iba a llorar, pero en el instante en que lo vio vivo, bien, y hablando, perdió la batalla.

“Estoy bien, cariño. Ven a verlo por ti misma.”

Al igual que Maddie, se arrastró sobre la cama y en sus brazos.

Sus labios rozaron su frente. “Estoy bien.”

“Me has asustado.”

“Lo siento. Odiaba saber lo preocupada que ibas a estar cuando te enteraras. Mi teléfono está en la camioneta, así que no pude llamarte.”

“Me he enterado de que eres todo un héroe.”

Él negó con la cabeza. “Mac fue el héroe. Saltó a por su padre y consiguió hacer que volviera a respirar mientras que todavía estaban en el agua.”

“Mac nos ha dicho que su padre está mal herido.”

“Se golpeó la cabeza. Creemos que con la plataforma del barco. Tenía bastante mal aspecto.” Un estremecimiento le recorrió. A sabiendas de lo unidos que Luke y el señor McCarthy estaban, Syd podía imaginarse lo preocupado que debía estar. “Ese hijo de puta borracho no tenía ni la más remota idea de cómo funciona un barco, estoy convencido de ello.”

“Dios,” dijo Sydney, estremeciéndose. “Los tres podríais haber muerto.”

Con el dedo índice, Luke levantó su barbilla para que pudiera mirarla a los ojos. Secó sus lágrimas y la besó. “Nunca me voy a morir, Syd, te lo prometo.”

“No puedes prometerme una cosa así.”

“Por supuesto que puedo.”

Ella sonrió, apreciando lo que estaba tratando de hacer. “¿Cómo está tu tobillo?”

“Me dolía a rabiar hasta que me suministraron algunos medicamentos.”

“Yo cuidaré de ti,” dijo mordisqueándole el cuello. “Durante todo el tiempo que me necesites, aquí estaré.”

Luke apretó su agarre sobre ella. “Me dijeron que podía tardar unos cuarenta y cinco años en sanar del todo.”

Sydney se rio entre lágrimas y se quedó con él hasta que el técnico de rayos X llegó.

Janey tuvo que salir de allí. No podía soportar la idea de quedarse sentada en esa habitación mirando la cara pálida de su padre, esperando alguna señal de vida de alguien que siempre había sido mucho más grande que la propia vida. La espera era simplemente insoportable.

Dejó a su madre con Mac, Maddie y Stephanie y salió a tomar el aire. Joe se había ido al continente temprano esa mañana para comprobar que todo estuviera en orden en su casa, la cual había cerrado cuando se mudaron a Ohio para que ella pudiera asistir a la universidad. Cuando lo llamó para decirle lo del accidente, le dijo que estaría de vuelta tan pronto como pudiera. En momentos como este, vivir en una isla era realmente asqueroso.

Joe había hecho muchos sacrificios para ayudarla a cumplir su sueño de asistir a la facultad de veterinaria, y ahora que solo quedaban dos semanas para su boda, tal vez tendría que pedirle que hiciera un sacrificio más.

De ninguna manera podía casarse sin su padre allí presente. Tendrían que posponerlo hasta que fuera capaz de asistir al gran evento. Nada de esto tenía que estar pasando. La idea de posponer una boda que habían estado esperando desde hacía más de un año inundó sus ojos de nuevas lágrimas. Una vez más, toda su vida se había puesto patas arriba en un instante y ella estaba empezando a derrumbarse.

Janey pensó que estaba viendo alucinaciones cuando un camión de la compañía Gansett Island Ferry entró a toda velocidad en el parking,

derrapando en la última curva.

“Oh, Joe,” dijo corriendo hacia él.

Joe se reunió con ella a mitad de camino y la levantó en brazos.

“¿Cómo has llegado tan pronto? Te llamé hace una hora.”

“Slim me trajo volando hasta aquí,” dijo refiriéndose a uno de los pilotos de la isla y un amigo de la familia McCarthy. “Más rápido que el ferry. ¿Cómo está?”

“No lo sé. No nos han dicho nada aún, solo que las lesiones en la cabeza son difíciles de predecir. Tiene una pinta horrible. Será mejor que te prepares antes de entrar ahí.”

“Ah, nena, ¿quién te ha preparado a ti?”

Un sollozo brotó de su pecho, y ella se aferró a él. “Verle en esa cama...” Ella se estremeció. “Nunca he estado más asustada en toda mi vida.” El aroma a océano y los cigarrillos de clavo tan propios de Joe, la reconfortó tanto como su fuerte abrazo. “Vamos a tener que posponer la boda.” Decirlo en voz alta era como hacerlo realidad.

“No tenemos que preocuparnos por eso hoy. Ya veremos cómo se van desarrollando los próximos días.”

Janey se echó hacia atrás para poder ver su rostro. “No puedo casarme sin él, de verdad, no puedo.”

“Yo tampoco. También ha sido como un padre para mí.”

Aliviada porque estuviera de acuerdo, Janey lo besó en la mejilla y luego en los labios. “Debería haber sabido que lo entenderías. Siempre lo haces.”

“Seguiremos adelante con la boda, cariño, pero si tenemos que esperar un poco más para que tu padre pueda estar allí con nosotros, entonces lo haremos.”

“Gracias por entenderme.”

“Te quiero muchísimo, Janey,” le dijo, como siempre hacía. “Pase lo que pase, voy a estar aquí contigo, ¿de acuerdo?”

Asintiendo con la cabeza, ella dijo, “Suéltame para que puedas entrar a ver a papá.”

“Lo haré.” Él apretó los labios contra su cuello. “En un minuto.”

El incesante golpeteo en su cabeza despertó a Grant de un sueño profundo. Dándose la vuelta, se quejó al sentir un dolor que le perforó el cráneo. Se había despertado en esta condición demasiado a menudo últimamente. A decir verdad, casi todos los días desde que su madre le había llamado para decirle

que Abby se había prometido.

Ya que nadie se había molestado en decirle que estaba saliendo con otra persona, la noticia le tomó por sorpresa y totalmente desprevenido. ¿Cómo podía siquiera pensar en casarse con otro hombre? De ninguna manera podía *amar* a ese tipo, no tanto como una vez le había amado a él.

Se sentó y combatió contra una oleada de náuseas. Tenía que dejar de beber. No estaba consiguiendo nada con ello. Su carrera y su vida se habían ido a la mierda, y ni todo el alcohol del mundo cambiaría eso.

Arrastrando su dolorida cabeza hasta la ducha, Grant ajustó la temperatura y se sintió un poco más vivo después de cinco minutos bajo el agua helada. Añadió un poco de agua caliente y se lavó el pelo. *Necesito un plan, pensó. Algo que llame la atención de Abby. Algo que la convenza de que me dé una segunda oportunidad.* Hablaría con Janey; ella era muy amiga de Abby, seguro que sabría qué aconsejarle para poder recuperarla.

En el dormitorio en el que había crecido, Grant tomó su móvil y se sorprendió al ver numerosas llamadas perdidas de su madre y Janey.

Mientras escuchaba el mensaje de voz de su hermana, su corazón se detuvo por un instante al escuchar sobre el accidente en el puerto deportivo.

Horrorizado de haber estado durmiendo mientras que sus frenéticas llamadas telefónicas se habían producido, se vistió lo más rápido que sus torpes manos le permitieron y entró en la habitación de sus padres con la esperanza de que su padre hubiera dejado las llaves de la moto de Mac donde pudiera encontrarlas. Al no verlas por ninguna parte ni tampoco en el piso de abajo, salió corriendo por la puerta principal en dirección a la ciudad.

Todo en lo que podía pensar era su padre. No podía morir pensando que su hijo era un borracho perdedor. Grant preferiría morirse él mismo que vivir con el recuerdo del último día que pasó junto a su querido padre.

A pesar de lo mucho que le dolía su estómago y la cabeza, siguió corriendo hasta que el ruido de una bocina llamó su atención. Ned y su camión. Grant no se había alegrado tanto de ver a un amigo en toda su vida.

“Arriba, muchacho,” dijo Ned.

Respirando con dificultad y sudando, Grant se sentó en la vieja camioneta leñosa.

“Tu mamá me envió en tu busca cuando no respondías a sus llamadas.”

“Gracias,” dijo Grant, avergonzado de nuevo de haber estado tan dormido que no había escuchado las llamadas. “¿Cómo está?”

“Bastante mal. Tu padre no dejaba de sangrar por la cabeza. Perdió el

conocimiento.”

“Dios,” dijo Grant. “No me puedo imaginar la vida sin él.”

Ned se sorbió los mocos, y Grant vio cómo una lágrima rodaba por su arrugada mejilla.

“Se pondrá bien,” dijo descansando una mano sobre el hombro de Ned. “Tiene que ponerse bien.” Grant no podía concebir ningún otro resultado.

“Estaba de mal humor y le contesté mal,” dijo Ned, limpiándose la cara. “Me estaba apretando las pelotas como hace siempre. Ojalá no le hubiera contestado de tan mala manera.”

“Os habéis estado lanzando pullas el uno al otro durante más de sesenta años. Mi padre no querría que hubiera sido de ningún otro modo y lo sabes.”

“Supongo que tienes razón.”

Llegaron a la clínica donde la familia estaba reunida en la sala de espera. Su madre estaba sentada entre Mac y Janey. Maddie, su madre, Joe y la nueva mujer del restaurante del puerto, estaban con ellos.

“Oh, Grant, al fin,” dijo Linda. “Me preocupé mucho cuando no pude dar contigo.”

“Lo siento.” Se acercó a su madre y la abrazó. “¿Qué han dicho los médicos?”

“Cal está con él ahora mismo. Estamos esperando.”

Grant se puso rígido ante la noticia de que el dichoso prometido de Abby estaba tratando a su padre. ¿No era el colmo de todos los colmos?

Como si la situación no apestara lo suficiente ya de por sí, Abby entró corriendo por la sala de urgencias a los pocos minutos. Sin tan ni siquiera mirarle, fue directa a su madre. “He venido en cuanto me he enterado. ¿Cómo está?”

Su madre la abrazó y la puso al día.

Grant no podía soportar estar tan cerca de Abby y no poder tocarla ni abrazarla. Cuando la necesitaba más que nunca, ella no estaba disponible para él.

Le dio la espalda al grupo y miró por la ventana para no tener la tentación de mirar a su ex novia. Parecía que había pasado un siglo cuando Cal vino a través de las puertas dobles.

Volviéndose a tiempo para ver cómo su cara se iluminaba al ver a Abby, Grant quería matar al hombre; era todo lo que podía hacer para arrebatarse todos sus derechos sobre ella en ese preciso instante, pese que no fuera el momento ni el lugar.

Con una bata blanca, unos vaqueros y una camisa abotonada, Cal se centró en la madre de Grant. “Señora McCarthy, tengo buenas noticias,” dijo con una voz pedante. ¿Desde cuándo se sentía Abby atraída por los hombres *pedantes*? “No hay signos de hemorragia cerebral ni de cualquier otra afección que pueda suponer una amenaza para su vida.”

Un suspiro de alivio recorrió la sala.

“Hemos cosido la herida en la cabeza y hemos colocado su brazo en su sitio. Sufrió una conmoción cerebral bastante significativa, por lo que es muy posible que cuando vuelva en sí, esté muy confuso y dolorido. Haremos lo que podamos para mantenerlo cómodo, pero no veo ninguna necesidad en este momento de transportarlo a la parte continental ni de traer a ningún neurólogo hasta aquí.”

“¿Qué pasa si queremos una segunda opinión?” Preguntó Grant.

El hijo de puta ni siquiera parpadeó cuando dijo, “Me temo que yo soy toda la ayuda que va a obtener en estos momentos.”

Su madre le envió una mirada asesina y luego volvió su atención a Cal. “Muchas gracias, Doctor Maitland. ¿Podemos verlo?”

“Por supuesto, por aquí.” Hizo un gesto hacia la puerta. “Abby, ¿puedo hablar contigo un momento?”

Su madre, Janey, Mac y Abby siguieron al médico hasta la habitación. Pese a lo mucho que Grant quería ver a su padre, esperaría hasta que el doctor fuera a atender a otros pacientes.

Joe se puso de pie y se acercó a Grant. “Es posible que desees relajar un poco tu tono de voz y la frecuencia de tus miradas asesinas. Es el único médico en toda la isla y tu padre está aún en sus manos.”

“No sé qué cree que está haciendo robándome a *mi* chica delante de mis narices.”

Joe levantó una ceja. “¿Es eso lo que ha pasado?”

“No quiero hablar de ello.” Grant estaba aturdido, mareado y no tenía ni el más mínimo interés en discutir cómo el tipo había pasado a formar parte de la foto.

“Necesito un poco de aire.” Salió y se apoyó contra el edificio de ladrillos, inclinando su rostro hacia el sol y respirando el aire fresco del mar.

Justo cuando había estado seguro de que las cosas no podrían ir a peor, aquí estaba, confiando en su rival para mantener a su padre con vida. Incluso con su vívida imaginación, dudaba ser capaz de escribir un guión tan perturbado.

“Se pondrá bien,” dijo una pequeña voz a su lado.

Grant abrió los ojos y miró a la mujer del restaurante de la marina. Tenía los ojos enrojecidos e hinchados de tanto llorar.

“Tiene que ponerse bien.”

Grant no estaba seguro de a quién estaba tratando de convencer—si a él o a ella misma. La joven era lo que en Hollywood se llamaría, una calavera andante, con su pequeño cuerpo y sus grandes ojos azul verdosos. Su pelo de punta multicolor le hacía parecer aún más joven.

“No nos han presentado oficialmente,” dijo. “Soy Stephanie. Tu padre me ha contratado para que me encargue del negocio este verano.”

Él asintió y le tendió la mano. “Grant McCarthy.”

“Sé quién eres,” dijo mientras se ruborizaba. “Quiero decir que estoy familiarizada con tu trabajo.”

“¿De veras?”

Ella asintió con la cabeza. “*La Canción de Salomón* es increíble. Me cambió la vida.”

Nunca se cansaba de escuchar ese tipo de halagos. “Me alegro mucho de que te haya gustado.”

“Me alegré muchísimo de que ganaras el Oscar. Te lo merecías totalmente.”

“Gracias. Eso es muy amable por tu parte.”

“No tenía ni idea de que estabas relacionado con el señor McCarthy hasta que le oí hablar de su hijo, el famoso guionista.”

Grant hizo una mueca. “Puede ser un poco efusivo a veces.”

“Está increíblemente orgulloso de ti.”

¿Tenía alguna idea de lo mucho que necesitaba justo oír eso en estos momentos?

“¿Estás bien?” Preguntó ella. “No tienes muy buen aspecto.”

“Bebí demasiado anoche.”

“Tengo la cura perfecta para eso.”

“¿Qué es?”

“Iré a por ella, enseguida vuelvo.”

“Oh, no, no hace falta.”

Ella le sonrió. “Así me mantengo ocupada. Estoy locamente enamorada de tu padre y este ha sido uno de los peores días de mi vida. Lo que sucedió en el puerto deportivo...” Se estremeció y se puso pálida.

Grant se acercó a ella y posó su mano en su hombro pero cuando la chica se estremeció, la retiró. ¿A qué venía todo eso? “Debió ser horrible.”

“Tenía mucho miedo de que hubiera muerto. Cuando lo sacaron del agua se le veía muy mal. Tenía muy mal aspecto.”

Grant tragó saliva. “Parece que se va a poner bien.”

“Gracias a Dios.”

“Sí.”

“Deberías estar ahí con él.”

Sorprendido, él la miró fijamente.

“No quiero que parezca que estoy tratando de decirte qué es lo que tienes que hacer, pero, ¿por qué estás aquí fuera cuando toda tu familia está con él?”

“Porque aparentemente mi ex novia se ha comprometido con el único médico de toda la isla y prefiero estar aquí fuera antes que entrar ahí y sentir el impulso de matar al hombre que está manteniendo a mi padre con vida.”

“Debes actuar como si su compromiso no te importara en absoluto.”

“¿Tú crees?”

Ella se sonrojó de nuevo. “Sé que no es asunto mío.”

“No, por favor, me encantaría que me echaras una mano con esto.”

“Tu indiferencia le molestará mucho más que tu enfado.”

“Ya,” fue lo único que dijo, pensando en lo que había dicho.

“Te traeré algo para aliviar esa resaca.” Intrigado, la observó mientras se dirigía hacia el parking. La chica no era su tipo en absoluto. En otras palabras, no tenía nada que ver con Abby, que era curvilínea y llenaba los sujetadores a rebosar. Stephanie, por el contrario, era casi infantil, recta como un palo y con un cuerpo casi infantil.

Decidido a seguir su consejo, Grant volvió a entrar para ver que todos habían desaparecido de la sala de espera a excepción de Ned, que estaba sentado junto a la madre de Maddie. Sus manos estaban unidas mientras hablaban en voz baja. Ni siquiera le vieron mientras se dirigía a la recepción para pedir que le orientaran hacia la habitación de su padre.

En el pasillo, fuera de la sala, había un grupito de gente reunida.

Luke, apoyado en sus muletas, estaba de pie junto a Sydney, Maddie y Mac, que estaba apoyado en la pared, visiblemente agotado.

“¿Cómo está?” Le preguntó Grant a su hermano.

“Aún sigue inconsciente,” dijo Mac. “Pero parece que tiene mejor color que antes.”

“Eso es bueno,” dijo Grant, aliviado. El grupo se quedó en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos. Cuando el silencio comenzó a irritarle, Grant saltó, “Entonces, ¿qué está pasando entre Ned y la madre de

Maddie?"

Capítulo 19

“¿De qué estás hablando?” Le preguntó Maddie a Grant.

“Papá estaba tratando de sonsacarle información a Ned esta mañana sobre una cita caliente que tuvo anoche,” explicó Mac. “Pero Ned no quería soltar prenda.”

La boca de Maddie se abrió. “¿Mi madre y *Ned*?”

“Están cogidos de la mano y susurrando en la sala de espera en este momento,” dijo Grant. “Yo estaba con papá anoche cuando los vimos juntos.”

“Vaya, vaya,” dijo Mac, riendo. “Ahora no me extraña por qué papá estaba actuando como si se hubiera topado con la mayor primicia de toda la isla.”

“¿Mi madre y *Ned*?” Dijo Maddie de nuevo.

Riéndose, Mac deslizó un brazo alrededor de sus hombros y la besó en la parte superior de su cabeza. “Respira, nena.”

“Tuve una extraña conversación con Ned la otra noche,” dijo Luke. “Me habló acerca de una chica con la que estuvo una vez que le había dejado por otro hombre. Cuando me dijo que todavía vivía en la isla, lo animé para que fuera a verla.”

“¿Así que estuvieron juntos *antes*?” Preguntó Maddie. “¿*Cuándo*?”

“Antes de que conociera a tu padre,” respondió Luke. “Supongo que ella lo dejó por tu padre.”

“Oh,” dijo Maddie. “Vaya, no tenía ni idea.” Apoyando una mano sobre su vientre, ella hizo una mueca.

Mac se separó instantáneamente de la pared. “¿Qué pasa?”

“Nada.”

“No creo que eso no haya sido *nada*, Madeline.”

“Es solo que he estado notando unos pinchazos durante todo el día. Probablemente sean las contracciones Braxton-Hicks.”

“Quiero que te vea el médico,” dijo Mac. Su diversión sobre Ned y Francine había sido sustituida por una intensa preocupación.

“No pasa nada, Mac.”

“Dejaremos que sea el Doctor Maitland quien juzgue eso.”

Cuando Mac tomó la mano de su esposa y la llevó en búsqueda del doctor, Luke notó el ceño fruncido en el rostro de Grant.

“¿Qué te pasa?” Le preguntó.

“Nada en absoluto.”

“Lo que tú digas.”

“¿Cómo está tu tobillo?”

“Me han dicho que me va a doler bastante cuando se me pase el efecto de los medicamentos.”

“Gracias por lo que hiciste. Oí que arriesgaste tu vida con tal de salvar a mi padre y a Mac.”

Luke quiso restarle importancia a sus elogios. “Mac fue el que arriesgó su vida, no yo.”

“Tengo que llevarte a casa.” Sydney tomó a Luke por el brazo. “Órdenes del doctor.” Volviéndose hacia Grant, agregó, “Quieren que no apoye mucho el pie para que baje cuanto antes la hinchazón.”

“Con tu padre y yo de esta guisa, puede que necesitemos un par de manos extra en el puerto deportivo,” le dijo Luke a Grant. “¿Podemos contar contigo?”

“Haré todo lo que pueda.”

“Gracias. Hablaré con Mac para que te diga qué es exactamente lo que necesitamos.”

“Si hay algo que pueda hacer por vosotros,” dijo Grant, “no dudéis en darme un telefonazo.”

“De acuerdo, gracias.”

“Dinos cómo están tu padre y Maddie en cuanto sepas algo, por favor,” dijo Sydney.

“Os informaré en cuanto sepamos algo nuevo,” les aseguró Grant.

Sydney caminó lentamente mientras que Luke se apoyaba en sus muletas en su avance hacia las puertas de la sala de emergencia. Hubiera sido mejor que fuera en silla de ruedas pero él se había negado.

“No me siento bien yéndome cuando Mac Padre está todavía inconsciente,” dijo Luke.

“Estoy segura de que él querría que te cuidaras.”

“¿Estás bien? Pareces preocupada.”

“Estoy pensando en Buddy. Tengo que recogerlo del veterinario.” Se mordió la uña del pulgar mientras pensaba. “No puedo levantarlo yo sola, así que tendré que llamar a mi padre para que me ayude.”

“Siento no ser de ninguna utilidad.”

Ella se detuvo y se volvió hacia él. “Lo único que me importa es que estás vivo y que *solo* te has torcido el tobillo.”

Luke sonrió. Era tan linda cuando se preocupaba por él. “Ven aquí y dame un beso.”

Echando un vistazo alrededor de la clínica llena de gente, Sydney dio un

tentativo paso hacia él.

“Un poco más cerca.”

Apoyó las manos en sus hombros y se puso de puntillas para besarlo.

“Sé por experiencia que puedes hacerlo mejor.”

“¿Aquí?”

“Acabas de decir que todo lo que te importa es que estoy vivo; demuéstremelo.”

Sus ojos cayeron a sus labios, y eso fue todo lo que hizo falta para que se pusiera duro como una piedra. En el momento en que ella deslizó su mano alrededor de su cuello y le dio un beso abrasador, Luke estuvo a punto de rogarle más.

“Mmm.” Ojalá pudiera poner sus brazos alrededor de ella y abrazarla. Esas muletas iban a ser un serio obstáculo. “Ahora sí.”

“¿Podemos irnos a casa ahora?”

“¿Cómo vamos a llegar hasta allí?”

“Oh, mierda. He dejado mi coche en casa de Maddie.” Se mordió el labio inferior mientras pensaba. “Si no tienes ninguna objeción, podría llamar a mis padres.”

Luke no se mostró precisamente entusiasta ante la idea de volver a ver a los Donovans tan pronto. “O podríamos pedirselo a Ned.”

El taxista estaba en la sala de espera, todavía cogido de la mano y hablando con Francine.

“Nah,” dijo Syd. “Déjales tranquilos. Tienen que ponerse al día.” Ella sacó su teléfono del bolsillo de su pantalón corto y marcó un número mientras que Luke la seguía hasta la puerta. “¿Mamá? ¿Estáis ocupados?”

Los padres de Sydney se detuvieron a la entrada de la sala de emergencia quince minutos más tarde.

“Nos hemos enterado de lo que ha ocurrido en el puerto deportivo,” dijo su madre mientras sostenía la puerta trasera de la camioneta para Luke. “Gracias a Dios que estás bien.”

“Gracias,” dijo Luke.

Su padre tomó las muletas y las guardó en la parte posterior. “¿Se sabe algo sobre el señor McCarthy?” Preguntó.

“Nada nuevo,” contestó Luke. “El Doctor Maitland ha dicho que se pondrá bien.”

“Vaya, eso es un alivio,” dijo Mary Alice.

Sydney apreciaba que sus padres parecieran estar haciendo un esfuerzo por ser amables con Luke. Les dio la dirección de su casa y sostuvo su mano entre las suyas en el asiento trasero. “Papá, ¿te importaría llevarme luego a la clínica veterinaria para que pueda recoger a Buddy cuando dejemos a Luke en su casa?”

“Por supuesto que no.”

“Yo no lo puedo levantar sola y tengo miedo de hacerle daño.”

“¿Por qué no lo llevamos a nuestra casa?” Sugirió Mary Alice. “Podríamos cuidar de él para que tú puedas centrarte plenamente en Luke.”

Luke le apretó la mano y le dirigió una inquisitiva mirada.

Syd no tenía ni idea de qué bicho le había picado a su madre que había hecho que se estuviera comportando de un modo tan agradable. “¿Estás segura de que no sería un problema?”

“Nos encantaría tenerlo en casa, ¿verdad, Allan?”

“Por supuesto.”

“Eso sin duda me quitaría un gran peso de encima,” dijo Syd. “Gracias.”

Cuando llegaron a casa de Luke, Sydney fue a por sus muletas y le ayudó a salir del coche.

“¿Dónde está tu coche, cariño?” Preguntó Allan.

“En casa de Maddie. Iré a por él mañana.”

“Podríamos llevarte a por él de camino a casa.”

“Eso no estaría mal,” dijo Luke. “Así no estaremos atrapados sin coche; mi camioneta está en el puerto deportivo.”

“De acuerdo,” dijo Syd. “Gracias, papá.”

“Gracias por traerme, señor Donovan,” dijo Luke.

“No hay problema.”

“Espero que te mejores pronto,” agregó su madre.

Sus padres se quedaron esperando fuera mientras que Sydney escoltaba a Luke dentro de casa y le ayudaba a instalarse en el sofá.

Se quitó la bota y apoyó el pie sobre una almohada.

Sydney se quedó sin aliento cuando vio por primera vez su horriblemente hinchado y magullado tobillo. “¡Oh, Luke!” Exclamó. “Dios mío, tiene una pinta horrible.”

“Podría haber sido mucho peor,” dijo, pero ella se dio cuenta de que estaba sudando y que sus labios estaban blancos.

Sydney tomó una bolsa de hielo, la envolvió en una toalla y se la llevó junto con un par de pastillas para el dolor que le habían dado en la clínica.

Inclinándose para besarle en la frente, dijo, “Enseguida vuelvo, ¿de acuerdo?”

“Aquí estaré.”

Ella le dio el mando a distancia, lo besó una vez más y se apresuró hacia la puerta, ansiosa por volver a estar con él. Se subió al coche de sus padres y cerró la puerta.

“¿Está bien?” Preguntó Mary Alice.

“Tiene muchos dolores y el tobillo tiene muy mal aspecto.”

“¿Podrá trabajar?” Preguntó Allan, mirándola por el espejo retrovisor.

“Supongo que no podrá por un tiempo.”

“Me pregunto qué va a hacer,” dijo Mary Alice con retintín.

“No es un indigente, mamá.”

“Supongo por recibirá una compensación al trabajador por haber tenido un accidente en horario de trabajo,” dijo Allan, el abogado.

“Supongo,” dijo Sydney.

“Parece que tiene una gran propiedad por ahí,” agregó.

“Sí.” La preocupación de su madre hizo que hasta Sydney se preguntara si incluso con la compensación al trabajador Luke podía darse el lujo de estar sin trabajo durante varias semanas, especialmente en verano. “Muchas gracias por vuestra ayuda.”

“Nos alegra que nos hayas llamado,” dijo Mary Alice, volviéndose en su asiento. “Nos sentimos muy mal por lo que pasó el otro día.”

“No quiero volver a discutir con vosotros. No después de todo lo que hemos pasado.”

“Nosotros tampoco queremos, cariño.”

“Me gustaría que hicierais algo por mí.” Sydney se encontró con la mirada de su madre. “Quiero que conozcáis a Luke para que podáis ver lo que yo veo en él. Os estoy pidiendo que le deis una oportunidad. ¿Creéis que podéis hacer eso?”

“No hay nada que no haríamos por ti, Syd,” dijo Allan. “Ya lo sabes.”

“¿Eso incluye respetar mis opciones?”

“Queremos que vuelvas a ser feliz,” dijo Mary Alice. “Si Luke hace feliz, entonces nosotros también somos felices.”

“¿Lo dices en serio?”

Su madre asintió con la cabeza. “La última cosa que queremos es que sigas sufriendo; ya lo has hecho lo suficiente.”

“Él me quiere,” dijo Syd. “Lo siento a cada minuto que estoy con él.”

“¿Seguro que no es demasiado pronto para involucrarse tanto con otra persona?” Preguntó Allan. “No ha pasado tanto tiempo.”

A pesar de que sabía que era una pregunta razonable, todavía hizo que se enfadara. “¿Cuánto tiempo es el suficiente, papá? ¿Me puedes responder a eso? ¿Hay un libro de reglas para viudas que acaso no conozca?”

“Vamos, cariño, no he querido molestarte. Solo me preocupa que vuelvas a sufrir.”

“Luke nunca me haría daño.”

“No intencionadamente.”

“De ninguna manera. Me preocupa mucho más volver a hacerle daño yo, tal como hice antes.”

“Tienes que dejar de culparte por lo que pasó hace tantos años, Syd,” dijo Mary Alice. “Solo eras una niña.”

“Tenía la edad suficiente para saber que iba a destrozarle el corazón pero fui demasiado cobarde para acabar con la relación tal como debería haber hecho.”

“Si consideraste terminar con él, entonces—”

“¡No consideraré terminar con él! ¡*Vosotros* me dijisteis que no era lo suficientemente bueno para mí y yo os *creí*! Me hicisteis tanto lío en la cabeza que cuando quise encontrarme ya no pude.”

“Pero fuiste muy feliz con Seth. Nosotros pudimos verlo con nuestros propios ojos.”

“Fui feliz con él, sí, pero nunca le quise tanto como quiero a Luke.” Las palabras salieron de su boca antes de que pudiera detenerlas, llenándola de desesperación. Hasta ese momento, no había sido capaz de admitir algo así, ni siquiera para sí misma.

“¡Sydney! ¿Cómo puedes decir una cosa así?”

“Es la verdad. No puedo evitar lo que siento.” Se limpió las lágrimas. “No pude evitarlo entonces y no puedo hacerlo ahora.”

“Pero si no te hubieras casado con Seth—”

“No me arrepiento de haberme casado con él. No me arrepiento de la vida que tuvimos juntos ni de nuestros maravillosos hijos, pero lamento profundamente haber diezmado a alguien solo para tener la vida perfecta que los dos queríais para mí.”

En la calzada de Maddie, su padre aparcó junto al coche de Syd y apagó el motor. Los tres permanecieron sentados en un incómodo silencio hasta que Sydney tomó aire profundamente y se armó de valor. “Echo de menos a Seth y

a mis hijos cada minuto de cada día pero he decidido no seguir viviendo regodeándome en lo que he perdido. No puedo vivir sumida en la tragedia y en la tristeza, sin alegría ni esperanza ni una razón para levantarme por las mañanas.”

A pesar de su intención de pasar por todo esto sin derramar ninguna lágrima, no pudo evitarlo. “Estar con Luke me hace feliz, y por primera vez en más de quince meses, me siento esperanzada de nuevo. Tengo la esperanza de que todos los días de lo que quede de vida no sean una pesadilla. Luke ha hecho eso por mí, así que todo lo que os pido es que le deis una oportunidad. Solo dadle una oportunidad, por favor.”

Se levantó, cerró la puerta y se dirigió a su propio coche. Durante mucho tiempo se quedó allí sentada, esperando que sus manos dejaran de temblar para poder conducir. Un golpecito en la ventana la sobresaltó. Giró la llave para poder abrir la ventana.

“Estoy bien, mamá.”

“Si Luke se siente con ganas, ¿qué os parecería venir a cenar mañana por la noche?”

Mirando a su madre, Sydney asintió. “Eso estaría bien.”

Capítulo 20

Mientras que su madre y Janey iban a ver cómo estaba Maddie, Grant se quedó con su padre, mirando hacia él y deseando que despertara. Cal había dicho que podía estar inconsciente durante un tiempo, pero Grant siguió hablándole como si pudiera oírle.

Dejó de hablar solo para responder a los mensajes de texto de sus hermanos, Adam y Evan, que estaban de camino a la isla y estaban ansiosos por saber cómo iba evolucionando su padre.

“Adam y Evan llegarán a la noche,” le dijo Grant a su padre. “Me pidieron que te dijera que no les había parecido nada bien que nos asustaras de esta manera.” Sonrió, imaginando cómo respondería su padre a eso.

“¿Cómo está?”

Grant se dio la vuelta y se encontró a Abby de pie en la puerta, nerviosa y adorable. Deseaba tanto sentir sus brazos a su alrededor, oírle decir que todo iba a estar bien. Nunca nadie lo había entendido como ella había hecho.

“No hay variedad,” dijo Grant.

“¿Cómo estás tú?”

“Estaré mejor cuando se despierte.”

“¿Hay algo que pueda hacer por ti?”

Grant sabía que solo estaba tratando de ser amable, pero no podía echar a perder esta oportunidad. “Podrías decirme qué estás haciendo enredándote con un desgreñado vaquero.”

Sus expresivos ojos brillaron con ira. “No tienes derecho a preguntarme eso.”

Stephanie apareció por detrás de Abby, sosteniendo un contenedor. Grant negó con la cabeza y ella se apartó de la vista.

“Tengo todo el derecho del mundo a preguntártelo,” respondió.

“Te esperé durante *años*, Grant. Puse toda mi vida en espera con la esperanza de que no tardaras mucho en averiguar qué era lo que esperabas de la tuya para poder seguir adelante con nuestra relación. Pero eso nunca sucedió y me cansé de esperar.”

“No puedes esperar que crea de ninguna manera que lo quieres más de lo que me quisiste a mí.”

“Lo amo de un modo diferente a cuando te amé a ti.”

Su uso del verbo en pasado le hizo sentir como si hubiera clavado un cuchillo en su corazón. “¿Qué diablos significa eso?”

“Él está siempre *ahí* para mí; me apoya y no espera que yo le apoye a *él* al

ciento diez por cien sin esperar algo a cambio.”

“Jamás esperé eso de ti.”

“¡Oh, vamos!” Echando un vistazo a su padre, ella bajó la voz. “Eso es todo lo que siempre fui para ti—tu musa, tu incitadora, tu amante, tu ama de llaves. Nuestra relación nunca trató sobre mí.”

“*Todo* trató sobre ti. Lo eras *todo* para mí, Abby.”

Ante ese comentario, su fría compostura finalmente comenzó a flaquear. “Tuviste una manera muy curiosa de demostrarlo.”

Grant bordeó la cama para acercarse a ella.

Ella dio un paso atrás, desalentándole a tocarla.

“Dame otra oportunidad. He vendido mi casa y el coche. He dejado Los Ángeles y he vuelto para quedarse por ahora.”

“¿*Por ahora*? ¿Qué se supone que significa eso?”

A pesar de que ella le estaba enviando la señal de “manos fuera,” él extendió la mano para tocar su cara. “Significa que estoy haciendo algunos cambios. No soy nada sin ti. No puedes alejarte de todos los años que pasamos juntos como si no significaran nada para ti.”

Abby tomó su mano, la bajó de su cara y la soltó. “Significaron mucho para mí. Me perdí en nuestra relación y no quiero eso. Soy feliz con Cal. Él me *ve* de una manera que tú nunca hiciste. Y siento si te duele escuchar esto, pero voy a casarme con él en octubre.”

Grant negó con la cabeza. “No puedes casarte con él, Abby. No está bien y lo sabes.”

“Solo te estoy pidiendo que respetes mi decisión.”

“¿Cómo puedo hacer eso cuando vas a arruinar nuestras vidas?”

Ella negó con la cabeza. “Yo no voy a arruinar mi vida. Si tú no estás contento con la tuya, no puedo asumir la responsabilidad por ello. Ya no es así.” Echando un vistazo a su padre, dijo, “Por favor, dile a tu padre que me he pasado a verle y que le mando todo mi cariño. Me tengo que irme.” Se dio la vuelta y salió de la habitación.

Grant la siguió. “¡Abby, espera! No te vayas.”

Ella se volvió y lo detuvo con una mano en el pecho. Sus ojos brillaban con lágrimas no derramadas mientras que lo miraba. “Te quise muchísimo,” susurró. “No había *nada* que no hubiera hecho por ti pero eso ya pertenece al pasado. Por favor, deja que me vaya.”

Aturdido, Grant se quedó de pie en el pasillo y la observó hasta que la perdió de vista. No podía creer lo que acababa de decir. ¿Cómo podía

alejarse de él cuando se suponía que iban a tener un felices para siempre juntos? Le dolía el estómago y su cabeza no paraba de latir pero lo peor era que se sentía como si le hubieran arrancado el corazón y hubiera sido atropellado por un camión.

Volvió a la habitación de su padre y se detuvo en seco cuando vio a Stephanie esperándolo.

Ella bajó los ojos como si estuviera avergonzada por lo que acababa de presenciar.

“Era demasiado esperar que actuaras como si no te importara.” Le ofreció una jarra. “Toma, bebe esto; hará que te sientas mejor.”

“Como si algo pudiera hacerme sentir mejor.” Tomó el recipiente de ella y la abrió. El olor de lo que hubiera inventado hizo que su estómago se revolviere. Dio un paso atrás y se lo devolvió. “Creo que la cura va a ser peor que la enfermedad.”

Ella lo entregó de nuevo. “Confía en mí. Funciona.”

“Si poto por toda la habitación, te echaré la culpa.”

La mirada asustadiza que le dio hizo que Grant que sintiera como si estuviera en presencia de un cachorrito indefenso. “Es broma.”

“Lo sé,” contestó ella, aunque no parecía demasiado convencida.

Mac apareció por el pasillo como si estuviera buscando algo frenéticamente y se centró en Grant. “¡Por fin te encuentro! Necesito que me hagas un favor.”

“Claro, lo que sea.”

“Resulta que a Maddie ha estado a punto de adelantársele el parto.”

“Oh, Dios mío,” dijo Grant. “¿Está bien? ¿El bebé está bien?”

Él asintió con la cabeza. “Han conseguido detenerlo, y ambos están bien pero Cal ha dicho que tiene que tener reposo total hasta que dé a luz.”

Grant contuvo una réplica sobre el buen doctor. El héroe de todos.

“Vaya,” dijo Stephanie. “Menudo fastidio.”

“Así es,” dijo Mac. “Claro que Maddie haría cualquier cosa para proteger al bebé, el único problema es que no va a ser capaz de ocuparse de nuestro hijo, así que tendré que estar en casa la mayor parte del tiempo y con papá y Luke en esta condición—”

“Yo me encargaré del puerto deportivo. Ya le dije a Luke que lo haría.”

“Te pagaremos como si fueras un empleado más.”

“Bueno, ya hablaremos de eso,” dijo Grant encogiéndose de hombros. “Es la mejor oferta que me han hecho en años.”

“Me resulta difícil creer eso,” dijo Stephanie.

Grant le envió una sonrisa torcida. “Créetelo.” Se volvió a su hermano y añadió, “¿Hay algo especial que deba saber?”

“Yo te lo enseñaré todo,” dijo Stephanie, quien agregó, “Presto mucha atención.”

“Eso sería genial,” dijo Mac. “Gracias a los dos.”

“Nosotros nos encargaremos del McCarthy’s,” dijo Grant. “Tú cuida de tu esposa y de tu hijo.”

“Te lo agradezco mucho, hermano, de verdad.” Mac se asomó a la habitación de su padre.

“¿Algún cambio?”

“Todavía no.”

“Menuda mierda de día,” dijo Mac.

“¿Cómo lo está llevando mamá?” Preguntó Grant.

“Sorprendentemente bien. Es Janey la que me preocupa. Solo quedan diez días para la boda y la dama de honor tiene que guardar reposo absoluto y el padre de la novia está fuera de combate.”

“Todo va a estar bien,” dijo Grant. “Nada puede con los McCarthy.”

Mac lanzó otra cautelosa mirada hacia su padre. “Esperemos que tengas razón. Me encantaría que se despertara ya mismo.”

“Sí, a mí también. Vuelve con tu esposa. Yo me quedaré con él.”

“Avísame si hay algún cambio.”

“Claro, cuenta con ello. Los chicos llegarán en el barco de las ocho.”

Mac asintió. “Los reclutaré para que ellos ayuden también en el puerto deportivo.”

“Pero yo estaré al mando, ¿verdad?” Preguntó Grant con una sonrisa burlona, con la esperanza de aligerar el estado de ánimo de su hermano.

Mac volteó los ojos hacia arriba y fue a reunirse con su mujer.

“Sois muy afortunados,” dijo Stephanie con una expresión pensativa en su rostro.

Grant casi se había olvidado de que estaba allí. “¿Qué quieres decir?”

“Tenéis una familia grande y maravillosa en la que apoyaros cuando los tiempos se ponen difíciles.”

“¿Tú no la tienes?”

Ella negó con la cabeza y se cruzó de brazos. “¿Te lo vas a beber o vas a llevarlo de aquí para allá todo el día?”

Intrigado por la forma en que la mención de su familia parecía haberla

entristecido, Grant se llevó el recipiente a la nariz y se retiró de nuevo. “¿De veras tengo que tomarte esto?”

“Me estarás dando las gracias en una media hora.”

“¿En serio?”

“Deja de ser un niño grande y bébetelo.”

“Bueno, no te pongas así, ya voy.” Grant echó la cabeza hacia atrás y engulló hacia abajo, y, efectivamente, el líquido volvió a subírsele a la garganta. De alguna manera consiguió no vomitar, pero su cabeza le daba vueltas y sus ojos se humedecieron. “Mierda,” farfulló. “¿Qué demonios era eso? ¿Queroseño?”

“Solo un poco de líquido abrasador para mantener las cosas interesantes.”

Su boca se abrió, ya juzgar por la forma en que el brebaje estaba quemando su camino a través de su intestino, Grant no estaba del todo seguro de que estuviera bromeando.

“Cierra la boca antes de que empieces a babear—o algo peor.”

Desacostumbrado a que una mujer le hablara de esa manera, Grant hizo lo que le ordenó, pero se fijó más a conciencia en la chica cadavérica con el pelo de punta. Sus ojos no eran ni verdes ni azules, sino más bien una interesante combinación de ambos. Estaban enmarcados por unas extravagantes pestañas empañadas por un maquillaje demasiado oscuro. Múltiples pendientes se alineaban a lo largo de ambas orejas y se dio cuenta de que tenía uno también en la lengua. Grant tragó saliva al pensar en ello. Por mucho que la idea de un piercing en la lengua le horrorizara, también le intrigaba.

Tenía los pómulos altos y la piel tersa, y mientras que no parecía tener ni un gramo extra de grasa—en ningún lugar—tenía unos labios muy llenos que parecían casi fuera de lugar en una cara tan enjuta.

Dejó caer su mirada hacia sus pechos, donde no había nada en absoluto que ver, y luego hacia sus largas y delgadas piernas embutidas en unos pantalones vaqueros negros.

Subió la mirada para darse cuenta que ella también le estaba haciendo un repaso—a él.

Antes de que pudiera asimilar su asombro al darse cuenta de que le estaba mirando de arriba a abajo, un gemido desde el interior de la habitación de su padre llamó su atención. Corrió para encontrarse a Mac Padre luchando contra la vía que tenía puesta en el brazo y las restricciones que las enfermeras habían dicho que serían necesarias para cuando se despertara. Grant puso las manos sobre los hombros de sus padres y lo reubicó en la almohada.

Mac Padre parpadeó rápidamente. “¿Qué haces aquí?” Preguntó con voz ronca.

Aliviado, Grant dijo, “Volví a casa hace un par de semanas. ¿No te acuerdas?”

“Me duele la cabeza. ¿Qué diablos ha pasado? ¿Cómo he llegado hasta aquí?”

Grant se giró y vio a Stephanie con los ojos abiertos y llorosos. “¿Podrías ir a buscar al médico y ver si encuentras a mi madre de paso?”

Ella asintió con la cabeza y salió corriendo de la habitación.

Grant agarró la mano de Mac Padre y se secó las lágrimas que amenazaban con brotar de sus ojos antes de que su padre pudiera verlas. “Aguanta, papá. Todo está bien. Vas ponerte bien.”

Capítulo 21

Cuando Sydney regresó a casa de Luke se lo encontró dormido en el sofá y se sintió aliviada al tener unos minutos para recuperarse del emocional encuentro con sus padres. No podía creer que hubiera afirmado que amaba más a Luke de lo que había amado a Seth. ¿Qué clase de monstruo era para admitir una cosa así?

Se puso de pie en el fregadero de la cocina y miró hacia el agua, tratando de serenarse. Tal vez su padre tenía razón y era demasiado pronto para estarse involucrando tanto con Luke. *No, pensó. No es demasiado pronto. No voy a dejar que llenen mi cabeza de dudas cuando me he sentido mucho mejor sobre todo últimamente.*

Uniéndole sus temblorosas manos, tomó aire profundamente, tal como le había enseñado la terapeuta para cuando la ansiedad se apoderase de ella. Era curioso que no hubiera sabido que era siquiera un ataque de ansiedad antes de que le hubiera pasado lo peor que la vida le tenía preparado.

Estaba tan concentrada en respirar que no oyó a Luke acercarse hasta que apoyó la barbilla en su hombro.

“¿Qué te pasa?”

Sydney cerró los ojos y montó sobre la ola de ternura y deseo que se apoderó de ella ante el sonido de su familiar voz. “Nada. Todo está bien.”

Él empezó a masajear sus hombros. “Entonces, ¿por qué estás tan tensa?”

“No deberías estar de pie.”

“No lo estoy.”

Ella miró por encima del hombro para encontrarlo apoyado en sus muletas. “¿Cómo estás?”

“Estamos hablando de ti, no de mí.”

Mirando por la ventana de nuevo, dijo, “Soy una mala persona, una muy mala persona.” Lo último que esperaba era que se echara a reír.

“¿De qué demonios estás hablando?”

Sydney apartó sus manos de encima y se alejó de él, consciente de su precario equilibrio. “No tiene gracia.”

Él la agarró de la mano para evitar que se alejara. “No eres mala persona, Syd. No sé quién te habrá dicho algo así, pero se equivoca.”

“Me lo digo yo a mí misma. Es la verdad. Ni siquiera deberías querer estar conmigo, para que veas lo mal que me siento.”

Luke soltó su mano y tomó su cara. “¿A qué viene todo esto?”

Sydney no podía soportar mirarlo. Solo estar en la misma habitación que él

hacía que el deseo la consumiera de un modo que no había experimentado con nadie más—y ese era precisamente el problema.

Él la trajo más cerca, colocando su cabeza sobre su pecho. “Me gustaría que me contaras por qué estás así.”

“No puedo decirlo de nuevo. Ya me dolió bastante la primera vez.”

“¿Qué ha pasado?”

“He tenido otra discusión con mis padres,” murmuró, su voz amortiguada por su pecho. “Dije algo horrible, algo monstruoso.”

“¿Sobre ellos?”

Sydney negó con la cabeza. “Sobre Seth.”

“Ah, vamos, Syd. El hecho de que haya fallecido no significa que fuera perfecto. A menos que se lo tuviera muy creído, cosa que dudo, muy probablemente sería él el primero en admitirlo. Yo no soy perfecto. ¿Y tú?”

“En absoluto. Soy una persona horrible.”

“Tienes que dejar de decir eso. Vas a hacer que me enfade.”

Sydney se dio cuenta de que tenía que contarle a Luke lo que había pasado pero le resultaba demasiado difícil decir las palabras de nuevo. La primera vez lo había soltado en el calor del momento, esta vez sabía claramente lo que estaba diciendo. “¿Te acuerdas cuando te dije que le quise de manera diferente a como te quise a ti?”

“Sí. ¿Qué pasa con eso?”

“Cuando dije diferente me refería a—”

“No tienes que contármelo si no quieres. Es cosa tuya, no tiene nada que ver conmigo.”

“Tiene mucho que ver contigo.”

Esperó a que ella continuara.

“Yo sabía, incluso cuando me iba a casar con él, que no le quería tanto como te quise a ti,” dijo. “Ya está, ya lo he dicho, ¿ves a lo que me refiero? Soy una persona horrible solo por pensar en eso, y mucho más por haberlo dicho en voz alta.”

“Te ha tenido que estar perturbando durante mucho tiempo si sentías la necesidad de decirlo.”

“Lo que me ha estado perturbando es que mis padres se niegan a aceptar lo profundamente que me influenciaron en el pasado. No voy a permitir que suceda de nuevo.”

“Syd, mírame.”

Ella levantó la vista para encontrarse con su intensa mirada.

“No tienes que dar explicaciones ni a ellos, ni a mí, ni a nadie. No tienes que justificar tus sentimientos, yo por lo menos no necesito que lo hagas. Te conozco y no tengo ninguna duda de que fuiste una esposa dedicada y fiel, y una maravillosa madre para tus hijos. ¿Qué más importa?”

“Si hubiera seguido los impulsos de mi corazón, nunca me hubiera casado con Seth, porque estaría aún contigo.”

“Pero entonces nunca hubieras tenido a Max ni a Malena y fíjate lo que te hubieras perdido. No puedes arrepentirte por ello, Syd. No tiene sentido.”

“Si no me hubiera comportado como una estúpida, ¿crees que aún estaríamos juntos? ¿Que habríamos hecho que funcionara?”

“Me gustaría pensar que sí, pero éramos muy jóvenes. Probablemente hubiéramos sido un desastre como pareja y le habríamos demostrado a tus padres que tenían razón. Tal vez todo esto ha sucedido así porque estábamos destinados a juntarnos más tarde en la vida.”

“Eres tan racional y sensato.”

“Alguno de los dos tiene que serlo.”

Eso hizo que ella sonriera aunque sin muchas ganas.

“No eres una mala persona, Syd. Estar de vuelta conmigo ha hecho que vuelvas a cuestionarte decisiones que tomaste hace mucho tiempo. Puedo entenderlo, pero no vas a sacar nada bueno por pensar si obraste bien o no.”

¿Acaso no había aprendido de sobra que los remordimientos no tenían ningún sentido? ¿Que todo lo que tenemos es el día de hoy? Sin embargo, saber todo eso no la ayudaba a solventar su culpa.

“¿Puedo preguntarte algo?”

“Claro,” respondió ella, nerviosa por su seria expresión.

“¿Vas a ser capaz de ir más allá de tu sentimiento de culpa y permitirte ser feliz de nuevo?”

Sydney se quedó mirándolo, sorprendida por su pregunta y por cómo sabía leer sus pensamientos a la perfección. “Yo, eh. . .”

“Es una decisión que tienes que hacer cuanto antes para evitar que la culpa arruine el resto de tu vida.”

Luke tenía razón y ella lo sabía. Aun así, la culpa había estado siempre presente desde que había vuelto a estar con Luke, claro que eso no era todo lo que había vuelto a estar presente.

“Desde que estamos juntos de nuevo, he sido muy feliz.”

“Entonces aférrate a ese sentimiento en lugar de la culpa. La felicidad es una emoción mucho más productiva que la culpa.” Se inclinó para besarla.

“Date permiso para ser feliz, Syd,” dijo en voz baja. “No pasa nada, te lo prometo.”

“Gracias.” Pasó sus brazos a su alrededor y se aferró a él durante un gran rato en silencio. “Será mejor que descanses.”

“Ven a tumbarte conmigo.”

Ella lo siguió hasta el dormitorio y le ayudó a subir su tobillo lesionado sobre una almohada. Se tumbó a su lado, apoyó la cabeza en su pecho y la mano en su firme vientre. “Tengo que ir a ver a Buddy y a comprobar cómo esta Maddie. Estoy segura de que tú también querrás saber cómo va evolucionando el señor McCarthy.”

“Estoy muy preocupado por todos ellos, pero por ahora, esto es todo lo que necesito.” Él apretó su brazo a su alrededor. “Tú eres todo lo que necesito.” Enredando sus dedos en su pelo, él inclinó la cabeza hacia atrás para recibir su beso. “No me gusta ver que te castigas por cosas que no tienen importancia. No lo vuelvas a hacer.”

“Sí, señor,” dijo ella, sonriéndole. “¿Cómo está el tobillo?”

“Mucho mejor ya desde que las pastillas empezaron a hacer efecto.”

“¿Vas a estar bien sin ir a trabajar durante un par de semanas?”

“Sí, estaré bien.”

“Puedo colaborar un poco, al fin y al cabo es como si estuviera viviendo aquí.”

Luke levantó la cara y la sonrió dulcemente. “No necesito tu dinero, Syd, pero gracias por la oferta.”

Sydney se incorporó sobre un codo para poder verle mejor. “¿Qué pasa si —hipotéticamente hablando— me mudo aquí en algún momento?”

“No hagas que me haga ilusiones.”

“Lo digo en serio. Me gustaría vivir aquí contigo y ayudarte en lo que pueda.”

Él pasó la mano por su cabeza y tiró de su cabello hacia atrás. “Lo tengo todo calculado, nena, no te preocupes.”

“Sé que debes ganar un sueldo decente restaurando los barcos, pero supongo que no ganarás mucho trabajando en el McCarthy’s, ¿verdad?”

“Te sorprenderías,” respondió con una misteriosa sonrisa.

“¿Qué significa eso?”

“¿Importa la cantidad de dinero que gano? Si puedo comprar comida, ropa y proporcionar un refugio para ambos, ¿qué más necesitamos?”

“Bueno, coches, seguros, vacaciones, gastos por tener personal doméstico

—”

Luke apoyó un dedo sobre sus labios. “Si vives conmigo, la vida será mucho más simple de lo que estás acostumbrada.”

“Lo sé.”

“¿De verdad lo haces, Syd? Porque estamos hablando de una vida muy simple y muy tranquila.”

“Lo entiendo.”

“Te prometo que tendríamos todo lo que necesitamos.” Él se inclinó para acariciar su cuello. “¿Qué más necesitas para que te convenza?”

“Lo discutiremos cuando estés mejor del tobillo.”

“Mi tobillo está adormecido en estos momentos, pero hay otra parte de mi cuerpo que me está empezando a doler.”

Sydney se rio de la cara que puso y ahuecó su tensa erección.

Luke dejó que su cabeza cayera hacia atrás y separó las caderas de la cama.

“¿Luke?”

“¿Hmm?”

“¿Qué pasa si me mudo aquí y no me gusta nada? ¿Qué haríamos entonces?”

Él le tomó la mano. “Tienes que dejar de hacer eso si quieres que te responda en este momento.”

Ella movió su mano a su muslo. “¿Mejor?”

“En realidad no.” Se sentó y puso su brazo alrededor de ella. “Supongo que si la vida en la isla no es para ti, entonces lo más normal es que nos mudemos.”

“¿No te importaría?”

“Extrañaría mucho la vida aquí, pero te echaría mucho más de menos a ti si te alejaras de mí.”

Emocionada por sus dulces palabras, Sydney se dio la vuelta para sentarse a horcajadas sobre él. “Tengo algunas cosas de las que hacerme cargo de vuelta en casa después del Día del Trabajo. Después de que pase podré tomar algunas decisiones sobre el futuro.”

“¿Podremos tomarlas juntos?”

“Espero que sí.”

Con sus manos en su trasero, Luke tiró de ella contra su erección. “Yo también lo espero.”

Ella pasó los brazos alrededor de su cuello y le besó.

“¿Qué estás pensando?”

“¿Qué quieres decir?”

Su dedo trazó el surco entre sus cejas. “Escúpelo.”

Él la conocía tan bien que a veces era inquietante. “¿Qué pasa si amoldamos nuestras vidas a la del otro y aun así no funciona?”

“No creo que eso pase, pero si lo hace, ya averiguaremos qué hacer.”

“Supongo que tienes razón.”

“Entonces, ¿por qué no pareces demasiado convencida?”

“Quiero que lo nuestro funcione con todas mis fuerzas, pero después de todo lo que me ha pasado, después de todo lo que ha pasado *hoy*, me cuesta creer que haya un felices para siempre esperándonos.”

“Todo lo que podía pensar de camino al hospital era lo asustada que ibas a estar cuando te enterases de lo que había pasado en el puerto deportivo. Hubiera hecho todo lo que hubiera estado en mis manos para ahorrarte ese sufrimiento.”

Ella pasó los dedos por su pelo. “Me alegro de haber estado con Maddie cuando me enteré. Tuve que mantener la compostura por ella.” Sydney recordó ese momento de pánico y se estremeció. “Tenía tanto miedo de que hubieras resultado herido de gravedad, o peor.”

“Lamento mucho que pasaras tanto miedo. No me gusta haber sido el causante de eso.”

“A mí no me gusta nada que tú y el señor McCarthy resultarais heridos.”

“Ya ha pasado todo, nena.” Curvó la mano alrededor de su cuello y la atrajo en un dulce y tierno beso, que pronto se volvió salvaje y urgente.

Sydney se apartó de él. “Espera un par de horas, ¿quieres?” Cuando ella se levantó, él dejó escapar un torturado gemido. Sydney se inclinó sobre la cama y lo besó en la frente. “Sobrevivirás.”

“¿A dónde vas?”

Sydney se pasó un cepillo por el pelo. “Tengo que ir a ver a Buddy.”

“¿Estás anteponiendo un *perro* a mí? Desde luego tú sí que sabes cómo herir los sentimientos de una persona.”

Sydney se quitó la camiseta y se puso una limpia. “No estoy anteponiendo un *perro* a ti. Estoy anteponiendo a *Buddy*—y solo de forma temporal. No quiero que se esté preguntando dónde estoy.”

“Muy bien,” respondió con un largo suspiro de sufrimiento. “Creo que podré vivir con ello. Claro que yo también me estoy recuperando.”

Sydney gimió y dijo, “No te conviertas en un hombre típico, por favor.”

Luke se echó a reír. “No era consciente de que había sido atípico hasta

ahora. ¿Qué me convertiría en un hombre normal?”

“Actuar como un niño grande solo porque estás un poco herido.”

“Hace un minuto estabas llorando porque casi me muero, qué rápido se te ha olvidado.”

“Los hombres típicos actúan como unos quejicas cuando no consiguen lo que quieren.”

Luke se sacó la camiseta por la cabeza y la arrojó al otro lado de la habitación, fallando cuando intentó encestarla en el cesto de la ropa.

Sydney se agachó para recogerla y dejarla en la cesta. “Esto también es típico.” Se dio la vuelta, con la intención de fruncir el ceño, pero la visión de su pecho esculpido y sus firmes abdominales hizo que la boca se le secara y la mente se le quedara en blanco.

“¿Syd?”

“Oh, eh, lo siento.” No podía creer que hubiera sido atrapada babeando frente a él.

Con las manos detrás de su cabeza y una sonrisa de satisfacción en su rostro, Luke se recostó contra las almohadas. “Seguiré estando aquí cuando regreses.”

“Típico de nuevo.”

“Tal vez pueda seguir siendo típico un poco más tarde. Después de todo, los hombres típicos somos conocidos por tener solo una cosa en mente, ¿no es así?”

“Estás herido.”

“La parte más importante de todas todavía funciona.”

Sydney se detuvo para besarlo una vez más. “Trata de no apoyarte en ese pie.”

“Te estás convirtiendo en una mujer típica.”

Con las manos en las caderas, ella abrió los ojos como platos ante su declaración. “¿Cómo es eso?”

“M-a-n-d-o-n-a,” dijo, acentuando cada letra.

“Puedo vivir con eso. Volveré pronto.”

“Date prisa.”

Capítulo 22

Sydney se encontró a Maddie todavía en la clínica, donde iba a pasar la noche en observación y se inclinó sobre la barandilla de la cama para abrazarla. Ella se sorprendió cuando Maddie se agarró con fuerza.

“Voy a matarle,” susurró.

“¿A quién?” Preguntó Sydney

“A mi marido.”

“Oh.”

Maddie la soltó finalmente justo cuando Mac estaba entrando en la habitación, buscándola desenfrenadamente con la mirada y con paso determinado.

“Me he puesto en contacto con la jefa de obstetricia de maternidad en Providence. Me ha dicho que podemos pasarnos mañana y que te verá al mediodía.”

“No,” dijo Maddie.

Sus ojos casi se salieron de sus órbitas. “¿Qué quiere decir ‘no’?”

“Sydney, ¿puedes hacer el favor de explicarle a mi marido lo que la palabra ‘no’ significa?”

“Um, creo que prefiero mantenerme al margen. Esperaré fuera.”

Maddie apretó la mano sobre su brazo. “Como te vayas, te mataré después de que le haya matado a él,” dijo con los dientes apretados.

Sydney reprimió una risita.

“Maddie, escúchame,” dijo Mac, tratando de mantener la calma.

“No voy a dejar la isla. Estoy en buenas manos con Cal, y si no dejas de decirme qué es lo que tengo que hacer y te *relajas*, voy a perder la cabeza. ¿Me escuchas?”

“¿Cómo puedo relajarme cuando casi te has puesto de parto tres meses antes y no quieres que te lleve a un especialista para asegurarnos de que todo está bien contigo y el bebé?”

“El estrés de lo que ha pasado hoy ha hecho que haya estado a punto de adelantármelo el parto, y evitar el estrés será evitar que me pase de nuevo, así que si no quieres que me ponga de parto antes de lo previsto, ¡*deja de estresarme!*”

“Maddie—”

“Mac.”

Estaban tan atrapados mirándose el uno al otro que Sydney pensó que podría ser el momento idóneo para escapar, pero cuando trató de liberarse de

las garras de

Maddie, su amiga apretó su agarre en ella y frustró su plan.

“Bien,” dijo Mac con los dientes apretados. “Pero no trates de decirme—”

“¿Harías el favor de ir a buscar a Thomas a casa de Tiffany? Tengo que verlo.”

Con las manos en las caderas y la mandíbula apretada, él dijo, “No quiero dejarte sola.”

“Syd se quedará aquí conmigo, ¿verdad?” Preguntó Maddie, mirando a su amiga.

“Por supuesto. Me quedaré hasta que vuelvas.”

“Si estás segura,” dijo Mac.

“¡Vete!” Respondió Maddie. “Ve a ver cómo está tu padre y luego ve a recoger a tu hijo.”

“Me estás recordando al día que te conocí,” dijo Mac.

Algo en la forma en que dijo tal cosa hizo que Sydney notara que no se trataba de un cumplido hacia su esposa.

Los ojos de Maddie se estrecharon. “Ídem.”

Mac se trasladó al otro lado de la cama y se inclinó para darle un beso.

Sintiendo como si estuviera entrometiendo, Sydney miró hacia otro lado.

“Seguiremos hablando de esto cuando vuelva.”

“No, no lo haremos. Caso cerrado. Ahora ve a buscar a nuestro hijo.”

Mac movió la cabeza en señal de frustración y salió de la habitación.

“Bueno,” dijo Sydney alegremente, “me alegro mucho de ver que todo va tan bien entre vosotros.”

Maddie rompió a reír. “Juro por Dios que voy a matarlo.”

“No, no lo harás. Estabas muerta de miedo antes cuando no sabías qué le habría pasado.”

Los ojos de Maddie se llenaron de lágrimas y ella miró hacia otro lado.

Sydney le tomó la mano. “¿Qué te pasa?”

Maddie desvió la mirada para encontrarse con la de Sydney. “Pensé que sabía cómo podría ser perder lo que tú has perdido, pero hasta esa llamada telefónica de Janey, no tenía ni idea.”

“Y espero que nunca lo hagas. Gracias a Dios, todos están bien.”

“¿Cómo está Luke?”

“Con mucho dolor pero luchando.”

“Estamos todos muy agradecidos por lo que hizo. Si no fuera ya un honorario miembro de la familia McCarthy, ahora lo sería sin duda. Desde que

el señor McCarthy le hizo socio del negocio—”

“¿Qué has dicho?”

“¿Que lo hizo socio? Cuando Mac se unió al negocio, lo dividieron entre los tres, pero Mac y Luke son dueños de la mayoría.”

Asombrada, Syd se dejó caer en la silla junto a la cama. “¿Es *dueño* de la empresa?”

“De una gran parte de ella. ¿No te lo ha dicho?”

Sydney negó con la cabeza mientras trataba de averiguar qué significaría precisamente que no lo hubiera hecho.

“Lo siento. Pensé que lo sabías.”

“¿Por qué no me lo habrá dicho? Hoy precisamente hemos tenido una conversación sobre el dinero y no ha mencionado en ningún momento ser socio del puerto deportivo.” Ella se acordó entonces de su misteriosa sonrisa cuando mencionó sus ingresos provenientes del McCarthy’s.

“¿Por qué habéis hablado de dinero?”

“Hemos estado haciendo unos planes muy tentativos.”

“Oh, ¿significa esto que te vas a quedar?” Maddie le apretó la mano. “Por favor, di que sí.”

“No hemos decidido nada con seguridad, pero ahora. . .” Ella se encogió de hombros.

“Oh, Syd, no vayas allí. Podría tener una razón perfectamente válida para no habértelo dicho. Dale la oportunidad de explicarse.”

Sydney trató de olvidarse del tema. “Hablemos sobre ti. ¿Qué puedo hacer por ti? Puedo ayudarte con Thomas y la habitación del bebé, o con cualquier otra cosa que necesites. Solo dilo.”

“Lo que realmente me vendría bien es algo de ayuda con la despedida de soltera de Janey. Se supone que será el domingo y he estado tumbada aquí todo el día pensando que tendríamos que posponerlo—”

“No será necesario. Yo me ocuparé de todo. Tú puedes dirigirme.”

“¿Estás segura de que quieres encargarte de ello?”

“Estaría encantada de ayudarte.”

“Me siento tan mal por Janey—su padre está herido y su dama de honor tiene que estar en reposo en la cama a menos de dos semanas para su boda.”

“Te conseguiremos una camilla para la boda para que puedas estar allí y no tengas que esforzarte demasiado.”

Maddie se encogió ante la idea. “¿Así que voy a estar como la reina de Sheba tumbada cómodamente en la boda de Janey?”

“Ella estará tan emocionada de estarse casando con Joe y estar allí para presenciar el enlace, que no le importará en lo más mínimo.”

“¿Tienes algo en tu bolsa de trucos para lidiar con maridos sobreexcitados?”

Sydney se echó a reír. “Ahí no puedo ayudarte, amiga mía.”

“Temía que dijeras eso.”

Maddie y Sydney hablaron sobre sus planes para la despedida de soltera de su amiga hasta que Mac volvió con Thomas.

“¡Mama!” Exclamó el pequeño, librándose de las garras de Mac y corriendo hacia la cama de su madre.

Mac lo levantó en volandas. “Cuidado, colega. No te olvides de lo que hablamos en el coche.”

Maddie cogió a Thomas y lo abrazó cuando Mac se lo entregó. “¿De qué habéis hablado?”

“Mamá tiene que descansar,” dijo Thomas. ““Porque mi hermanito bebé está en su barriguita.”

Maddie miró a Mac, con la esperanza de ver una sonrisa en su cara pero sin encontrar ni un ápice de diversión en ella.

“¿Recuerdas cuando papá y yo te dijimos que podía ser una hermanita?”

Thomas negó con la cabeza. “No, nada de hermanitas.”

Maddie y Sydney se echaron a reír, pero Mac apenas esbozó una sonrisa. Podía decir por la postura de sus hombros que aún estaba tenso.

“¿Has visto a tu padre?” Le preguntó Maddie.

Él asintió con la cabeza. “Está despierto, de mal humor y dice que le duele la cabeza, pero está mejor. Mi madre, Janey, Joe, Grant y Ned están con él. Tu madre me ha dicho que entrará a verle luego.”

Maddie se preguntaba por qué su madre no había entrado a verla todavía—probablemente porque sabía que Maddie le daría una charla acerca de Ned. “Estoy tan contenta de que tu padre esté de mal humor, eso es muy buena señal.” Se centró en Thomas y dijo, “¿Puedes saludar a Sydney, la amiga de mamá?”

“Hola,” dijo Thomas, sonriendo. “¿Buddy?”

“Es cierto. Te has acordado. ¿A qué no sabes qué? Buddy también ha estado malito.”

Las cejas rubias del pequeño se fruncieron con preocupación.

“¿Sabes?” Dijo Sydney, aventurando una mirada a Maddie, “si les parece

bien a mamá y a papá, tal vez podrías venir conmigo a verlo, si quieres, claro.”

“¿Puedo ir a ver a Buddy, mamá?” Preguntó Thomas.

“Claro, me parece una idea muy divertida. Pero tendrás que tratarlo con mucho cuidadito, ¿de acuerdo?”

Con un solemne rostro, el pequeño asintió.

Sydney se giró hacia Mac, “¿Podríamos intercambiar los coches por hoy para que pueda tener el asiento del bebé? Lo llevaré a ver a Buddy y luego iremos a casa de Luke, así podréis tener un poco de tiempo para estar a solas.”

Maddie no estaba segura de querer estar a solas con su marido cuando estaba de tan mal humor, pero no podía decepcionar a Thomas. “¿Qué tienes que decirle a Syd?”

“Gracias,” dijo Thomas.

“¿Te portarás bien?”

Él asintió con la cabeza.

“Está bien, entonces. Dame otro abrazo grande primero.”

Thomas puso sus regordetes brazos alrededor de su cuello y apretó.

Maddie respiró el aroma del niño y de la protección solar que Tiffany le había aplicado para que pudiera jugar fuera con los aspersores.

Thomas se retorció libre.

“Diviértete, colega.” Mac abrazado a Thomas e intercambió las llaves con Sydney. “Sé un buen chico.”

“¿Tiene alguna alergia o hay alguna cosa que no coma o que no le guste comer?” Preguntó Sydney.

“No que sepamos,” respondió Mac. “No le gustan mucho las verduras.”

“Qué asco,” respondió Syd mientras le tendía la mano al pequeño. “Estoy segura de que Luke tendrá algunos espaguetis que podremos hacer.”

“¡Pasgueti!” Dijo Thomas con una deslumbrante sonrisa.

“Le gustan con mantequilla y queso,” dijo Mac. “Sin salsa.”

“Lo tengo. Quédate todo el tiempo que quieras, Mac. Si se pone quejicoso, haré que se eche una siesta en casa de Luke.”

“Gracias, Syd,” dijo Maddie.

“Sí, gracias,” agregó Mac.

De la mano, Sydney y Thomas salieron de la habitación. Maddie podía oír la feliz charla de Thomas hasta el fondo del pasillo.

“Eso ha sido muy amable por su parte,” dijo Mac.

“Mucho.” Maddie jugueteó con la manta.

“¿Cómo te sientes?” Le preguntó, vibrando con la tensión que estaba tratando—sin éxito—de disimular. Por desgracia para él, ella lo conocía mejor que nadie y podía ver que estaba tratando de fingir no estar cabreado.

“Bien.”

“¿Qué pasa con las respuestas de una sola palabra?”

“Nada.”

“Genial,” dijo con una risa aguda. “Perfecto. ¿Así que eres *tú* la que estás enfadada *conmigo*?”

Maddie se encogió de hombros. “Te pusiste un poco pesado antes.”

Mac puso sus manos en las caderas, “Al fin una respuesta de más de una palabra, estamos haciendo progresos.”

“Mac”.

“¿Qué?” Espetó.

“Ven aquí.”

“Estoy aquí.”

Maddie dio unas palmaditas sobre la cama. “Aquí.”

De mala gana—o eso le pareció a ella—se sentó al filo de la cama, con los brazos cruzados y los hombros rectos.

“Más cerca.”

“No quiero. En caso de que no lo hayas notado, yo sí que *estoy* enfadado *contigo*.”

“Me he dado cuenta, pero te necesito.”

Justo ante sus ojos, todo su malestar le abandonó, y él se volvió hacia ella, con una mano a cada lado de sus caderas. “¿Qué? ¿Pasa algo? ¿Te duele algo?”

Riendo suavemente, ella extendió sus brazos. “Ven aquí.”

“¿Te estás *burlando* de mí?” Le preguntó mientras entraba en su abrazo.

“Nunca.” Conteniendo la risa, ella pasó los dedos por ese grueso y oscuro pelo que tanto le gustaba y lo abrazó hasta que empezó a relajarse—tanto como era posible en su situación.

“Me estás volviendo loco,” murmuró.

“Lo sé.”

“¿No vas a *considerar* siquiera ir a Providence para pedir una segunda opinión?”

“¿Por qué necesitamos una segunda opinión? Cal dijo que casi me puse de parto por el estrés de todo lo que ha pasado hoy. Tengo que permanecer en cama durante los próximos tres meses hasta que llegue el bebé, lo cual es una

auténtica faena, pero por supuesto, haré lo que sea necesario.”

“Tal vez deberíamos mudarnos a la parte continental hasta que llegue el bebé, así estaríamos más cerca de los hospitales. Podríamos quedarnos en casa de Joe—”

Maddie apretó los labios. “Quiero estar en nuestra casa con nuestras cosas, cerca de nuestra familia.”

“Pero—”

“Nada de peros. Confío en Cal y él no ve ninguna razón para que me vaya a la parte continental.”

“¿Qué hay de mí?”

Una vez más, Maddie tuvo que aguantarse las ganas de reír. “¿Tú también estás embarazado?”

Mac volvió la cara para que pudiera ver su ceño fruncido. “¿Qué pasa si me muero de un ataque al corazón por el estrés de estar tan lejos de un hospital si mi esposa necesita más de lo que este sitio tan precario puede proporcionar?”

“Eso no va a suceder.”

“¿Tienes una bola de cristal y yo no lo sé?”

“Tengo algo mucho mejor—intuición de madre.”

“No puedo soportar la idea de que puedas necesitar algo que yo no pueda darte.”

Maddie enmarcó su rostro. “Ya me lo has dado todo. Eres el mejor esposo y el mejor padre que nadie podría soñar tener, pero si no te relajas, no voy a tener más remedio que matarte. ¿Me entiendes?”

Él se rio entre dientes. “No podrías vivir sin mí.”

“No, no podría, pero aun así, tienes que relajarte. Tu estrés se está convirtiendo en mi estrés.”

“Lo entiendo.”

“Hoy ha sido un día muy malo, pero tu padre está bien, yo estoy bien y tú también, así que cálmate un poco, ¿quieres?”

Mac respiró profundamente, y un gran temblor sacudió su estructura muscular. “¿Recuerdas cuando dije que quería tener cuatro hijos?”

“Vagamente.”

“No creo que pueda hacerlo.”

Esta vez Maddie no pudo contener la risa. “Porque todo es sobre ti.”

“No, cariño, todo es sobre *ti*. Ese es el problema. Te amo tantísimo que la idea de que puedas correr algún peligro me vuelve loco.”

“Entonces ya sabes cómo me he sentido hoy cuando no sabía lo que había sucedido.”

“Ha sido un día horrible.”

“Mañana será mejor.” Ella seguía acariciando su cabello, que estaba muy despeinado de haberse mojado anteriormente, y apretó los labios contra su frente. “Excepto por el hecho de que tenga que estar tres meses sin salir de la cama.”

“Sin nada de diversión,” añadió él con tristeza.

“El médico no ha dicho que *nada* de diversión. Ha dicho no a un *tipo* de diversión. Tenemos muchas otras alternativas, como hemos descubierto.”

“Y de repente el día está cambiando de color.”

“¿Mac?”

“¿Hmm?”

“Yo también te amo muchísimo.”

Él levantó la cabeza y se movió en la cama para poder besarla. “Dejaré que tengas la última palabra en esta ocasión.”

“Vaya, gracias.”

“Pero será mejor que no te pase nada, Madeline, o tendrás que vértelas conmigo. ¿Me has oído?”

Maddie agarró la solapa de su camisa y tiró de él para besarle de nuevo. “Oído.”

Capítulo 23

Thomas parloteaba todo el camino a casa de los padres de Sydney, donde descubrieron que Buddy se encontraba descansando en un sitio de honor en el sofá, usando lo que Seth había llamado “el cucurucho de la vergüenza.” El pobre muchacho había odiado el collar isabelino después de que le hubieran castrado, pero esta vez no parecía tener tanta energía—todavía—para luchar contra él.

Cuando el perro la vio venir, levantó la cabeza y dejó escapar un débil gemido.

Ella se abrió camino dentro del cono para poder acariciar su cara. “Ohhhh, ¿cómo está mi chico bueno?”

Él le lamió la mejilla.

“¿Mamá? ¿Papá?”

“¡Estamos abajo!” Gritó su madre.

“Ven a decirle hola a Buddy,” dijo Syd mientras le tendía una mano a Thomas.

El pequeño se tambaleó hasta el sofá. “¿Qué le pasa?”

Sydney adoraba la expresión de solemnidad en el rostro del pequeño cuando algo iba mal. “Le han operado.”

“¿Por qué?”

Syd tomó la mano del niño y la sostuvo para que Buddy pudiera lamerla. “Se comió algo que no debía y se quedó atascado en su vientre.”

“¿Qué comió?”

“Una bolsa de basura.”

Thomas frunció la nariz. “Asqueroso.”

“Mucho,” dijo Syd, riendo. “¿Has oído eso, Buddy? Las bolsas de basura son asquerosas.”

“Con suerte, habrá aprendido la lección,” dijo Mary Alice mientras se acercaba a ellos.

“Creo que nos estamos haciendo demasiadas ilusiones,” dijo Syd. “Mamá, este es Thomas McCarthy, el hijo de Maddie y Mac; Thomas esta es mi madre, la señora Donovan.”

Cuando se dieron la mano, Sydney no pudo evitar notar el anhelo en el rostro de su madre. Echaba de menos a sus nietos desesperadamente.

“¡Qué hombrecito más guapo!”

“Es adorable,” añadió Syd, entonces informó a su madre sobre lo que le había pasado a Maddie.

Thomas se rio mientras que Buddy seguía lamiendo su mano.

“No me puedo imaginar tres meses en la cama,” dijo Mary Alice haciendo una mueca.

“Y que lo digas. Va a ser todo un reto con un niño tan pequeño del que hacerse cargo.”

Thomas estaba fascinado con Buddy. “¿Puede jugar?”

“Hoy no. Primero tiene que ponerse bueno. Puedes volver la semana que viene a verle si quieres, tal vez para ese entonces ya estará listo para jugar.”

“¿Por qué tiene que llevar este sombrero?”

“Para que no se quite los puntos de su barriguita.”

“Oh.” Thomas se inclinó para darle un beso en la trufa. “Ponte bueno, Buddy.”

“¡Qué chico más dulce!” Dijo Mary Alice. “El veterinario dijo que Buddy estará somnoliento durante los próximos días, así que no te preocupes por dejárnoslo unos cuantos días más.”

“Creo que podré vivir uno o dos días más sin él, pero no mucho más.”

“Papá puede llevártelo a casa cuando quieras.”

“Déjame ver cómo amanece Luke mañana.”

Mary Alice se giró hacia Thomas, “¿Quieres unas galletas con leche?”

Thomas miró a Sydney, quien asintió con la cabeza. “Puedes comerte el postre antes de la cena—pero no se lo digas a mamá, ¿de acuerdo?”

Encantado con la conspiración, Thomas se rio. “De acuerdo, Syd.”

Mary Alice se acercó a Thomas. “Vamos a lavarnos esas manos.”

Mientras los miraba caminar hacia la cocina, Sydney también sintió mucha tristeza al pensar lo mucho que sus propios hijos hubieran querido conocer a Thomas. Siempre habían mostrado mucha afinidad con los niños más pequeños, y más de una vez, Sydney se había cuestionado su decisión de haberse hecho un ligamiento de trompas después del nacimiento de Malena. Los dos hubieran sido unos impresionantes hermanos mayores.

“Parece que has hecho un nuevo amigo, Buddy.” Ella habló en voz baja con él y le pasó la mano por el lomo hasta que se quedó dormido.

Sydney miró su reloj y se dio cuenta que tenía que volver para hacerle la cena a Luke. Recordar lo que le había ocultado hizo que su estómago se revolviere de nervios. ¿Por qué no se lo habría dicho? ¿Debería preguntarle? ¿O debería esperar a que se lo dijera él mismo? ¿Lo haría alguna vez? Todo era demasiado confuso.

Siempre había pensado que Luke era como un libro abierto—lo que ves es

lo que hay; pero ahora estaba descubriendo que había mucho más. Su negocio de restauración de barcos era un buen ejemplo, lo cual era otra cosa que se había olvidado de contarle.

Aún meditando sobre el tema, Sydney fue a reunirse con su madre y Thomas en la cocina.

Su madre estaba limpiando el chocolate de la boca de Thomas y claramente disfrutando de la presencia del pequeño.

“Me había olvidado,” dijo la mujer en voz baja.

“¿De qué?”

“De lo tiernos que son a esta edad. Lo abiertos que están a explorar nuevas experiencias.”

“Siempre pensé que dos era lo ideal,” dijo Sydney. “*Tres* sería terrible, y cuatro sería demasiado intencional, pero dos era dulce y maravilloso.”

“¿Sabes?” Dijo Mary Alice tentativamente, “Estaba pensando que estaría encantada de ayudar con Thomas mientras que Maddie está en reposo en cama. Podría llevarle a comer al parque o podría venir a casa por las tardes para estar con nosotros.” Mary Alice se detuvo, tal vez para no ilusionarse demasiado. “Si eso crees que podría ayudar.”

Sydney abrazó a su madre. “Estoy segura de que a Maddie le encantaría, ¿y la suerte que iba a tener Thomas de conseguir una tercera abuela que le mime?”

Mary Alice sonrió y puso otra galleta en el plato de Thomas.

“Solo una más,” dijo Sydney. “Luego tenemos que ir a ver a Luke que se ha hecho daño en el pie.”

“Papa tiene pupa en la cabeza,” dijo Thomas.

“Sí, pero se pondrá bien, y tú mamá también y Luke.”

“Menudo día,” dijo Mary Alice.

“Y que lo digas—y eso que todo el mundo dice que nunca pasa nada en Gansett.”

“Pasan muchísimas cosas.” Los padres de Syd se habían convertido en residentes todo el año desde hacía seis años pero conservaban su casa en Boston, donde habían pasado la mayor parte del invierno pasado para que Sydney no estuviera sola. “Quédate el próximo invierno y lo verás.”

“Tal vez lo haga.”

Mary Alice se quedó sin aliento. “Oh, Syd, ¿en serio?”

“Estoy pensando en ello.”

“¿Estás considerando la posibilidad de vivir con Luke?”

“Tal vez.” A pesar de que tendrían que hablar en algún momento acerca de por qué sentía la necesidad de ocultarle algunos de los detalles más importantes sobre su vida. “¿Qué pensarías sobre eso?”

“Bueno, ya sabes que no me gusta que las mujeres vivan con sus hombres como si fueran concubinas.”

Sydney se echó a reír. “Vamos, mamá. Los cincuenta ya pasaron.”

“Como si estamos en el 2050,” respondió Mary Alice con altivez. “La gente debe casarse primero antes de irse a vivir juntos.”

“No vamos a estar de acuerdo en esto.”

“Por supuesto, soy consciente de que tienes casi treinta y seis años y puedes hacer lo que te dé la real gana.”

“Vaya, gracias pero ya sabes que vuestra aprobación siempre ha sido importante para mí—tal vez demasiado.”

“También soy consciente de que eres muy feliz a su lado, y tu felicidad es más importante para mí que cualquier otra cosa. Así que voy a hacer mi mejor esfuerzo para guardarme mis opiniones para mí misma de aquí en adelante.”

Sydney volteó los ojos hacia arriba. “Eso será el día que las ranas críen pelo.”

“Qué agradable,” dijo Mary Alice con una sonrisa.

“La verdad duele,” respondió Syd besándola en la mejilla.

“Estaba pensando en hacer un guiso de carne con patatas para la cena mañana por la noche. ¿Le gusta a Luke la carne?”

“Le encanta. Me parece una idea perfecta.” Sydney tomó a Thomas en brazos y le limpió el último rastro de chocolate de la cara. “¿Qué se dice por las galletas?”

“Gracias.”

“De nada, Thomas. Espero que vuelvas a venir a visitarnos muy pronto.” Mary Alice le entregó a Sydney una bolsa de plástico llena de galletas. “Para el paciente.”

Conmovida por el gesto, Syd cogió la bolsa. “Gracias, mamá. Nos vemos mañana.”

Ned se cernía fuera de la habitación de Mac Padre, esperando la oportunidad de ver a su mejor amigo. ¡Menudo día más horrible! Cuando había visto a Mac Padre en el agua con toda esa sangre brotando de su cabeza. . Ned se estremeció ante el recuerdo. Durante los primeros minutos de incertidumbre que permaneció allí, estaba convencido de que su amigo había

muerto. Gracias a Dios que Mac había actuado tan rápidamente—y por su propia cuenta y riesgo—para salvar a su padre. ¡Y Luke! ¡Lo que ese muchacho había hecho por su familia! Ned sabía que reviviría el horror de lo sucedido en el día de hoy durante mucho tiempo.

Mac Padre estaba tratando de convencer a Linda de que se fuera a casa. Ned estaba de acuerdo con su amigo—la habitualmente imperturbable Linda McCarthy parecía estar en sus últimos coletazos.

“Te prometo que voy a estar bien,” dijo Mac Padre tirando de su esposa hacia él para darle un beso. Su brazo izquierdo estaba en cabestrillo y descansando sobre una almohada. “Vete. No puedo permitir que te desmayes de agotamiento.”

Linda estaba demacrada y parecía terriblemente agotada—algo que Ned tampoco había visto nunca con anterioridad. Toda la escena solo se sumaba a su nivel de estrés.

“Vamos, mamá,” dijo Janey, poniendo su brazo alrededor de su madre. “Joe y yo te llevaremos a casa.”

“Yo me quedaré con papá,” dijo Grant.

“Tú vas a irte también,” dijo Mac Padre. “Tienes un aspecto horrible. Duerme un poco y vuelve mañana.”

“Pero papá—”

“Adam y Evan llegarán pronto. No voy a estar solo.”

“Yo también me quedaré aquí con él,” dijo Ned desde la puerta.

“Si estás seguro,” dijo Linda.

“Estoy muy seguro. Vete a casa, cariño. Te prometo que seguiré aquí mañana por la mañana.”

“No tiene gracia,” dijo Linda, sollozando mientras se inclinaba para besarlo por última vez.

“Chicos, llevaos a vuestra madre a casa. Aseguraos de que come y duerme.”

Grant y Janey hicieron lo que su padre les dijo con Joe siguiéndoles los talones. En su camino hacia la salida, Linda abrazó a Ned. “Llámame si algo cambia.”

“Sabes que lo haré. Me quedaré con él hasta que los muchachos lleguen.”

Linda le palmeó el brazo y se fue con los chicos.

“¡Menos mal!” Exclamó Mac Padre cuando se quedaron solos. “¿Qué se supone que tiene que hacer un hombre para conseguir un minuto de paz?”

“No trates de engañarme. Te encanta tener toda esta atención.”

Mac Padre se rio y luego hizo una mueca.

“Nos has dado un susto cojonudo.”

“Eso me han dicho. No me acuerdo de nada.”

“Esperemos que sigas así. No vale la pena recordarlo.”

“Tal vez me puedas ayudar a rellenar algunos espacios en blanco.”

“No quiero hablar de ello. Es lo más horrible que he visto en mi vida.”

“No me refiero al accidente. Estoy teniendo vagos destellos de memoria. Algo acerca de ti y una mujer. . .”

Ned miró a tiempo para ver la picardía en los ojos de su viejo amigo. A pesar de que se sentía aliviado de ver esa chispa de vida, no quería hablar de Francine. “¿No te acordabas de que tu hijo había vuelto de Lala Land pero sí recuerdas eso?”

“Es curioso cómo funciona el cerebro, ¿eh?”

“Todavía no quiero hablar de ello,” resopló Ned. Maldita sea, podía sentir su cara enrojecer.

“Ah, vamos. Casi me muero hoy. Lo menos que puedes hacer es tirarme un hueso.”

Ned ahogó un estallido de mal genio. “No juegues con esa carta.”

“Vamos, soy *yo*. No tenemos secretos entre nosotros; al menos pensaba que no los teníamos.”

“No te voy a contar nada porque tienes la boca más grande de toda la isla. Todo el muelle se habrá enterado mañana a primera hora.”

“Juro por Dios que no se lo diré a nadie.”

“Bueno, ya que le debes unos cuantos favores a Dios, te creeré. No hay mucho que contar de todas formas. Fuimos a cenar, ya ves qué gran cosa.”

“Eso díselo a alguien que no haya estado a tu lado ese verano que ella te dejó por Bobby Chester o que no te haya visto evitarla durante treinta y dos años.”

“¿No necesitas descansar para que puedas acompañar a tu niña hasta el altar?”

“Sabes que no me perdería ese momento por nada del mundo, así que no trates de cambiar de tema.”

Frustrado, Ned pasó una mano por su salvaje pelo blanco. “¿Qué quieres que te diga?”

“Quiero que me digas que estás teniendo cuidado; que no permitirás que te haga lo mismo que te hizo antes.”

“¿Esto se lo has dicho también a Luke?”

“¿Y qué si lo he hecho? Se ve que se trata de un verano de reciclaje.”

Ned soltó una risita. “Esa es una forma cojonuda de decirlo.”

“Te voy a decir lo mismo que le he dicho a él—ve con cuidado. No dejes que lo haga otra vez. Ya sufriste demasiado la primera.”

“Soy más viejo y más sabio esta vez.”

“Esperemos que así sea.”

“A pesar de que a veces eres un dolor en el culo, me alegro de que no te hayas muerto.”

Mac Padre se echó a reír y luego se estremeció de nuevo cuando su cabeza comenzó a palpar. “Vaya, muchas gracias, viejo amigo.”

“Un placer.”

Capítulo 24

Janey se dijo a sí misma que si se mantenía ocupada podría evitar la crisis emocional que le había estado amenazando durante todo el día. Hizo sopa para su madre y le preparó un baño. Puso sábanas limpias en las camas para Adam y Evan, y limpió la cocina. Mientras que estaba poniendo el último plato en el lavavajillas, Joe la abrazó por detrás.

“Estás corriendo a ciento cincuenta kilómetros por hora, nena,” dijo, sus labios rozando su cuello.

Ella intentó zafarse de su abrazo. “Tengo que lavar un poco de ropa.”

“Esta noche no.”

Janey se volvió hacia él preparándose para una pelea pero cuando solo pudo ver amor y preocupación en su rostro, ella se apoyó en el mostrador.

“Estás completamente agotada. Vámonos a casa.”

“Vete tú si quieres. Yo debería quedarme aquí por si acaso mi madre necesita algo.”

“No pienso irme a ninguna parte sin ti y Grant estará aquí con tu madre. Necesitas descansar.”

“Los chicos pueden necesitar—”

“Los chicos pueden valerse por sí mismos. Son hombres adultos que han logrado sobrevivir sin ti todo este tiempo.”

Su labio empezó a temblar, un signo seguro de colapso inminente. “Pero tengo que—”

Joe envolvió sus fuertes brazos a su alrededor. “Para, Janey, para.”

A pesar de sus mejores esfuerzos para contenerse, un sollozo hipo a través de ella, y las compuertas se abrieron.

Joe acarició su espalda arriba y abajo. “No pasa nada, cariño. Déjalo salir. Ha sido un día terrible.”

“Lo siento,” dijo ella limpiándose la cara varios minutos después. “Mi padre. . . “

“No puedes imaginar la vida sin él.”

Su corazón empezó a dolerle cuando ella negó con la cabeza.

“Yo tampoco.”

“Todo esto solo me ha hecho pensar que algún día tendremos que vivir sin él.” Miró a Joe. “¿Cómo vamos a hacer eso?”

“No tengo ni idea, pero por suerte es algo en lo que no tendremos que pensar a corto plazo.” Joe secó sus lágrimas. “Vámonos a casa. Necesitas pasar un poco de tiempo con tu colección de animales salvajes.”

Al pensar en sus queridas mascotas, una pequeña sonrisa se dibujó en su rostro. “Y contigo.”

“Y conmigo.”

“Déjame que le diga a mamá que nos vamos.” Janey besó a Joe y se fue arriba, donde su madre estaba descansando en la cama. “¿Mamá? ¿Te encuentras bien?”

“Más o menos.”

“Joe quiere llevarme a casa. ¿Estarás bien?”

“Sí, no te preocupes, vete a casa.”

Janey se sentó en el borde de la cama. “Grant estará de regreso en breve. Fue a buscar la camioneta de papá al puerto deportivo.”

“Oh, bueno. Él y los chicos pueden utilizarla si quieren.”

“Se pelearán por ella como en los viejos tiempos.”

Linda le ofreció una pequeña sonrisa mientras que sus ojos se llenaban de lágrimas.

“¿Qué pasa, mamá?”

“He estado pensando que nunca sabemos qué va a suceder. Tenía mucha prisa esta mañana. Llegaba tarde a una cita en la peluquería. Papá estaba en la ducha, y me fui sin siquiera decirle adiós.” Miró a Janey. “¿Y si esa hubiera sido mi última oportunidad de verle, de decirle. . .”

Janey parpadeó para contener sus propias lágrimas. “Él no se va a ir de nuestro lado por mucho tiempo.”

Linda se incorporó para abrazar a su hija.

“Me puedo quedar aquí si no quieres dormir sola.”

“No, vete a casa con Joe. Y asegúrate de no desperdiciar nunca ninguna oportunidad para decirle lo que sientes por él, para demostrárselo.”

“No lo haré.” Janey besó a su madre en la mejilla. “A colación de esto, que sepas que te quiero, mamá, siempre lo he hecho—incluso cuando parecía que te odiaba.”

Sorprendido por las palabras que su hija rara vez pronunciaba en voz alta, Linda dijo, “Siempre supe que la fase de odio fue un teatro.”

“Tú lo sabes todo. Es por eso que te llamamos Mamá Vudú.”

Linda frunció el ceño. “No me gusta ese nombre.”

“Por eso que es tan divertido llamarte así,” dijo Janey con una perversa sonrisa. “Te veré mañana.”

“¿Janey?”

Se volvió hacia la puerta.

“Yo también te quiero,” dijo Linda. “Mi niña, la que me salvó de tener cinco hijos, y luego resultó ser la más temible de todos.”

“Por lo menos nunca he terminado en la cárcel como Mac, el Niño Perfecto.”

Ninguno de sus hermanos nunca desaprovechaba la oportunidad de hablar de la noche que Mac pasó en la cárcel después de que él y Joe fueran pillados aplastando buzones con la camioneta de Mac Padre.

“Eso es cierto,” dijo Linda.

Janey le tiró un beso a su madre y bajó a reunirse con Joe.

Luke decidió aprovechar el tiempo que Sydney estuvo fuera para hacer la cena y limpiar la cocina. Pese a que no podía soportar tener que ir en muletas, sabía que era necesario, además no podía soportar la idea de poner un gramo de su peso sobre su tobillo lesionado. Cojear de esta manera iba a ser una auténtica mierda, pero Luke se negaba a quedarse tumbado todo el tiempo sintiendo lástima de sí mismo.

Mientras trabajaba en la cocina, la conversación que había tenido antes con Sydney se reprodujo en su mente. Podía sentir que se estaba encaminando cada vez más hacia la opción de quedarse en la isla, con él. Le había dicho que tenía ciertas cosas de las que encargarse de vuelta en casa antes de poder tomar el siguiente paso en su vida. Por supuesto, se moría por saber de qué se trataba, pero no quería preguntar. Ella tenía sus secretos y él tenía los suyos.

A decir verdad, no sabía exactamente, por qué no le había contado que era co-propietario del puerto deportivo. No era que no quería que lo supiera pero en el fondo sospechaba que su reticencia tenía algo que ver con las diferencias en su estatus social. Syd y su familia siempre habían sido unas personas acomodadas mientras que él y su madre siempre habían tenido muchos problemas de dinero. Esas diferencias les habían separado una vez y Luke tenía miedo de que pudiera volver a ocurrir.

Luke sentía que podía ser honesto con ella y contarle acerca de su propiedad pero no quería preguntarse después si ese conocimiento habría desempeñado algún papel especial en conseguir que ella se quedara. A excepción de todo el tiempo que su madre había estado enferma, Luke nunca se había preocupado en lo más mínimo por el dinero. Mientras que tuviera lo que necesitaba, ¿qué más importaba? Quería que Sydney se quedara porque le amaba y no podría imaginarse la vida sin él, no porque le gustara el hecho de que fuera el dueño de un exitoso negocio. Quería que hubiera una oportunidad

real de tener algo significativo.

Un golpe en la puerta hizo que Luke saliera cojeando hasta el salón. Al abrir la puerta, se sorprendió al encontrarse a Grant McCarthy. “Adelante,” dijo, girando sobre sus muletas.

“Espero no molestarte.”

“De ningún modo. ¿Cómo está tu padre?”

“Mucho mejor y cascarrabias como siempre. Nos ha echado a mi madre, a Janey y a mí de allí. Adam y Evan llegarán en el barco de las ocho, así que se quedarán con él en cuanto lleguen.”

“Me alegro mucho de saber que está luchando. Eso es muy buena señal.”

“¿Cómo va el tobillo?”

“Bastante bien. Me han dicho que continuar con el tratamiento para el dolor será fundamental en los próximos días.”

Grant hizo una mueca. “Sé que ya lo has oído cientos de veces, pero estamos todos muy agradecidos por lo que hiciste. Cuando pienso en lo que podría haber sucedido. . .”

“Probablemente sea mejor no pensar en ello. ¿Te apetece una cerveza?”

Grant negó con la cabeza. “No, gracias.”

Luke se dirigió hacia la cocina. “Tengo cosas en la estufa.”

Grant lo siguió. “Pensé que tu señora se estaría encargando de todas tus necesidades esta noche.”

“No he tenido esa suerte. Tenía que ir a ver a su perro, que fue operado a principios de esta semana.”

“Vaya. Secundado por un perro.”

“Lo sé, ¿eh? Esa es mi suerte.”

“Debe ser agradable volver a estar con ella otra vez.”

Descansando sobre sus muletas, Luke volcó la olla de pasta en un colador sobre el fregadero. “Es increíble—y complicado al mismo tiempo.”

“Lo que le pasó en el pasado es una terrible tragedia. ¿Cómo está ahora?”

“Todavía tiene sus momentos, pero en su mayor parte, está bien.”

“Me alegro de que os estéis dando una segunda oportunidad.”

“Solo espero que funcione esta vez.”

“¿Y si no lo hace?”

La pregunta envió un rayo de miedo a través de Luke. “Ni siquiera quiero pensar en ello.”

Grant se sentó en uno de los taburetes de la barra. “Espero que te vaya mejor que a mí.”

“Deduzco que has hablado con Abby.”

Haciendo una mueca, Grant asintió. “Un par de veces.”

“¿Y?”

“Dice que se ha acabado. Va a casarse con ese hombre.” Miró a Luke mientras que la devastación empañaba todos sus rasgos. “¿Puedes creerlo?”

“No me puedo imaginar a ninguno de los dos con otra persona.”

“Yo tampoco.”

“Entonces, ¿cuál es el plan?”

“No tengo ninguno.”

“No puedes darte por vencido.”

“Está *comprometida*, tío. Se casa en octubre.”

“Todavía no se ha casado.”

Grant se cruzó de brazos. “Me lo dejó bastante claro antes cuando me dijo que todo se había acabado entre nosotros.”

“Muchas cosas pueden pasar de aquí a octubre. Puede que tengas que esperar a que llegue tu momento. Espera a que se presente tu oportunidad.”

“¿Es eso lo que estás haciendo con Sydney?”

“Estoy tratando de darle tiempo y espacio para resolver las cosas. A veces es difícil ser paciente porque sé de sobra lo que quiero.”

“Espero que lo consigas.”

“Lo mismo digo.” Luke levantó la botella de cerveza en un brindis hacia Grant. “Me alegro de que estés de vuelta en casa.”

“Me gustaría poder decir que me alegro de estar aquí, pero entre lo de Abby y lo que os ha pasado a mi padre y a ti, está siendo una auténtica mierda.”

“No hay ningún lugar en el mundo como este.”

“Y que lo digas.” Grant tomó un largo vistazo alrededor de la cocina. “Tu casa es exactamente igual a como recordaba.”

“Sí, me he dado cuenta de que estoy atrapado en un túnel del tiempo. Syd me va a modernizar.”

Grant se echó a reír. “¿A ti o a la casa?”

“Supongo que a ambos. Ya me conoces—no lo arregles hasta que no esté roto.”

“Te envidio,” dijo Grant.

Luke soltó un bufido de risa. “¿Tú me envidias a *mí*?”

“Sabes exactamente donde debes estar en el mundo. Estás haciendo lo que te gusta en el lugar que te gusta. Debe ser agradable.”

“¿No te gusta tu trabajo?”

Grant apretó la mandíbula. “Lleva sin gustarme desde hace mucho, mucho tiempo.” Lanzó una risita aguda. “Es la primera vez que lo digo en voz alta.” Sacudió la cabeza, “He pasado los últimos tres años tratando de buscar una solución. Consideré darme un año más para poder cambiar las cosas, pero fueron de mal en peor. Ahora mi carrera se ha ido a la mierda, y también he perdido a Abby.”

“Vaya, lo siento, tío. No tenía ni idea. Pensé que estabas volando alto después de la victoria del Oscar.”

“Eso es lo que quería que todos pensarán. Es horrible ganar el premio de mis sueños y sentirse después como un perdedor.”

“Yo no sé nada sobre cómo escribir guiones, o cualquier cosa para el caso, pero no puedo dejar de pensar que tal vez un descanso es justo lo que necesitas. Déjalo todo a un lado por un tiempo, ayuda en el puerto deportivo, pasa tiempo con nosotros, disfruta de la boda de tu hermana. Deje de presionarte tanto y tal vez las cosas volverán a hacer clic de nuevo.”

“Ese no es un *mal* consejo,” dijo Grant con su famosa sonrisa irónica que había hecho enloquecer a sus compañeras de secundaria.

“Me alegro de haberte ayudado. Ya sabes cómo son las cosas por aquí— lentas, tranquilas, pacíficas. Unas pocas semanas aquí y serás un hombre nuevo.”

“O perderé la cabeza.”

“Mac pensaba lo mismo, y míralo ahora.”

Grant se echó a reír. “Más domestico no podría ser.”

“Exactamente.”

“Gracias por escucharme. Me alegro estar de vuelta con mis amigos de verdad.”

“Es bueno tenerte de vuelta.” Luke oyó la puerta principal abrirse y su corazón tronó feliz en su pecho.

Sydney entró en la cocina con Thomas en sus brazos. Sus mejillas estaban rojas por el calor que hacía y sus ojos estaban brillantes y animados. Era tan preciosa que le quitaba el aliento.

“Oh, hola, Grant,” dijo ella. “Me preguntaba de quién era esa camioneta.”

“Hola, Syd.” Grant extendió los brazos para coger a su sobrino y Sydney se lo entregó. “Hola, amigo, ¿qué te cuentas?”

Thomas abrazó a su tío. “He visto a Buddy y tenía un sombrero muy divertido.”

“Mi perro,” explicó Sydney. “El cucurucho de la vergüenza para que no se tire de los puntos.”

“¡Au!” dijo Luke, haciendo una mueca. “Debe estar encantado.”

“Todavía no es muy consciente de ello, pero en uno o dos días, estará furioso al respecto.”

Thomas se libró del abrazo de Grant y se escabulló para estudiar las muletas de Luke.

“Me iré para que podáis cenar,” dijo Grant.

“Puedes quedarte si quieres,” dijo Luke. “He hecho un montón de comida.”

“Gracias, pero se supone que debo cuidar de mi madre esta noche, así que será mejor que vuelva a casa.” Cuando Luke se dirigió hacia la puerta, Grant lo detuvo.

“Quédate quieto. Puedo encontrar la salida.”

“Gracias por venir.”

“Gracias por la charla.”

“Un placer.”

Después de que oyeran la puerta cerrarse, Sydney se volvió hacia él. Algo en ella parecía diferente, pero Luke no podía imaginar qué. “¿Le has estado dando palabras de ánimo?”

Luke se encogió de hombros. “Está pasando por una mala racha.” Se agachó para revolver el pelo de Thomas. “¿Cómo hemos acabado con este pequeñajo?”

“Mac y Maddie necesitaban un poco de tiempo a solas, así que me lo llevé conmigo a ver a Buddy. Pensé que podríamos darle la cena y un baño. Mac se pasará a recogerlo más tarde.” Hizo una pausa y se mordió el labio inferior.

“Espero que no te importe que lo haya traído aquí.”

“En absoluto. ¿Todo bien con Maddie?”

“Sí, excepto que Mac la está volviendo loca tratando de convencerla de ir a que la vea el especialista.”

Luke se echó a reír, “Puedo imaginar lo desquiciado que debe estar.”

“En momentos como este, la vida en la isla es un auténtico reto. Él quiere estar más cerca de los médicos y los hospitales.”

“Es comprensible.” Luke la miró más cerca, todavía tratando de averiguar qué era lo que notaba diferente. “¿Qué hay de ti? ¿Está todo bien?”

Sorprendida, ella vaciló un momento antes de encontrarse con su mirada. “Estoy bien, ¿por qué?”

“No, por nada.” Tal vez estaba buscando problemas donde no había

ninguno. “He hecho espaguetis.”

“Perfecto—justo lo que le prometí a Thomas, pero no deberías estar de pie. Iba a hacer la cena yo.”

Apoyado en las muletas, Luke se inclinó para besarla. “Ahora no tendrás que hacerla.”

Capítulo 25

Mientras que soñaba despierta con su gran y cómoda cama, Maddie luchó contra el sueño que tenía a la vez que Tiffany la ponía al día sobre el último capítulo en el drama en curso de su matrimonio en problemas. A veces Maddie se sentía culpable por ser tan feliz con Mac cuando su hermana era claramente tan miserable.

“¡Así que ahora *él* piensa que *yo* le estoy engañando! ¿No es el colmo de todos los colmos? ¿Cuándo precisamente se supone que tengo tiempo para tener una aventura, entre el cuidado de Ashleigh, la guardería y las clases de baile?”

“Necesitáis tener una conversación sincera sobre lo que os está pasando,” dijo Maddie.

“¡No tengo *nada* con nadie! ¡Nada con él y nada con nadie!”

“¿Se lo has dicho?”

“Un centenar de veces. No te pierdas esto—piensa que estoy teniendo una aventura con Rudy del Beachcomber porque me vio hablando con él el otro día en el supermercado.”

La boca de Maddie se abrió. “¿El bajito, calvo y gordo de Rudy?”

“Lo sé, ¿verdad? ¡Como si eso fuera lo mejor que podría conseguir!” De repente, los ojos de su hermana se inundaron de lágrimas. “Estoy tan cansada de pelear con él,” susurró. “Es todo lo que hacemos.” Se llevó las manos a los ojos, probablemente con la esperanza de detener las lágrimas. “No puedo aguantar, Maddie, no puedo.”

Tiffany y su esposo Jim habían estado teniendo problemas desde hacía años, pero Maddie nunca había visto a su hermana tirar la toalla anteriormente. “¿Qué vas a hacer?”

“Creo que tenemos que separarnos.”

“Ah, Tiff. ¿Qué hay de Ashleigh?”

“He estado con él todo este tiempo por la niña pero vernos discutir todo el tiempo tampoco es bueno para ella. No puedo soportar vivir así—siempre preguntándome dónde está, qué estará haciendo, con quién lo estará haciendo. ¡Y luego es *él* el que me acusa a *mí*! Eso ya ha sido lo último, ¿sabes?”

Maddie tomó la mano de su hermana. “No me gusta verte tan triste.”

Un golpe en la puerta sobresaltó a las dos hermanas.

Aún en su uniforme, Blaine Taylor, el Jefe de Policía de Gansett Island, estaba en la puerta. “Um, hola, Maddie, siento interrumpir. ¿Está Mac todavía aquí por casualidad?”

“Acaba de marcharse, Blaine. Ha ido a recoger a Thomas.”

“Oh, no pasa nada. Intentaré dar con él mañana.”

“Ha quedado en llamarme cuando llegue a casa. ¿Quieres que le diga algo?”

“Quería que supiera que el capitán del barco ha sido condenado por operar bajo la influencia del alcohol y por una orden pendiente de pago de la manutención de sus hijos que descubrimos al estudiar su historial. Los funcionarios de la parte continental vendrán mañana a por él.”

“Mac y su familia estarán encantados de oír eso. Gracias por pasarte para decírnoslo.”

“No ha de qué, además quería ver también cómo estaba el señor McCarthy. Fue mi líder en los boy scouts cuando yo era solo un niño. Un gran tipo.”

“Sí, sí que lo es.”

“Bueno, no quiero robarte más tiempo. Espero que te sientas mejor pronto.”

Tiffany le envió a Maddie una significativa mirada.

“Blaine, ¿conoces a mi hermana, Tiffany?”

“No creo que nos hayamos conocido,” dijo Tiffany con una sonrisa hacia el guapo oficial.

“Encantado de conocerte, Tiffany. Que tengáis una buena noche, señoritas.”

Después de que se alejara, Tiffany comenzó a abanicarse cómicamente. “Si en realidad estuviera teniendo una aventura, ese sería más mi tipo. ¿Está soltero?”

Con el ceño fruncido hacia su hermana, Maddie dijo, “Tienes que hablar con tu marido.”

Tiffany suspiró. “Lo sé.”

“Toc, toc,” dijo Francine desde la puerta.

“Ahí estás,” dijo Maddie. “Estaba empezando a preguntarme si te habrías enterado de que estaba aquí.”

“Sí, me he enterado,” dijo Francine. “¿Todo bien con el bebé?”

“Muy bien.”

“Qué alivio.”

“¿Cuándo ibas a decirnos que te has echado novio, mamá?” Preguntó Tiffany.

Maddie se estremeció. Había previsto sacar el tema en algún momento, pero su hermana era de las que iban directamente al grano.

“No tengo *novio*,” resopló Francine.

“Pues eso es lo que me ha parecido a mí—y a todos los demás—cuando te vimos de la mano de él.”

Francine fulminó con la mirada a su hija más pequeña. “La gente en esta isla tiene que aprender a meterse solo en sus propios asuntos.”

“¿Cuándo ha sucedido algo así por estos lares?” Preguntó Tiffany.

“¿Cómo te sientes, Maddie?” Preguntó Francine, dándole la espalda a Tiffany.

“Estoy bien, pero tengo que estar en cama durante el resto del embarazo.”

“No te preocupes,” dijo Francine. “Yo te ayudaré con Thomas. Ambas lo haremos, ¿verdad, Tiffany?”

“Por supuesto que sí. Ahora cuéntanos todo acerca de tu nuevo novio.”

Francine levantó las manos con exasperación, “¡Uf!”

“Mac lo aprecia mucho,” dijo Maddie. “Es como el tío preferido para todos los chicos McCarthy. De hecho, Mac le compró su casa.”

Francine volteó los ojos. “¡Él no era dueño de esa casa tan grande!”

“Mamá, es dueño de la mitad de esta isla.”

Francine se echó a reír. “Tenéis que estarle confundiendo con otra persona. Es conductor de taxi.”

“Eso es solo un hobby para él. Los bienes raíces es su negocio.”

Francine se quedó sin palabras.

“¡Así se hace, mamá!” Dijo Tiffany.

“Yo, eh, me tengo que ir,” dijo Francine. “Volveré venir a verte mañana.” Con eso, salió corriendo de la habitación.

“¿He dicho algo malo?” Preguntó Tiffany en un tono burlón.

“Ve detrás de ella,” dijo Maddie. “Asegúrate de que está bien.”

“Está bien, ya voy.”

“Gracias por venir, y mantenme informada sobre la situación con Jim.”

La sonrisa de Tiffany se desvaneció ante el recuerdo de sus problemas maritales. “Lo haré.”

Francine se encontró a Ned esperándola fuera en el estacionamiento de la clínica, apoyado en la camioneta leñosa y destartada que empeaba como taxi. Todo en él era viejo, así que, ¿cómo se suponía que iba a creer que en realidad poseía la *mitad* de la isla?

Mientras que caminaba hacia él, el hombre no parecía parpadear, pero sonrió como si estuviera encantado de verla. ¡Qué tontería! Habían estado juntos hacia apenas media hora. Pero desde entonces, todo había cambiado, y

ella todavía estaba procesando lo que Maddie había dicho.

“¿Es cierto?” Preguntó, haciendo una mueca porque no tenía intención de soltarlo de esa manera. Pero maldita sea, no podía esperar a saberlo.

“¿El qué es cierto?”

“¿Que eres dueño de la mitad de esta isla?” En la oscuridad, ella no podía estar del todo segura, pero juró que lo vio sonrojarse. “¿*Más de la mitad?*”

Él se encogió de hombros con timidez. “No sé. Apenas llevo la cuenta.”

Francine dejó escapar un suspiro largo y profundo. “Entonces, ¿qué es todo esto?” Preguntó, haciendo un gesto hacia la cabina.

“Me hace salir de casa; conocer a un montón de gente agradable; saber quién va y quién viene.”

“¿De verdad le vendiste esa casa tan grande a Mac?”

“Sí.”

“¿Cómo...? ¿Dónde...?”

“Compré la primera hace ya unos treinta y cinco años más o menos. La vendí por poco dinero. Compré otra. Incluso los ricos que pueden permitirse casas aquí caen en tiempos difíciles de vez en cuando. Vendí unas cuantas casas y luego le ofrecí algunas a Mac.” Se encogió de hombros otra vez. “No lo planeé, simplemente pasó.”

“¿Quién es el verdadero Ned? ¿El conductor del taxi o el magnate de bienes raíces?”

Ned dio un respingo al oír la palabra magnate. “Ambos, supongo. ¿Tienes un problema con eso?”

Ella todavía estaba tratando de procesarlo todo. “No, ningún problema.”

“Francine,” dijo, cogiendo sus manos y tirando de ella. “Es bueno tener dinero—”

“No lo sé, yo nunca lo he tenido.”

“Es bueno tener dinero,” continuó, “pero el dinero no puede comprar la felicidad. Estar contigo otra vez estos últimos días me ha hecho más feliz que todo el dinero que jamás haya ganado con mis casas.”

“¿En serio?” Preguntó ella con una voz chillona.

Él asintió con la cabeza. “Ven aquí, dame un beso”

Su cara se puso caliente, y su mente se hizo papilla. Miró por encima del hombro y vio a Tiffany corriendo en dirección opuesta.

Ned se irguió y tiró suavemente de sus manos, lo que hizo que casi se cayera contra su pecho. Él la cogió, la envolvió entre sus brazos y antes de que ella pudiera anticipar su próximo movimiento, sus labios estaban sobre los

suyos, dulces, tiernos y persuasivos. Su barba era suave contra su cara y de alguna manera, los brazos de ella encontraron su camino alrededor de su cuello para animarle a seguir besándola.

Hacía muchísimo tiempo desde que un hombre la besaba con tanta ternura. Tal vez desde la última vez que Ned lo hizo.

Finalmente rompió el beso. Aturdido, la miró en silencio por un momento. “Vamos a llevarte a casa.”

Dado que Francine no confiaba en sí misma para hablar en estos momentos, permitió que la ayudara a entrar en su taxi para emprender el viaje hasta casa.

Luke insistió en conducir esa noche para ir a la cena de sus padres. Después de haber pasado la mayor parte del día con su pie elevado y con hielo puesto, estaba desquiciado, claro que esa era la menor de sus preocupaciones. Desde la noche anterior, cuando había llegado con Thomas, Sydney había estado distante. Algo le estaba claramente molestando, pero no le había concedido ni siquiera dos minutos de su tiempo para hablar de ello.

Estuvo centrada todo momento en Thomas hasta que Mac lo recogió y luego declaró que estaba muy cansada y se fue a la cama. A pesar de que habían dormido juntos, eran como si hubieran estado en casas separadas. Luke se había despertado a una nota que decía que había ido a ver cómo estaba Buddy y a ayudar a Maddie. Había estado fuera la mayor parte del día, regresando con el tiempo justo para ducharse y cambiarse para la cena. El silencio entre ellos era ensordecedor, y, de repente, Luke no pudo soportarlo más. Sacó la camioneta fuera de la de camioneta y se detuvo.

Sydney lo miró. “¿Qué pasa?”

“Eso mismo iba a preguntarte yo a ti. ¿Qué está pasando, Syd?”

“Nada.”

Luke quería gritar, pero ese no era su estilo. “¿Qué pasó ayer que ha hecho que me estés ignorando desde que llegaste a casa?”

Sus ojos se abrieron y sus labios se fruncieron pero ella permaneció en silencio.

“No vamos a seguir adelante hasta que no me digas qué demonios está pasando.”

“Vamos a llegar tarde.”

“Si eso te preocupa, ya puedes empezar a hablar.”

Ella se cruzó de brazos y puso una testaruda expresión que él hubiera encontrado adorable si no hubiera estado tan preocupado por lo que quiera

que fuera que le estaba molestando tanto.

“Syd, háblame.”

Ella se dio la vuelta en su asiento. “¿Ibas a decirme en algún momento que eres propietario de una parte del McCarthy’s?”

Vale, eso no lo había visto venir. “Con el tiempo, supongo.”

“No, no ibas a contármelo.”

“Espera, ¿has estado tan fría conmigo desde ayer porque no he sido yo el que te lo ha dicho?”

“¿Por qué no me lo dijiste? Estuvimos hablando sobre tu vida, sobre nuestra posible vida juntos, y ni una sola vez te pareció oportuno decirme que no eres lo que pretendes.”

“¿Y qué es lo que pretendo ser?”

“Solo un tipo que trabaja en el muelle y arregla barcos. Sencillo. Sin complicaciones.”

“Soy ese chico, Syd. Siempre lo he sido.”

“¡Eres *propietario* del negocio!”

“Solo de una parte de él, y solo durante el último año más o menos. No es para tanto.”

“Por supuesto que lo es. El hecho de que me lo ocultaras hace que me cuestione si te conozco en absoluto.”

“Sydney, por el amor de Dios, me conoces mejor que nadie en este mundo. Te he mostrado partes de mí que nadie más ha visto. ¿Cómo puedes decir que no me conoces?”

“¿Por qué no me lo dijiste?”

“No lo sé.”

“Tendrás que pensar en una respuesta mejor.”

“No quería que fuera un factor decisivo si finalmente optabas por quedarte.”

“¿Qué quiere decir eso?”

“Quería que quisieras quedarte por *mí*, no por lo que tengo.”

Su boca se abrió de par en par. “Dios mío, no me has perdonado. ¡Dijiste que habías hecho borrón y cuenta nueva y estás esperando que haga exactamente lo mismo que hice antes!”

“Eso no es cierto pero sé que el dinero es importante para ti. Vienes a mi casa y todo lo que ves son muebles antiguos y todo igual que siempre. Asumes que es porque no puedo comprarme cosas nuevas pero la verdad es que no me importa si todavía son viejas. Todavía funcionan, ¿por qué iba a

reemplazarlas? No te conté nada sobre el negocio porque no me ha dado nada que no tuviera ya. Durante muchos años el señor McCarthy me ha estado pagando el suelo de todo un año solo por trabajar durante seis meses al año porque me dijo que no podía encargarse del lugar sin mí.”

“Luke—”

“¿Quién crees que se hizo cargo de que el negocio siguiera en marcha antes de que Mac volviera a casa?” Luke agarró el volante y miró por la ventanilla. “Soy dueño de mi casa; soy dueño de mi camión. Me gusta vivir, simplemente. Incluso antes de que nos hiciéramos socios, gané un montón de dinero pero solo gasté una pequeña parte no porque me preocupe el gastar sino porque tengo todo lo que necesito. El año pasado alguien me ofreció un millón de dólares por mi propiedad—tal cual. Por supuesto, me negué, pero me dio su tarjeta por si acaso cambiaba de opinión.” Mirando hacia ella, dijo, “No soy una persona sin medios, Syd.” No podía recordar ningún otro momento en el que hubiera hecho un discurso tan apasionado, pero por alguna razón, se sentía como si de repente estuviera luchando por su vida.

“No sé de dónde has sacado la idea de que me importa todo eso.”

“Te casaste con el tipo con el que podrías tener el estilo de vida al que estabas acostumbrada. No me digas que no te importa el dinero.”

“Tal vez estaba acostumbrada a eso, pero ahora no es lo que me importa. Al parecer, no me tienes en muy alta consideración si piensas que el dinero es más importante para mí que tú.”

“El problema es que ya no sé qué te importa realmente. ¿Soy yo? ¿Es lo que tenemos juntos? ¿Es tu vida en Boston? Realmente me gustaría saberlo.”

Sus manos estaban dobladas con tanta fuerza sobre su regazo que sus nudillos se volvieron blancos.

Él los cubrió con su mano. “Lo que más me importa a mí eres tú. Siento no haberte dicho lo del McCarthy’s, debería haberlo hecho.”

“Yo siento que pienses que son una puta tan avariciosa que saber eso sería todo lo que me importaría de ti.”

Impresionado, él la miró fijamente. “¿Jamás he dicho una cosa semejante! Estas tergiversando mis palabras.”

“¿De veras?”

“¡Sí! No creo que seas una avariciosa.” Hizo una pausa por un momento, con la esperanza de contener la oleada de miedo y desesperación que amenazaba con superarle ante la idea de poder perderla de nuevo. “Pasé un montón de años viviendo con el conocimiento de que no era lo suficiente

bueno para ti. Esta vez, quería serlo ofreciéndote justo lo que soy. Lo que ves es lo que hay.”

Ella miró hacia la invasora oscuridad.

El corazón de Luke latía con fuerza mientras esperaba que dijera algo.

Cualquier cosa. “¿Syd?”

“Me has dado mucho en lo que pensar.”

“¿Qué significa eso?”

“Pues eso, que tengo que pensar.”

“¿Durante cuánto tiempo?”

“Todo el que haga falta.”

“¿Todavía quieres ir a la cena?”

“Sí, vamos. Mis padres nos están esperando.”

Luke arrancó el camión de nuevo pero se preguntó cómo iba a ser capaz de comer cuando lo único que podía pensar era en el témpano helado de puro miedo que se había instalado en sus entrañas. ¿Acababa de estropearlo todo con ella? ¿Otra vez?

Capítulo 26

Sydney no paraba de darle vueltas a la cabeza mientras cenaba con sus padres. Dado que se habían molestado en que todo estuviera perfecto y estaban tratando de hacer que Luke se sintiera bienvenido, Sydney se estaba esforzando todo lo que podía para fingir que estaba teniendo una agradable velada, a pesar de que le dolía el corazón después de la conversación que habían tenido de camino allí.

Tal vez se estaban engañando a sí mismos al pensar que podrían tener algo más de lo que tuvieron hace años y que su segunda oportunidad iba a funcionar mejor que la primera. Después de lo que Luke había dicho antes, estaba claro que no la había perdonado por completo por haberle dejado sin haber dicho una palabra o por haberse casado con Seth. En el fondo estaba esperando que le dejara otra vez.

“¿Syd?” Su profunda voz interrumpió sus pensamientos.

Ella miró hacia los tres rostros mirándola con preocupación y se dio cuenta de que sus mejores esfuerzos por fingir que estaba a gusto habían fracasado estrepitosamente.

“¿Va todo bien, cariño?” Le preguntó su madre.

Desde el otro lado de la mesa, Luke estudió a Sydney con atención.

Ella le miró a los ojos, “Sí, todo está bien.” ¿Era alivio lo que vio en su mirada?

“Sydney está molesta conmigo porque no le dije que soy propietario de una parte del McCarthy’s” dijo Luke, mirándola fijamente.

Bueno, Luke estaba lleno de sorpresas esta noche.

“Se enteró por otra persona, lo cual no estuvo bien por mi parte, debería habérselo dicho yo.”

“Oh,” dijo Mary Alice. “Bueno.”

“Así que, ¿eres socio del negocio?” Dijo Allan.

Luke asintió con la cabeza. “Cuando Mac se hizo cargo del negocio, no quería que toda la responsabilidad del mismo recayera sobre él, por lo que el señor McCarthy nos hizo socios y decidió quedarse con una pequeña parte.”

“Enhorabuena,” dijo Allan. “Es un negocio muy exitoso.”

“Sí, sí que lo es.”

Sydney observó cómo sus padres comenzaron a mirar a Luke con un renovado respeto. Justo en ese momento, supo por qué no se lo había dicho. No quería que le importara de la misma manera que claramente le importaba a su padre.

Sydney sintió dolor en su corazón cuando se dio cuenta de lo preocupado que estaba porque fuera a dejarle de nuevo—o porque fuera a quedarse por las razones equivocadas. Todo se volvió muy evidente para ella mientras que estudiaba su adorablemente atractivo desde el otro lado de la mesa. En el momento en que estuvieran solos, le tranquilizaría respecto a todos sus miedos. No había ningún otro lugar en el mundo en el que preferiría estar que no fuera con él. ¿Por qué molestarse en luchar más contra ello?

Sonó el teléfono, y su madre se levantó para responder, volviendo un momento después con la cara pálida y los ojos abiertos de par en par. “Allan, Simone ha tenido un amago de infarto.”

“Oh Dios. ¿Está. . .”

“Está en el Mass General pero está bien.”

Su padre exhaló un tembloroso suspiro.

“Mi tía,” le dijo Sydney a Luke.

“Tengo que ir a verla.” Allan miró su reloj. “Oh, no vamos a llegar a tiempo de coger el próximo barco.”

“Llamaré a Slim,” dijo Luke. “El amigo piloto de McCarthy. Él te llevará hasta allí si puede.”

“Oh, gracias, Luke,” dijo Mary Alice.

Mientras que Luke se retiraba a hacer la llamada, Sydney le dio a su padre un abrazo.

“Simone es aún joven y fuerte, papá. Saldrá de esto, lo sé.”

Él asintió con la cabeza, pero todo su cuerpo estaba rígido por la preocupación por su hermana menor.

Luke cojeó de vuelta a la habitación. “Slim dijo que puedo reunirme con vosotros en el aeropuerto en media hora.”

“Muchas gracias, Luke,” dijo Mary Alice. “Vamos, Allan, vayamos a hacer el equipaje. Sentimos mucho lo de la cena.”

“No te preocupes por eso, mamá. Id a preparaos.” Sus padres se fueron arriba, y Sydney se volvió hacia Luke. “Gracias.”

“Me alegro de poder ayudar.” Apoyado sobre sus muletas, él la atrajo hacia sí. “Siento mucho lo de tu tía. Si quieres ir con ellos, yo puedo encargarme de Buddy. Grant puede ayudarme a volver a casa.”

Sydney apoyó la cabeza en su pecho. “Me quedaré por ahora, a ver cómo se desarrollan los acontecimientos, pero muchas gracias por la oferta.”

“Respecto a lo que dije antes—creo que me expliqué mal.”

“No, no lo hiciste. Hablaremos de ello después de que se vayan.”

Sus padres se fueron a los pocos minutos en una ráfaga de abrazos y promesas de llamar tan pronto como supieran más acerca de la condición de su tía.

Desde su almohada en el suelo, Buddy miraba toda la escena con interés. Había estado levantándose y moviéndose un poco más por casa ese día y era capaz de salir a la calle cuando lo necesitaba pero aún estaba muy débil y se cansaba fácilmente.

Después de ver cómo sus padres se marchaban a toda prisa, Sydney se inclinó para darle un beso a la dulce cara de Buddy y fue recompensada con un lametazo en la mejilla. “Ohh, te sientes mejor, ¿verdad? Estoy tan contenta.” Ella lo besó de nuevo y se levantó para enfrentarse a Luke.

“Cuando vine aquí a principios de este mes,” dijo, con la esperanza de poder decir lo que quería sin emocionarse demasiado. “Tenía la esperanza de tomar algunas decisiones sobre lo que quería hacer en el futuro. Había dejado mi trabajo como maestra porque me resultaba muy difícil estar rodeada constantemente de niños de esa edad sin que me recordaran todo el tiempo a los niños que había perdido.”

Apoyado en sus muletas, Luke observaba y escuchaba pero no dijo nada.

“Nunca pude imaginar que volveríamos a cruzarnos en el camino o que estar de nuevo contigo me haría tan. . .”

“¿Tan qué, Syd?” Luke pasó un mechón de pelo por detrás de su oreja y le acarició la mejilla. “Dímelo.”

“Feliz,” susurró. “He sido muy feliz todo este tiempo. Pensé que eso ya no sería posible para mí pero tú me has ayudado a ver que todavía tengo toda una vida por delante, y que no tiene por qué ser una vida llena de tristeza y dolor.” Aventuró una mirada hacia él y se lo encontró mirándola fijamente. “Gracias por eso.”

“Créeme, ha sido un placer.”

Ella sonrió. “El mío también.”

“¿Pero?”

Sydney negó con la cabeza. “No hay peros. Te quiero, Luke. No sé si alguna vez dejé de quererte o si solo estaba esperando o qué, pero te quiero y quiero estar contigo, ya sea aquí, en el continente o donde sea—”

Luke dio un paso para cerrar la distancia entre ellos, dejando que sus muletas cayeran al suelo en un fuerte ruido que atrajo a un gemido de preocupación de Buddy. Pasó un brazo por su cintura y tiró de ella.

Las manos de Sydney aterrizaron en su pecho. “¿Luke, el tobillo!”

“No pasa nada,” susurró mientras acercaba su boca a la de ella para darle un devorador beso.

Después de haberse rendido al abrumador amor que sentía por él, Sydney puso todo su sentimiento en el beso, respondiendo a cada caricia de su lengua hasta que se separaron y notó que le faltaba tanto el aliento que hasta veía manchas.

Sus labios pasaron a su mandíbula y luego al cuello. “Te quiero mucho, Syd. Siempre has sido tú. Te he amado desde que supe lo que era amar a alguien.”

Enredó los dedos en su pelo para inmovilizarla.

“Tengo una propuesta para ti,” dijo.

Sydney inclinó sus caderas contra su erección. “Ya veo.”

“No ese tipo de propuesta,” dijo, riendo. “A pesar de que esa también está sin duda en la agenda.” Como si no pudiera resistirse, Luke la besó de nuevo.

“Quiero escuchar tu propuesta,” dijo ella contra sus labios.

Retrocedió unos centímetros para poder mirarla a los ojos. “Me gustaría contratarte para que re-decorases mi casa.”

Justo cuando Sydney iba a responder, él la detuvo poniendo un dedo sobre sus labios.

“Escúchame, necesito de todo, por lo podrías estarte comprometiendo con un proyecto de uno o dos años.”

“Eso es mucho tiempo,” dijo ella seriamente.

“Esperemos que sea el tiempo suficiente para que juzgues si puedes acomodarte a la vida en la isla y mientras que estás en ello, también puedes comprobar si te puedes acomodar a mí.”

Sydney se agachó para ahuecar su erección, apretando en los lugares que lo volvían loco. “Creo que sabemos acomodarnos mutuamente a la perfección.”

“Syd,” jadeó, “Para, por favor, estoy tratando de hablar contigo.”

“Estoy escuchando.” Ella sonrió, disfrutando de la mirada torturada en su rostro.

Luke cerró la mano alrededor de la suya para impedir que siguiera acariciándolo. “Después de que acabes con la casa, puedes decidir si deseas quedarte para siempre. Si no es así, buscaremos otro sitio en el que vivir.”

“¿Tú estarías de acuerdo con eso?”

“Mientras que estés conmigo, estaré bien en cualquier lugar.”

Conmovida por lo que acababa de escuchar, Sydney apoyó las manos en su pecho y lo besó. “Aceptaré tu propuesta con una condición: que no me

contrates. Tenía la esperanza de sacar algunas fotos del antes y después de tu casa para usarlas como muestra y darle un impulso a mi negocio.”

“Supongo que podría vivir con eso.”

“Entonces supongo que yo podría vivir contigo.”

“Es la mejor noticia que me han dado en años.”

“Tengo algunas cosas de las que encargarme en casa después del Día del Trabajo.” Su euforia se desvaneció un poco ante ese recordatorio. “Pero volveré en cuanto todo esté resuelto.”

Luke trazó el surco entre sus cejas con un dedo. “Cada vez que haces mención a las cosas de las que tienes que ocuparte de vuelta en casa, pierdes todo el resplandor de tu rostro. ¿Qué tienes que hacer?”

“El tipo que nos golpeó por detrás será condenado el cinco de septiembre.” Ella lo miró. “Tengo que estar allí.”

“Tal vez, pero no tienes que ir sola.”

Ella negó con la cabeza. “No espero que—”

Él la hizo callar con otro beso. “Iré contigo. ¿Qué más?”

“Bueno, si me mudo aquí, no hay razón para que siga conservando mi casa en Wellesley. Tendré que guardar todas mis cosas, las cosas de los niños con las que quiero quedarme y cosas de Seth.” La simple idea hacia que le dieran ganas de correr y esconderse, pero sabía que tendría que hacerlo tarde o temprano.

“Oye,” dijo él, obligándola a mirarle a los ojos. “Lo haremos juntos. Sea lo que sea que tengas que hacer, estaré allí contigo, ¿de acuerdo?”

Sydney lo abrazó, aliviada al saber que no estaría sola cuando cerrara la última puerta de su vida anterior y diera un paso adelante hacia una nueva vida con Luke. “Gracias.”

“Sea lo que sea que se nos presente, le haremos frente juntos, ¿vale?”

Cerrando los ojos contra la oleada de emoción que la inundó, Sydney asintió con la cabeza.

Luke deslizó las manos por su espalda para traerla más contra su erección. “Bueno, sobre esa otro asunto que mencionaste anteriormente. . .”

Sydney se rio y le dio otro ardiente beso. “No debes estar de pie tanto tiempo,” dijo cuando se separaron para coger aire muchos minutos después.

Con los brazos alrededor de su cintura, Luke cayó de espaldas sobre el sofá, llevándola hacia abajo con él. “Ya está. ¿Contenta?”

Asintiendo con la cabeza, ella apartó el pelo de su frente y se inclinó para darle un beso, con hambre de lo que solo él le hacía sentir.

Luke pasó los dedos por su pelo y su espalda mientras que sus labios se movían sobre los de ella. “Solía pensar en esto todo el tiempo,” dijo. “La forma en que tu cabello colgaba hacia mí cuando hacíamos el amor.” Amasando su trasero, Luke la mantuvo inmóvil y presionó su erección contra la V entre sus piernas.

“Ya no está tan largo como antes,” respondió ella sin aliento.

“Está tan bonito como siempre, al igual que toda tú.”

Sydney se sentó para sacarse la camiseta por la cabeza y desabrocharse el sujetador.

Luke se apoderó de sus pechos y pasó los pulgares sobre sus apretados cogollos. “Acércate.” Cerró su caliente boca sobre su pezón, chupando y lamiéndolo hasta que Syd se volvió loca. Ella se separó un momento para deshacerse del resto de sus ropas.

Cuando su erección fue puesta en libertad, Sydney se inclinó para llevársela a la boca, deleitándose con la forma en que sus caderas temblaban y sus dedos se aferraron a su pelo.

“Syd, nena, espera.” Él la instó a volver hacia arriba y sobre él. “Necesito estar dentro de ti, ahora.”

Ella nunca había oído tal urgencia en su voz, lo que hizo que lo deseara aún más.

Luke la posicionó encima de su regazo y la penetró. A medida que su cabeza caía hacia atrás, su boca se abrió en un silencioso grito de liberación. Cuando Luke deslizó las manos desde sus caderas hasta sus pechos, ella volvió a la realidad.

“Acércate más,” susurró él. “Quiero sentir tu cabello en mi cara.”

Sydney se inclinó hacia delante y tomó su boca, deslizando su lengua completamente en su interior.

Él la sorprendió al chuparla duramente mientras pellizcaba sus pezones.

Un orgasmo se disparó a través de ella, tomándola por sorpresa y desprovista para la oleada de emoción que lo acompañó. Miró hacia abajo y vio a Luke mirándola con amor, deseo y una infinita ternura grabada en su expresión.

“Cabálgame, Syd. Cabálgame como solías hacer cuando hacíamos el amor en la playa. ¿Te acuerdas?”

Ella asintió con la cabeza y se sentó, entrelazando sus manos con las suyas para poder mantener el equilibrio. Girando las caderas, Sydney le dio lo que quería y se sorprendió al sentir un segundo orgasmo construyéndose en su

interior.

Luke sostuvo sus caderas en su lugar, empujó con fuerza dentro de ella una última vez y envió a los dos en la espiral de un poderoso clímax. Tumbada sobre su pecho, ella podía sentir su corazón latiendo a toda velocidad bajo su oído y su pene todavía palpitando en su interior. No se habría movido de allí ni aunque hubiera tenido que hacerlo.

“Madre mía,” dijo Luke con los labios presionados contra su frente.

“¿Todavía estás aquí?”

“Apenas.”

Desde su almohada en el suelo, Buddy comenzó a gemir.

“Pobre chico,” dijo Luke, riendo entre dientes.

“Lo hemos marcado de por vida.”

“Más le vale que se acostumbre a ello, porque una vez que te tenga en mi cama todas las noches, puede esperar ser testigo de un espectáculo regular.”

“¿*Todas* las noches?”

“Y tal vez también todas las mañanas.”

Sydney se echó a reír, “Gracias por la advertencia.”

“Va a ser genial, Syd, te lo prometo.”

“Como sea así todas las noches, no sé si voy a sobrevivir.”

“No te preocupes, yo cuidaré de ti.” Con la mano en su pelo, Luke la instó a otro dulce beso. “¿Seguro que estás lista para esto?”

Mirando a su precioso rostro, ella sonrió y pasó un dedo por su labio inferior.

Luke lo chupó dentro de su boca y pasó la lengua hacia atrás y hacia adelante sobre la sensible yema.

Eso fue todo lo que necesitó para excitarla de nuevo.

“No habría estado lista para nada de esto con otra persona que no fueras tú.”

“Me alegro, porque tú eres la única chica a la que siempre he querido.”

Apartándole el pelo de la frente, añadió, “Dímelo otra vez.”

“Te quiero, Luke. Estoy deseando vivir aquí contigo.”

Él la atrajo hacia sí y apretó los brazos a su alrededor. “Yo también te quiero y estoy deseando tenerlo todo contigo.”

Sydney sintió un agrídulce alivio. Nunca había imaginado que su vida transcurriría del modo en que lo estaba haciendo pero después de que la bruma de la tragedia y la angustia se hubiera despejado, había sido capaz de encontrar el camino para estar exactamente donde pertenecía.

Epílogo

Luke tomó la mano de Sydney entre las suyas mientras observaba a Mac llevar a Maddie hasta la tumbona que había sido establecida a la izquierda del altar para que pudiera llevar a cabo sus deberes como dama de honor para Janey y todavía seguir las órdenes de su médico de permanecer tumbada todo el tiempo. Llevaba un vestido precioso de color verde y brillaba de felicidad cuando su marido le dio un beso y se paró al lado de Joe.

Al otro lado del pasillo de Luke y Syd, Grant estaba sentado con sus hermanos, Adam y Evan, así como Stephanie, que se había teñido el pelo de un rojo intenso para la ocasión. Había suavizado su maquillaje y se había puesto un vestido ceñido que era sorprendentemente sexy. Sydney notó que Stephanie le lanzaba miradas furtivas a Grant, pero los ojos de este estaban clavados en Abby, que era la otra dama de honor de Janey. *Muy* interesante.

Detrás de ellos, Ned y Francine estaban sentado juntos y cogidos de la mano, sin esconderse, como una pareja. Ned se había afeitado la barba y se había cortado el pelo, lo que le quitaba veinte años de encima, en opinión de Syd. Se preguntó si serían los siguientes en casarse.

Todo el mundo se volvió hacia la parte posterior de la iglesia cuando Janey y su padre aparecieron en la puerta.

“¡Vaya!” Susurró Luke. “¡Mírala!”

“Está preciosa,” Sydney estuvo de acuerdo.

A pesar de que estaba notablemente más delgado y aún recuperándose de sus heridas, Mac Padre estaba guapísimo en su smoking mientras caminaba despacio por el pasillo de la iglesia con su niña del brazo. Dado que aún llevaba cabestrillo en su brazo izquierdo, Janey se aferró al derecho, ambos tratando claramente de que la emoción del momento no los superara.

Con Mac a su lado, Joe no desvió jamás la mirada de Janey mientras que se acercaba hacia él.

Mac Padre abrazó a su hija y luego a Joe antes de sentarse junto a su esposa en la primera fila.

Mientras que escuchaban a Janey y a Joe recitar sus votos, Luke apretó la mano de Sydney.

Ella le sonrió deslumbrada por lo guapo que estaba en su traje oscuro hecho a medida y una vez más se sintió muy agradecida de tenerlo de vuelta en su vida y a su lado durante sus días más difíciles antes de que pudiera seguir adelante.

Syd sabía sin duda que podrían superar cualquier cosa. Juntos.

¡Gracias por leer *Listo para el Amor!* Espero que te haya gustado. Si es así, por favor, ayuda a otras personas a encontrar este libro:

1. Este libro es prestable, así que envíasele a todos aquellos a los que creas que puede gustarle para que ellos también me conozcan.
2. Ayuda a otras personas a encontrar este libro escribiendo una reseña.
3. Regístrese para recibir nuevos comunicados por e-mail contactando conmigo en marie@marieforce.com, para que puedas empezar a leer los próximos libros tan pronto como estén disponibles.
4. Visita mi página de [Facebook](#).
5. Únete a mi [Grupo de Lectores de los McCarthys de Gansett Island](#).
6. Únete al [Grupo de Lectores de Listo para el Amor](#).

¡Muchas gracias por el apoyo mostrado hacia mis libros! ¡Lo agradezco de verdad!

Continúa leyendo para conocer el comienzo de la historia CAYENDO EN EL AMOR.

Cayendo en el Amor

Los McCarthys de Gansett Island, Libro 4

Por: Marie Force

Todo era culpa de Janey. Si no se hubiera casado, Grant no habría tenido que ver a *su* mujer con un atractivo y ceñido vestido de dama de honor pavoneándose en la boda con su nuevo *prometido* colgando del brazo. Si no hubiera sido por Janey y su estúpida boda, Grant no habría sentido la necesidad de poner a Abby celosa con Stephanie, la camarera del puerto deportivo.

Lástima que la cosa no hubiera terminado ahí. No, había tenido que asegurarse de que Abby estuviera realmente celosa cuando le viera marcharse del convite con Stephanie. Y ahora, mientras que los martillazos de la cabeza le recordaban la cantidad de alcohol que había tomado para poder soportar el evento de principio a fin, el caliente cuerpo que estaba durmiendo a su lado era un recordatorio del desastre tan grande en que su noche se había convertido.

Maldita Janey y su maldita boda.

Grant estaba tratando frenéticamente de recordar hasta dónde habían llegado las cosas con Stephanie. Estaba bastante seguro de que se habían dado varios besos en el taxi de camino a casa de su hermana ahora casada. Janey había dicho que podía instalarse en su casa a cambio de que cuidara de sus mascotas mientras que ella y Joe estaban de luna de miel. Dado que su madre le había estado volviendo loco últimamente haciéndole preguntas sobre el desastre en que se había convertido su vida, le había parecido una buena idea con tal de salir de casa de sus padres, pero ahora estaba enfadado con su hermana por haberse casado en primer lugar y el buen trato que había hecho con ella no le parecía tan bueno nunca más.

Deseó poder escapar pero no podía dejar a su aventura de una noche durmiendo en la cama de su hermana. ¿Qué iba a hacer?

Entonces, el cuerpo caliente a su lado se agitó.

Grant se quedó inmóvil, esperando no lo mirase o, Dios no lo quisiera, hiciera intención de hablar con él. Había estado con Abby tanto tiempo que nunca había estado con una chica una sola noche. No tenía ni idea de cómo debía proceder a continuación, y con los mil martillos trabajando sin cesar en su cabeza, no tenía ganas de averiguarlo.

Por el rabillo del ojo vio a Stephanie—oh *Jesús*, estaba totalmente desnuda—deslizarse fuera de la cama e intentar buscar su ropa. Aun haciéndose el

dormido vislumbró unos pequeños pechos y unos bonitos pezones rosados que atrajeron inmediatamente la atención de la parte de su cuerpo que no sabía fingir estar dormida. Cuando su pene rozó la sábana, Grant se dio cuenta de que él también estaba completamente desnudo.

Trató desesperadamente de recordar cómo había terminado desnudo en la cama con Stephanie, pero no podía recordar ni una sola cosa después del viaje en taxi. No era que estar desnudo con Stephanie no se le hubiera pasado por la cabeza con demasiada frecuencia en las últimas semanas. . .incluso había comprado condones por si acaso su cuerpo le ganaba la guerra a su mejor juicio, pero nunca había esperado ser capaz de *hacerlo* realmente. Tal vez no lo había hecho. Tal vez no había sucedido nada. Eso era posible, ¿verdad? Estar desnudo no significaba automáticamente haber tenido sexo, ¿no?

¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! Si Abby se enteraba de esto, nunca volvería a recuperarla, por no hablar de lo que su padre, que se había tomado un interés especial por Stephanie desde que había empezado a trabajar para ellos, tendría que decir al respecto.

Stephanie se puso de espaldas a la cama para ponerse el ceñido vestido negro que había llevado a la boda. Su piel pálida era de color blanco cremoso y los ojos de Grant viajaron desde sus hombros hasta los dos hoyuelos en la parte inferior de su espalda por encima de su culo firmemente redondeado. Cuando la conoció, había pensado que carecía totalmente de curvas. *Cuerpo infantil* eran las palabras que había empleado para describirla. Pero ahora que la había visto desnuda, estaba claro que su ropa había escondido pequeñas pero muy interesantes curvas.

No es que él estuviera interesado en ellas. No, las únicas curvas que anhelaba eran las de Abby, y tenía que encontrar alguna manera de recuperarlas. En primer lugar, tenía que dejar de beber. El garrafón—y la maldita boda de Janey—habían hecho que hubiera acabado en la cama con la persona equivocada y no podía permitir que sucediera de nuevo. Si tenía alguna oportunidad de recuperar a Abby, no podía involucrarse con ninguna otra mujer. Poner a Abby celosa era una cosa, pero su plan se había desmadrado a lo grande.

Stephanie ni siquiera lo miró cuando se agachó a atarse sus sandalias de tacón alto ni posteriormente cuando salió de puntillas de la habitación, cerrando la puerta detrás de ella.

Grant soltó un suspiro de alivio al verse liberado de la incomodidad que hubiera supuesto haber tenido que dirigirle la palabra a la mañana siguiente.

Pero entonces recordó que se había comprometido a hacerse cargo del puerto deportivo de la familia mientras que su padre se recuperaba de su reciente lesión en la cabeza y su hermano atendía a su esposa embarazada. Con Grant encargándose del trabajo en los muelles y Stephanie gestionando el restaurante, tendría que enfrentarse a ella en unas pocas horas.

Gimiendo, se volvió boca abajo sobre la cama y se tapó la cara con la almohada. Algo le pinchó en el estómago y deslizó la mano dentro de las sábanas arrugadas para ver de qué se trataba. Cuando su mano se cerró alrededor de un envoltorio de condón roto, su corazón casi dejó de latir.

“¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!”

Acababa de sacudir su mundo, y Stephanie se apostaría lo que fuera a que ni siquiera se acordaba. Mientras se estremecía contra el impulso del viento y la lluvia fría que caía en su camino hacia el Puerto Deportivo Gansett Island, revivió la noche que había pasado con Grant McCarthy. Por supuesto había descubierto lo que había estado haciendo en la boda, la había estado utilizando para poner a Abby celosa. También sabía que para cuando se fueron de allí, estaba demasiado borracho como para recordar lo que había pasado entre ellos.

Sin embargo, eso no impidió que le sacara el máximo provecho a la oportunidad que se le había presentado de pasar una noche con el primer chico que le había atraído en años. Por supuesto, no se había hecho ilusiones de que pudiera haber algo más entre los dos. Él estaba enamorado de Abby y todavía tenía la esperanza de reconciliarse con ella, a pesar de que Abby y su prometido Cal se habían mostrado muy cariñosos en la boda.

Stephanie estaba segura de que Abby había terminado con Grant completamente y él era el único que todavía no se había enterado. Pero a pesar de que sabía eso, Stephanie no iba a permitirse enamorarse de alguien que claramente quería estar con otra persona. Se habían acostado juntos, ¡qué gran cosa! El hecho de que no hubiera estado con nadie en mucho tiempo no significaba que esto se fuera a convertir en algo que no era y jamás sería.

El ruido de una bocina llamó su atención y ella se detuvo para encontrar al mejor amigo del señor McCarthy, Ned Saunders, aparcando su destartalada camioneta que usaba como taxi, a un lado de la acera.

“Súbete, chica, te llevaré hasta allí.”

Dado que estaba calada hasta los huesos, Stephanie estaba encantada de ver al hombre mayor que merodeaba por el puerto deportivo a diario. “Gracias,

Ned,” dijo mientras se deslizaba en el asiento delantero. El suelo estaba lleno de vasos de café de plástico y periódicos viejos.

“Siento mucho el desorden,” murmuró.

“No hay problema, me alegro mucho de no seguir bajo la tormenta.”

“Es un día extraordinariamente malo. Me temo que los recién casados no van a ser capaces de salir hoy de la isla.”

“Vaya, qué mala suerte. Perderán su vuelo, ¿no es así?”

“Eso parece.”

Stephanie apreciaba que Ned no hubiera mencionado nada sobre su patética y evidente huida bajo la lluvia. “¿Cuánto tiempo se supone que va a durar la tormenta?”

“Un par de días por lo menos.”

“No tendremos mucho trabajo hoy en el puerto deportivo,” dijo Stephanie, temiendo pasar un día tranquilo a solas con Grant.

Ned tomó la última curva que conducía a North Harbor. Al pasar junto a la casa de los McCarthys, conocida como “La Casa Blanca” por los lugareños, Stephanie miró hacia otro lado mientras que los recuerdos de la noche que había pasado con su hijo volvieron a surgir. El señor McCarthy había sido siempre muy amable con ella. Nunca se lo perdonaría si eso cambiara a partir de ahora.

“El chico está confundido,” dijo Ned, rompiendo el silencio.

“¿Disculpa?”

“Es el chico más inteligente que he conocido jamás,” continuó Ned como si ella no hubiera hablado. “Fue el primero en aprender a hablar y desde entonces, ha estado haciendo preguntas sin parar, estudiando a las personas y escribiendo historias que emplearía más tarde en sus guiones. Cuando se trata de las personas en su propia vida, sin embargo...bueno, digamos que no es tan audaz.”

Stephanie estaba mortificada mientras seguía mirando por la ventanilla. *¿Cómo podía saberlo? Y, ¿qué iba a decirle ahora a su mejor amigo, el padre de Grant?*

“No creo que se haya dado cuenta todavía de que Abby ha terminado con él. Cuando no le quede más remedio que aceptarlo, creo que el golpe será más duro.”

La mente de Stephanie trabajaba a toda velocidad mientras que ella empezaba a tatarrear para tratar de disimular. ¡Era como si pudiera ver dentro de ella o algo así!

“Una buena chica como tú no querrá verse en medio de todo ese lío.”

Su boca se abrió, pero no pudo decir nada. Por suerte, su llegada al McCarthy’s la salvó de tener que responder.

“Gracias por el paseo,” murmuró, buscando su billetera.

La mano de Ned en su brazo le impidió que sacara el dinero. “El placer es mío, cariño.”

Stephanie se mortificó de nuevo cuando sus ojos se llenaron de lágrimas. Salió del coche pero la forma casi paternal en que Ned le había tratado se quedó con ella mucho tiempo después de que hubiera perdido su coche de vista. Había pasado mucho tiempo desde que alguien había mostrado ese tipo de interés o preocupación por ella, y le había hecho sentir muy bien.

El sonido de un móvil despertó al Capitán Joe Cantrell la mañana después de su boda. Quería coger el teléfono y lanzarlo a través de la suite donde él y Janey habían pasado su noche de bodas, pero sobre todo, quería que su encantadora *esposa* siguiera durmiendo un poco más.

Después de haberla amado durante tantos años desde la distancia, pensar que ahora era su mujer siempre le hacía sonreír. Se fue al baño con el móvil y cerró la puerta. Al ver el número de la oficina en el identificador de llamadas, se enfureció aún más.

“Más vale que sea algo bueno,” se quejó al contestar.

“Siento mucho molestarte, Cap,” dijo Seamus O’Grady. Joe había contratado a Seamus para que se ocupara de la Empresa de Ferries de Gansett Island cuando él y Janey se mudaron a Ohio para que ella pudiera asistir a la facultad de veterinaria. “Sobre todo esta mañana.”

“¿Qué sucede?” Preguntó Joe con una brusquedad inusual.

“No estaba seguro de si hubieras amanecido todavía para echarle un vistazo a las condiciones meteorológicas. La Tormenta Tropical Hailey llegó durante la noche y está azotando todo el lugar. Estaba pensando en la suspensión del servicio durante el resto del día, pero sé que habíais planeado coger el barco de las diez y media. No quería estropearos los planes.”

Mientras que Seamus hablaba, Joe se asomó por la ventana y miró hacia South Harbor. El viento y la lluvia habían azotado Gansett y la lluvia caía con fuerza contra la ventana. Era el tipo de día al que solían llamar *día de potas* en el negocio de los transbordadores porque sabían que tendrían que limpiar los vómitos de los barcos después de cada viaje. “De acuerdo, cancélalo todo,” dijo Joe.

“¿Estás seguro de ello, Cap?”

“Era demasiado esperar poder hacer planes a largo plazo viviendo en una isla, ¿no crees?”

“Tienes razón. No te preocupes por nada, yo me ocuparé de todo y os llevaremos a ambos hasta el continente tan pronto como podamos. Por cierto, una boda preciosa.”

“Gracias, Seamus.” Joe puso fin a la llamada y salió del cuarto de baño.

“¿Qué pasa?” Preguntó Janey. Su voz era ronca y adormilada—y sexy como el infierno. Ella extendió una mano hacia él.

Joe tiró el teléfono en su maleta y fue hacia ella.

Sydney le dio un tirón para atraerlo de nuevo a la cama.

Sintiéndose como el hijo de puta más afortunado sobre la faz de la tierra por haberse casado finalmente con la mujer que había amado durante más de la mitad de su vida, Joe se acurrucó en su cálido abrazo.

“Dime qué pasa,” dijo ella.

“Tengo una buena noticia y una mala.” La besó en los labios que estaban hinchados e inflamados de su noche de pasión. “La mala es que están cerrando los transbordadores a causa de la tormenta.”

Janey se quedó sin aliento. Había estado ansiosa por emprender su luna de miel en Aruba, una zona supuestamente sin la amenaza de los huracanes. A veces ni la lógica funcionaba a favor de uno.

“¿Cómo puede haber una buena noticia después de esta?” Preguntó con los labios curvándose en el mismo puchero que luciría un niño de diez años.

Joe se posicionó encima de ella y apartó el pelo rubio de su cara. “La buena noticia es que ya no tenemos motivos para salir hoy de la cama.”

Janey sonrió y pasó las manos por su espalda, curvándolas sobre su culo, un movimiento que siempre le volvía loco, como ella bien sabía. “Esa es una noticia espléndida.”

“Conseguiremos llegar, nena,” dijo mientras bajaba la cabeza para darle un beso. “Puede que nos lleve uno o dos días, pero te prometo que llegaremos.”

“No importa donde estemos mientras que estemos juntos, eso es todo lo que importa.”

“¿Te he dicho ya que te quiero muchísimo?” Preguntó él.

“Todavía no,” respondió ella sonriendo ante el recuerdo de la primera vez que Joe le había dicho que quería que lo quisiera *de verdad*.

“Bueno, pues es verdad.”

“Creo que tienes que demostrármelo,” dijo ella batiendo las pestañas

tímidamente para a continuación, levantar las caderas contra su erección y hacerle saber lo que realmente quería.

“¿Otra vez?” Preguntó él arqueando una ceja. “Nadie me dijo que iba a casarme con una insaciable víbora.”

Janey se echó a reír y lo guió exactamente donde lo deseaba. “Será mejor que te acostumbres a ello, amigo. Ahora estás atrapado conmigo.”

Joe la penetró en una suave embestida. “Doy gracias a Dios por ello.”

El feroz viento y la lluvia despertaron a Mac McCarthy temprano la mañana después de la boda de su hermana. Su pecho comenzó a dolerle cuando se dio cuenta de que probablemente no saldría ningún transbordador a la parte continental con esa tormenta.

Miró a su mujer, Maddie, durmiendo a su lado tal como el Doctor Cal le había indicado para minimizar el estrés del bebé. La idea de no poder conseguir ayuda para ella en caso de que la necesitara le volvía loco. Un embarazo de alto riesgo en una isla era algo descabellado pero no había tenido la suerte de convencerla para trasladarse a tierra firme hasta que naciera el bebé.

Con la esperanza de que el clima no fuera tan malo como parecía, Mac se levantó para mirar por la ventana. En efecto, era tan malo como parecía. En la distancia, podía ver el mar batiéndose en un frenesí. La lluvia caía de lado en el borrascoso viento.

Pasándose una mano sobre el pecho, Mac se preguntó si estaría teniendo un ataque al corazón. La presión había estado siempre ahí desde el accidente en el puerto deportivo que hizo que su padre resultara herido.

El accidente había hecho que él también hubiera tenido que estar un tiempo en el hospital, lo que había estresado a Maddie. Después de haber estado a punto de adelantársele el parto, el médico le había dicho que tenía que permanecer en reposo durante el resto del embarazo pero ella se había negado a salir de su casa en la isla. Mac no tuvo más remedio que ceder a sus deseos.

Él fue a su armario para recuperar su teléfono. Un mensaje de texto de la Compañía de Ferries de Gansett Island lo hizo oficial: el servicio había sido suspendido temporalmente. Con el viento racheado a unos cincuenta kilómetros por hora, el aeropuerto también estaría cerrado. *Sin salida*, pensó Mac mientras el dolor en su pecho se intensificaba.

Pesadillas como esta le habían vuelto loco desde hacía semanas. Incluso con los ferries yendo y viniendo, había una hora hasta el continente más el

tiempo que se tardara en llegar al hospital. Mientras tanto, ¿qué pasaba si sucedía algo de lo que Cal no podía encargarse? ¿Qué pasaba si Maddie necesitaba algo que él no podía conseguir para ella? ¿Y si le pasaba algo—

“¿Mac?”

Se apartó de la ventana y se acercó a ella. “Pensé que ibas a seguir durmiendo un rato,” dijo pasando la mano suavemente por su pelo de color caramelo. “Es temprano.”

“¿Por qué estás levantado?”

“El viento me ha despertado.” El pecho empezó a dolerle de nuevo mientras se preguntaba cuánto tiempo estarían sin servicio de ferries. Encendió la luz de la mesilla para poder verla en la penumbra de la madrugada. “¿Cómo te sientes?”

“Gorda, horrible.” Las lágrimas llenaron sus preciosos ojos dorados. “Espantosa.”

“Ahh, cariño.” Él se arrastró de nuevo hasta la cama y la atrajo hacia sí— lo mejor que pudo—entre sus brazos. No habían sido capaces de hacer el amor en semanas, lo cual no ayudaba a serenar su abrumadora ansiedad. “No digas eso. Estás preciosa y radiante.” ¿Cómo iban a soportar dos meses más sin poder salir de la cama?

“¿Qué vas a decirme tú? Tú eres el responsable de todo esto.”

Ella estaba tan adorable de mal humor que Mac se echó a reír, a pesar de que sabía que no le haría ninguna gracia.

Unos lagrimones humedecieron sus mejillas. “No tiene gracia.”

“Lo sé,” dijo besando sus lágrimas. Ella se había mostrado muy feliz y contenta ayer en la boda, rodeada de familiares y amigos. Tal vez Mac podría hacer algo para levantarle el ánimo antes de que todos se dispersaran después de que la tormenta amainase.

Justo cuando estaba a punto de compartir su idea con ella, la luz de la mesilla parpadeó y se apagó.

CAYENDO EN EL AMOR, ¡próximamente!

Otros Romances Contemporáneos disponibles de Marie Force:

La Serie Treading Water

Libro 1: Caminando sobre Agua

Libro 2: Marcando el Tiempo

Libro 3: Empezar de Cero

Libro 4: Regresando a Casa

La Serie de Los McCarthys de Gansett Island

Libro 1: [Criado para el Amor](#)

Libro 2: [Loco de Amor](#)

Libro 3: [Listo para el Amor](#)

Libro 4: [Cayendo en el Amor](#)

Libro 5: [Esperanzada por Amor](#)

Libro 6: Temporada para el Amor

Libro 7: Anhelos de Amor

Libro 8: Esperando un Amor

Libro 9: Tiempo para el Amor

Libro 10: Destinada para el amor

Libro 10.5: Una Oportunidad para el Amor, una Novela de Gansett Island

Libro 11: Gansett Después del Anochecer

Libro 12: Besos Después del Anochecer

La Serie Green Mountain

Libro 1: Todo lo que necesitas es amor

Libro 2: Quiero coger tu mano, Junio de 2014

Libro 3: La vi allí parada

Libro 4: Y la Quiero

Celebrity

Libro 1: [Escandalo](#)

Libro 2: [Fantasia](#)

Libro 3: [Exstasis](#)

Títulos independientes

Georgia en mi mente

True North

La Derrota
Todo el mundo ama a un héroe
Amor a primera vista
Línea de ataque

Novelas de Suspense Romántico disponibles de Marie Force:

La Serie Fatal

Libro 1: Affair Fatal
Libro 2: Justicia Fatal
Libro 3: Consecuencias Fatales
Libro 3.5: Destino Fatal, la Novela de la Boda
Libro 4: Defecto Fatal
Libro 5: Decepción Fatal
Libro 6: Error Fatal
Libro 7: Riesgo Fatal
Libro 8: Escándalo Fatal

Título Independiente

El Naufragio

Sobre la Autora

Marie Force ha sido proclamada por el *New York Times*, *USA Today* y *Wall Street Journal*, autora best-seller galardonada de romance contemporáneo. Su serie auto-publicada y best-seller por el *New York Times*, Los McCarthys de Gansett Island, ha vendido más de un millón de copias desde que *Criado para el Amor* fue publicado en 2011. Ella también es autora de la serie Fatal de Harlequin's Carina Press, también best-seller por el *New York Times*, así como de la serie Treading Water y numerosos libros independientes.

Todo lo que necesitas es amor, el primer libro en su serie Green Mountain de Berkley Sensation, fue publicado en febrero de 2014. El segundo libro, *Quiero coger tu mano*, estará disponible en junio de 2014, y el tercer libro, *La vi allí parada*, saldrá en noviembre de 2014, con mucho más por venir de las Green Mountains. En 2014, Marie tendrá ocho libros de éxito publicados —los cinco primeros en la serie Fatal de Harlequin, y los tres primeros de la serie Green Mountain de Berkley.

Mientras que su marido estaba en la Marina, Marie vivió en España, Maryland y Florida, para después instalarse en su estado natal de Rhode Island. Es madre de dos adolescentes y dos enérgicos perros, Brandy y Louie. Únete a la lista de correos electrónicos de Marie en marieforce.com para recibir noticias sobre sus nuevos libros y otras posibles apariciones en tu área. ¡Únete a uno de los muchos grupos de lectores de Marie! Contacta con Marie en marie@marieforce.com.